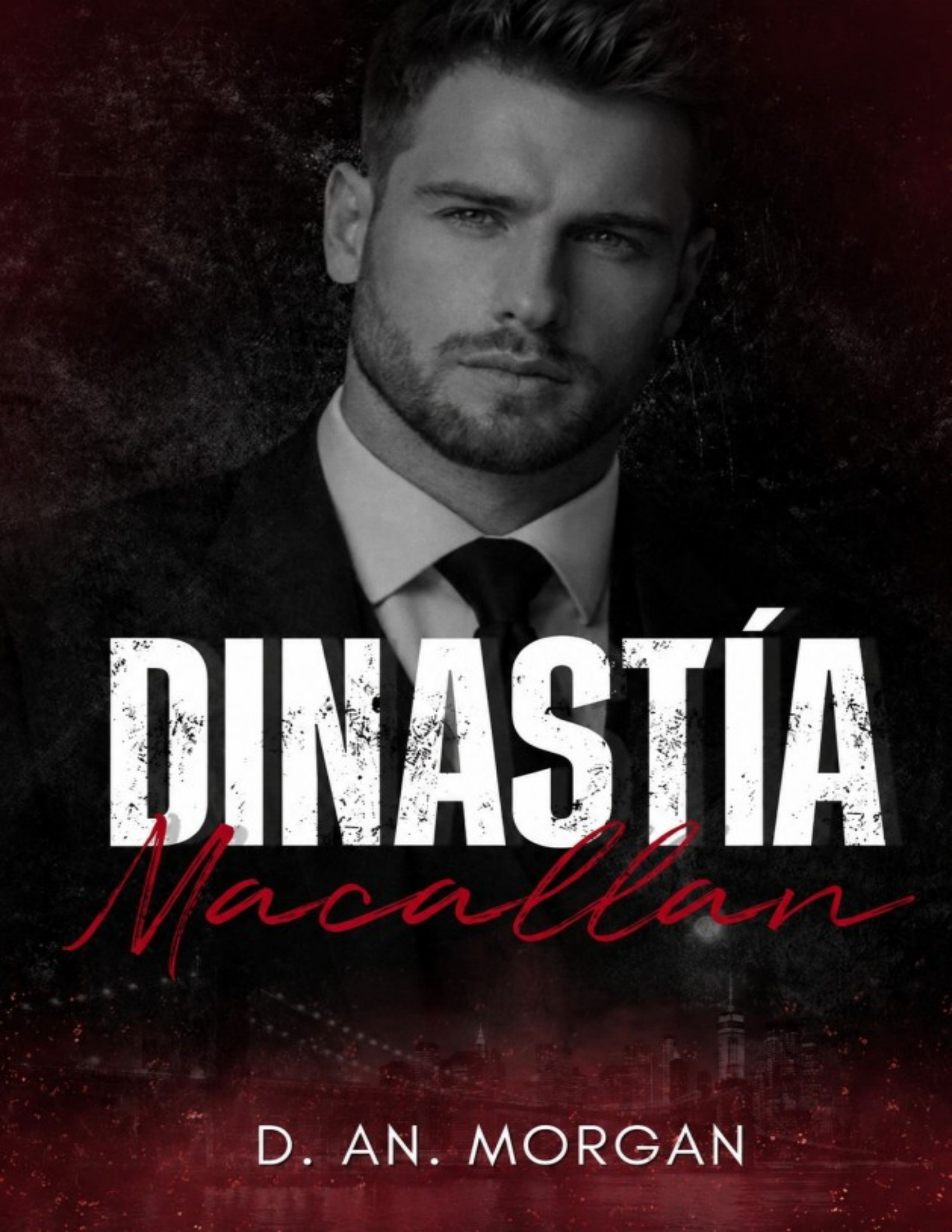

DINASTÍA
Macallan
D. AN. MORGAN


DINASTÍA
Macallan

Copyright © 2026 D. An. Morgan

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas y acontecimientos reales es mera coincidencia.

Revisión: Guiomary Lopes
Portada: Anne Medeiros
Maquetación y Portada adaptada: D. An. Morgan
Ilustración: Carlos Miguel
Traducción:D. Rodrigues

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido almacenar y/o reproducir cualquier parte de esta obra por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito de la autora.

¡LA PIRATERÍA (PDF) ES UN DELITO!

ESTE LIBRO SOLO ESTÁ DISPONIBLE ÍNTEGRAMENTE EN AMAZON Y KINDLE UNLIMITED

Edición digital | Creado en Brasil.

Sumário

Nota de la autora
Sinopsis
Playlist
Prólogo
Capítulo 01
Capítulo 02
Capítulo 03
Capítulo 04
Capítulo 05
Capítulo 06
Capítulo 07
Capítulo 08
Capítulo 09
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo
Cena extra
Agradecimientos
Otras obras
Sobre la autora
Contacto

NOTA DE LA AUTORA

¡Hola, querido lector! Es una alegría tenerte conmigo de nuevo, a punto de conocer la historia de Douglas y Hana.

Escribir su historia fue una experiencia intensa, de esas que te remueven por dentro en muchos momentos.

Después de escribir cuatro libros seguidos sobre la mafia, sabía que necesitaba "respirar" un poco, y Douglas y Hana fueron ese respiro de una forma preciosa.

Son intensos, cargan con sus propios traumas, con miedos y dudas, y poco a poco van aprendiendo a comprenderse.

Douglas consiguió que me enamorara de él en muchísimos momentos, una y otra vez. Su manera de creer que lo controla todo y de confundir la protección con el amor siempre me llegó muy dentro. Pero acompañarlo mientras, poco a poco, va comprendiendo qué significa amar de verdad hizo que terminara este libro con el corazón rebosante de amor.

Y mi Hana… Ella me hizo llorar, sonreír y, en algunos momentos, querer zarandearla por ser tan testaruda. Pero también comprendí que era así porque, durante toda su vida, había aprendido que tenía que encargarse de todo sola. Ver a Hana comprender que aceptar ayuda no la hace menos fuerte fue algo muy especial para mí.

Al final, después de unas cuantas confusiones, alguna que otra *muertecita* por aquí y por allá —porque, si no mato a nadie, no sería yo—, Douglas y Hana consiguen encontrar su propio momento de felicidad.

Amé cada instante que pasé escribiendo su historia y, si pudiera, creo que escribiría fácilmente un libro de mil páginas. Juntos, me hicieron ver el amor de una forma diferente, porque no

solo se enamoraron; aprendieron a confiar, a quedarse y a permitirse sentir, incluso cuando todo parecía demasiado aterrador.

También creo que es importante señalar que la enfermedad de la abuela de Hana está tratada con mucho respeto, pero de una forma más "sencilla", únicamente como trasfondo para la construcción de la historia. No profundicé en la realidad de la enfermedad porque esa no era la intención principal de la narración.

Aquí encontrarás **contenido sexual explícito, violencia física, amenazas, asesinato, traumas emocionales, duelo y temas sensibles relacionados con la familia, el embarazo y las pérdidas.**

Esta es una obra de ficción destinada **a mayores de 18 años.** Si no te sientes cómodo con alguno de los temas mencionados, por favor, no la leas. *Tu salud mental es lo primero y ningún libro debería perjudicarla.*

¡Y eso es todo! Gracias por elegir a Douglas y Hana. Espero que os enamoréis de ellos tanto como yo.

Y, cuando terminéis de leer, si esta historia os toca el corazón de alguna manera, dejad vuestra valoración. Ese simple gesto ayuda muchísimo a que el libro llegue a nuevas lectoras y fortalece enormemente mi trabajo como autora.

¡Feliz lectura!

Con todo mi amor,

D. An. Morgan.

SINOPSIS

AGE GAP :: JEFE X EMPLEADA :: ÉL SE ENAMORA PRIMERO :: PROTAGONISTA OBSESIVO Y PROTECTOR :: ENEMIES TO LOVERS :: PROTAGONISTA CON TRAUMAS

Un imperio multimillonario. Un hombre obsesionado con el control. Y la única mujer capaz de hacer que el heredero Macallan olvide todas las reglas que juró seguir..

Douglas Macallan nació para mandar.

Respira control. Implacable, dominante y heredero del mayor imperio del whisky del mundo, aprendió desde muy joven que un Macallan no puede permitirse el lujo de perder el control. Entrenado para gestionar crisis, doblegar adversarios y proteger el legado familiar por encima de cualquier debilidad, Douglas jamás permitió que los sentimientos interfirieran en sus decisiones.

Hasta que **Hana Nakamura** se cruzó en su camino.

Inteligente, orgullosa e implacable cuando se trata de su propia supervivencia, Hana solo quería estabilidad: un trabajo seguro, dinero suficiente para cuidar de sus abuelos y mantenerse alejada de cualquier caos capaz de destruir lo poco que aún conseguía mantener en pie. Aprendió de la peor manera que incluso los deseos más inocentes pueden exigir un precio demasiado alto, y carga con cicatrices que ninguna apariencia impecable consigue ocultar.

Pero Hana nunca fue invisible para Douglas.

Ella lo desafía, lo irrita y despierta en él un deseo tan intenso como peligroso. Detrás de la actitud controlada del jefe multimillonario se esconde un hombre posesivo, impaciente y cada vez más dispuesto a traspasar límites con tal de mantenerla bajo su protección.

Cuando la vida de Hana empieza a desmoronarse, Douglas hace lo que siempre ha sabido hacer mejor: tomar el control de la situación.

Una propuesta.

Un matrimonio.

Un apellido capaz de protegerla de todos.

Menos de él.

Porque Douglas Macallan no hace nada a medias. Cuando decide que Hana será suya, está dispuesto a enfrentarse a escándalos, enemigos, familias poderosas y a cualquiera que intente arrancarla del lugar en el que cree que debe estar: a su lado.

Pero Hana sabe que aceptar la protección de un hombre como Douglas puede ser tan peligroso como enamorarse de él.

Y, cuando el control se confunde con el amor, ninguno de los dos saldrá ileso.

PLAYLIST

Para escuchar la playlist de *Dinastía Macallan* en *Spotify*, abre la aplicación en tu móvil, selecciona Buscar, pulsa el icono de la cámara y enfócala hacia el código que aparece abajo..



O haz clic aquí:- Spotify

Dedico este libro especialmente a los Douglas de mi vida.

Gracias por estar conmigo en cada etapa, por apoyarme y por hacerme sentir que nunca estoy sola.

¡Os quiero!

Dedico este libro a ti, que ya has sufrido y has intentado cargar con el mundo tú sola, creyendo que aceptar ayuda era una señal de debilidad.

Que nunca lo olvides: siempre puede existir alguien dispuesto a amarte, a permanecer a tu lado y a no permitir que atravieses todo tú sola.

No todo es culpa tuya. A veces, el mundo simplemente es demasiado cruel.

Deseo que encuentres un amor que te haga ver más allá del dolor. ¡Un amor dispuesto a caminar a tu lado incluso cuando el cielo se esté desplomando!

PRÓLOGO
Hana Nakamura

Nueva York

Cuando la primera gota de lluvia golpea el cristal y un relámpago rasga el cielo, mi cuerpo tiembla y el recuerdo me invade sin que pueda evitarlo, junto con las lágrimas.

No quiero recordar, pero parece que no tengo elección...

Yo solo quería un *taiyaki*.

Eso era lo único que quería aquella noche.

No era un juguete nuevo, ni un abrigo bonito como los de las niñas de mi clase, ni aquellos estuches llenos de bolígrafos de colores que me quedaba mirando en la papelería cerca del colegio y fingía que no me importaban cuando mi madre decía que quizá el mes siguiente podría comprármelos. Solo quería un *taiyaki* caliente, de esos con forma de pez, con la masa dorada y el relleno dulce de judías rojas que se pegaba un poco a los dedos cuando mordía demasiado deprisa.

Mi madre dijo que ya era tarde.

Mi padre dijo que la tienda japonesa nos pillaba de camino, aunque en realidad no nos pillaba exactamente de camino, y me guiñó un ojo por el retrovisor, de esa forma tan suya que hacía que mi madre intentara parecer enfadada antes de acabar sonriendo.

—Mimas demasiado a esta niña, Haruto —protestó, pero su voz no tenía ninguna firmeza mientras me pasaba los dedos por el pelo.

Abracé mi mochila en el asiento trasero y sonreí tanto que hasta me dolieron las mejillas. Me gustaba cuando me hablaban en japonés, aunque, desde que nos habíamos mudado a Estados

Unidos, el inglés se hubiera convertido en parte de nuestra rutina y acabáramos mezclándolo todo.

En la calle, en las tiendas, en el colegio, todo el mundo parecía ir con prisas, hablar alto, chocar unos con otros y pedir perdón sin mirar siquiera. En casa, mi madre cocinaba, mi padre se quitaba los zapatos en la entrada y yo conseguía recordar que existían lugares en el mundo donde las cosas eran más tranquilas y bonitas.

Hasta aquella noche...

Y pensar que estaba feliz por algo tan pequeño.

Hoy, cuando pienso en ello, me parece mal haber sido feliz antes de que todo cambiara, pero, con diez años, todavía no sabía que la vida podía partirse en dos sin avisar. No sabía que existían peticiones pequeñas capaces de convertirse en una culpa enorme dentro de una.

Yo solo sabía que quería *taiyaki*.

La tienda estaba en una calle estrecha, encajada entre una lavandería y una pequeña tienda que vendía productos importados. Un trueno atravesó el cielo justo cuando nos detuvimos frente a la puerta, y el olor de la masa haciéndose llegó hasta mí antes incluso de que papá la abriera. Había una señora detrás del mostrador, con expresión cansada, pero sonrió cuando me vio señalar los pececitos dorados alineados sobre la plancha.

—¿*Anko*? —preguntó.

Y asentí demasiado deprisa.

La lluvia empezó cuando la señora metió el *taiyaki* en una bolsita de papel. Primero cayeron unas gotas gruesas que golpeaban el escaparate. Después, el cielo descargó el agua de golpe, cubriéndolo todo, convirtiéndolo todo en una mancha borrosa.

—Esperemos un poco —dijo mamá, haciendo que papá mirara el reloj.

—El aparcamiento no está lejos.

—Está cayendo el diluvio, Haruto.

—Si esperamos, se quedará dormida en el coche y se despertará quejándose de que el *taiyaki* se ha enfriado.

Estuve a punto de protestar en aquel momento, porque no me gustaba que discutieran, pero estaba demasiado ocupada sujetando la bolsita con las dos manos. El calor atravesaba el papel y me calentaba los dedos. Yo solo pensaba en comérmelo cuanto antes, pero mi madre había dicho que era mejor esperar a llegar a casa para no mancharme la ropa con el relleno. Ella siempre pensaba en esas cosas. Siempre sabía cuándo iba a ensuciarme la blusa, cuándo llevaba un cordón desatado, cuándo empezaba a escapárseme el pelo de la coleta.

Papá abrió el paraguas, pero el viento le dio la vuelta a la estructura antes incluso de que cruzáramos la puerta.

Soltó una palabrota en japonés y mamá me tapó los oídos con las manos, escandalizada, haciéndome sonreír.

Ese fue uno de los últimos sonidos felices de aquella noche.

Cruzamos la acera corriendo, los tres apretados bajo un paraguas que no servía prácticamente de nada. La lluvia caía de lado, helada. Mamá me sujetaba la mano con fuerza, mi padre mantenía un brazo alrededor de nuestros hombros e intentaba guiarnos cerca de las fachadas, donde los toldos nos protegían un poco.

Los truenos empezaron a estallar en el cielo, uno detrás de otro.

Me encogí, tropezando con mis propios pies.

—No pasa nada, Hana —dijo mamá, inclinándose para acercar el rostro al mío—. Solo es ruido.

—Un ruido muy feo —murmuré.

Mi padre miró hacia atrás y sonrió, a pesar de la lluvia que le resbalaba por la cara.

—El cielo está de mal humor porque no le han dado *taiyaki*.

Volví a reír, más bajito esta vez, y apreté la bolsita contra el pecho para proteger mi dulce. Me gustaba cuando mi padre inventaba explicaciones tontas para las cosas que daban miedo. Cuando era más pequeña, decía que las sirenas eran dragones atrapados dentro de los coches de policía, que las luces de los aviones eran estrellas que habían salido a pasear y que los truenos eran gigantes arrastrando muebles en el piso de arriba del mundo.

Aquella noche quise creerle.

Nos detuvimos bajo el toldo de una tienda cerrada cuando la lluvia empeoró aún más. La calle parecía todavía más vacía que antes. Los coches pasaban levantando agua junto al bordillo y, debido a la tormenta, casi nadie caminaba por allí.

Mi madre se agachó para colocarme bien el abrigo.

—Estás temblando.

—Quiero irme a casa.

—Lo sé, cariño. Ya nos vamos.

Papá cerró el paraguas roto e intentó arreglar la estructura torcida, frunciendo el ceño, tan concentrado que casi pensé que aquello debía de ser una tarea complicada. Lo observaba manipular las varillas, pensando que quizá conseguiría arreglarlo, porque mi padre siempre arreglaba las cosas. Arreglaba grifos, juguetes, cremalleras de mochilas, bombillas, la vieja radio de la cocina e incluso mi corazón cuando llegaba llorando del colegio porque alguien se había reído de mi acento.

Él siempre sabía qué hacer.

Entonces aparecieron los hombres.

Al principio pensé que solo eran personas corriendo para escapar de la lluvia. Dos siluetas grandes llegaron rápidamente hasta nosotros. Uno de ellos dijo algo en inglés que hizo que papá levantara la cabeza y que la mano de mi madre se cerrara alrededor de mi hombro.

—Haruto —lo llamó, y había algo diferente en su voz, algo que yo era demasiado inocente para comprender.

Mi padre dio un paso al frente y colocó su cuerpo entre nosotros y los hombres.

En aquel momento no entendí por qué lo hizo.

Tampoco entendí por qué mamá tiró de mi mochila, intentando colocarme detrás de ella, ni por qué la bolsita del *taiyaki* empezó a arrugarse entre mis dedos. Mi madre siempre decía que era muy lista, que aprendía las cosas deprisa, pero eso no me sirvió para comprender el miedo que, de repente, se apoderó de sus rostros.

Uno de los hombres sacó una pistola.

Ya había visto armas en las películas, y papá me decía que jamás debía acercarme a una. Quise decirles que estaba mal que nos apuntaran con una pistola, que nosotros no habíamos hecho nada malo para que hicieran aquello.

—Cartera. Teléfono. Ahora —dijo en un inglés rápido y peligroso.

Papá levantó las manos despacio.

—De acuerdo —respondió en inglés, con aquel acento que yo adoraba y que algunos compañeros del colegio imitaban con crueldad—. Tranquilo. Voy a sacarlo.

—¡Rápido!

Mi madre me empujó hacia atrás con suavidad, pero no había ningún sitio al que ir. La puerta metálica estaba cerrada detrás de nosotros. La lluvia era tan intensa que formaba una pared delante. Podía oler la suciedad del lugar, el perfume de mi madre y la masa dulce dentro de la bolsita que todavía sujetaba, porque mi cuerpo no sabía que debía soltarla.

Mientras papá intentaba sacar la cartera del bolsillo, el otro hombre miraba a mi madre.

No me gustó aquella mirada. A mamá tampoco, porque se subió el cuello del abrigo hacia el cuello y me apretó con más fuerza contra su costado.

—Dáselo y ya está —le dijo en japonés a mi padre—. Entrégales todo.

—Lo sé.

Pero tenía las manos mojadas y la cartera no salió a la primera. El hombre de la pistola soltó una maldición. Otro trueno estalló, tan fuerte que las ventanas de los edificios parecieron temblar, y yo lo sentí dentro de mí.

Cerré los ojos con todas mis fuerzas.

Cuando los abrí, papá había dado un paso atrás y mi madre estaba diciendo algo que no conseguí entender. Quizá pidió calma, o quizá les pidió que no me apuntaran con aquello. *Durante años intenté recordar la frase exacta, porque creía que, si encontraba las palabras precisas, podría cambiar el final, pero la memoria no me lo devolvía todo. Me devolvía fragmentos.*

La manga mojada del abrigo de mi padre.

El sencillo anillo de mi madre brillando bajo la tenue luz.

El agua resbalando por la pistola.

Mi pequeña mano aplastando el maldito dulce.

El olor de las judías rojas.

El primer disparo llegó al mismo tiempo que el trueno.

Durante mucho tiempo no supe distinguir un sonido del otro.

Es más, me estaría mintiendo si dijera que, cada vez que oigo un trueno, mi cuerpo no se eriza y no vuelvo a verlo todo.

Papá cayó contra la pared y el paraguas roto se le escapó de la mano. Mi madre gritó. Yo también debí de gritar, pero no recuerdo mi voz, solo mi boca abierta y el aire que no entraba.

El segundo disparo alcanzó a mi madre cuando intentó llegar hasta mi padre.

En ese momento, las voces empezaron a mezclarse. Vi a los dos hombres discutir entre ellos. Después echaron a correr, disparando sin apuntar. Sentí que algo me quemaba, pero fue mamá soltándome el hombro lo que hizo que el suelo desapareciera bajo mis pies.

Eso fue lo que más odié.

No la sangre, no a los hombres corriendo, no la lluvia cubriéndolo todo, no el ruido de los coches pasando sin parar. Odié sentir cómo los dedos de mi madre se abrían lentamente, porque, hasta aquel momento, una parte de mí creía que, mientras siguiera sujetándome, nada realmente malo podría ocurrir.

Pero me soltó.

Entonces cayó de rodillas antes de desplomarse sobre el suelo mojado. Papá intentó arrastrarse hasta ella. Repetía su nombre; su voz salía rota, baja, perdida dentro de la tormenta.

—Aiko...

Quería ayudarlos, pero mis piernas no obedecían. Quería correr hacia la calle, pedir ayuda, hacer que aquellos hombres regresaran y lo devolvieran todo, decirles que podían quedarse con el dinero, con el coche, con mi mochila, con todos los *taiyakis* del mundo, con tal de que mis padres se levantaran.

La bolsita se me escapó de la mano.

El *taiyaki* cayó sobre la acera y se partió por la mitad al tocar el charco. El relleno oscuro se mezcló con el agua, deshaciendo la bonita forma que había esperado toda la noche para poder comer. Me quedé mirándolo porque era más fácil comprender un dulce estropeado que mirar a mi padre intentando respirar y a mi madre inmóvil, con los ojos abiertos hacia la lluvia.

—Mamá —la llamé.

No respondió.

—¿Papá?

Giró el rostro hacia mí.

Su boca se movió, pero un trueno se llevó el sonido. Di un paso tambaleante, sintiendo dolor sin saber por qué. Después otro, resbalándome en el agua. Quería acercarme. Quería que me dijera qué debía hacer, porque él siempre lo sabía.

Mi padre intentó levantar la mano.

No pudo.

Las luces de un coche recorrieron la calle e iluminaron su rostro: pálido, mojado, con los ojos clavados en mí de una forma que jamás he olvidado. Había amor en ellos. Y miedo también. Había una tristeza tan inmensa que, con diez años, yo no tenía una palabra para nombrarla.

Después, sus ojos cambiaron y, sin saber cómo, sentí que el pecho me dolía como una advertencia: *nunca volverá a cogerme en brazos.*

Seguí llamándolo.

Lo llamé en japonés.

Lo llamé en inglés.

Lo llamé como lo hacía cuando quería que me cogiera en brazos, cuando necesitaba ayuda con los deberes, cuando quería que abriera un bote que yo no podía abrir. Mi voz fue haciéndose más alta, más fea, más desesperada, hasta que alguien apareció en la entrada del toldo y gritó pidiendo ayuda.

Una mujer me puso las manos sobre los hombros e intentó apartarme. Forcejeé con ella. Dije que tenía que ir a buscar a mi madre. Dije que mi padre se asustaría si se despertaba y no me veía. Dije que el *taiyaki* se había caído, que era culpa mía, que ya no necesitaba comérmelo, que prometía no volver a pedir nada nunca más, no volver a insistir, no volver a desviarnos del camino, no volver a querer nada a altas horas de la noche.

Nadie me escuchó realmente.

O quizá sí me escucharon y no supieron qué responder.

Después de eso, todo fue poco más que una mancha borrosa, hasta que llegué al hospital y mis abuelos me miraron con aquella expresión llena de dolor.

Y allí me pregunté por qué yo tampoco me había ido con ellos.

Aquella noche aprendí cosas que nadie debería aprender a los diez años.

Aprendí que la lluvia podía borrar las huellas, pero no los recuerdos.

Aprendí que los truenos podían vivir dentro del pecho incluso después de que el cielo se despejara.

Aprendí que las personas buenas podían morir por haberse detenido en el lugar equivocado, en el momento equivocado, por una pequeña petición de una niña que solo quería un dulce.

A partir de aquella noche, cada tormenta empezó a llevarme de vuelta a aquel toldo y a hacerme llorar como una niña otra vez.

Y crecí creyendo que desear algo es peligroso, porque, cuando yo solo pedí un dulce, las dos personas a las que más amaba en el mundo nunca volvieron a casa conmigo.

CAPÍTULO 01
Douglas Macallan

Escocia

En cuanto atravieso las puertas, el aire me golpea, impregnado de un aroma inconfundible: cebada húmeda, madera envejecida, humo suave, roble tostado y el toque cálido del alcohol madurando en silencio, lentamente.

Camino entre los barriles, y el aroma denso de la malta fermentando parece formar parte de mi piel. Son tantos años recorriendo estas destilerías, creando y perfeccionando cada línea de whiskies *single malt*, que no consigo imaginar un mundo en el que yo no esté aquí.

Por mucho que pase la mayor parte del tiempo siendo empresario, cerrando acuerdos, ampliando la distribución por Europa y ocupándome además de las exportaciones, mi verdadero lugar sigue estando dentro de estas paredes de piedra oscura que conservan el frío de Escocia.

Oigo el bastón golpear el suelo de piedra y sé que el abuelo se acerca.

—Hijo mío, imaginaba que te encontraría aquí —su voz suena un poco más débil debido al resfriado del que todavía se está recuperando.

Durante el día, siempre que tengo algo de tiempo, me escapo aquí. Me gusta comprobar que todo funciona como debe. Al fin y al cabo, tenemos una imagen que mantener. No hemos convertido el nombre Macallan en la marca más antigua y famosa del mundo por casualidad.

Son más de doscientos años de experiencia ofreciendo únicamente el mejor whisky del mundo, y crecí escuchando que, algún día, sería mi deber llevar ese legado aún más lejos.

—¿Ha pasado algo, abuelo? —Me vuelvo para mirar al hombre que dedicó años de su propia vida a enseñarme todo lo que sé.

Cuando papá prefirió quedarse en Estados Unidos, asegurándose de que los negocios funcionaran allí, yo permanecí aquí, aprendiendo cómo funcionaba la producción y entendiendo por qué el nombre Macallan, impreso en cada botella, era único e importante.

El viejo Fraser entró definitivamente en el círculo de los Macallan cuando su hija —más conocida como mi madre— se casó con papá. Por aquel entonces, mi abuelo paterno repartía su tiempo entre Estados Unidos y Escocia, y Fraser, que ya tenía participación en los negocios familiares, terminó quedándose por aquí.

Con su vasta experiencia en whisky —había sido aprendiz de mi bisabuelo antes de abrir su propia destilería, que más tarde fue incorporada a Macallan—, se puso al frente de las operaciones aquí y empezó a ayudar también con la expansión del negocio.

Ahora la edad le pasa factura, pero sigue siendo muy activo, incluso a sus ochenta y cuatro años.

—En realidad, sí que ha pasado algo —deja escapar una respiración pesada—. Ha llamado tu madre.

Me pongo en alerta de inmediato, porque mamá no llama porque sí.

—Abuelo, ¿qué le pasa a mi madre?

Cambia el peso de una pierna a otra, su rostro se contrae con desagrado, y sé de inmediato que la noticia no es buena.

—Nada. Ella está bien. En realidad, el problema es tu padre. —Hace una pausa de un segundo, casi dramatizando, exactamente igual que mi madre—. Está enfermo. Como la preciosa mula testaruda que es, estaba trabajando demasiado y ahora ha tenido que apartarse de todo porque el médico le ha dado un ultimátum.

Maldito cabezota.

—Joder, voy a revisar mi agenda para poder ir a verlo mañana...

No consigo terminar la frase porque el abuelo me interrumpe.

—En realidad, vas a tener que recoger tus cosas y volver allí, hijo mío.

Sus palabras me golpean en seco.

¿Cómo?

Supongo que mi cara refleja suficiente horror, porque continúa.

—Vas a tener que hacerte cargo de la empresa. Esta vez no es una ausencia temporal. Tu padre tiene prohibido trabajar, Doug. Se jubila oficialmente.

Me quedo paralizado durante un momento.

No puede ser.

—¿Cómo que se jubila? ¿Es tan grave como para que tenga que dejarlo? ¿Estamos hablando del mismo Alistair Macallan? ¿Del hombre que no sabe qué significa la palabra descanso?

De repente, siento el peso de los años acumulándose sobre mis hombros. Siempre he tenido la responsabilidad de cargar con un apellido y un imperio, y sabía que, tarde o temprano, esto ocurriría, gracias a la maravilla de ser hijo único.

El abuelo empieza a reír y me arranca de mis pensamientos.

—Es impresionante lo mucho que nos parecemos. Le pregunté exactamente lo mismo a tu madre, y su respuesta fue que le dio un ultimátum. Dijo que, si no se apartaba como habían ordenado los médicos, se marcharía y no querría volver a verlo nunca. Así que ya tienes tu respuesta.

Claro.

Mi padre puede ser mezquino, un empresario de sangre fría, obstinado en llevar el nombre Macallan cada vez más lejos, pero las

únicas veces que lo he visto ceder ha sido cuando estaba mi madre de por medio. Ella siempre ha sido su punto débil.

Admiro la relación que tienen. Se quieren muchísimo, pero los he visto sufrir demasiadas veces por asuntos que siempre terminan girando en torno al legado familiar. No sé si algún día estaré dispuesto a casarme para pasar por algo así.

—Sé exactamente lo que ha hecho. Y, por lo visto, no ha encontrado a nadie lo bastante bueno como para llevar los negocios allí.

Los ojos cansados del abuelo se encuentran con los míos y se encoge de hombros, porque ninguno de mis abuelos está de acuerdo con que la empresa quede bajo el control de alguien ajeno al linaje Macallan.

—Creo que deberías llamar a tu madre... —su voz ahora es más baja, y comprende exactamente el peso que tiene esta situación.

Asiento y salgo de la destilería. El viento frío me golpea y me concedo apenas un instante para adaptarme a la idea. La brisa me despeja la mente y, tras dar dos pasos, miro el único lugar que de verdad ha sido importante para mí durante los últimos años. Después sigo adelante, porque no puedo permitirme detenerme.

Camino hasta el despacho. He dejado allí el móvil y, si mi madre ha tenido que llamar al abuelo, solo puede significar una cosa.

Varias llamadas perdidas suyas.

Le devuelvo la llamada y respiro hondo.

—Douglas Fraser Macallan —ni siquiera dice hola, y parece que soy un niño de diez años al que están echando la bronca, no un hombre hecho y derecho de treinta y ocho.

—Estaba en la destilería, pero el abuelo ya me lo ha contado —mi voz sale baja y contenida. No necesita que discuta con ella.

Mamá deja escapar un suspiro y vuelve a hablar con un tono más neutro.

—Hijo, te necesito aquí con urgencia. Hay negociaciones, está la subasta, está... —la frase muere ahí, y percibo la desesperación en el borde de su voz.

—Mamá, tranquila. Respira. Salgo de aquí hoy mismo —la calmo. Ya tengo suficiente con un enfermo—. ¿Papá está bien?

—No. Lo conoces, es testarudo —su voz tiembla ligeramente —. He tenido que amenazarlo, Doug. ¿Te das cuenta?

—Sí. Si no lo hubieras hecho, habría seguido trabajando. Voy a pedirle a mi secretaria que se ponga en contacto con la de papá y, durante el vuelo, revisaré todo lo que necesite atención.

—En realidad, Hana ya te ha enviado la información urgente. Hay un contrato que tiene que cerrarse mañana; si no lo cerramos, lo perderemos —la urgencia en su voz me dice que es importante.

—¿Hana? —pregunto, aunque el nombre me resulta familiar.

—La secretaria de tu padre. Es ella quien se está encargando de todo. Bueno, no voy a entretenerte más porque tienes que estar aquí mañana por la mañana. Si no, a tu padre le dará un infarto.

Me despido de ella y recuerdo por qué el nombre me resultaba conocido. Mi padre la había mencionado varias veces, siempre con un tono de aprobación.

La secretaria eficiente. La mujer brillante que había empezado desde abajo y había ascendido demasiado deprisa para que los incompetentes de la empresa no se sintieran ofendidos. La empleada a la que Alistair Macallan parecía considerar una especie de hallazgo precioso dentro de un edificio lleno de personas reemplazables.

Nunca me ha gustado la palabra precioso aplicada a las personas. Pero ahora voy a descubrir si es tan eficiente como dicen.

Llamo a mi secretaria ejecutiva, que confirma la información que me ha dado mamá. Mi cabeza procesa rápidamente todo lo que

necesito hacer y ya sé que, por desgracia, no podré llevármela conmigo.

La dejo ayudando a mi administrador, que se quedará aquí en mi lugar, y vuelvo a casa para preparar algunas cosas mientras ponen a punto el avión privado para partir.

Mi piloto ha conseguido organizar el despegue para esta noche; así llegaremos por la mañana.



Ya durante el vuelo, llamo a Edward Ashford, una de las pocas personas con las que he mantenido el contacto después de marcharme de Nueva York. Entre otras cosas porque soy el padrino de la pequeña Lucy, su hija, una de las mejores cosas que le han ocurrido en la vida.

Contesta con voz sorprendida:

—*Tú llamándome a estas horas...*

Mierda, me he olvidado del maldito huso horario.

—Bueno, algunas cosas se han descolocado, así que vuelvo a Nueva York y necesito un favor.

Oigo cómo cambia su respiración.

—*Claro, que tú llames para pedir un favor es prácticamente un milagro, así que, obviamente, te ayudo* —percibo la sonrisa en su voz.

Nunca desaprovecha la oportunidad de ayudarme, porque sabe lo útil que resulta tener favores que cobrar.

—Necesito un apartamento disponible dentro de dos días como máximo —suelto la bomba—. Sé que eso es fácil para ti y,

antes de que termine el mes, quiero una casa, del modo en que sabes que me gusta.

Con silencio, tranquilidad, lejos del bullicio que es Nueva York.

—Conseguirte un apartamento es fácil. El problema es conseguir algo que te guste, ¿verdad, Macallan? ¡Joder, es que quieres putearme de verdad! Vives en un castillo en Escocia. Es difícil encontrar aquí algo que esté a la altura...

Jamás existirá ningún lugar capaz de compararse con mi casa. Sin embargo, sé que Ashford es capaz de encontrar algo tal y como lo quiero. Es sencillamente el mejor cuando se trata de propiedades de lujo. Él, igual que yo, posee un imperio construido a lo largo de generaciones, y su marca es una de las más valiosas del mundo.

—Sé que eres capaz. Tengo un whisky nuevo que todavía no ha salido al mercado. Si me sorprendes, podría plantearme enviarte una botella antes del lanzamiento.

Se echa a reír al otro lado.

—Vale, vale, ahora sí tienes algo que me interesa. Nuestra amistad puede basarse en que tú me regales whiskies caros y yo te consiga la casa de tus sueños.

Esta vez soy yo quien sonríe.

—Es un buen trato, al fin y al cabo.

Terminamos la conversación y empiezo a leer todos los archivos que necesito para ponerme al día con las operaciones en Estados Unidos. Me sorprende la competencia de Hana; aquí hay información extremadamente detallada. Ya me la imagino como una señora mayor, porque la última secretaria de papá era así.

Siempre le ha gustado tener a gente competente trabajando para él, así que supongo que no tendré ningún problema con Hana...

Lo que no sabía era que no podía estar más equivocado.

CAPÍTULO 02
Hana Nakamura

Nueva York

Dios, ¿es pedir demasiado tener aunque sea un momento de paz?

Creo que, para mí, sí. Debo de estar pagando el karma de otras vidas, porque esto no puede ser normal.

Inspiro profundamente y entro en el enorme edificio que tengo delante. Trabajo aquí desde hace unos años, desde que el señor Macallan creyó en una becaria un poco torpe que tenía un expediente académico demasiado bueno para alguien con tan pocas perspectivas como yo.

Claro que el hecho de que mi tutor fuera conocido suyo hizo que mirara mi currículum con buenos ojos, pero eso tampoco impidió que me pusiera a trabajar como recepcionista. Y, a medida que mis superiores me elogiaban, iban apareciendo escalones y yo los subía como si mi vida dependiera de ello. Bueno, aquí va un secreto: depende de ello.

No sé a qué viene tanta nostalgia hoy...

Paso por recepción y saludo a las chicas, aunque algunas me miran de reojo, convencidas de que me acuesto con el dueño de la empresa.

Estoy harta de escuchar cuchicheos, pero solo Dios sabe cuánto he luchado para conseguir una tarjeta que me permite subir directamente a la última planta. Y sí, solo se puede acceder a la planta de presidencia si tienes una de estas.

En cuanto oigo el pitido discreto que anuncia que he llegado, casi salgo corriendo del ascensor. Mis tacones altísimos golpeando el suelo de mármol son el único sonido que escucho mientras avanzo.

Pero mis pasos se detienen en seco cuando me encuentro de frente con la señora Macallan.

—Querida, por fin. Necesito ayuda —dice nada más verme. Ni siquiera me da los buenos días, lo cual es extraño, porque normalmente es muy educada.

Me preocupo y me apresuro a seguirla hasta el despacho de su marido, que está de baja por un malestar que casi me mata del susto.

—Perdone el retraso. Mi abuela se ha encontrado mal esta mañana y he tenido que ayudar a mi abuelo a llevarla al hospital. ¿Ha ocurrido algo? —mi tono sale más bajo, contenido, y no consigo ocultar el ligero temblor.

Me mira con los ojos vidriosos y me alarmo de inmediato. Jamás he visto a esa mujer perder la compostura. Moira es un ejemplo rarísimo de elegancia, clase y poder sin parecer esnob. Cómo lo consigue, no tengo ni idea, porque aquí la mayoría de las mujeres de los ejecutivos casi nos cagan encima.

Son unas vacías insoportables.

Pero Moira no. Ella es tranquila y entiende bastante más que lo básico del trabajo de su marido, lo que siempre nos ha permitido mantener conversaciones inteligentes.

—Ay, Hana, Dios mío, ¿tu abuela está bien? Perdona, está todo tan descontrolado... Estoy deseando que llegue Doug.

¿Perdón? ¿Cómo que su hijo va a volver? Cuando ayer me pidió los documentos, pensé que era solo para que los revisara.

Se pasa una mano por el pelo, como si necesitara arreglar algo que está perfectamente colocado.

—Está bien. Solo ha sido una falsa alarma, pero, como le ha subido la tensión, los médicos han preferido dejarla en observación. Mi abuelo se ha quedado con ella —comento, recordando el susto de esta mañana, cuando se encontró mal antes del desayuno.

Ni siquiera había conseguido despertarme del todo y ya estaba saliendo corriendo hacia el hospital.

—Gracias a Dios. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedirla. Sabes lo importante que eres para mí y para Alistair —su tono baja un poco y se vuelve más cálido.

No puedo negar que escuchar eso hoy me reconforta aunque sea un milímetro. Aunque nunca abuse de todo lo que han hecho por mí —y no ha sido poco a lo largo de los años—. Les tengo cariño.

—Gracias. ¿Y qué ha ocurrido para que haya venido tan temprano?

—Alistair me pidió que viniera personalmente a darle instrucciones a Doug. Me vuelve loca. Y te juro que, si no hubiera aceptado mi imposición de jubilarse, habría cogido mis cosas y me habría marchado.

Me quedo inmóvil un instante. Creo que no la he oído bien. ¿Jubilarse?

—Hana, estás blanca como el papel. ¿Qué pasa?

Trago saliva.

—No sabía que el señor Macallan iba a jubilarse. —Hago todo lo posible para que las palabras salgan, mientras mi cabeza ya contempla todas las posibilidades de lo que puede ocurrir sin él aquí.

Y todos los escenarios son una puta mierda.

—Oh, sí que va a hacerlo. Si no lo obligaba, iba a matarse trabajando. Bueno, y eso también va por ti, señorita. Tienes que bajar el ritmo. Si tú no estás bien, no podrás cuidar de tus abuelos.

Se me caen los hombros, porque ellos son lo único importante que tengo. No puedo fallarles de ninguna manera.

—No se preocupe, también me estoy cuidando —miento—. ¿Y cómo van a quedar las cosas aquí? —obligo a mi voz a sonar normal, pero por dentro estoy nerviosa.

—Douglas va a hacer lo que debería haber hecho hace años y nunca quiso. Va a hacerse cargo de todos los negocios. Por eso te pedí ayer que le enviaras los documentos —explica—. Por cierto, has mantenido las reuniones de hoy, ¿verdad?

Asiento.

—Perfecto. Como no va a llegar a la primera por el retraso del vuelo, iré contigo. Es solo una reunión de coordinación, así que podremos encargarnos y, cuando llegue, le pasarás las notas.

—De acuerdo. Voy a preparar la sala de reuniones, porque queda poco tiempo.

Asiente y me observa como si pudiera ver más allá de mis palabras.

—Hana, tranquila, tu puesto está asegurado. Douglas no sería tan idiota como para despedirte, y yo lo mataría antes de permitirlo.

Acabo sonriendo y salgo hacia la sala de reuniones. Aun así, en el fondo de mi corazón tengo la certeza de que aquí todo va a cambiar.



La reunión termina. Mientras recojo mis cosas, todos salen de la sala menos Elliot.

El director financiero se acerca a mí y sus pasos seguros me hacen sentir como una presa a punto de ser atrapada.

—Señorita ocupada, ¿cuándo vas a sacar un poco de tiempo para mí? —susurra, con su aliento rozándome la cara—. Te echo de menos, Hana.

Mierda. Doy un paso para apartarme de él y miro hacia la puerta entreabierta, intentando comprobar que nadie nos esté viendo, pero, con su cuerpo alto, Elliot me bloquea por completo la visión. Parece sacado de una portada de revista: alto, rubio, ojos verdes, delgado de una forma atractiva, aunque eso no fue lo que me atrajo de él.

—Señor director, yo también, pero ya sabe cómo están las cosas desde que el señor Macallan se apartó. —Suspiro, dejando ver mi cansancio—. Quería verte estos días, pero entre mi abuela y todo lo que está pasando, ha sido imposible.

Frunce el ceño apenas un segundo, pero enseguida recupera su sonrisa habitual.

Su mano llega rápidamente a mi rostro y aparta un mechón de pelo detrás de mi oreja.

—Han, tienes que sacar un rato para mí. Mi polla te echa de menos.

El sexo con Elliot es muy bueno, pero ahora mismo es lo último en lo que estoy pensando. Y supongo que eso queda bastante claro por mi cara, porque él cambia de expresión de inmediato.

—Yo también te echo de menos. Espero poder verte pronto, pero todo esto de tener que escondernos...

Me interrumpe antes de que pueda terminar:

—Cariño, sabes que muy pronto haré pública nuestra relación. Solo no quiero que nadie diga nada de ti. Ya sabes lo malas que pueden ser las personas...

Esta vez soy yo quien lo interrumpe. Ya he escuchado ese discurso demasiadas veces. Y hoy estoy especialmente cansada como para seguir por ahí.

—Claro que lo sé. Tengo que irme ya, porque la señora Macallan debe de estar esperándome. Luego hablamos... —hace

ademán de besarme, pero me aparto—. Aquí no. Puede entrar cualquiera y entonces *alguien podría hablar de mí*.

Capta mi tono de inmediato y frunce el ceño mientras paso por su lado.

Oigo que me llama, pero no me detengo. Voy directa a mi despacho, aunque decido coger antes un vaso de agua. Necesito concentrarme. Y beber agua.

Recuerda, Hana: beber agua es mejor que expulsar una piedra. Me lo repito siempre, porque los cálculos renales son la peor puta mierda que puede pasarte.

Sigo hacia el despacho con mi agua. Somos dos secretarias aquí, y asumí el puesto de primera secretaria hace poco más de tres meses, cuando Pepê se jubiló. Fue secretaria de presidencia durante muchos años y me enseñó muchísimo durante el tiempo que trabajamos juntas.

Asumir este puesto es algo muy importante para mí, y Elliot sabe cuánto me molesta que la gente piense que he llegado hasta aquí gracias a favores cuando, en realidad, he trabajado como una hija de puta.

Llevo casi un año con Elliot y siempre ha tenido una excusa distinta para que nunca hagamos pública nuestra relación. La última es mi nuevo puesto.

Es cariñoso conmigo, pero a veces creo que no le gusto de verdad. Creo que solo ve en mí un coño fijo que puede utilizar y punto. Y me da miedo lo que siento.

Últimamente ni siquiera sé qué pensar, para ser sincera. Mi vida está completamente patas arriba.

Doy un sorbo de agua y salgo bruscamente de mis pensamientos cuando oigo una voz alta diciendo algo que no entiendo. Me sobresalto, me atraganto y derramo todo el puto vaso sobre mi camisa blanca.

Perfecto. Ya está hecha la mierda. Siento el agua empapándome la blusa y sé de inmediato que va a transparentarse.

¡Joder!

¿Quién coño ha hecho eso?

Es más, ¿quién ha entrado aquí sin llamar?

Me giro y me encuentro de frente con los ojos más azules que he visto en mi vida. Y, Dios, podría ahogarme en ellos.

CAPÍTULO 03
Douglas Macallan

Mi humor es pésimo mientras Angus, mi chófer y guardaespaldas, conduce hacia la empresa. Angus es casi de la familia para mí; me acompaña desde que era joven, incluso antes de que me mudara a Escocia.

Una Nueva York vibrante grita al otro lado de las ventanillas, pero no siento absolutamente nada al contemplar el caos que es esta ciudad.

Una puta tormenta retrasó el vuelo y me perdí la primera reunión. Ahora mi humor, que ya era malo, es todavía peor.

Cuando atravieso las puertas de cristal del enorme edificio que alberga Macallan, todas las miradas caen sobre mí como imanes. Hace años que no aparezco por aquí, aunque sigo asistiendo a algunos eventos de vez en cuando, y eso hace que la mayoría me conozca o, al menos, tenga una idea de quién soy. Al fin y al cabo, los genes de mi padre se hacen evidentes cada vez que me miro al espejo.

Camino con calma hasta el ascensor privado y, con mi huella dactilar, consigo subir directamente al ático, donde está el despacho de mi padre; corrección, donde está mi despacho ahora.

Joder.

Siento como si mi vida no me perteneciera, y ya he tenido que luchar demasiado para no sentirme así. No se suponía que esto fuera a volver ahora, de repente, sin más.

Mientras la maldita caja metálica sube planta tras planta, me concentro y respiro profundamente. Siempre he resuelto todo con maestría; no será ahora cuando las cosas empiecen a salirse de su sitio.

En cuanto pongo un pie fuera del ascensor, el silencio de la planta me envuelve. Me golpea el olor a madera pulida, café recién hecho y alguna fragancia suave que no pertenece al entorno corporativo ni a las discretas flores que mi madre siempre manda colocar en la recepción de presidencia.

Es algo más ligero, limpio, casi dulce, pero no lo bastante como para resultar empalagoso. Algo floral, quizá.

Frunzo el ceño antes incluso de tener tiempo de entender por qué me fijo en eso.

No he venido hasta aquí para reparar en perfumes, pero la parte de mí que disfruta creando reconoce los olores mucho más deprisa que cualquier otra cosa.

Sacudo la cabeza y vuelvo a centrarme en lo importante. He venido porque la empresa me necesita, porque el nombre Macallan no puede tambalearse ante el mercado y porque, por lo visto, no existe ninguna otra persona capaz de mantener toda esta estructura en pie sin convertirlo todo en un desastre. Al menos, eso es lo que dicen mis abuelos.

Mi madre aparece en el pasillo antes de que alcance la sala principal. Está impecable, como siempre, pero hay una tensión en el rabillo de sus ojos que no encaja con la mujer que me enseñó a atravesar salones llenos de aristócratas, políticos e inversores sin permitir que nadie supiera qué estaba pensando.

—Douglas —dice, acercándose deprisa—. Por fin.

Sus manos van inmediatamente a mi rostro y después a mis brazos, como si necesitara comprobar que de verdad estoy aquí. Y eso me recuerda por qué he venido.

Estoy aquí porque Alistair Macallan, el hombre al que me he pasado toda la vida creyendo inquebrantable, por fin ha demostrado tener un cuerpo humano.

Mamá me da un abrazo silencioso y deja ver, durante un instante, su vulnerabilidad.

—La tormenta decidió convertir mi vuelo en una experiencia religiosa —respondo mientras me quito los guantes de cuero—. Supongo que la primera reunión ya ha terminado.

—Ha terminado. Hana tiene las notas y los documentos que necesitas. Yo he asistido en tu lugar.

Hana.

De nuevo, me asalta el recuerdo de papá hablando de su competencia, pero no dejo que ocupe demasiado espacio en mi cabeza.

—¿Dónde está?

Mamá señala con la barbilla una puerta entreabierta, a la izquierda del despacho de mi padre.

De mi despacho.

Sigo odiando la sensación que me provoca esa corrección.

—En su sala. Está preparándolo todo para ti. Y, Douglas... —me agarra del brazo antes de que siga avanzando—. Intenta no comportarte como un tirano con ella.

—Nunca hago promesas que no pienso cumplir.

Mamá suspira.

—No estoy bromeando, Douglas Macallan —me detengo y la miro—. Hana es importante para nosotros. Es una persona muy entregada y nunca hemos tenido una sola queja sobre ella, así que no se te ocurra hacerle nada a esa chica, ¿entendido?

Arqueo una ceja, sorprendido por la defensa preventiva de mi madre. Vale, ya he entendido que Hana es alguien importante; ahora solo necesito descubrir por qué.

No espero otra advertencia. Simplemente camino hasta la puerta que me ha indicado y la empujo sin llamar.

La sala es más pequeña que la principal, pero está organizada con una precisión que llama mi atención. Carpetas alineadas. Bolígrafos en su sitio. Una bandeja con documentos clasificados por

colores. Una americana oscura colgada de la silla. Un vaso de agua en su mano.

Está de perfil, con el pelo oscuro recogido de forma práctica y algunos mechones sueltos junto al rostro. Lleva una camisa blanca metida dentro de una falda lápiz; los tacones altos hacen que su postura parezca todavía más firme. No se percata de mi entrada. Está absorta en algún pensamiento.

Normalmente anunciaría mi presencia solo para acabar cuanto antes con la distracción.

Por alguna razón que desconozco, permanezco un instante más en silencio, limitándome a observar.

Tiene un tipo de belleza difícil de describir, aparte de única. No es la belleza que estoy acostumbrado a ver en cenas, subastas y suites de lujo, siempre consciente del efecto que provoca, ofreciendo el ángulo, la voz y la sonrisa adecuados. En ella hay algo más limpio, más afilado, una elegancia sin ensayo que no parece construida para agradar a nadie; simplemente está ahí porque le pertenece.

Entonces vuelve a llevarse el vaso a la boca y digo:

—Espero que esté preparada para explicarme por qué una reunión programada para mi llegada se ha celebrado sin mí.

El efecto es inmediato.

Se sobresalta con tanta violencia que el trago se le va por otro lado. Su cuerpo da un respingo, un sonido ahogado escapa de su garganta y el vaso se vuelca en su mano antes de que consiga sujetarlo bien. El agua se derrama y le cae directamente por la parte delantera de la camisa blanca, empapando la tela desde el pecho hasta la cintura.

—¡Joder! —se atraganta, tosiendo y golpeándose el pecho con la mano mientras intenta respirar.

No sé de dónde sale el impulso de sonreír, algo que no sentiría en ninguna otra situación. Pero por fuera mantengo la

compostura. Me quedo quieto, sin reaccionar, lo cual no es normal; tengo unos reflejos excelentes.

Solo que, en ese momento, mi cerebro comete la estupidez de registrar primero a la mujer antes que cualquier otra cosa.

La camisa mojada se pega a su piel.

Sus ojos oscuros se vuelven hacia mí, muy abiertos, furiosos y vidriosos por el atragantamiento. La boca entreabierta, buscando aire. El rostro se le tiñe de color, no de vergüenza; percibo con facilidad cuánto odia esta situación.

Es ridículo. Inconveniente. Absolutamente inapropiado. Y, aun así, lo primero que pienso *es que es preciosa*.

Lo segundo es que no me gusta nada haberlo pensado.

—¿Está bien? —pregunto, más seco de lo que exige la situación.

Tose una vez más, deja el vaso sobre la mesa con fuerza y saca varios pañuelos de papel de una caja junto al teclado.

—Estoy perfectamente —responde con la voz ronca—. Siempre empiezo el día ahogándome por culpa de hombres que entran sin llamar. —La última parte sale en un susurro, pero la oigo.

Mi madre, que aparece detrás de mí justo en ese momento, se lleva una mano a la boca.

—¡Hana!

—Estoy bien, señora Macallan —asegura rápidamente, aunque su camisa diga lo contrario.

Moira me lanza una mirada de reproche.

—Douglas.

—¿Qué? No he hecho nada.

Hana deja de intentar secarse la blusa y me mira.

Y, por primera vez en años, una mujer me observa sin interés alguno, sin segundas intenciones, sin miedo y, evidentemente, sin la

menor intención de ser agradable. Lo único que veo ahí es irritación, en su forma más pura, y eso me afecta de una manera distinta.

—Casi me mata del susto —dice.

—Entonces debería mejorar sus reflejos, señorita...

—Nakamura —completa, levantando la barbilla—. Hana Nakamura.

El nombre le encaja de una forma irritante. Corto, firme, bonito sin esfuerzo. Dios, ¿por qué demonios me estoy fijando en eso ahora?

—Douglas Macallan.

—Me lo imaginaba. —La miro fijamente, porque normalmente la gente sabe quién soy sin esfuerzo y eso los intimida, pero a ella no—. Sobre todo porque ha entrado aquí haciendo exigencias antes siquiera de dar los buenos días.

Moira emite un sonido bajo, intentando ocultar una risa. No miro a mi madre. Toda mi atención está puesta en la mujer que tengo delante, que acaba de cruzarse de brazos sobre el cuerpo, como si por fin se hubiera dado cuenta de que su piel estaba prácticamente a la vista.

Debería apartar la mirada por educación, pero en este momento la educación es lo último en lo que pienso.

—Si pretendía causar una primera impresión memorable, lo ha conseguido —digo, sin comprender esta absurda necesidad de provocarla.

Entrecierra los ojos.

—Podría decir lo mismo.

—Dudo que mi camisa esté transparente.

Su rostro se sonroja de una forma que la hace todavía más preciosa.

¡Joder!

No debería estar fijándome en la manera tan encantadora en que se sonroja mi futura secretaria.

—Una pena. Quizá así distraería a la gente de su mal humor.

Mi madre murmura su nombre a modo de advertencia, pero la reprimenda está cargada de afecto. Interesante. Moira no tolera la insolencia gratuita, especialmente dentro de la empresa. Si permite que Hana le hable así, es porque existe suficiente cariño o mérito para respaldar semejante osadía.

Apostaría por ambas cosas.

—Hana es la primera secretaria de presidencia —explica mi madre, acercándose a ella—. Era la mano derecha de tu padre y conoce todos los detalles de la rutina de aquí, de la filial estadounidense. Espero que os llevéis bien. Hana, ten paciencia con Douglas. Ya le he pedido que te trate bien.

—Ya veo que tiene una relación íntima con la rutina —respondo, mirando la camisa mojada—. Especialmente con los accidentes relacionados con el agua.

Hana sonríe sin humor.

—Y yo ya veo que usted tiene una relación íntima con entrar donde nadie lo ha llamado —la respuesta sale rápida; no la ha pensado, porque se muerde el labio.

—Esta es mi empresa.

—Y esta sigue siendo mi sala —dice en voz baja, de una forma que percibo involuntaria.

El silencio que se instala después debería resultarle incómodo.

No es así. Incluso con esa lengua afilada, se mantiene firme.

Sostiene mi mirada como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo. Lo curioso es que la gente suele necesitar dinero, apellido o poder para mantenerse tan firme delante de mí. Hana Nakamura no parece tener ninguna de las tres cosas.

Y, aun así, sigue ahí, con la camisa mojada, la garganta irritada provocándole leves toses, los ojos brillantes de rabia, sin

retroceder ni un centímetro.

Mi interés, por desgracia, aumenta.

CAPÍTULO 04
Douglas Macallan

Las mujeres siempre han sido una forma eficaz de desestresarme. Bellas, disponibles, lo bastante adultas para entender cómo funcionan las cosas y lo bastante inteligentes para no pedir lo que nunca prometí. Placer, compañía, unas horas de silencio con el cuerpo adecuado y, después, distancia. Nunca compliqué nada porque nunca encontré un motivo para hacerlo.

Sin embargo, esta mujer lleva menos de dos minutos delante de mí, mirándome de una forma que me hace parecer un inconveniente en su agenda, y algo dentro de mí pierde el equilibrio.

No lo suficiente como para que se note. Solo lo suficiente como para que lo odie.

—¿Tienes ropa de recambio? —pregunta mamá, preocupada.

—Tengo una americana —responde Hana, cogiendo ya la prenda de la silla—. Con esto puedo sobrevivir hasta el final del día.

No. Solo va a tapar el sol con un dedo.

—Deberías irte a casa a cambiarte —añade mi madre, todavía preocupada.

—No hace falta. Aún tengo que entregarle los informes al señor Macallan y reorganizar su agenda, ya que la tormenta decidió jugar con su vuelo.

Verla ponerse la americana debería solucionar el problema.

No lo hace.

La tela cubre la transparencia de la camisa, pero también acentúa su cintura, su postura rígida, el cuidado casi militar con el que intenta recuperar la dignidad después de haber sido sorprendida en una situación vulnerable. Hana actúa deprisa. Coloca bien el

vaso, aparta los documentos del agua que ha caído sobre la mesa y seca la superficie con pañuelos, mientras finge no estar incómoda.

Me gusta la eficiencia.

Me gusta todavía más la eficiencia acompañada de rabia, y no sé por qué la imagen de ella enfadada y sentada sobre mí se cuela en mi cabeza.

La aparto de inmediato, saco el móvil y le envío un mensaje a Angus antes de volverme hacia la señorita vaso de agua.

—¿Están listas las notas de la reunión? —pregunto.

—Sí.

—Perfecto. Vienes conmigo —digo, dispuesto a darme la vuelta.

Su mano se detiene sobre una carpeta.

—¿Adónde?

—A mi despacho.

—Puedo enviárselo todo por correo electrónico —dice, de repente un poco nerviosa.

Vale, esto es nuevo: la pongo nerviosa...

—No he pedido un correo electrónico.

—Puedo dejar las carpetas sobre su mesa.

—Tampoco he pedido eso. Además, detesto el papel.

Respira hondo, y la forma en que cierra los ojos durante un instante delata que está contando hasta algún número para no decir exactamente lo que piensa. Me entran ganas de saber cuál sería la frase. Bueno, en los últimos minutos me están entrando demasiadas ganas de demasiadas cosas.

—Entonces, ¿qué quiere? —pregunta con la voz afilada.

—Que me ponga al día personalmente sobre la reunión que me perdí, sobre los informes de mi padre y sobre cualquier cosa que haya ocurrido en esta planta desde que él se apartó.

—¿Cualquier cosa? —Ahora parece incrédula.

—Exactamente. Sin filtros.

Hana coge dos carpetas y después un cuaderno con anotaciones.

—En ese caso, va a necesitar café.

—No lo necesito. —Creo que un whisky sentaría mejor. Pero Hana todavía no lo sabe.

—Sí que lo va a necesitar —replica—. Porque la versión sin filtros es larga, desagradable y probablemente empeore ese humor suyo.

Mi madre sonríe.

Y a mí me dan ganas de hacer lo mismo, pero me contengo.

—Hana —dice Moira, tocándole el brazo con cuidado—. Tengo que ir al hospital a comprobar si Alistair se está comportando.

—Seguro que no —responde Hana de inmediato, y percibo hasta qué punto conoce a mi familia.

—Por desgracia, ya lo sé.

El intercambio entre ambas es rápido, familiar, cargado de una intimidad que no esperaba encontrar. ¿Mi padre permitió que esta mujer entrara en el círculo afectivo de mi familia? ¿O se abrió camino por méritos propios, silenciosa e inevitablemente, hasta que todos aceptaron su presencia?

No me gusta la pregunta. Sobre todo porque quiero la respuesta.

—Llámame si necesitas cualquier cosa, cariño —continúa mi madre—. Y procura comer algo que no salga de una máquina.

Hana hace una mueca.

—Fue una vez.

—Han sido tres esta semana, y eso es solo lo que yo he visto. Sin contar las veces que no habré visto —la regaña mamá.

—Guarda usted información muy injusta.

—Alguien tiene que hacerlo, ya que tú no te cuidas.

La información se queda enganchada en algún rincón de mi mente de forma involuntaria. Tres comidas o más sacadas de una máquina. La abuela en el hospital, según oí comentar a mi madre por teléfono cuando avisé de que había llegado. Retraso. Cansancio en los ojos. Demasiada competencia para una mujer que parece cargar con más peso del que admite.

Hana percibe mi silencio y frunce el ceño.

—Como perfectamente bien —dice, mirándome con una repentina necesidad de justificarse.

—No he preguntado.

—Pero ha juzgado —dice más bajo.

—Lo juzgo todo. —Me encojo de hombros.

—Qué afición tan triste.

Mi madre deja escapar una risa baja antes de despedirse de mí con un beso en la mejilla y una recomendación inútil sobre la amabilidad. En cuanto se marcha, la sala parece más pequeña. No porque el espacio haya cambiado, sino porque Hana sigue cerca, con un perfume discreto a té, jabón limpio y alguna flor que todavía no consigo identificar.

Pasa por mi lado cargando las carpetas.

—Su despacho está por aquí.

—Sé dónde está el despacho de mi padre.

Vacila.

Mierda, tengo que acostumbrarme al hecho de que ya no es el despacho de mi padre. Es mi puto despacho.

—Claro.

Mi humor se ensombrece un poco.

Mientras camino, las palabras "el despacho de mi padre" rondan mi cabeza. El despacho pertenecía a Alistair Macallan, y todo el mundo lo sabe. La silla, la mesa, los hábitos, las decisiones, las pequeñas concesiones hechas a empleados que ahora parecen ver una tormenta entrando por la puerta principal en lugar de verme a mí.

Tal vez lo sea.

Hana camina delante de mí y observo cómo sus tacones golpean el mármol, firmes a pesar del accidente. No se deja abatir. Tampoco intenta parecer frágil, y mucho menos seductora. No intenta parecer nada que no sea ocupada y profundamente irritada.

Es una novedad. Y suelo aburrirme deprisa de las novedades.

Tengo la sensación de que esta va a darme problemas en vez de aburrimiento.

Se detiene delante de la puerta doble del despacho principal, recoloca las carpetas entre los brazos y me mira por encima del hombro.

—Solo para que quede claro, señor Macallan, yo suelo llamar antes de entrar —dice con voz baja y educada, pero percibir el sarcasmo en su tono me da ganas de pulsar sus botones, de descubrir hasta dónde llega.

—Qué bien. Alguien en esta planta tiene que mantener la ilusión de educación.

—Hablaba de usted.

—Yo también.

Aprieta los labios para contener una respuesta y, esta vez, veo un destello rápido en sus ojos oscuros. No es diversión del todo, pero está lo bastante cerca como para hacerme querer arrancarle un poco más.

Absurdo.

Tengo una empresa que asumir, un padre enfermo, reuniones atrasadas, ejecutivos esperando descubrir cómo trabajo y quizá años

de decisiones tomadas en Estados Unidos que revisar. Lo último que necesito es convertir a la secretaria de mi padre en objeto de curiosidad. Ese no soy yo, pero, joder, ¿qué demonios me han hecho diez minutos con ella?

Hana abre la puerta.

El despacho me recibe con el peso familiar de la madera oscura, el cuero, el cristal, los antiguos premios y las botellas raras alineadas en las estanterías. Hay fotografías de varias generaciones de mi familia, y la vista de Nueva York se abre detrás del enorme escritorio, gris e inquieta, mostrando que se está formando otra tormenta.

Todo aquí exige control y me recuerda exactamente lo que cargo sobre los hombros.

Y, aun así, cuando Hana entra detrás de mí y cierra la puerta con cuidado, mi atención no se queda en el escritorio que ahora es mío ni en las decisiones que deben tomarse antes del almuerzo.

Se queda en ella. Toda mi atención va hacia la mujer que se ha empapado la camisa porque hablé detrás de ella.

En la secretaria que responde como si no tuviera instinto de conservación.

En la criatura inconveniente que, sin hacer absolutamente nada salvo existir enfadada delante de mí, ha conseguido distraerme del legado Macallan.

Eso nunca me había ocurrido.

—Siéntese —ordeno, dirigiéndome hacia el escritorio.

Arquea una ceja.

—¿En la silla?

—No, señorita Nakamura. En la lámpara de araña.

Parpadea.

Y entonces, para mi sorpresa, se ríe.

No es una carcajada fuerte, ni abierta, ni ofrecida para agradarme. Es breve, se le escapa, casi en contra de su voluntad. Aun así, cambia algo en su rostro. Suaviza la línea de su boca, ilumina sus ojos, deja ver a la mujer que hay detrás de la empleada agotada y de la secretaria irritada.

Siento el impacto de aquello de una manera irritantemente física.

Hana parece darse cuenta de que se ha reído y recupera la compostura enseguida, sentándose frente a mi escritorio con la espalda recta y las carpetas sobre el regazo.

—Perdone.

—No parecía arrepentida cuando sonrió hace un segundo —me burlo.

—Rara vez lo estoy —replica, conteniendo otra pequeña sonrisa.

Definitivamente va a darme problemas, y algo irritante dentro de mí disfruta con la idea.

Cojo la primera carpeta que coloca sobre la mesa y la abro, obligándome a mirar los números en vez de su boca, porque los números son seguros. Los contratos son seguros. Los informes, incluso los malos, obedecen a alguna lógica. Mujeres como Hana Nakamura no deberían ocupar ningún espacio en mi razonamiento.

Aun así, mientras empieza a explicarme la reunión perdida con precisión, voz firme y comentarios afilados sobre cada ejecutivo presente, comprendo dos cosas con una claridad inoportuna:

La primera es que mi padre tenía razón: es demasiado competente como para ignorarla.

La segunda es que voy a querer mantenerla cerca.

No por necesidad.

No solo por trabajo.

Y eso, antes incluso de saber nada real sobre Hana Nakamura, ya me parece una pésima idea.

CAPÍTULO 05
Hana Nakamura

La forma en que se concentra en la información que le he dado, revisando los informes, casi consigue que olvide que hace apenas unos minutos me ha puesto completamente de los nervios.

Solo que la camisa mojada pegada a mi pecho, por desgracia, no me permite olvidarlo.

Me molesta la ligera arruga que se forma entre sus cejas. También la manera en que juguetea con los gemelos sin apartar la vista del papel. Y que esté tomándose un whisky como si fuera café no ayuda en absoluto. No necesitaba estar encerrada en esta sala con él, oliendo su perfume y, para colmo, de cara a la puta cristalera que anuncia que se acerca una puta tormenta.

¿Podría empeorar el día? Tal vez el destino tenga una forma irritante de decirme que sí, que puede.

Alguien llama a la puerta, sacándome de mis pensamientos, y me sobresalto, porque nadie debería entrar aquí directamente.

Los ojos azules se levantan del papel y vienen hacia mí, preguntándome en silencio quién es.

—No tengo forma de saber quién es, señor Macallan —digo lo obvio.

Y me reprendo en el mismo instante. Este hombre consigue que sea una bocazas de una forma en la que no suelo serlo dentro de la empresa.

Amenaza con sonreír, aunque la expresión desaparece enseguida, y entonces manda pasar.

Entra un hombre al que no conozco, vestido con un traje impecablemente cortado. Me saluda y va directo hacia Douglas.

—Aquí tienes, hijo. Lo he conseguido como me pediste —dice, entregándole una bolsa de Dior que me deja de piedra.

¿Acaba de llegar y ya ha mandado comprar cosas para él? ¿Qué hace este hombre por la vida? ¿Se dedica simplemente a dar órdenes a todo el mundo porque sí?

—Gracias, Angus. Voy a comer aquí mismo. Te aviso cuando vaya a marcharme.

El hombre asiente y vuelve a despedirse de mí, pero no sin mirarme con una expresión que parece decir: "Ah, eres tú". Y no tengo ni idea de por qué su chófer —porque supongo que es su chófer— me mira de esa manera.

La puerta se cierra y vuelvo mi atención hacia mi nuevo jefe, que sostiene la bolsa en mi dirección.

Genial, quiere que se la guarde.

—¿Dónde quiere que la guarde? —pregunto, cogiendo la bolsa de su mano y levantándome.

—No sé, quizá donde guarde sus cosas. —Lo dice como si fuera obvio, y me quedo clavada en el sitio.

Parpadeo, preguntándome si lo he entendido bien.

—¿Por qué iba a guardar algo suyo entre mis cosas?

—Porque no es mío, señorita Nakamura. Ábrala y vaya a cambiarse.

Cada vez que abre la boca, me quedo un poco más sorprendida.

Dejo la bolsa sobre la mesa, porque ahora parece quemarme. Se da cuenta de que me he quedado bloqueada, así que saca la caja de la bolsa.

¡Sí! ¡Está dentro de una caja!

La abre y después me la tiende. Dentro hay una blusa color marfil, tan delicada que casi resulta ofensivo que la toque con mis dedos de pobre. El corte es sencillo, elegante, discreto de esa

manera que solo consigue una prenda de diseñador. No hay ningún logotipo gritándote la marca, ningún intento vulgar de exhibirla. Aun así, no necesito ver el emblema para saber cuánto cuesta.

—¿Qué es esto? —mi voz sale baja, bastante sorprendida.

—Una blusa, Hana.

Miro el envoltorio con los ojos muy abiertos. Deja de estar loca, Hana. No va a saltar de ahí y morderte en cualquier momento.

—Esto es Dior.

—Sigue siendo una blusa —responde con calma.

—Para usted, quizá. Para la gente normal, esto cuesta casi lo mismo que un alquiler.

—Entonces es una suerte que no haya sido usted quien la ha pagado.

Se encoge de hombros y deja la caja sobre la mesa cuando se da cuenta de que no soy capaz de cogerla.

—Vamos, Hana. Coja esto y cámbiese —señala el baño de su despacho—. Todavía tenemos mucho que hacer.

—¿Me ha comprado una blusa de Dior solo porque me hizo derramarme agua encima? —pregunto, todavía incrédula por lo que ha hecho.

¿De dónde ha salido este hombre?

—Sí, ya le he dicho que no es para tanto. Es solo una camisa, porque puede ponerse enferma si se queda con el pecho mojado así. Un resfriado, esas cosas. —Hace un gesto con la mano como si no fuera nada.

—Sabe que eso es viral, ¿verdad? Una camisa mojada...

—Hana, ¿nunca tuvo una madre dándole la lata para que cogiera el abrigo porque iba a llover? ¿Porque, si no, se pondría enferma?

Sus ojos me miran expectantes mientras me trago la respuesta: *¡No! Porque una lluvia me los arrebató.*

Pero no abro la boca. Simplemente cojo la caja y voy hacia el baño, apartando de mi cabeza cualquier recuerdo de mis padres.

Respiro hondo, me quito la camisa todavía húmeda, me paso una de las toallas por el pecho para secarme y después observo la blusa, aún sin creerme que pueda ser tan descarado.

Me la pongo y noto que la tela cae sobre mi cuerpo sin sobrar en los hombros ni tirar de los botones. Me queda perfecta.

Demasiado perfecta. Eso me desconcierta.

Salgo del baño y los ojos azules vienen hacia mí con la apreciación silenciosa de quien sabe que ha acertado, y eso hace que se me caliente el rostro.

—¿Cómo sabía mi talla? —disparo, atrapada entre varias emociones.

—Observo los detalles, señorita Nakamura.

—Mi talla no es un detalle que usted debería observar —replico.

—Discrepo. Acaba de resultar útil. —La practicidad de su tono me descoloca—. Ahora vuelva a sentar el culo aquí, porque tenemos cosas que discutir.

Me acerco a su mesa y lo miro a los ojos.

—Gracias por la blusa, pero no sobrepase los límites, señor Macallan. Nunca tuve ningún problema con su padre y espero que podamos mantener la misma línea de respeto.

Entrecierra los ojos en mi dirección, me examina durante un largo segundo y observa lo bien que me queda la blusa.

—Jamás sobrepasaría ningún límite con una empleada. Sobre todo con una tan competente como usted.

Percibo el sarcasmo, pero no respondo. Simplemente me siento y dejo que continúe con los informes y las preguntas ocasionales.



Después de unas horas, por fin paramos para comer, y parece que el señor Macallan ha escuchado a su madre, porque ha pedido que traigan un montón de comida distinta aquí, diciendo que yo tenía que alimentarme porque él no necesitaba una empleada enferma.

De repente, rompe el silencio mientras yo me limito a comer, observando cómo los relámpagos iluminan al fondo un cielo cubierto de nubes oscuras.

—¿Por qué sigue habiendo tanto papel aquí?

Aparto los ojos de la ventana y los fijo en él, que parece genuinamente confundido.

—Al señor Alistair le gusta más trabajar en papel.

Intenté cambiarlo muchas veces y nunca me dejó. Solo me daba más trabajo.

—Vale, entonces empiece por dejar también en formato digital todo lo que esté en papel. Odio el papel. Prefiero tener toda la información al alcance de la mano.

—Gran parte ya está digitalizada, entre otras cosas porque casi siempre necesitábamos que todo el mundo manejara la misma información, pero todavía quedan muchas cosas por actualizar.

Asiente, y me remuevo en la silla cuando la primera gota golpea el cristal.

Douglas se vuelve hacia la ventana cuando, de repente, la lluvia empieza a caer de forma torrencial. Después, sus ojos me analizan.

No sé exactamente qué ve, porque intento mantener la misma postura. Sin embargo, coge el mando y baja las persianas, impidiéndome ver el exterior.

Dejo escapar una respiración que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo.

Él sigue comiendo como si nada hubiera ocurrido y yo intento hacer lo mismo durante el resto del día. Lo cual es casi una estupidez. Al fin y al cabo, ha ocurrido Douglas Macallan.



Salimos de la empresa bien entrada la noche. Estoy tan cansada que ni siquiera sé cómo consigo hacer el trayecto hasta el metro y después hasta la casa de mis abuelos. Ese hombre me ha atormentado pidiéndome cada maldito detalle y me ha hecho pasarme el día entero sentada con él.

Cuando estoy llegando, aparece un mensaje de Elliot y su exigencia de que esté presente hoy me irrita en lugar de tranquilizarme.

Lo ignoro. Ya no aguanto más dramas por hoy.

Guardo el móvil en el bolso y sigo por la acera hasta la estrecha casa de mis abuelos, una construcción antigua de dos plantas, encajada entre otras iguales, con la pintura de la fachada desconchada en algunos puntos y los escalones de la entrada gastados por el tiempo. No es grande ni elegante, pero, cuando abro la puerta y me recibe el olor familiar a té, arroz y al suave incienso que mi abuela siempre enciende cerca del pequeño altar del salón, siento que se me afloja el pecho.

Aquí todo es sencillo. Respiro durante un instante, viendo a mi abuela sentada en el viejo sofá cubierto por la manta que cosió hace años, las plantas de mi abuelo ocupando un rincón junto a la ventana. Hay facturas apiladas sobre la mesita, medicamentos organizados en una bandeja y las zapatillas de mi abuela alineadas al lado del sillón, pequeñas señales de una vida que me aterra perder.

—*Tadaima* —anuncio mientras me quito los zapatos en la entrada.

Mi abuelo aparece desde la cocina con una taza entre las manos. Kenji Nakamura no es un hombre grande, pero siempre ha tenido una presencia capaz de hacer que cualquier habitación parezca más pequeña. Lleva el pelo canoso peinado hacia atrás y sus ojos atentos recorren mi rostro antes de detenerse en mi ropa.

Mierda.

—Esa no es la blusa que llevabas esta mañana.

Miro hacia abajo, hacia la camisa color marfil que parece pertenecer a otro mundo, demasiado lejos de nuestra realidad, y pienso que debería haberme vuelto a poner la mojada solo para evitar esta conversación.

—He tenido un accidente en el trabajo.

Frunce el ceño y la preocupación le cruza el rostro.

—¿Qué clase de accidente? ¿Te has hecho daño, hija?

—Agua, abuelo. Estaba bebiendo, me asusté y me lo tiré todo encima.

—¿Y qué te asustó?

El hombre más arrogante, guapo e irritante que jamás ha atravesado una puerta sin llamar.

—Mi nuevo jefe entrando de repente —respondo, escogiendo la versión más sencilla—. Mandó comprar otra camisa para que no tuviera que pasarme el día mojada.

Mi abuelo vuelve a observar la prenda, y sé exactamente en qué momento comprende que no es una camisa "de mercadillo". No entiende de moda, pero sabe cuándo algo no pertenece a nuestro mundo.

—¿Tu jefe te ha comprado ropa? —Arquea una ceja, claramente inquieto.

Allá vamos.

—Él provocó el accidente. Solo intentó solucionarlo. Como haría cualquier persona decente.

—Los hombres no compran ropa a mujeres que no son de su familia.

Cierro los ojos un instante, reuniendo la poca paciencia que me queda.

—Abuelo, eso es anticuado. Para él, esto es calderilla.

—El respeto no pasa de moda.

La respuesta llega firme, tan propia de él. El abuelo nació en otra época, en otro país, cargando con unas normas que cruzaron los océanos con él. Para Kenji Nakamura, la reputación es algo demasiado delicado como para tratarla con descuido, sobre todo la de una mujer. Me quiere, lo sé, pero me quiere con miedo y con la certeza de que el mundo siempre está preparado para señalarte con el dedo.

—Lo sé —digo con más suavidad, porque discutir con él hoy sería una crueldad para ambos—. No ha sido nada. Solo una camisa.

No parece convencido, pero, antes de que pueda continuar, la voz débil de mi abuela llega hasta nosotros.

—Kenji, deja respirar a la niña.

Voy hacia ella en el mismo instante. Su rostro pálido delata a quien ha pasado más horas de las debidas entre médicos, pruebas y ese insoportable olor a hospital que parece quedarse pegado a la piel. Aun así, sonríe cuando me ve, y esa sonrisa me desgarra por dentro de una forma que intento ocultar cada día.

—*Baa-chan* —murmuro, arrodillándome a su lado—. ¿Cómo estás?

Me acaricia el rostro con los dedos fríos y, de repente, siento que los ojos se me llenan de lágrimas.

No puedo perderos a vosotros también. Sois lo único que me queda.

—Mejor ahora que has llegado.

Ojalá pudiera creerlo sin sentir miedo.

—¿Has comido? —pregunta mi abuela.

Dejo escapar una risa cansada.

—Sí. Por lo visto, mi jefe también vigila eso.

Mi abuelo vuelve a entornar los ojos.

—Ese jefe está prestando demasiada atención.

Siento que se me calienta el rostro contra mi voluntad.

—Se fija en todo, por desgracia. Igual que la señora Macallan —desvío el tema, porque ellos saben que ella siempre se preocupa por mí.

Mi abuela me observa durante un largo rato sin hablar, con esa sabiduría silenciosa que me incomoda. Después, me aprieta la mano y esboza una sonrisa apenas perceptible.

—Entonces ten cuidado, Hana.

—¿Con él?

Mira la camisa y después me mira a mí.

—Con lo que finges no sentir.

No respondo, porque Douglas Macallan me ha perturbado y me ha irritado durante todo el día. Lo único que siento por él es rabia, pero jamás hablaría mal ni me quejaría del trabajo delante de ellos.

No cuando es mi trabajo lo que me permite mantener el tratamiento de mi abuela. Así que me quedo callada, porque

ninguna respuesta mordaz sería capaz de defenderme ahora.

Algo me dice que lo que voy a sentir por ese hombre no será otra cosa que rabia.

CAPÍTULO 06
Hana Nakamura

Salgo del despacho del maldito resoplando.

Juro que este hijo de una... de una buena madre, sí, porque la señora Macallan no merece que la insulten solo porque tiene un hijo insoportable.

—Hana, oye... —Chloe llama mi atención.

Tenerla aquí como segunda secretaria es una de las cosas buenas de este lugar, que, desde que llegó el maldito escocés buenorro —quiero decir, espantoso—, ha conseguido poner mi vida patas arriba.

—Hola, Chloe, perdona. No te había visto —digo, acercándome a ella.

—Ya me he dado cuenta. Has salido del despacho del jefe con cara de querer matar a alguien.

—No a cualquiera, quiero matarlo A ÉL. Te juro que, si no necesitara tanto este trabajo, ¡presentaría mi dimisión! —estallo, sintiendo una furia que rara vez alguien consigue despertar en mí.

Inspiro profundamente, intentando calmar el corazón.

—¿Qué ha hecho ahora? —su voz sale casi en un susurro.

—¿Qué no ha hecho? Me está volviendo loca con cada detalle. Quiere que esté prácticamente veinticuatro horas al día a su lado. Ni siquiera consigo ver a mi novio, Chloe. Dentro de poco, va a cansarse de mí.

Se me caen los hombros y, de repente, me siento triste, porque casi ni siquiera he tenido tiempo de pensar en Elliot durante estas últimas semanas. Nos hemos visto pocas veces, y él siempre parecía interesado únicamente en subirme la falda y follarme.

—No pienses eso, Hana. Si le gustas, entenderá que es por trabajo. No es algo a lo que puedas decir que no así como así. —De repente se detiene, mira hacia la puerta de nuestro jefe y después vuelve los ojos hacia mí—. Y también seamos sinceras: ¿quién quiere decirle que no a un buenorro de dos metros con cara de escocés malvado?

Dejo escapar un bufido sin darme cuenta.

—¡Yo quiero decirle cincuenta veces que no, Chloe!

—*Vale*, señorita de los noes, vamos a comer.

Parece que mi estómago oye la palabra comida, porque gruñe en ese mismo instante.

—No puedo, tengo que...

Chloe sale de detrás de su mesa y me agarra del brazo.

—Tienes que comer, y vas a hacerlo exactamente ahora. No tiene nada en la agenda durante las próximas dos horas, ¡así que vamos!

—Vale, pero voy a comer algo rápido. Cojo solo un sándwich de la máquina y vuelvo.

—Hana, si no te alimentas como es debido, vas a acabar muriéndote cualquier día, y sinceramente no quiero quedarme sin mi única amiga aquí.

Miro a la morena, que lleva el brazo enlazado con el mío mientras bajamos hasta la planta donde hay un restaurante para los empleados. Chloe es una persona tan buena que, aunque sea misteriosa respecto a su pasado, sé que no se merece este mundo.

—Te prometo que voy a cuidarme, tranquila —prometo, aunque sé que no puedo ponerme enferma, porque eso afectaría a los cuidados de mis abuelos. Al mismo tiempo, sé que cuanto más trabajo, más gano. Así que, al final, siempre voy a optar por trabajar más.

Aunque a veces me cueste la cordura.



Douglas Macallan

Observo a Hana salir de mi despacho, roja como un tomate.

No sé qué me ha pasado desde que llegué aquí. Cuanto más se enfrenta a mí, más ganas tengo de perturbar su cordura y de mantener cerca a la japonesa más preciosa que he visto en mi vida.

El mismo día que llegué, pedí un expediente completo sobre Hana y, al leer la información, pude entender exactamente por qué mis padres la aprecian tanto.

Tienen todos los motivos para hacerlo. Y yo sería un idiota si no lo admirara. Entró aquí como becaria, con la recomendación de un profesor y, desde entonces, lo único que ha hecho ha sido trabajar como una máquina.

Cuando leí que perdió a sus padres siendo tan joven, algo dentro de mí se encogió de una forma que jamás imaginé sentir por alguien que, en teoría, debería ser una completa desconocida.

Cuando pedí a Recursos Humanos que me facilitara todo lo que hubiera "fuera de lo común", el seguro médico de sus abuelos destacó entre el resto. Me sorprendió y, lógicamente, confronté a mis padres. Mamá me explicó, con los ojos vidriosos, que Hana no podía permitirse pagar el tratamiento de su abuela, así que la empresa cubría un seguro médico con un descuento muy por debajo de lo que ella encontraría en el mercado.

Al mirar las cámaras y ver a esa testaruda comiendo únicamente una porquería de la máquina antes de volver al trabajo, siento rabia.

Sé que me gusta provocarla, pero nada se compara con la preocupación que... ¿qué? Un mes conviviendo con ella ha provocado en mí.

Por Dios, Hana, ¿qué me estás haciendo?

Alguien llama a la puerta. No espero a nadie, pero mando pasar y aparece el gerente de Recursos Humanos temblando como una hoja.

—¡Buenas tardes, señor Macallan! ¿Podemos hablar? —dice al entrar.

—Buenas tardes. Claro, siéntese —señalo la silla frente a mí y espero a que hable.

El tipo lleva andando con pies de plomo conmigo desde que pedí revisar todos los "privilegios" que tenían los empleados.

Y, para mi sorpresa, había demasiada gente con demasiadas cosas que no correspondían.

Bonificaciones sin una justificación clara, reembolsos que parecían más bien pagas encubiertas, tarjetas corporativas utilizadas como si fueran una extensión de la cuenta personal de algunos directivos y beneficios adicionales concedidos sin criterio alguno. La operación aquí se había vuelto demasiado cómoda.

Mi padre siempre ha tenido un lado generoso con las personas que consideraba leales.

—¿Qué ocurre? —pregunto cuando no empieza a hablar.

El gerente de Recursos Humanos se pasa una mano por la corbata antes de sentarse, con el sudor brillándole ya en la frente.

—Es sobre los beneficios adicionales que usted pidió revisar.

—No pedí revisarlos. Pedí que se eliminaran todos los que no estuvieran contemplados en contrato o no tuvieran una justificación operativa decente.

Traga saliva.

—Sí, señor. Precisamente se trata de eso.

Me recuesto en la silla, impaciente.

—Entonces hable.

—Algunos beneficios realmente no tenían justificación. Bonificaciones recurrentes que no estaban vinculadas al rendimiento, coberturas adicionales para familiares de directivos que no cumplían los requisitos de la política, reembolsos sin la debida acreditación...

—Nada de eso me sorprende, teniendo en cuenta que fue exactamente lo que vi en los informes.

—Pero hay un caso concreto que creo que necesita su autorización antes de realizar cualquier modificación.

Mi mirada se vuelve más atenta.

—¿Cuál?

Abre una carpeta y desliza unos papeles por la mesa. No los toco de inmediato; me limito a leer el nombre que aparece en la parte superior.

Hana Nakamura.

Todo mi cuerpo se queda inmóvil.

No me gusta esta sensación.

—Explíquese —ordeno.

El hombre percibe el cambio en mi tono y palidece todavía más.

—La señorita Nakamura cuenta con una ampliación especial del seguro médico para sus abuelos. La empresa absorbe la mayor parte del coste.

Se me tensa la mandíbula.

—Lo sé.

Parpadea, sorprendido.

—¿Lo sabe?

—Claro. Estaba en los informes. Ahora continúe y explíqueme adónde quiere llegar con esto.

—Con los recortes que usted ha ordenado, este tipo de ampliación entraría automáticamente en la lista de cancelación o revisión. El sistema la ha señalado. Como la cobertura incluye un tratamiento de alto coste para su abuela, preferí consultárselo antes de ejecutar cualquier cambio.

El silencio que sigue a sus palabras es lo bastante frío como para hacer que el despacho parezca más pequeño.

Recuerdo a Hana saliendo de mi despacho hace unos minutos, furiosa conmigo, diciendo que la vuelvo loca. Recuerdo las discretas ojeras que intenta ocultar, la forma en que come cualquier porquería cuando cree que nadie la ve, cómo se le tensan los hombros cuando suena el móvil y aparece el nombre de su abuelo en la pantalla.

Enfermedad renal crónica. Estadio cuatro. Hemodiálisis una vez por semana, de momento.

De momento. Porque sí, incluso he leído el historial médico de su abuela.

Vuelvo a leer su nombre en el papel y siento cómo una irritación se extiende por mi pecho. No contra Hana. Nunca contra ella. Contra la idea de que una orden mía, por lógica que fuera, por necesaria que resultara, casi hubiera abierto un agujero bajo los pies de la única persona de este edificio que parece trabajar hasta el límite para no depender de nadie.

—Ese beneficio no se cancelará —digo.

—De acuerdo. Entonces, ¿lo mantengo tal como está?

—No.

Se queda paralizado.

—¿Señor?

Cojo el bolígrafo y firmo la autorización en un espacio en blanco de la hoja, más por la necesidad de hacer algo que porque

ese documento sea suficiente.

—La empresa dejará de descontarle cualquier cantidad.

Vuelve a parpadear.

—¿Nada?

—Nada.

—Pero eso aparecerá en la nómina, señor. Ella notará la diferencia.

—Entonces no aparecerá.

Abre la boca, la cierra y después parece decidir que su propia supervivencia depende de no parecer idiota.

—Puedo crear una clasificación interna de financiación especial, pero aun así...

—Transferirá los costes a una cuenta personal mía. No a su salario, no a su expediente, no a ningún documento al que ella pueda acceder sin mi autorización directa.

—Entendido.

—No, no lo ha entendido. Ella no puede saberlo.

El hombre se pone rígido.

—Señor Macallan, existe una cuestión de consentimiento cuando hablamos de beneficios y dependientes...

—No estoy pidiendo acceso médico, ni cambios en la cobertura, ni información clínica. Estoy diciendo que la parte financiera correrá por mi cuenta. Mantendrá la cobertura intacta, eliminará cualquier cobro a su nombre y se asegurará de que ninguna carta, correo electrónico, aviso de subida o comunicación del seguro llegue a la mesa de la señorita Nakamura con alguna referencia a esto.

Se humedece los labios.

—Puedo consultarlo con el departamento jurídico para que se haga correctamente.

—Hágalo.

—Puede hacer preguntas si se da cuenta —intenta argumentar.

—Entonces asegúrese de que no se dé cuenta. Y, si pregunta, dígale que se trata de una nueva política de la empresa.

Asiente rápidamente.

—Sí, señor.

—Y una cosa más —llamo su atención.

—Claro.

Me inclino hacia delante y apoyo los brazos sobre la mesa.

—Si alguien en este edificio utiliza su nombre para cuestionar ese beneficio, comentar su vida privada o convertir la salud de su abuela en un tema de pasillo, averiguaré quién ha sido.

El gerente permanece en silencio.

—Y, cuando lo averigüe, porque lo averiguaré, el despido será el menor de sus problemas.

—Entendido, señor Macallan —responde casi desesperado.

Empujo los papeles hacia él.

—Perfecto. Ahora elimine su nombre de cualquier lista relacionada con los recortes y envíeme, antes de que termine el día, un informe con todos los beneficios que serán eliminados por ser abusivos y haber sido concedidos a directores y altos ejecutivos.

Se levanta tan deprisa que casi tira la silla.

—Sí, señor.

—Y, Carter...

Se detiene con la mano en el picaporte.

—¿Sí?

—No me obligue a pedirlo dos veces.

Cuando la puerta se cierra, me quedo mirando el lugar donde el nombre de Hana estaba apenas unos segundos antes.

No sé en qué momento esa mujer se convirtió en una variable dentro de mis decisiones.

No debería serlo.

Hana Nakamura es mi empleada. Competente, insoportable, preciosa de una forma inconveniente y lo bastante testaruda como para convertir una orden sencilla en una guerra particular. Debería admirarla por su trabajo, provocarla por diversión y mantener las distancias por sentido común.

En lugar de eso, estoy aquí, asumiendo en silencio el coste del tratamiento de su abuela porque no soporto la posibilidad de verla cargando con una preocupación más sobre los hombros.

Esto no es caridad. Tampoco es amabilidad. La amabilidad exige una ligereza que nunca he tenido. Es control, intento convencerme.

Dejo escapar una respiración pesada.

Solo es control.

Si Hana se derrumba, la planta se derrumba con ella. Si dimite, mi rutina se convierte en un infierno. Si su abuela empeora por falta de tratamiento, pierdo a una empleada valiosa.

Es una explicación lógica.

Casi convincente.

Miro la pantalla de las cámaras de seguridad, donde aparece en el comedor junto a Chloe, sosteniendo una bandeja sencilla, con el pelo recogido, expresión cansada y la boca moviéndose en alguna queja que, con absoluta certeza, debe de incluir mi nombre.

Las ganas de sonreír me irritan.

Apago la pantalla.

—Maldita sea, Hana —murmuro para el despacho vacío.

Porque, si esto es control, entonces estoy empezando a perderlo.

CAPÍTULO 07
Douglas Macallan

Al día siguiente, a las ocho en punto, todos los directores están sentados en la sala de reuniones principal.

Algunos han llegado temprano por prudencia, otros por puro miedo. Los más idiotas han llegado creyendo que todavía tendrían margen para discutir conmigo.

Hana está a mi derecha, con el iPad apoyado delante y la postura impecable de siempre. Desde ayer no me mira demasiado. Tal vez siga irritada por la cantidad de trabajo que dejé sobre su mesa. O porque la obligué a comer algo decente antes de dejarla marcharse, lo que la enfadó profundamente. Quizá porque Hana Nakamura parece tener una reserva infinita de motivos para odiarme.

Curiosamente, eso mejora mi humor.

No puede decirse lo mismo de los hombres que tengo delante.

—Señor Macallan —empieza Bennett, director de operaciones, con una indignación mal disimulada—. Todos entendemos que algunos cambios serían inevitables con su llegada, pero los recortes han sido demasiado bruscos.

—Eran necesarios —respondo, sin prestarle demasiada atención.

—Algunos beneficios existen desde hace años —replica.

—Ya me he dado cuenta.

—Y muchos fueron acordados directamente con su padre.

La sala queda en silencio tras la mención a Alistair.

Levanto los ojos hacia él.

—Mi padre también creía que ciertos hombres eran leales porque llevaban veinte años bebiendo whisky con él. Como puede ver, no pienso repetir todos sus hábitos.

Bennett se pone rojo.

A mi lado, Hana no se mueve, pero veo cómo sus dedos se detienen durante un instante sobre el iPad.

—Estamos hablando de ejecutivos que han dedicado mucho tiempo a esta empresa —dice otro. Whitmore, del departamento jurídico—. Recortar bonificaciones, reembolsos y ampliaciones de beneficios de esta manera puede generar descontento.

—Excelente.

Parpadea.

—¿Excelente?

—Las personas descontentas suelen mostrar exactamente dónde estaban demasiado cómodas.

Un murmullo recorre la mesa, y dejo que dure poco.

—Voy a ser claro, ya que, por lo visto, la filial estadounidense se ha acostumbrado a interpretaciones demasiado generosas. Macallan Europa opera con un margen superior, crecimiento constante y una estructura administrativa más reducida. ¿Saben por qué?

Nadie responde.

—Porque allí la gente no intenta ganar dinero sin hacer una puta mierda.

El impacto se extiende por los rostros con una satisfacción que no debería divertirme tanto.

Hana baja la cabeza hacia el iPad, pero no antes de que vea cómo aprieta los labios. No sé si intenta contener la sorpresa o la risa.

Creo que un poco de ambas cosas.

—Señor Macallan —intenta Bennett.

Levanto una mano y se calla.

—Se acabó repartir privilegios sin rendimiento. Se acabó utilizar la tarjeta corporativa para cenas familiares. Se acabaron las bonificaciones que no estén vinculadas a resultados mensurables. Se acabó la cobertura ampliada para familiares de directivos que no tienen ninguna relación con esta empresa. Se acabaron los reembolsos con facturas creativas. Se acabó la idea de que trabajar en Macallan Estados Unidos significa vivir de las rentas mientras Europa carga con los beneficios a la espalda.

Algunos apartan la mirada.

Perfecto.

Los culpables siempre apartan la mirada antes de discutir.

—A partir de hoy, cada director sentado en esta mesa me entregará informes semanales de rendimiento de su propio departamento. Quiero objetivos, costes, cuellos de botella, contratos pendientes, riesgos y una justificación para cada gasto que supere el límite establecido por Finanzas. Si me demuestran que se lo merecen, poco a poco podrán restablecerse algunas cosas.

El director financiero, Elliot, que hasta ese momento ha permanecido callado, levanta el rostro.

No me gusta.

Todavía no sé exactamente por qué, pero no me gusta.

Tal vez sea la forma en que sus ojos buscan a Hana antes de volver hacia mí.

—Eso va a sobrecargar a los equipos —comenta.

Mi atención se fija en él.

—Entonces contrate a gente competente o despida a los inútiles.

Sostiene mi mirada con dificultad.

—Hay procesos que no pueden cambiarse de la noche a la mañana —argumenta.

—Hay procesos que solo siguen igual porque benefician a alguien —replico con facilidad.

El silencio regresa, más pesado.

Hana mantiene los ojos en el iPad, pero percibo cómo cambia su respiración. Con lo inteligente que es, ya ha entendido que no estoy hablando únicamente de productividad.

Estoy cazando.

Y alguien en esta sala lo sabe.

—Quiero una revisión completa de los últimos cinco años —continúo—. Contratos, subastas, exportaciones, cobros, comisiones, proveedores y cualquier intermediario que haya puesto las manos sobre dinero de Macallan.

—¿Esto es una auditoría? —pregunta Whitmore.

—Todavía no.

La respuesta causa más estragos que una confirmación.

Me inclino hacia delante y apoyo las manos sobre la mesa.

—Por ahora, es una oportunidad para que todos los presentes en esta sala me demuestren que merecen estar aquí. Si no lo consiguen, las cosas cambiarán. Puestos, contratos, salarios, despachos, privilegios. Todo.

Bennett aprieta el bolígrafo entre los dedos.

—Su padre siempre dirigió esta empresa basándose en la confianza.

—Mi padre enfermó porque dirigió esta empresa cargando demasiado peso él solo.

La frase sale más fría de lo que permite el dolor, pero no me retracto.

—Yo no soy mi padre. No he venido aquí para hacer amigos, mantener tradiciones cómodas ni preservar el ego de hombres que se han acostumbrado a cobrar por la reputación que tenían hace diez años. He venido para garantizar que el nombre Macallan siga

intacto. Quien trabaja por este nombre, se queda. Quien utiliza este nombre para enriquecerse sin aportar nada, se va. Y quien esté robándole a este nombre...

Me detengo. Los miro uno por uno.

—Deseará haberse limitado a marcharse.

Nadie se atreve a hablar. Esta vez, ni siquiera Elliot.

Me enderezo en la silla.

—Hana enviará hoy mismo la nueva estructura de informes. La primera entrega será el viernes a las diez de la mañana. Los retrasos se tratarán como incompetencia. Las inconsistencias se tratarán como un intento de ocultación.

Hana por fin levanta los ojos hacia mí, y hay algo en ellos que parece irritación, preocupación y, contra toda lógica, un atisbo de admiración.

Eso me distrae durante medio segundo.

Lo suficiente para que lo odie.

—¿Alguna duda? —pregunto.

Nadie se atreve a levantar la mano.

—Perfecto. Volved al trabajo.

Las sillas se mueven casi al mismo tiempo. Hombres poderosos se levantan en silencio, algunos tensos, otros ofendidos, todos más pequeños de lo que parecían al entrar.

Elliot es uno de los últimos en marcharse. Antes de cruzar la puerta, mira a Hana. Rápido. Demasiado íntimo.

Se me tensa la mandíbula.

Hana no se da cuenta, ocupada recogiendo los documentos. O finge no darse cuenta.

Cuando la sala queda vacía, deja escapar el aire lentamente.

—Sabe que acaba de declararle la guerra a la mitad de la dirección, ¿verdad?

Cojo el móvil, pensando en llamar a Pietro. Necesito a su esposa.

—No, señorita Nakamura.

Frunce el ceño.

—¿No?

Miro hacia la puerta por la que ha salido Elliot.

—Acabo de avisarles de que la guerra ya ha empezado. La diferencia es que ahora saben que estoy en el campo de batalla.



Ya en mi despacho, por fin hago la llamada.

—*Mira quién aparece cuando uno menos se lo espera.*

—Sí, digamos que estar vivo me está dando bastante trabajo.

—*¿A qué debo el honor de la llamada? ¿Vas a dejarte caer por aquí?*

—¿Ya sabes que estoy aquí?

—*Obvio. ¿Cómo vuelve a la ciudad el soltero más codiciado de Nueva York y crees que yo no voy a enterarme?* —se burla. Solo que, entre líneas, quiere decir: ¿mi proveedor vuelve y yo no voy a enterarme?

—Claro, Pietro Collalto controla Nueva York. Pero no es contigo con quien quiero hablar. Necesito un servicio de la señora Collalto —mi tono baja.

—*Hum, interesante. ¿Problemas en el paraíso?*

—Tal vez. Quiero que revise unas cosas. Ya me dijiste que tu esposa es excelente en lo que hace, así que necesito sus servicios

discretos.

Pietro guarda silencio durante un segundo. Su esposa es una excelente asesora fiscal y presta pocos servicios fuera de las empresas Collalto. Sin embargo, a él tampoco le interesa que yo tenga problemas en mi empresa, teniendo en cuenta que soy uno de sus proveedores habituales y colaboro con el contrabando de armas y drogas por Europa.

—De acuerdo, le pediré que compruebe si tiene disponibilidad para ayudarte. Quizá, si recibo una botella de ese próximo lanzamiento exclusivo, tenga una motivación extra.

—Ah, italiano cabrón. Tu botella está reservada. —Acabo sonriendo.

Pietro puede ser un puto mafioso italiano, pero el vínculo entre nuestras familias es antiguo y siempre ha sido alguien con quien contamos cuando los problemas van más allá de lo que pueden resolver las vías legales.

—Perfecto. Esperaré la invitación al lanzamiento, como siempre —dice con una sonrisa en la voz.

Cuelgo y, poco después, recibo un mensaje de Helena pidiéndome detalles.

Excelente. Dentro de poco tendré la respuesta que necesito.

Hana llama a la puerta y entra antes incluso de que le dé permiso, un hábito que ha adquirido porque yo hago lo mismo en su sala.

—¿Quería hablar conmigo?

—Sí, cierre la puerta y siéntese para anotar lo que necesito.

Sus ojos me examinan como si estuviera segura de que voy a decir algo serio.

Se sienta, abre el iPad y empieza a tomar notas.

—Helena Collalto se pondrá en contacto con usted para solicitar algunos documentos e información. Puede facilitarle y recopilar todo lo que le pida.

Sus ojos suben de la pantalla hacia mí y frunce el ceño.

—¿Una auditoría externa? Ya ha avisado...

—No va a abrir esa boquita suya delante de nadie —la interrumpo—. ¿He sido claro, señorita Nakamura?

Su rostro se pone rojo.

—Le juro que, si no necesitara este trabajo, ya habría presentado mi dimisión, señor Macallan —responde con tono cortante, y eso me irrita de una manera que no sé explicar.

Me gusta irritarla, pero saber que quiere marcharse de aquí me molesta. Aunque eso no consigue que piense en dejar de provocarla.

—Puede decir la verdad. En el fondo le gusta mi compañía. Sé que es magnífica, pero ahora hablo en serio. Sé que está ocurriendo algo raro, Hana. Simplemente todavía no he llegado exactamente al origen, y Helena va a hacerlo. Necesito que nadie lo sepa para que no intenten interferir. Y, cuando digo nadie, significa nadie. Solo usted y yo sabremos lo que está pasando, así que, si se filtra...

Su postura se vuelve rígida de inmediato.

—No se atreva a terminar esa frase. Nunca, jamás, me han acusado de divulgar nada. Así que no va a empezar ahora. Puede que yo no le guste, pero profesionalmente no tendrá absolutamente nada que reprocharme —su voz es firme y está claramente ofendida.

—De ninguna manera dudo de su capacidad, Hana. Precisamente por eso le estoy encargando esto a usted, porque confío en su trabajo. Es uno de los pocos en los que confío de verdad.

Parpadea, desconcertada. En este mes no se lo había dicho. No había considerado necesario hacerlo. Ahora es el momento en que Hana necesita saber que confío en ella y que no todo entre nosotros es una provocación constante.

Traga saliva y asiente. Decido llevar la conversación por otro camino.

—¿Cuándo es la cena de gala en la que tendremos una muestra de los whiskies?

Hana vuelve rápidamente a su modo eficiente y abre mucho los ojos.

—¿Hoy? —deja escapar un "joder" en voz baja—. Hoy, a las ocho de la noche, señor Macallan.

Le estoy dando tanto trabajo a Hana que se ha olvidado del evento de esta noche.

Suena mi teléfono y me impide responder. Atiendo sin prestar demasiada atención a lo que dice mamá, porque Hana trasteando con el móvil me roba toda la atención.

Con el teléfono inclinado, veo que escribe que estará disponible esta noche.

Bueno, creo que no.

Le digo a mamá que hablamos después y cuelgo.

—Bien. Volviendo a esto, esté preparada a las siete y media, entonces.

Hana me mira como si me hubiera salido un tercer ojo en la frente.

—Yo... eh... no suelo ir a esos eventos —dice, y creo que es una de las primeras veces que la veo desconcertada.

—Maravilloso. A partir de ahora irá a todos. Por lo que recuerdo de mi agenda desde ahora hasta el lanzamiento y la subasta, son bastantes —argh, odio tantos eventos en los que tengo que ser sociable fingiendo que me cae bien un montón de gente—. Así que limítese a prepararse.

Veo cómo su rostro adquiere un bonito tono rojo y Hana parece algo cohibida. Vale, esto es nuevo.

—Perdone, señor Macallan, pero tengo que ser sincera. No tengo ropa ni dinero suficiente para comprar lo que exigen este tipo de eventos —su voz sale un tono más bajo de lo habitual, pero mantiene la postura.

La examino. No siente vergüenza por lo que acaba de decir. No... es algo más cercano al miedo. No creo que tema que vaya a despedirla por eso.

—En ningún momento he dicho que tenga que pagar por algo que yo le estoy exigiendo. Es una exigencia de la empresa, así que todo lo proporcionará la empresa. Tranquila, señorita Nakamura.

Se endereza en la silla y continúo con otros asuntos antes de que rechace algo que no puede rechazar.

Hana, puedes intentar huir de mí, pero eso solo va a traerte más cerca.

CAPÍTULO 08
Hana Nakamura

Salgo del despacho del señor Macallan con el odio gritando en mis venas.

Joder, Elliot va a enfadarse porque, cuando por fin confirmo algo con él, acabo echándome atrás a mitad de camino.

¿En qué me he convertido?

Veo a Chloe atendiendo a alguien en recepción, así que me limito a hacerle un gesto y voy a mi sala para separar todas las millones de cosas que él me ha pedido.

Respiro con algo de alivio en cuanto entro en mi espacio. Mis cosas, todas ordenadas, consiguen calmarme.

Me siento y llamo al abuelo, porque tengo una llamada perdida suya.

—Abuelo, ¿ha pasado algo?

—*No, hija. Estaba en el mercado de aquí cerca de casa y quería saber si vendrías a cenar. Tu abuela va a hacer esa sopa que te gusta* —dice tan animado que sé que ella está bien.

Su tono cambia cuando se encuentra mal.

—No voy a poder, abuelo. Ha surgido un evento de última hora y voy a tener que acompañar a mi jefe.

La rabia vuelve a brotarme en el pecho. Tengo que avisar a Elliot de que no podré ir esta noche.

—*¡Hana!* —el tono de advertencia atraviesa el teléfono—. *Ten cuidado con lo que haces. La gente habla. Eres una chica decente.*

—Abuelo, es trabajo. No puedo evitarlo, y usted lo sabe —acabo siendo más dura de lo que me gustaría.

Él sabe que es mi trabajo lo que mantiene el tratamiento de mi abuela, y eso lo mata por dentro. Pero su pensión jamás cubriría

los medicamentos de alto coste y las elevadas cuotas del seguro médico.

—Perdóname, es que ningún trabajo debería hacerte perder tus valores. Pero confío en ti.

—Gracias por eso. Tengo que colgar ya. Si pasa cualquier cosa, llámeme.

Se despide a regañadientes y yo vuelvo a mis cosas.



Veo un mensaje de Elliot iluminando la pantalla y sé que tengo que hablar con él. Ya lo he pospuesto bastante.

Aprovecho que necesito que firme un documento y voy hasta su despacho. La puerta está entreabierta, así que llamo dos veces antes de asomar la cabeza.

Elliot está sentado detrás del escritorio, con la chaqueta abandonada en el respaldo de la silla, las mangas de la camisa remangadas hasta los antebrazos y el móvil en la mano. Levanta los ojos cuando me ve y, durante un instante, la sonrisa que aparece en su rostro me recuerda al hombre del que empecé a enamorarme.

Durante los últimos meses ha sido una mezcla confusa entre el novio perfecto y un capullo irritante, lo que muchas veces me hace preguntarme si de verdad estamos en la misma página.

—Por fin —dice, dejando el móvil sobre la mesa—. Pensaba que te habías olvidado de mí.

Entro y cierro la puerta, más por instinto que por voluntad. No me gusta esta sensación de estar siempre escondiendo algo, mirando por encima del hombro, teniendo que medir la distancia entre nosotros porque parece que estoy haciendo algo malo.

—No me he olvidado. He venido a avisarte de que ha surgido un imprevisto.

Su sonrisa disminuye al instante.

—¿Qué imprevisto?

Aprieto la carpeta contra el pecho, odiando la respuesta porque sé cuál será su reacción.

—Voy a tener que acompañar al señor Macallan a un evento esta noche. Es algo de la empresa, habrá inversores y socios importantes. Acaba de informarme de que tengo que ir.

Elliot se queda inmóvil. El cambio en su rostro es pequeño, pero ya lo conozco lo suficiente como para notarlo. Se le endurece la mandíbula, los dedos golpean una vez la mesa y sus ojos recorren mi ropa antes de volver a mi rostro.

—¿Con Douglas?

Me molesta la forma en que dice su nombre.

—Con mi jefe —corrijo—. Es trabajo.

—¿Trabajo por la noche? —Cruza los brazos, mirándome fijamente.

—Las cenas de gala no suelen celebrarse a las dos de la tarde, Elliot.

Suelta una risa sin humor y se levanta, rodeando el escritorio despacio.

—Qué gracioso. Desde que llegó, todo es trabajo. Reuniones, informes, comidas, su despacho todo el día. Chasquea los dedos y tú sales corriendo.

Siento cómo se me calienta la cara, porque una parte de mí también odia eso. La diferencia es que yo puedo odiar a Douglas Macallan. Lo que no necesito es que Elliot convierta mi irritación en algo sucio.

—Yo no salgo corriendo. No me trates como a un perrito. Trabajo aquí.

—Para él.

—Para Macallan.

—No te hagas la ingenua, Hana. Los hombres como él no llevan a secretarias guapas a eventos porque necesiten a alguien tomando notas.

Las palabras me golpean como una bofetada.

No porque me las crea, sino porque vienen de él. Del hombre que debería saber cuánto he luchado para estar donde estoy. Del hombre que debería ser el primero en no convertir mi trabajo en una insinuación ridícula.

—Cuidado con lo que estás diciendo —mi voz sale baja.

Se acerca más y su sofisticado perfume, que antes conseguía ponerme nerviosa de una forma agradable, ahora resulta empalagoso dentro de la sala.

—Estoy diciendo que no me gusta verte siendo utilizada por él.

—¿Utilizada? —repito, sintiendo cómo una risa amarga me sube por la garganta—. Qué curioso que uses esa palabra.

Su mirada se oscurece.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. —Respiro hondo, intentando recordar que no he venido a discutir, que estoy en mi lugar de trabajo y que este no es el sitio para hacerlo—. Solo he venido a avisarte de que hoy no podré salir. No quiero montar una discusión.

—Claro que tiene que convertirse en una discusión si mi novia va a pasar la noche con otro hombre.

Mi corazón tropieza con la palabra.

Novia.

Casi nunca la utiliza. Nunca delante de los demás, ni cuando alguien podría oírnos. Ni siquiera en un restaurante donde podríamos encontrarnos con conocidos. Pero ahí, detrás de una

puerta cerrada, la palabra aparece como si fuera una correa de la que puede tirar cuando quiere.

—¿Tu novia? —pregunto en voz baja—. Es interesante oír eso aquí dentro.

Se pasa una mano por el pelo y se lo revuelve.

—Sabes por qué todavía no podemos hacerlo público.

—Lo sé. La gente es mala. Pueden hablar de mí. —Bla, bla, bla—. Pueden perjudicar mi imagen. La misma excusa de siempre.

—No es una excusa, Hana. Estoy intentando protegerte.

Respiro hondo, porque no he venido aquí a discutir.

—Entonces confía en mí cuando te digo que es trabajo y que no voy a "pasar la noche" con él.

Elliot se queda callado, pero su silencio no es aceptación. Es acusación.

—¿Te gusta su atención?

La pregunta me pilla desprevenida.

—¿Qué? —Tiene que estar de coña.

—Contesta. ¿Te gusta? —su voz tiene un ligero temblor.

—Me gusta pagar mis facturas, Elliot. Me gusta que mi abuela tenga tratamiento. Me gusta no ser despedida porque decidí decirle que no a un hombre que acaba de asumir la presidencia de la empresa y es mi jefe directo. *Eso es lo que me gusta.*

Aprieta los labios y, durante un momento, creo que lo entenderá. Que recordará que mi vida no está hecha de caprichos, que no puedo permitirme el lujo de perder estabilidad simplemente porque él está celoso.

Sin embargo, Elliot solo me mira con una expresión acusadora, como si dijera: has elegido a Douglas.

—Has cambiado.

La frase duele más de lo que debería. Doy un paso atrás, necesitando distancia.

—No. Solo estoy cansada.

—¿Demasiado cansada para mí?

Me trago las ganas de decir que, últimamente, solo parece echarme de menos cuando quiere llevarme a la cama.

—Demasiado cansada para cualquier cosa.

Da otro paso y me toca el rostro. El gesto debería ser cariñoso, pero sus dedos me sujetan la barbilla con demasiada firmeza, obligándome a mirarlo.

—Después del evento, vienes a mi apartamento —ordena.

Mi cuerpo se tensa ante la imposición.

—No sé a qué hora voy a salir.

—Entonces avísame.

—Elliot...

—Hana. —Inclina el rostro, con la voz baja y más dura—. Ya estoy teniendo bastante paciencia con toda esta situación. No me hagas quedar como un idiota.

Aparto despacio el rostro de su mano.

—Qué gracioso, porque yo llevo mucho tiempo teniendo paciencia con muchas cosas —respondo con voz áspera—. Tengo que volver ya. —Y no, no voy a ir a tu casa, pero ahora no es el momento de decirlo en voz alta.

Su mirada sigue mi movimiento, fría de una forma que me incomoda. Parece plantearse si responder, pero se da cuenta de que no sería una buena decisión.

—¿Y el documento?

Casi me había olvidado de esta mierda. Abro la carpeta, saco el papel y lo dejo sobre la mesa.

—Necesito tu firma.

Coge el bolígrafo sin prisa, firma donde le indico y me devuelve la hoja empujándola.

—Diviértete en el evento con tu jefe —insiste, con la voz cargada de burla.

Ya está. Tengo ganas de gritar, pero respiro hondo y recojo el documento antes de que las manos me tiemblen de rabia.

—Buenas tardes, Elliot.

Salgo antes de que responda.

En el pasillo, dejo escapar el aire que no sabía que estaba conteniendo y aprieto la carpeta contra el pecho, intentando alejar esa horrible sensación de haber hecho algo malo cuando lo único que he hecho ha sido obedecer una orden de mi jefe.

Solo que, por primera vez desde que empecé a involucrarme con Elliot, la culpa no viene sola.

Viene acompañada de rabia.

Y, desde luego, si sigue comportándose así, no será culpa lo que sienta. Serán ganas de terminar algo que ni siquiera empezó bien del todo.

Elliot me está desordenando la cabeza con esas personalidades contradictorias. Hay días en que es tan cariñoso y afectuoso que consigue derretirme el corazón, y en otros momentos se comporta como ahora, como un hijo de puta sin corazón.

En cuanto salgo del ascensor, los ojos de Chloe brillan al verme. Viene casi corriendo, enlaza su brazo con el mío y camina conmigo hacia mi sala.

—Angus ha venido y ha dejado algo para ti —dice más bajo, con una sonrisa en la voz que reconozco de cuando está a punto de gritar de felicidad.

La miro sin entender hasta que entro en la sala y veo el símbolo de Valentino en la funda que envuelve el vestido.

En cuanto cierro la puerta, empieza a dar saltitos.

—Dios mío, estaba deseando que lo abrieras para que pudiéramos verlo.

Miro aquello pensando que está loco. Solo puede estar completamente loco. Me quedo paralizada, y entonces Chloe se da cuenta.

—¿Por qué te has quedado ahí plantada como un pasmarote? ¿No quieres ver el vestido?

—No es eso. Solo creo que es demasiado. Yo solo soy una empleada de la empresa, Chloe, no alguien importante que lleve un Valentino. ¿Qué van a decir de mí?

De repente, parece que estoy escuchando uno de los sermones de mi abuelo.

—Nadie tiene nada que decir sobre ti. ¿No has dicho que él quiere que lo acompañes? Pues entonces lo mínimo es que te vista a la altura. ¿Crees que las mujeres de allí no van a ir todas con vestidos carísimos? Despierta, amiga. Limítate a disfrutar.

Pienso que Elliot todavía va a creer más que me estoy vendiendo al señor "Imponente".

Imponente gilipollas.

Así es como debería llamarlo.

—Sabes que no es tan sencillo —dejo escapar un suspiro, sintiéndome de repente demasiado cansada, y todavía tengo que arreglarme.

—Claro, nunca lo es. Ahora tienes que prepararte. Así que vamos, porque voy a dejarte espectacular y nadie allí podrá decir que no naciste para llevar un Valentino.

Chloe no exagera. Lo que veo reflejado en el espejo cuando termina me deja completamente sin palabras.

CAPÍTULO 09
Douglas Macallan

Tengo poca paciencia con los retrasos.

Aun así, cuando salgo del ascensor y camino por la planta silenciosa, no miro el reloj. No porque haya olvidado la hora.

Sino porque, por primera vez en mucho tiempo, mi atención no está en la cena de gala, en los inversores, en los viejos coleccionistas que estarán presentes, en las esposas curiosas ni en los hombres que intentarán medir hasta dónde pueden presionarme antes de comprender quién soy de verdad.

Mi atención está en la puerta cerrada de la sala de Hana.

Eso, por sí solo, ya debería irritarme. Habíamos quedado a las siete y media, pero son las siete y cuarenta y ella no ha aparecido.

Angus me ha confirmado que entregó el vestido hace más de dos horas. No necesitaba haber mandado un Valentino. Cualquier vestido formal habría resuelto el problema.

Pero Hana ya había dejado claro, con esa dignidad feroz que utiliza incluso para rechazar lo imposible, que no tenía dinero para comprar ropa para eventos como ese. Y, por primera vez en mucho tiempo, escuché algo que no era una queja, ni un desafío, ni una provocación.

Era la realidad.

Una realidad a la que no estoy acostumbrado, porque, en mi vida, nunca he tenido que preocuparme por esas cosas.

Así que es básico: un evento corporativo exige una imagen a la altura, y la empresa debe asumir los costes necesarios para que sus empleados puedan cumplir con sus funciones sin verse expuestos a una situación incómoda.

Simple. Lógico. Perfectamente defendible.

El hecho de que yo eligiera Valentino no debería preocuparme. Tampoco que el vestido lo pagara yo y no la empresa. Eso es algo que ella jamás sabrá.

Al acercarme, oigo voces amortiguadas al otro lado. La de Chloe, animada. La de Hana, más baja, con ese tono contenido que utiliza cuando intenta no mostrar nerviosismo. Por algún motivo, eso hace que reduzca el paso.

Podría avisar de que he llegado, llamar a la puerta. En vez de eso, la abro.

Porque sigue siendo un entorno de trabajo y vamos tarde.

Y porque, por lo visto, estoy desarrollando la pésima costumbre de querer verla antes de que esté preparada para enfrentarse a mí.

Entro.

Y, durante una fracción de tiempo ridícula, olvido por qué he venido a buscarla.

Hana está de pie frente al espejo, llevando el vestido que elegí sin tener derecho alguno a saber que le quedaría así.

Valentino fue una buena decisión.

El color oscuro abraza su cuerpo con una elegancia discreta, sin ninguna vulgaridad, pero también sin conceder misericordia a quien la mira.

La tela cae sobre sus hombros y su cintura, diseñada a la perfección para ella, marcando la delicadeza de su figura, la curva sutil de sus caderas, la postura impecable que Hana mantiene incluso cuando está a punto de insultarme mentalmente. Su pelo oscuro, normalmente recogido de forma práctica, cae en ondas perfectas que enmarcan su precioso rostro.

No parece una empleada llevando una prenda de lujo.

Parece una mujer que siempre ha pertenecido al lujo, aunque nunca lo haya necesitado para que reparen en ella.

Eso me *molesta*.

Eso me *gusta*.

Eso me golpea de una forma que no permito que se refleje en mi rostro. Pero no impide que resuene dentro de mí y me retuerza el estómago.

Hana se vuelve cuando percibe mi presencia. Sus ojos oscuros encuentran los míos, y veo el instante exacto en que se siente incómoda por la forma en que la observo. No aparto la mirada. Sería demasiado educado. También sería cobarde.

—Señor Macallan —dice, y su voz sale lo bastante firme como para engañar a casi cualquier hombre.

A mí no. Después de un mes, ya conozco demasiado bien a Hana.

—Señorita Nakamura.

Chloe mira de uno a otro, sonriendo e intentando fingir profesionalidad con muy poco éxito.

—Ha entrado sin llamar —me acusa Hana.

—Sí —confirmo.

—Eso no era una pregunta.

—Perfecto. Mi respuesta no habría cambiado de todas formas.

Chloe vuelve el rostro rápidamente y finge arreglar algo sobre la encimera para ocultar la risa.

Hana frunce el ceño.

—Podría haber estado cambiándome.

Mi mirada baja por instinto hasta el vestido y vuelve a su rostro antes de que la observación se vuelva grosera.

—Por suerte, no lo estaba.

—Eso no hace que su invasión sea menos absurda.

—Hana, por el amor de Dios, ha pasado un mes entero y todavía no ha entendido que no pienso llamar a las puertas de mis salas. Ahora vamos, llegamos tarde.

Respira hondo y no me responde. El movimiento hace que la tela del vestido acompañe su cuerpo de una forma que me desestabiliza.

Chloe se aclara la garganta.

—Solo estaba ayudándola con unos últimos retoques —comenta—. El vestido le queda perfecto, ¿verdad?

Perfecto.

La palabra aparece en mi cabeza con la facilidad de un error.

Hana aprieta los labios, preparada para decir algo que probablemente incluya que el vestido es excesivo, que la empresa no necesita gastar tanto o que soy un idiota por haber enviado algo tan alejado de su realidad a una empleada. Tiene una cantidad admirable de quejas reservadas para mí. Normalmente me gusta escucharlas.

Ahora no quiero oír ninguna.

Porque, si abre la boca con ese vestido, ese pelo y ese rubor irritado subiéndole por el rostro, podría olvidar que llegamos tarde a una cena de gala y que hay al menos treinta personas importantes esperando verme. Personas que podrían sorprenderse al verme entrar con la secretaria de mi padre a mi lado.

Mi secretaria, corrijo.

La corrección no ayuda.

—Sí —respondo al fin—. Le queda perfecto.

La frase es sencilla. Aun así, Hana parpadea, quizá porque no esperaba oírla. Chloe, en cambio, parece a punto de desmayarse de felicidad.

—¡Te lo dije! —le susurra a Hana, sin susurrar de verdad.

Hana me mira con una nueva tensión en los hombros. Me entran ganas de tocarlos y decirle: relájate, no tienes que cargar con todo esto. Pero es Hana quien está delante de mí.

—Sabe que cuando dije que no tenía dinero para comprar ropa para esta clase de eventos no quería decir que la empresa tuviera que vestirme con algo digno de una alfombra roja, ¿verdad?

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué llevo un Valentino?

—Porque es un evento corporativo —miento, porque no puedo decirle que lo lleva porque no quería que nadie en la fiesta la menospreciara, que nadie la mirara por encima del hombro, porque, en el fondo, quería que la admiraran como la mujer hermosa que es.

Me observa fijamente.

—¿Esa es su explicación?

—Es la explicación correcta —mantengo la compostura.

—Este vestido debe de costar más que un año de mi alquiler.

—No veo por qué eso sería relevante.

—Claro que no lo ve.

Doy unos pasos hacia el interior de la sala y dejo que la puerta se cierre a mi espalda.

—Va a representar a Macallan a mi lado en una cena de gala con inversores, coleccionistas, herederos aburridos, esposas venenosas y hombres que creen que el valor de una mujer puede medirse por la etiqueta que lleva puesta. Asumir el coste de la ropa adecuada es lo mínimo.

—¿Ropa adecuada? —Mira su reflejo en el espejo, casi indignada—. Esto es Valentino.

—Exactamente.

—Usted es imposible.

—Y usted está vestida como corresponde.

Abre la boca, pero no sale ninguna respuesta de inmediato.

Raro. Muy raro.

Chloe se muerde el labio para no sonreír.

Hana, sin embargo, levanta la barbilla y recupera parte de su irritación.

—Eso no impedirá que hablen.

—No —respondo—. Pero garantizará que, cuando hablen, parezcan envidiosas, no que tengan razón.

Su rostro cambia. La irritación permanece, pero algo debajo vacila. Quizá porque comprende que no estoy limitándome a gastar dinero porque sí. Estoy anticipando el ataque antes de que ocurra.

Y se me da muy bien.

Me acerco a la mesa y cojo la pequeña caja que han dejado junto al bolso.

Hana ve el movimiento y se pone rígida de inmediato.

—No.

—Todavía no he dicho nada.

—No hace falta. Lleva una caja en la mano y, teniendo en cuenta su historial, probablemente contenga algo absurdo.

—Contiene algo necesario —digo simplemente.

—Tiene una definición enfermiza de necesario.

Cuando uno crece siendo un Macallan, la definición de necesario es diferente a la habitual. Pero Hana siempre me verá como un exagerado.

Abro la caja. La fina pulsera de diamantes descansa sobre el terciopelo, discreta, limpia, lo bastante elegante para lo que exige la cena.

Hana mira la pieza y después me mira a mí.

—Ni hablar.

—Forma parte del conjunto.

—Yo trabajo con agendas, informes y reuniones. No con conjuntos.

—Hoy trabaja con presencia institucional en una cena de gala.

—Está utilizando palabras elegantes para justificar que ha perdido completamente la noción de la realidad.

—Estoy utilizando palabras precisas para explicarle que no va a entrar en ese salón pareciendo menos que ninguna otra mujer presente.

Se queda callada un instante.

—Yo no soy como ellas.

—Lo sé. —La respuesta sale antes de que consiga ordenar el tono. Hana parpadea y sostengo su mirada—. Precisamente por eso no voy a permitir que finjan que usted vale menos. Porque es al contrario.

El aire entre nosotros se vuelve más pesado.

Chloe deja de fingir que está ordenando cosas.

Hana vuelve a mirar la pulsera y después la puerta, quizá calculando las posibilidades de huir. El problema es que ya he aprendido algo sobre ella: Hana puede odiar los excesos, pero odia todavía más entorpecer el trabajo.

—¿Esto también va a la cuenta de la empresa? —pregunta, intentando recuperar el sarcasmo.

—Si eso hace que la acepte, sí —respondo. Lo que sea con tal de que la acepte, porque jamás seré capaz de decirle que mandé hacer la pieza a medida con LeBlanc.

—Es usted horrible.

—He oído cosas peores.

—¿De mí? —pregunta, como si estuviera repasando todos los insultos que ya me ha dedicado.

—Todavía no.

Entrecierra los ojos, pero me entrega la muñeca.

Y, por algún motivo, esa pequeña rendición me parece una victoria peligrosa.

Le cierro la pulsera despacio, más despacio de lo necesario, y observo la delicada línea de diamantes contra su muñeca. Pienso en lo fácil que sería sujetar esa mano durante el resto de la noche y dejar que todos entendieran exactamente a quién pertenece.

El pensamiento es absurdo.

Hana no me pertenece. Ni siquiera me mira como si viera en mí algo más que a su jefe. Aun así, cuando le suelto la mano, lo hago con reticencia.

Retira el brazo rápidamente y aprieta los dedos contra su propia palma.

—¿Ya está? —pregunta.

—Casi.

Entrecierra los ojos.

—¿Qué más?

Miro su rostro, la boca que Chloe ha pintado en un tono discreto, los ojos oscuros que consiguen parecer feroces incluso cuando está incómoda. Después alcanzo el bolso sobre la mesa y se lo entrego.

—Ahora sí.

Coge el bolso sin mirarlo demasiado, quizá por miedo a descubrir otra marca de lujo imposible.

—¿Hay algo dentro que deba saber? ¿Una escritura? ¿Un diamante maldito? ¿Mi carta de despido?

—Su móvil, documentos y lo mínimo necesario para sobrevivir a cuatro horas de conversación con personas insoportables.

—¿Ha metido usted mis cosas aquí?

—Chloe lo ha hecho.

—Ah.

Chloe levanta la mano, culpable y feliz.

—He sido yo. Y también he metido el pintalabios.

Hana inspira profundamente.

—Los dos sois imposibles.

—Yo soy eficiente —dice Chloe sonriendo.

—Yo soy puntual —respondo, mirando el reloj—. Y llegamos tarde.

—Por su culpa —replica Hana.

—Yo estaba listo hace veinte minutos.

—Y yo estaba intentando descubrir cómo respirar dentro de un Valentino.

Mi mirada baja por reflejo, apenas lo suficiente para que ella se dé cuenta. Su rostro se calienta.

—Parece que lo está consiguiendo.

—Lo odio.

—Esta noche, señorita Nakamura, intente odiarme en silencio.

—Imposible prometerlo.

Por primera vez esa noche, sonrío de verdad. Solo un poco. Pero lo bastante para que ella lo vea.

Hana se queda inmóvil un instante y tengo la irritante impresión de que mi sonrisa la desarma tanto como su risa me desarmó a mí aquel primer día.

Entonces aparta la mirada y camina hacia la puerta.

—Vamos ya, antes de que me arrepienta.

Chloe suspira detrás de nosotros.

—Divertíos.

Hana gira el rostro, horrorizada.

—Es trabajo.

—Claro —responde Chloe, demasiado seria para resultar inocente—. Muchísimo trabajo.

Abro la puerta para que Hana pase primero.

Vacila al cruzar junto a mí, y su perfume me alcanza, mezclado con el aroma impecable de la tela nueva y con algo que es solo suyo. Té, jabón limpio y terquedad, probablemente.

Cuando salimos al pasillo, los pocos empleados que todavía quedan en la planta dejan de hacer lo que estaban haciendo.

Lo esperaba.

Hana no.

Veo cómo sus dedos aprietan el bolso, cómo su postura se vuelve todavía más erguida, el intento silencioso de fingir que no le importa. Puede llevar Valentino y diamantes, pero sigue cargando dentro a la niña que aprendió que la gente siempre habla.

Le ofrezco el brazo.

—¿Qué está haciendo?

—Ofrecerle mi brazo para que me acompañe a la cena.

—Sé caminar sola.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Entonces, ¿qué?

Me inclino un poco, solo para que ella pueda oírme.

—Entonces deje de comportarse así, como si estuviera entrando en un lugar al que no pertenece. Esta noche entra conmigo.

Hana no responde.

Durante unos segundos se limita a mirarme. Después, lentamente, apoya la mano en mi brazo. Es un contacto ligero, profesional, quizá. Cauteloso, sin duda. Sin embargo, el efecto que provoca en mí no tiene nada de profesional.

Caminamos hacia el ascensor bajo miradas curiosas y, mientras las puertas metálicas se abren delante de nosotros, pienso que llevar a Hana Nakamura a una cena de gala ha sido una decisión necesaria para los negocios.

Entonces miro su mano apoyada en mi brazo y sé que estoy mintiendo.

No del todo.

Pero sí lo suficiente como para ser peligroso.

CAPÍTULO 10
Douglas Macallan

Camino con Hana hacia la salida del salón y noto su evidente cansancio.

La fiesta ha terminado más tarde de lo previsto porque, por lo visto, soy una especie de espécimen raro ante el que todos necesitan demostrar su valor económico para Macallan. Está claro que mi fama me precede, y esta noche ha quedado más que demostrado.

—Gracias por la ayuda de hoy, Hana —rompo el silencio.

Parpadea y me mira, visiblemente desconcertada.

—¿Qué he hecho diferente?

—Me has ayudado de inmediato con esos empresarios, indicándome cuáles ya tienen una buena relación con nosotros, cuáles la tuvieron y perdieron la oportunidad y cuáles no son buenos empresarios, sino que solo están interesados en el estatus de trabajar con nosotros.

Esboza una pequeña sonrisa.

—Conozco la operación de aquí desde hace muchos años. Siempre ayudé a su padre a tratar con muchos de ellos. Sé que un mes es poco tiempo para que usted los conozca a todos, sobre todo porque no trabajaba con ellos aquí.

—Eso es estupendo, y por eso voy a querer que me acompañes siempre a los eventos. ¿Ahora entiendes que no es un capricho? —Casi no puedo creer las palabras que salen de mi boca.

Soy un puto sinvergüenza.

Obviamente, su ayuda ha sido esencial en muchos casos, pero, en algunas situaciones, simplemente me he aprovechado de la

excusa para tenerla cerca y escucharla susurrarme información al oído.

¡Vale! Oficialmente me estoy convirtiendo en un psicópata.

—Sí. Es solo que el señor Alistair no solía llevarme a estos eventos, aunque también tiene sentido, porque él ya conocía a todo el mundo y su madre siempre lo ayudaba. —Se encoge de hombros, admitiéndolo por fin—. Bueno, ya que hemos terminado aquí, me voy a casa. Es muy tarde.

Me detengo en seco y miro a Hana, que también se para bruscamente y casi se cae. La sujeto enseguida. Y ella, todavía más rápido, se aparta de mí.

—Hana, me importa la seguridad de mis empleados. Jamás dejaría que cruzaras la ciudad a estas horas. —Estamos muy lejos de su casa; incluso en coche tardaría más de una hora.

Cruza los brazos y desaparece por completo el ambiente más distendido.

—Sé cuidarme perfectamente sola. Usted ya ha hecho suficiente por mí.

—Si ocurre algo, será un accidente laboral —respondo rápidamente.

Me impresiona que todavía sea capaz de inventar excusas relacionadas con la empresa a estas horas.

—¿Y qué propone? ¿Que vaya a su casa? —Arquea una ceja, sin ocultar la burla.

—No. Nos quedaremos aquí. La reserva ya está hecha.

—Eso es una locura. Mañana tengo que trabajar.

—También he hecho que preparen ropa para mañana, porque no te daría tiempo de ir a casa y volver.

El impacto queda reflejado en su rostro. Hana siempre espera lo peor de mí, pero creo que esta vez he superado sus expectativas.

—¿Lo tenía planeado?

—Claro que no. No sé si lo sabe, señorita Nakamura, pero los hoteles Vanderbilt tienen tiendas que venden ropa formal. Así que "mi plan" surgió cuando me di cuenta de que la cena se alargaría más de lo razonable. No convierta esto en algo más grande de lo que es.

Los ojos oscuros de Hana me examinan y no consigo descifrar exactamente qué está pensando.

—Si en cada cena o evento decide gastar conmigo lo que cuesta un vestido de lujo o un hotel de lujo, la empresa va a quebrar.

No consigo contener una sonrisa.

—Ni aunque te comprara diez vestidos de lujo al día quebraría la empresa, Hana.

Veo que no consigue evitar poner los ojos en blanco.

—Pero es absurdo que usted compre esto... —se detiene y mide sus palabras—. En realidad, no hay ninguna necesidad. A menos que tenga otras intenciones. Y, en ese caso, voy a pedirle que pare inmediatamente.

Da un paso atrás y percibo enseguida que está recelosa.

—Ni aunque fueras la última mujer del mundo. Eres una empleada excelente y nada más, señorita Nakamura. No confundas las cosas. No eres alguien con quien yo me casaría.

Una sombra de dolor cruza muy deprisa su rostro. Hana está acostumbrada a esconder muy bien sus inseguridades.

—Perfecto, porque usted tampoco es mi tipo. Creo que nunca funcionaría y no quiero tener problemas con mi trabajo por culpa de un jefe que no sabe aceptar un no —responde deprisa, con una necesidad absurda de justificarse y alejarse.

Respiro hondo porque lo que me apetece es gritarle otras cosas.

—¿Podemos irnos ya?

—Claro, pero hablo en serio, señor Macallan. No puedo aceptar vestidos tan caros.

—Son alquilados, Hana, por el amor de Dios. Mañana Angus te lo recogerá para devolverlo, ¿vale? ¿Así te parece mejor?

Me mira, valorando si creerme o no.

Incluso un alquiler seguiría costando una pequeña fortuna, pero percibo que, para ella, eso resulta aceptable.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

Porque acabo de inventármelo, joder.

—Pensé que Angus se lo había explicado. Hablaré con él para que preste atención y le dé toda la información a partir de ahora. Así dejarás de ser tan jodidamente irritante —mi tono sale más brusco de lo que pretendía, pero, joder, Hana ha conseguido sacarme de mi terreno.

—No hace falta que le riña.

Se dirige hacia recepción, pero le sujeto el brazo y voy directamente hacia el ascensor.

—Pero...

Saco la tarjeta del bolsillo del esmoquin y se la entrego mientras entramos en el ascensor.

—El check-in ya está hecho. Son las ventajas de ser socio comercial del dueño del hotel.

Hana mira al suelo y la veo respirar hondo. Después, sus ojos vuelven hacia mí.

—Perdóneme, es solo que llegar a casa con un vestido así sería muy incómodo. Mi abuelo es muy tradicional, no entiende por qué mi jefe pagaría una prenda de este tipo sin tener segundas intenciones. Y, sinceramente, no quiero discutir con ellos. Ya es bastante difícil con mi abuela enferma... —su voz sale baja, sin su habitual actitud combativa. Es solo ella, demasiado cansada.

Por la forma en que hablaba, ya imaginaba que su abuelo era tradicional, pero ahora, al escucharla abrirse delante de mí, empiezo a pensar que es mucho peor.

—Está bien. Es que, para mí, esto es algo básico, Hana. No quiero que pienses cosas raras. Estos eventos son importantes para la empresa, sobre todo con el cambio, conmigo ocupando el puesto de mi padre y un lanzamiento inminente. Es demasiado, y eres alguien importante para la empresa —y, joder, para mí—. Así que solo necesito tenerte aquí trabajando.

Veo cómo eso le quita un peso de los hombros.

El ascensor se abre en la planta privada de la suite presidencial.

Los ojos de Hana se abren de par en par y van desde las puertas del ascensor, que dan acceso directo al salón común, hasta mí.

—Esto es la suite presidencial del hotel. ¿Por qué estamos aquí?

—Porque me alojo aquí. Entra ya.

—Creía que habíamos llegado a la conclusión de que usted jamás se interesaría por mí.

—Y hemos llegado a esa conclusión. Nunca haría eso. Por eso tú vas a dormir ahí —señalo la puerta de la izquierda— y yo aquí —respondo, dirigiéndome ya hacia la puerta de la derecha.

Respira y asiente, casi corriendo hacia la habitación.

Antes de que pueda entrar en la mía, el móvil vibra con un mensaje de Edward invitándome a beber en el club.

Perfecto. Es justo lo que necesito.

Doy media vuelta y entro en el ascensor. El club está cerca del hotel, así que voy con Angus, porque hoy necesito beber de verdad.

—Angus, mañana recoge el vestido de Hana —sus ojos me miran por el retrovisor—. No me mires así. No puede llevárselo a

casa, así que le he dicho que era alquilado.

—Douglas, ¿no crees que es peor mentir?

Le devuelvo la mirada. Perfecto, justo lo que me faltaba.

—No. Lleva el vestido a mi casa y dile al ama de llaves que lo guarde.

—¿Para qué? —No se me escapa su tono incrédulo.

—Porque podría necesitarlo. Y se acabó el tema.

Esboza una sonrisa de quien sabe demasiado. Solo que, en este momento, ni yo mismo entiendo qué demonios estoy haciendo, porque es evidente que Hana no siente más que desprecio por mí.



Encuentro a Edward sentado ya en una de las mesas más apartadas, aunque con una buena vista del salón del Sovereign, que, pese a lo avanzada que está la noche, sigue bastante concurrido.

Desde que volví a Nueva York, papá también me cedió el mando de este negocio. Actualmente, el Sovereign está controlado por cinco familias tradicionales: la mía, vinculada a las bebidas desde hace más de doscientos años; los Harrington, actualmente representados por William Harrington, CEO de HGT, una empresa automovilística extremadamente selectiva; los Ashford, representados por mi amigo Edward, siempre al frente de los mejores proyectos inmobiliarios; los Blackwood, representados por Landon Blackwood, banquero y dueño de una antiquísima red bancaria; y los Kingsley, ahora representados por Sebastian Kingsley, el hijo bastardo más joven de la familia, que asumió todo el bufete de abogados de los Kingsley. Bastardo o no, es uno de los mejores en derecho civil.

Estas familias poseen negocios tan antiguos y rentables que resulta casi imposible decir cuál es la más rica. Aquí, el apellido vale tanto como el dinero, y la influencia vale más que ambos juntos.

Antes de que pueda hablar con Edward, veo a Landon dirigiéndose hacia la salida.

—Blackwood, ¿no podemos tomarnos una copa?

—Hoy no puedo. Si no llego a casa en menos de una hora, mi prometida podría matarme —comenta con una sonrisa.

—Claro, es muy importante que no la hagas esperar si no quieres dormir en el sofá —me burlo, porque ya he visto cómo mira a su prometida.

Se echa a reír y no lo niega. Nos despedimos y se marcha mientras yo voy a sentarme con Edward.

—El evento de hoy ha estado muy bien, te han bombardeado los empresarios. La secretaria de tu padre estaba impecable a tu lado...

—Mi... —corrijo.

—¿Cómo?

—Hana es mi secretaria, no la de mi padre.

—Tranquilo, es solo la costumbre. Ya he tratado con ella en algunos negocios que hice con tu padre. La chica es excelente.

Detengo el vaso de whisky que estaba a punto de llevarme a la boca y lo miro.

—¿Y ahora vas a empezar a deshacerte en elogios hacia mi secretaria?

Veo cómo se forma una sonrisa mínima en su rostro. Edward me conoce desde hace demasiado tiempo como para saber demasiado de mí.

—¿Celos, señor Macallan?

—¿De ti? ¡Jamás!

El rostro de Edward se vuelve serio y sé que ahora hablará en serio.

—Me gusta provocarte. Pero, las veces que he asistido a eventos de vuestra empresa, o incluso durante negociaciones, siempre he notado que tus padres le tienen mucho aprecio, así que no creo que sea alguien con quien jugar. Nunca has querido nada serio con ninguna mujer. No sé si eso cambiaría así, por tu secretaria.

Miro a mi amigo mientras me termino todo el líquido ámbar del vaso.

—No me estás contando nada nuevo. Y no tengo ninguna intención de hacer nada con ella, ni ella me ve de esa manera. Creo que ese es uno de los motivos por los que me gusta tanto tocarle las narices.

—Siempre quieres tenerla cerca, por eso haces que la pobre trabaje contigo más de lo necesario.

Ni siquiera me molesto en responder. Durante este tiempo desde que regresé a Nueva York y fui a visitar a mi ahijada, le hablé brevemente de Hana. En algunas de nuestras conversaciones, Edward se dio cuenta de lo constante que se había vuelto su presencia en mi vida.

Hago una señal para que vuelvan a llenarme el vaso.

Y, cuando mi mirada recorre el salón, veo a mi director financiero.

—¿Por qué te interesa tanto esa mesa? —pregunta Edward, al darse cuenta de que estoy mirando la mesa donde está Elliot, acompañado de otros hombres y de algunas mujeres que trabajan aquí en el entretenimiento nocturno.

—Porque mi director financiero está sentado ahí.

—¿Hale?

—Sí, ese mismo.

—Suele venir mucho por aquí. Su padre es lo bastante rico como para que él crea que es alguien importante.

—¿Siempre rodeado de mujeres también? —Lo observo derrochando sonrisas y pasando las manos por las mujeres que tiene alrededor.

—Cuando me fijo en él, sí, pero pregunta a los camareros. Ellos siempre saben esas cosas —dice, encogiéndose de hombros.

En cuanto se acerca un camarero con el whisky que he pedido, le indico que se acerque más. Sabe quién soy, así que obedece de inmediato.

—¿Conoce al señor Hale, el que está en aquella mesa de ahí delante? —sus ojos van hasta él y asiente—. ¿Viene siempre y sube acompañado al tercer piso con alguna de las chicas?

Se limita a asentir otra vez.

Le doy una generosa propina por la información y lo dejo marcharse.

No entiendo exactamente por qué me irrita tanto, pero algo me dice que no debería gustarme.

Quizá sea la forma en que mira a Hana. No lo sé...

Solo sé que voy a averiguarlo. Y, si quiere algo con Hana, puedo acabar con su miserable vida.

CAPÍTULO 11
Hana Nakamura

Después de pasar tres meses vistiendo ropa que jamás pensé que llegaría siquiera a tocar y frecuentando lugares en los que nunca imaginé poner un pie, por fin voy a tener una semana de paz sin el señor Macallan aquí.

Después de la negociación final para la subasta, pasará una semana en Europa. Todavía no me lo creo.

Entro en su despacho como siempre, sin llamar.

—Buenos días, señor Macallan.

Los ojos de Douglas se levantan hacia mí, llenos de dudas. Claro, nunca entro aquí dándole los buenos días de una forma tan cálida, pero no puedo negar que estoy contenta.

—¡Buenos días, señorita Nakamura! ¿A qué viene tanta felicidad a las ocho de la mañana?

Intento disimular, inútilmente.

—A nada, estoy normal.

—No, no lo está. Pero eso es lo de menos. Tenemos mucho que hablar ahora. Coja su té y siéntese.

Me quedo inmóvil.

Normalmente, siempre entro aquí con mi taza de té, mientras él alterna entre un whisky o un café, dependiendo de su humor. Pero hoy no lo he cogido; he acabado retrasándome porque tenía que recoger algunas cosas que me pidió.

—¿Té?

—Sí, está ahí, en el aparador —responde sin levantar los ojos de lo que sea que esté leyendo.

Me resulta extraño, pero camino hasta el aparador y cojo el té caliente. Cuando acerco la taza a la boca, me envuelve el aroma del

té verde.

¿Cómo sabe que es mi favorito?

—¿Cómo lo sabía? —pregunto mientras me siento.

—Bebe esa cosa todos los santos días. No sé si lo sabe, pero participo en la producción de los whiskies, y eso significa que tengo el olfato y el paladar muy desarrollados —responde, sin darle demasiada importancia.

Claro, también tenía que saber hacer whisky, no solo venderlo.

¿Qué no sabe hacer este hombre?

En fin, me lo saco de la cabeza y empiezo a repasar algunos de sus compromisos y las cosas que necesita saber para los eventos en los que participará en Europa. Su secretaria de allí, Fiona, es muy fácil de tratar, así que, cuando es necesario ocuparse de cualquier asunto de esa sede, siempre se ofrece a ayudar.

Veo un evento de última hora que no estaba aquí.

—La cena de esta noche, antes del vuelo, es con un socio de última hora que quiere participar en la subasta. Por cierto, avisa a Fiona de que le pida al abuelo que separe las dos botellas que acordamos utilizar en la subasta. Las traeré personalmente. Eso vale millones como para dejarlo en manos de cualquiera.

Asiento y anoto la información, preparada para pedirlo, cuando empieza a encargarme más cosas.

Cómo pide cosas este hombre. Seguro que debería existir alguna categoría para darle un trofeo al jefe que más cosas pide por minuto.

Si no existe esa categoría en el *Guinness*, debería crearla inmediatamente.



Salgo de su despacho cargando con mi iPad, una carpeta con documentos de la subasta y una lista mental tan larga que me entran ganas de abrir una hoja de cálculo solo para organizar mis hojas de cálculo.

Aun así, debajo de la irritación hay una felicidad obstinada intentando sobrevivir.

Una semana.

Siete días.

Ciento sesenta y ocho horas sin Douglas Macallan diciendo mi nombre de esa manera que me afecta de una forma que no sé explicar, sin pedirme cosas absurdas, sin obligarme a acompañarlo a cenas donde mujeres ricas me miran por encima del hombro, sin que su perfume ocupe el aire antes incluso de que me dé cuenta de que se ha acercado.

Paz.

Casi puedo saborearla.

Entro en mi sala pensando ya en llamar a Fiona, pero me detengo en seco al ver a Elliot apoyado contra mi escritorio.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sorprendida, porque no suele aparecer por aquí.

Sonríe, pero no hay nada ligero en el gesto.

—Yo también te echaba de menos.

Cierro la puerta detrás de mí, no porque quiera privacidad, sino porque lo último que necesito es que Chloe presencie otra

conversación incómoda entre nosotros, algo que se está volviendo tan habitual que empieza a irritarme y a hacer que lo evite.

—Estoy trabajando, Elliot.

—Siempre estás trabajando —gruñe.

Dejo mis cosas sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Porque es lo que hace la gente dentro de una empresa —las palabras salen sin paciencia.

—No seas irónica conmigo, Hana. Llevo días intentando hablar contigo.

—Y te he respondido cuando he podido.

—¿Cuando has podido? —Suelta una risa breve, sin humor—. Qué curioso que para él siempre puedas.

La rabia llega tan deprisa que no consigo contenerla. Ha logrado arruinarme el humor, que estaba estupendo.

—No empieces.

—¿Que no empiece? —Se aparta de la mesa y viene hacia mí —. Llevo tres meses intentando ver a mi novia y lo único que recibo son excusas. Evento con Douglas. Reunión con Douglas. Viaje con Douglas. Comida de negocios con Douglas. ¿Ahora hasta te prepara el té?

Me quedo inmóvil.

—¿Cómo sabes eso? —mi voz sale más baja y peligrosa.

Su mirada cambia durante un instante, y me doy cuenta de que ha hablado de más. No me gusta la sensación que eso me provoca. No me gusta imaginar que está observando cosas que no debería, ni darme cuenta de que mis rutinas se han convertido en objeto de vigilancia para alguien que ni siquiera tiene el valor de reconocerme públicamente.

—La gente comenta cosas —responde.

Cruzo los brazos y lo miro fijamente.

—¿La gente o tú?

—Eso no cambia el hecho de que siempre estés pegada a él.

—Soy su secretaria —respondo con impaciencia.

—No, Hana. Eras la secretaria de su padre. Ahora te has convertido en la sombra de Douglas Macallan.

La frase me golpea porque una parte es verdad, y quizá sea precisamente eso lo que me enfurece todavía más. Douglas me arrastra a todo. Me exige para todo. Me mete en reuniones, cenas, eventos, trayectos en coche, llamadas interminables e informes que podrían enviarse por correo electrónico.

Pero oírlo de Elliot, dicho de esa manera, hace que parezca culpa mía. Como si yo eligiera cada orden, cada hora extra, cada noche en la que no puedo verlo.

—Sabes que no puedo limitarme a decirle que no al presidente de la empresa.

—Pero sí puedes decirme que no a mí.

Se pone rígido.

—Menos mal que todavía te acuerdas.

La sala parece encogerse a nuestro alrededor.

—¿Qué quieres decir con eso?

Elliot se humedece los labios. Su expresión me dice que está decidiendo si hablar o no.

—Quiero decir que yo también tengo límites. No voy a quedarme esperando eternamente mientras tú corres detrás de él —murmura más despacio, consciente del efecto que provoca.

Se me encoge el estómago.

—No estoy corriendo detrás de nadie. ¿Puedes respetarme al menos?

—Me estás dejando solo, Hana —gruñe, desviando el tema.

—Estoy trabajando.

—Y yo estoy harto de dormir solo.

La forma en que lo dice me hace parpadear.

No hay tristeza en la frase, ni añoranza. Hay exigencia, un deseo herido. Y una amenaza escondida bajo la voz baja.

—Entonces, ¿se trata de eso? ¿De sexo? —pregunto, casi afirmándolo, sintiendo cómo arde la rabia.

—No pongas palabras en mi boca.

—Acabas de plantarme la amenaza en la cara, Elliot. No voy a tolerarlo. Yo también estoy hasta las narices.

Se acerca un poco más.

—No es una amenaza. Es la realidad. Un hombre no se queda atado a una mujer que nunca tiene tiempo para él.

Siento que algo dentro de mí se rompe, pero no es tristeza.

Es paciencia.

Mi paciencia por fin se está resquebrajando.

—Entonces búscate a otra —digo, rompiendo por fin la presa. ¡Que le den!

Parece sorprendido.

Estoy segura de que esperaba culpa. O que me disculpara, le tocara el rostro y prometiera aparecer esta noche aunque estuviera agotada, sabiendo que mañana tengo que levantarme temprano... incluso sabiendo que volverá a esconderme en cuanto se abra una puerta.

Pero no hago nada de eso.

—¿Qué?

—Lo has oído. Si lo que tenemos significa tan poco para ti que necesitas insinuar que vas a acostarte con otra porque estoy trabajando, entonces búscate a otra. Así de sencillo.

Su rostro se cierra.

—Ten cuidado con lo que pides.

—No. Ten tú cuidado con cómo me hablas. —Mi voz sale más firme de lo que me siento, pero no retrocedo—. No acepto amenazas. No acepto que utilices los celos, la necesidad o el sexo para presionarme. Estoy intentando mantener mi vida en pie, cuidar de mis abuelos, sobrevivir a un jefe que cree que mi agenda le pertenece, ¿y tú vienes aquí a decirme que quizá no puedas ser fiel porque no te estoy prestando suficiente atención?

—Estás tergiversándolo todo.

—Lo estoy entendiendo, Elliot. Es diferente.

Da otro paso hacia mí, y la rabia atraviesa ese rostro atractivo que un día me pareció seguro.

—Te has vuelto muy atrevida desde que él llegó.

—No. Solo me he cansado de aceptar migajas y encima tener que dar las gracias.

La puerta se abre.

Ni Elliot ni yo tenemos tiempo de reaccionar antes de que Douglas Macallan entre en mi sala como siempre: sin llamar.

Su mirada azul pasa de mí a Elliot y después a la escasa distancia que hay entre nosotros.

La temperatura cambia.

—¿Interrumpo algo?

CAPÍTULO 12
Hana Nakamura

Su voz es tranquila. De hecho, Douglas siempre habla con calma. Creo que nunca he visto a este hombre alterarse. Lo he visto discutir muchas veces y jamás levanta la voz. Nunca lo ha necesitado.

Douglas Macallan tiene un aura de poder que emana de su cuerpo, algo que hace que la gente se pliegue a su voluntad de una forma que nunca había visto.

Elliot se recompone rápido, se arregla la chaqueta y levanta la barbilla.

—Asuntos personales, señor Macallan.

Douglas lo mira durante el tiempo suficiente para que la respuesta resulte incómoda.

—Curioso. No recuerdo haber autorizado asuntos personales durante la jornada laboral.

Contengo la respiración. Querría responderle, pero ¿qué podría decir si ni siquiera tengo una relación pública con Elliot como para poder explicar que era importante hablar con mi novio?

Como mínimo, Douglas podría pensar que estoy intentando ligar con el director financiero para conseguir algún beneficio, y eso sería horrible.

—Señor Macallan... —empiezo, pero ni siquiera me mira.

—Tienes un despacho, Elliot. Úsalo.

La mandíbula de Elliot se tensa. Odia que le den órdenes como si fuera un empleado cualquiera.

—Necesitaba hablar con Hana.

—Señorita Nakamura —corrige Douglas, jugueteando con los gemelos.

Mi corazón da un salto irritado.

Elliot parpadea.

—¿Cómo? —La incredulidad se cuela en su voz.

Douglas da un paso hacia el interior y cierra la puerta a su espalda sin apartar los ojos de él.

—Dentro de la empresa, la llamarás señorita Nakamura. Y, si el asunto no es profesional, esperarás a que termine la jornada, de las puertas de recepción hacia fuera, como cualquier otro hombre con un mínimo de sentido común.

La sala queda tan silenciosa que oigo mi sangre bombeando deprisa, siguiendo los latidos descontrolados de mi corazón.

Elliot me mira, quizá esperando que diga algo, que defienda su espacio, que contradiga a Douglas. Pero, en ese instante, lo único que consigo sentir es una mezcla vergonzosa de alivio e irritación.

Alivio porque Douglas ha entrado.

Irritación porque Douglas ha entrado.

—No sabía que ahora también controlaba sus conversaciones —dice Elliot, impaciente.

Douglas sonríe. Y no me gusta cuando lo veo sonreír así. Ya lo he presenciado antes, y es el tipo de sonrisa que hace retroceder a cualquier persona inteligente.

—Controlo el trabajo que se realiza en esta empresa. Y, ahora mismo, estás molestando a mi secretaria.

Mi secretaria.

La frase enciende algo en los ojos de Elliot.

—¿Suya?

—Mía, que yo sepa —la mínima pausa antes de la explicación me golpea de una forma absurda—. Y extremadamente ocupada. Así que sal.

Elliot vuelve a mirarme. Esta vez hay dolor mezclado con acusación.

—Luego hablamos —murmura.

—No si está trabajando —responde Douglas sin vacilar.

—Estaba hablando con ella.

—Y yo estoy hablando contigo.

Durante un momento, creo que Elliot va a replicar. Incluso abre la boca, pero debe de ver en el rostro de Douglas lo mismo que veo yo: una advertencia muy clara de que insistir es una pésima idea.

Elliot pasa junto a mí sin tocarme, pero lo bastante cerca como para murmurar solo para mí:

—Esto aún no ha terminado.

La puerta se cierra detrás de él. Suelto el aire de golpe, pero me arrepiento cuando me doy cuenta de que Douglas me está observando.

—No tenía que hacer eso —las palabras salen tan deprisa que no consigo contenerlas.

—Sí tenía —responde, encogiéndose de hombros.

—Sé manejarlo.

Vale, está llevando esto a otro nivel.

—No lo parecía.

La rabia vuelve tan deprisa que casi tropiezo con ella. ¿Quién se cree que es para meterse en mi vida?

—Se ha metido en medio de una conversación privada sin saber de qué estábamos hablando.

—He oído suficiente.

—Claro, porque usted siempre oye suficiente, ve suficiente, sabe suficiente y decide por todo el mundo.

Inclina la cabeza, estudiándome.

—Elliot te estaba presionando.

Percibo un matiz de irritación en una pequeña alteración de su voz. Paso tanto tiempo con él que lo noto con una facilidad aterradora.

Y eso me asusta.

—Y ese es mi problema.

—Mientras ocurra en mi empresa y durante el horario laboral, también es el mío.

—Su empresa —repito, soltando una risa sin humor—. Claro.

Douglas da unos pasos más y la sala, que ya parecía pequeña con Elliot, se vuelve ridículamente más reducida con él. Su perfume atraviesa el aire y odio reconocer la diferencia entre los dos hombres. El de Elliot me había asfixiado. El de Douglas me irrita por algo que no entiendo.

Y, peor aún, me transmite una calma que no debería sentir.

Porque la rabia por todo lo ocurrido sigue en la superficie y esa rabia no es contra él, pero, como Douglas siempre se empeña en sacarme de quicio, la redirijo.

—¿Estás bien? —pregunta.

La pregunta me pilla tan desprevenida que tardo en responder.

—Sí.

—Mentira.

—Entonces, ¿para qué pregunta si ya ha decidido la respuesta? —Cruzo los brazos y lo miro fijamente.

—Porque estoy intentando ser educado.

—No le pega.

Una comisura de su boca se mueve.

—Lo sé, pero a veces lo intento.

Me paso una mano por el pelo, intentando recuperar el control de lo que sea que haya ocurrido aquí. Todavía tengo el pecho

caliente, la garganta cerrada y la última frase de Elliot sigue dando vueltas en mi cabeza.

Esto aún no ha terminado.

No sé si es una amenaza, dramatismo o simplemente otra forma de retenerme.

—Necesito terminar algunas cosas antes de su viaje —digo, aferrándome al trabajo—. Avisaré a Fiona sobre las botellas, confirmaré la cena, organizaré los documentos de la subasta y dejaré su agenda de la semana completamente preparada.

Douglas me observa en silencio.

—No hace falta que dejes preparada mi agenda de la semana.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que no?

—Vienes conmigo —decreta simplemente.

Parpadeo. No consigo procesar la frase de inmediato.

—¿Yo qué?

—Vienes conmigo a Europa. Y esta noche también irás a la reunión del club.

No.

No, no, no.

Mi semana de paz se desintegra delante de mí con crueldad.

—¿Es una broma? —lo intento, aunque estoy segura de que no.

—No suelo bromear con logística internacional.

—Va a pasar una semana fuera.

—Sí.

—En Europa.

—Es donde está Escocia, señorita Nakamura. Excelente deducción geográfica.

—Tengo trabajo aquí.

—Tendrás trabajo allí.

—Fiona puede encargarse. Es su secretaria de allí.

—Fiona se ocupa de la operación europea. Tú te estás encargando de la operación estadounidense y conoces cada detalle de los cambios que hemos hecho en los últimos cuatro meses. La subasta implica a ambas partes. Te necesito —dice esas dos últimas palabras con una entonación ligeramente distinta de la habitual.

Las palabras me golpean de una forma extraña.

Te necesito.

No me gusta la sensación que provocan. Así que elijo la rabia. Es más segura. Y me da tiempo para pensar después en lo que significa.

—No puede decidir sin más que voy a cruzar el océano con usted.

—Puedo. Ya lo había decidido, solo he venido a informarte.

—Tengo a mis abuelos.

—Angus estará a su disposición.

—¿Qué? —Estoy hecha de puro desconcierto.

¿Ha pensado en todo?

—Si necesitan cualquier cosa, conductor, hospital, mercado, farmacia, estará disponible.

Mi corazón falla durante un instante antes de que consiga volver a enfadarme.

—No puede poner a Angus a disposición de mi familia sin más.

—Puedo.

—No, no puede.

—Acabo de hacerlo.

—¿Con quién ha hablado de esto?

—Con nadie. Estoy hablando contigo.

—Después de decidirlo.

—Las decisiones eficientes suelen tomarse antes de las discusiones improductivas.

—No me lo puedo creer.

—Entonces el viaje será una experiencia educativa.

Cierro los ojos y cuento hasta tres.

No sirve de nada.

Los abro todavía más furiosa.

—¿Y si digo que no?

Douglas me observa con esa calma arrogante que me da ganas de cometer delitos que nunca imaginé ser capaz de cometer.

—No lo vas a decir.

—¿Porque usted manda?

—Porque sabes que la subasta es importante para la empresa, sabes que necesito a alguien que conozca los informes estadounidenses y sabes que, si te dejara aquí, pasarías toda la semana llamándome para corregir errores que podrían evitarse teniéndote a mi lado.

—Eso ha sido casi un cumplido.

—Ha sido una constatación —corrige—. No necesito reafirmar una competencia que tú sabes que tienes.

—Es insoportable.

—Y tienes dos horas para preparar la maleta.

Mi mundo se detiene.

—¿Dos horas?

—La reunión en el club es antes del vuelo. Angus te llevará a casa para que recojas tus cosas. Después, te reunirás conmigo directamente allí.

Desde que empecé a asistir con él a más eventos de los que puedo contar con los dedos, que Angus me lleve y me recoja se ha vuelto algo habitual.

—Está loco.

—Posiblemente. Aun así, sé puntual.

—No tengo ropa para una semana en Europa y, por lo visto, tampoco tiempo para conseguirla.

—La empresa se hace cargo.

—No empiece. —Porque, por lo visto, ahora lo soluciona todo así de fácilmente.

—Has sido tú quien ha planteado el problema.

—Lo he planteado porque es un problema real, no porque quiera que me compre media tienda.

—Perfecto. Compraremos solo lo necesario.

—Su concepto de necesario viste Valentino, Dior...

—Te quejaste de todos, pero los llevaste con competencia.

Siento que se me calienta la cara.

—Eso no es un argumento.

—Es una observación.

—Observa demasiado.

—Y siempre ha resultado útil.

Joder, maldigo mentalmente, algo que no hago con frecuencia. ¿Cómo puede estar tan pagado de sí mismo?

Quiero gritar. Quiero reír. Quiero tirarle algo.

En vez de eso, cojo el iPad de la mesa con fuerza y abro la agenda porque, por lo visto, mi cerebro, traidor y entrenado para resolver problemas, ya ha empezado a reorganizarlo todo.

Douglas se da cuenta.

Claro que se da cuenta.

—Buena chica —dice, demasiado bajo.

Levanto los ojos despacio. ¿Se cree que soy un perro?

—Vuelva a hablarme así y le meto este iPad por la garganta.

La sonrisa que me dedica debería estar prohibida en cualquier entorno profesional.

—Anotado.

Vuelvo a mirar la pantalla y tecleo deprisa, furiosa conmigo misma por sentir el corazón latiendo demasiado rápido.

Una semana.

Creía que tendría una semana de paz lejos de Douglas Macallan. En cambio, voy a cruzar el océano con él.

Y, por primera vez en cuatro meses, no sé si estoy más enfadada porque haya decidido esto sin preguntarme o porque una parte pequeña, idiota y completamente suicida de mí no esté tan desesperada como debería.

CAPÍTULO 13
Douglas Macallan

Todavía no me creo lo que he hecho hoy.

He entrado en el puto despacho de mi secretaria para pedirle que cambiara una parte de la planificación del viaje y, al final, me he inventado una excusa ridícula para llevármela conmigo a Europa.

No hay mucho que explicar.

Simplemente tiene algo con el hijo de puta de Elliot, y saber que él no la respeta y se acuesta con Dios sabe cuántas mujeres mientras la engaña me ha dado ganas de partirle la cara.

¿Cómo puede alguien que tiene a Hana como mujer atreverse a engañarla? Es tan amable, atenta, preocupada, responsable y... preciosa. Bueno, conmigo casi nunca es ninguna de las tres primeras cosas, pero veo cómo trata a la gente con respeto y el cariño con el que cuida de sus abuelos.

Solo espero que vea de una vez el maldito cabrón que es.

Entro en el club y voy directamente hacia el gerente, Jack Sullivan.

—¿Todo listo con lo que pedí, Jack?

—Sí, señor. Las botellas especiales han llegado antes y están todas en la sala que va a utilizar.

—Perfecto. Una cosa más: además de los nombres que mi secretaria ha facilitado esta mañana, ella también vendrá. Angus debe de dejarla aquí dentro de unos minutos, así que autorice su entrada.

Lo veo tragar saliva.

—Señor Macallan, las normas del club son estrictas con respecto a la entrada de mujeres aquí.

Giro el cuerpo hasta quedar completamente frente a él y lo miro a los ojos.

—No le he preguntado cuáles son las normas —mi voz es baja —. Solo le he informado de que va a entrar. Es invitada mía.

Veo que se lo piensa antes de responder, pero se limita a asentir.

Lo que me faltaba: que creyera que puede impedirme hacer algo aquí.

Voy a la sala reservada. Tiene un cristal que nos permite ver el salón principal, pero desde fuera no pueden vernos.

Poco después, todos están en la sala discutiendo la colaboración.

Hana permanece callada, tomando notas.

De vez en cuando me hacen preguntas sobre los whiskies en cuestión, e incluso sobre el whisky exclusivo que tenemos aquí, ese que no se pone a la venta.

El abuelo lo creó hace tantos años que se ha convertido en una reliquia. Muchos querrían comprarlo, pero no es posible; solo puede encontrarse aquí o en mi casa.

La conversación se alarga hasta que por fin cerramos el acuerdo.

Los hombres me estrechan la mano con sonrisas satisfechas, calculando ya cuánto elevará la presencia de Macallan el nivel del bar y de los eventos privados que organizan y cómo, gracias a eso, también podrán convertirse en buenos donantes para la subasta.

Las botellas raras siempre provocan ese efecto en los hombres ricos. Hablan de tradición, exclusividad y experiencia, pero, en el fondo, todos quieren lo mismo: servir algo que la mayoría de la gente jamás tendrá la oportunidad de probar.

Hana permanece a mi lado, discreta, eficiente y silenciosa, tomando notas sin mostrar el menor interés por el entorno, hablando únicamente cuando es necesario. Desde que ha entrado

aquí ha mantenido una postura impecable, incluso después de percibir las miradas torcidas por ser una mujer en el club a una hora en la que esto no suele ocurrir. No ha retrocedido, no se ha encogido, no me ha pedido explicaciones. Simplemente ha levantado la barbilla y ha trabajado.

Eso debería bastar para llevarla directamente al coche y seguir hacia el aeropuerto.

No basta.

Porque Elliot está en el salón principal. He recibido la confirmación hace apenas unos minutos, en un mensaje discreto, y la rabia que llevo acumulando desde que descubrí las mierdas de ese hombre parece haber encontrado un lugar donde respirar.

Podría contárselo a Hana. Decirle que el hombre al que cree que tiene que comprender está aquí, agarrado a una de las acompañantes, mientras hace apenas unas horas le exigía presencia, atención y fidelidad.

Pero Hana no creería una acusación dicha por mí.

Encontraría una explicación. Diría que es un malentendido. Que no me gusta él, que estoy interfiriendo, que estoy utilizando mi posición para meterme en algo que no es asunto mío. Y quizá una parte de ella tendría razón.

Así que necesita verlo.

—Vamos al salón principal —anuncio, cogiendo mi vaso de whisky de la mesa—. Los invitados merecen disfrutar un poco del ambiente.

Hana levanta los ojos y susurra:

—Vale, terminaré esto y después iré al coche.

—No. Bajas con nosotros —ordeno.

—Todavía tengo que organizar las firmas finales y enviarlas al departamento jurídico.

—Puedes hacerlo en el coche.

Me mira, ya irritada. No quería estar aquí y, encima, sigo obligándola a socializar.

—Claro, porque por lo visto el coche se ha convertido en una extensión del despacho, de mi vida y de mi alma —dramatiza en un tono más bajo que solo yo alcanzo a oír.

Hana se da cuenta de que se ha excedido, cierra la expresión y vuelve a parecer la empleada perfecta. Yo, por desgracia, la prefiero cuando se olvida de la perfección y me enseña los dientes.

Lo que deja bastante claro mi escaso amor por la vida.

—Serán solo unos minutos, señorita Nakamura.

—Eso dijo hace dos horas.

—Esta vez quizá sea verdad. Al fin y al cabo, tenemos un vuelo que coger.

Suelta un suspiro, recoge sus cosas y camina a mi lado cuando abro la puerta de la sala reservada. El pasillo nos conduce hasta una escalera discreta, revestida de madera oscura y con una iluminación cálida en los laterales. El club tiene ese olor propio a cuero, puros finos, dinero antiguo y pecados bien administrados. Todo aquí está diseñado para que los hombres poderosos se sientan seguros mientras hacen cosas que jamás incluirían en sus biografías.

Hana percibe más de lo que demuestra.

Lo veo en la forma en que observa a los empleados con camisa blanca y delantal verde oscuro, el emblema del club bordado en la tela, los cuadros antiguos de las paredes y a los hombres que giran el rostro cuando pasamos. Algunos me saludan. Otros la miran a ella. Ninguno sostiene la mirada demasiado tiempo.

Saben quién soy y que no deben pasarse.

El salón principal se abre ante nosotros, con el bar ocupando buena parte del lateral izquierdo, las estanterías iluminadas exhibiendo botellas raras, copas de cristal pesado y decantadores que, solo con mirarlos, sé que valen más que un coche corriente. Hay mesas ocupadas por hombres con trajes oscuros,

conversaciones en voz baja, risas contenidas y mujeres seleccionadas cuidadosamente circulando entre ellos.

Hana se detiene a mi lado. Se limita a absorber el lugar, quizá comprendiendo de golpe que ese club no es simplemente un entorno de negocios. Es todo un mundo sostenido por permisos, secretos y hombres acostumbrados a no recibir nunca un no por respuesta.

Nos sentamos en una mesa lo bastante cerca como para que pueda verlo.

—¿Para qué necesitaba exactamente que estuviera aquí? —su voz llega baja, controlada.

Antes de que responda, la risa de Elliot atraviesa el lugar. Hana la reconoce sin necesidad de verlo. Su cuerpo se tensa y sé el instante exacto en que sus ojos encuentran la mesa.

Elliot está sentado con una mujer sobre el regazo. No a su lado. Sobre el regazo. Una de sus manos sujeta su cintura con intimidad, mientras la otra descansa en el muslo que deja al descubierto el vestido corto. La mujer ríe junto a su oído y Elliot inclina el rostro hacia su cuello, dejando besos con una naturalidad que no deja margen para ningún malentendido.

Hana no emite ningún sonido, y eso me irrita más que un grito.

Se queda inmóvil, perdiendo el color del rostro poco a poco, con los dedos apretando el asa del bolso hasta que los nudillos se le vuelven blancos. Durante un segundo deseo que lo insulte, que le tire algo, que atraviese el salón y destroce al hijo de puta delante de todos. Pero Hana es demasiado inteligente como para montar un espectáculo en un lugar lleno de gente, sobre todo delante de socios de la empresa. Entiende dónde está. Sabe qué clase de personas están mirando.

Así que simplemente se levanta, pide disculpas y se marcha.

Rápida, erguida, silenciosa.

—Hana —la llamo desde donde estoy, pero no se detiene.

Elliot ve el movimiento.

La confusión en su rostro dura poco. Después llega el susto, luego el pánico, y aparta a la mujer de su regazo con una brusquedad que me da ganas de romperle la mano antes incluso de partirle la cara.

—¡Hana! —grita, levantándose.

CAPÍTULO 14
Douglas Macallan

Y entonces Elliot se encarga de poner sobre la mesa justo todo lo que Hana quería evitar. Algunos hombres miran. Otros fingen no hacerlo.

Me levanto antes de que él pase y voy detrás de ella sin ninguna prisa aparente, aunque la rabia me sube por dentro con suficiente fuerza como para hacerme perder la elegancia que me enseñaron desde niño. Hana atraviesa el pasillo que conduce a la entrada lateral y solo se detiene cuando llega a una zona más vacía, cerca de una puerta que da acceso al jardín interior del club.

Respira hondo. No muestra ninguna emoción ni llora. Al menos, todavía no. Eso me molesta, y no sé explicar por qué.

Elliot llega unos segundos después, desaliñado, con el pelo fuera de sitio y la cara ya preparada para la excusa antes incluso de abrir la boca.

—Hana, espera. Por favor, escúchame.

Ella se vuelve hacia él despacio.

—No.

La palabra sale baja, pero hay una firmeza en ella que hace que Elliot retroceda medio paso.

—Sé lo que has visto, pero no ha sido nada.

Hana se ríe. Es un sonido feo, vacío, lleno de un dolor que está convirtiendo rápidamente en rabia.

—Tenías a una mujer sentada en tu regazo. He visto suficiente, no pongas a prueba mi inteligencia.

—He bebido demasiado —intenta excusarse.

Ella lo mira fijamente, probablemente conociéndolo demasiado bien como para no darse cuenta de que es mentira.

—No pareces ni un poco borracho.

—Solo ha sido un impulso. Estaba enfadado, no me contestabas, habías desaparecido, él va a llevarte a Europa y pensé...

—¿Pensaste qué, Elliot? —Su rostro adquiere un tono rojizo—. ¿Que, si yo no estaba disponible para ti, te servía cualquiera?

Se pasa las manos por la cara, demasiado desesperado por parecer sincero y demasiado egoísta como para darse cuenta de que la hiere con cada puta frase.

—Me he equivocado, ¿vale? La he cagado. Pero te quiero, Hana. Te quiero. Solo me sentía apartado. Ya no tienes tiempo para mí, nunca apareces, nunca duermes conmigo, te pasas la vida corriendo detrás de él —dice, señalándome. Mi nombre sale de su boca cargado de veneno.

Hana no me mira.

—No cargues eso sobre mis hombros. No intentes hacer parecer que soy una persona sucia cuando lo único que hago es trabajar.

—Te estoy pidiendo perdón.

—No tienes el valor de asumir tus errores. Así que no, no me estás pidiendo perdón. Estás intentando culparme antes de que termine de sentir únicamente asco.

Su rostro se contrae.

—¿Asco?

—Sí. Asco —su respuesta llega tan fría que corta. Casi siento pena por Elliot, pero entonces recuerdo quién es y pienso que Hana está siendo demasiado contenida.

Elliot intenta cogerle la mano, pero Hana retira el brazo antes de que llegue a tocarla. Todo mi cuerpo reacciona al gesto. Doy un paso al frente y él se da cuenta.

—Esto es entre nosotros dos, Macallan.

—Entonces deja de intentar tocarla cuando es evidente que no quiere que la toques.

Hana me lanza una mirada rápida, furiosa, que me pide que no me meta. O quizá me lo ordena. Con ella, a veces cuesta distinguirlo.

—No voy a discutir aquí —vuelve a mirar a Elliot—. Es más, ya no queda nada que discutir. Se acabó.

Él parpadea, perdiendo la expresión ensayada.

—No lo dices en serio. Me quieres. Mucho.

—Sí lo digo en serio. No existe amor capaz de superar esto.

—Hana, por el amor de Dios, ya te he pedido perdón.

—Y yo no lo he aceptado. No voy a pasarme la vida siendo el felpudo de un hombre mimado que no tiene el valor de asumir ninguna responsabilidad.

El cambio ocurre deprisa. Su desesperación se endurece y el orgullo herido sustituye a la súplica. El hombre que se había arrodillado con palabras empieza a desaparecer, y lo que queda es el mismo que he visto tantas veces en hombres mediocres cuando pierden algo que creían poseer.

—¿Crees que vas a encontrar algo mejor? —su voz ahora es baja, amarga—. ¿Crees que él va a reconocerte como algo suyo? ¿Douglas Macallan? Para él eres una distracción, Hana. Una secretaria guapa a la que lleva por ahí jugando a vestirte con ropa cara mientras se divierte. No seas estúpida.

Hana se queda inmóvil. Y esta vez veo cómo la frase la alcanza.

Es todo lo que Elliot consigue hacer antes de que mi mano se cierre sobre la tela de su camisa y mi puño le golpee la cara una vez, dos.

El sonido resuena por el pasillo con una satisfacción violenta.

Elliot se tambalea, choca contra la pared y se lleva la mano a la nariz, soltando una maldición cuando la sangre le corre entre los

dedos. Un empleado aparece al fondo del pasillo, pero se detiene de inmediato al reconocerme. Me basta con hacer un gesto con la mano para que sepa qué debe hacer.

Hana me mira, conmocionada.

—¿Qué has hecho?

Suelto a Elliot antes de que las ganas de volver a golpearlo venzan a mi sentido común.

—Corregir la forma en que te habla.

—¿Te has vuelto loco? —Da un paso hacia mí, con la voz temblando por una mezcla de rabia y dolor—. Estamos en un lugar lleno de gente. Si alguien ve esto, tu imagen, la empresa...

—No me he vuelto loco. Tiene que aprender a hablarte. Y en cuanto al lugar, no tienes que preocuparte.

Elliot intenta enderezarse, con el rostro rojo y los ojos llenos de humillación.

—Te vas a arrepentir de esto.

Giro el rostro hacia él.

—Lárgate de aquí antes de que decida arrepentirme de haber parado después del segundo puñetazo.

Mira a Hana, esperando algo. Defensa o compasión. Una última oportunidad. Ella no le ofrece nada. Lo que veo en su rostro es peor que la rabia. Es decepción. Es una puerta cerrándose con tanta fuerza que ni siquiera su orgullo puede fingir que no la ha oído.

—Hana...

—Vete, Elliot.

Su voz se quiebra al pronunciar su nombre, y odio ese detalle más de lo que debería.

Elliot se limpia la sangre con la manga de la camisa justo cuando llegan los miembros de seguridad.

—Acompañad al señor Hale hasta la salida.

—No necesito...

—No es una invitación, Elliot. Es una orden. No vuelves a entrar aquí.

Cierra el puño, me mira una última vez y se aleja por el pasillo fingiendo conservar algo de dignidad. Hana se queda inmóvil hasta que desaparece. Solo entonces me da la espalda y se lleva una mano a la boca, respirando despacio, intentando impedir que todo su cuerpo se venga abajo.

No la toco.

Quiero consolarla, decirle que todo va a ir bien, que se ha librado de un pedazo de mierda. Pero me contengo.

—Angus está en la entrada lateral —aviso en un tono más bajo—. Vamos al aeropuerto.

No responde. Simplemente empieza a andar.

Durante el trayecto hasta el coche no dice nada. Tampoco mientras Angus nos abre la puerta, ni cuando el club queda atrás y Nueva York aparece al otro lado de los cristales oscuros. Hana está sentada en el lado opuesto, vuelta hacia la ventanilla, con el rostro reflejado en el cristal y una tristeza tan profunda que la rabia dentro de mí empieza a perder forma.

Quería que lo supiera. Perfecto, lo he conseguido. Ahora odio haberlo conseguido.

—Lo hiciste a propósito —dice por fin.

No finjo no entenderla. Hana me acusa porque sabe que yo no mentiría.

—Sí.

Vuelve el rostro hacia mí y sus ojos oscuros están brillantes, pero secos.

—Sabías que estaría allí.

—Sí.

—Y aun así me llevaste.

—Sí.

Su risa sale baja, incrédula, herida.

—Yo no era necesaria en esa reunión, ¿verdad?

Podría mentir. Sería más fácil decir que necesitaba sus anotaciones, los documentos, su presencia, cualquier justificación corporativa bien construida. Pero hoy Hana ya ha sido engañada por un hombre. No voy a ser el segundo.

—Siempre eres necesaria para mí, Hana. Pero, en este caso, podría haber terminado sin ti.

Cierra los ojos durante un momento y, cuando vuelve a abrirlos, hay un dolor que ya no intenta ocultar.

—No tenías derecho —su voz tiembla ligeramente.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. —Su voz aumenta, pero no llega a convertirse en un grito. Es peor. Está controlada, comprimida por todo lo que no puede lanzarme sin romperse ella también—. Me utilizaste para demostrar algo. Me pusiste en ese lugar, delante de toda esa gente, para que viera a mi novio con otra mujer. Decidiste qué necesitaba saber, cuándo tenía que saberlo y dónde tenía que destrozarme. Usted hace eso todo el tiempo. Decide. Ordena. Mete a la gente en el camino que quiere y luego lo llama necesidad.

Cada palabra me golpea porque parte de ella es verdad.

Una parte demasiado grande.

—Te estaba engañando. ¡No te mereces eso!

—¿Y eso te da derecho a humillarme?

—No has sido tú quien se ha humillado, Hana.

—¡No importa! —Su mano se cierra sobre el bolso que tiene en el regazo—. Yo estaba allí. Lo vi. Lo sentí. Tuve que salir sin montar una escena porque aquel lugar estaba lleno de gente mirando. Y ahora tengo que subirme a un avión con el hombre que

decidió que mi dolor era una información que debía entregarse en el momento más conveniente.

El coche queda en silencio.

Angus mantiene los ojos en la carretera, demasiado profesional como para demostrar que está oyendo nada.

—No lo hice para hacerte daño —digo, sintiendo una necesidad absurda de defenderme. De expresar que esa no era mi intención. Nunca quise que se sintiera herida por mi culpa.

Vuelve a reírse, sin humor.

—La intención no cura una herida.

Observo su perfil contra las luces de la ciudad. El pelo sigue impecable, la ropa en su sitio, la postura intenta mantenerse firme. Pero algo en ella ha cambiado. No se ha roto, porque Hana Nakamura parece no saber romperse delante de los demás. Simplemente ha vuelto a guardar algo dentro de sí, y, por algún motivo, eso me molesta más que las lágrimas.

—Necesitabas saber quién era de verdad.

Me mira y no responde. Vuelve a dirigir la vista hacia la ventanilla.

No digo nada más. Pasaremos muchas horas juntos durante los próximos días, y sentir el dolor que está sintiendo delante de alguien que es su jefe ya resulta suficientemente humillante.

El aeropuerto aparece unos minutos después, iluminado y lleno de movimiento, preparado para engullirnos en un viaje que inventé para mantenerla cerca y que ahora empieza con ella más distante de mí de lo que ha estado desde aquel primer día en que derramó agua sobre su camisa por mi culpa.

Cuando Angus aparca, Hana abre la puerta antes de que yo pueda hacerlo.

Baja sola.

Y, por primera vez en mucho tiempo, comprendo que hay cosas que mi dinero, mi apellido y mis órdenes no pueden arreglar

en el mismo instante en que yo quiero.

CAPÍTULO 15
Hana Nakamura

En cuanto nos autorizaron a movernos por el avión, Douglas me dijo que podía utilizar uno de los dormitorios.

No me negué, porque lo último que quiero es permanecer en el mismo espacio que él. Simplemente entré, me tumbé y me negué a llorar o a gritar, aunque fuera lo que me apetecía, aunque mi pecho gritara que todo estaba mal.

Me limité a dejarlo todo en penumbra y me entregué a la oscuridad, permitiendo que todo el peso del día y de lo ocurrido me arrastrara con él.

Unos golpes en la puerta me sacan de mi sueño inducido por el dolor.

Me incorporo y autorizo la entrada, viendo a mi jefe en la puerta.

Me observa con una expresión diferente.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me mira así?

—No ha entrado sin llamar —comento, todavía saliendo de la neblina del sueño. Aun así, no puedo evitar que su actitud me resulte extraña.

Se aclara la garganta antes de responder.

—Por mucho que estemos en mi avión, estabas durmiendo. —Se encoge de hombros—. Esto sigue siendo diferente de una sala de trabajo.

—Solo por eso, ¿no? —Me mira como si dijera: obviamente—. ¿Y qué quiere?

Cambia el peso de una pierna a otra, me observa rápidamente antes de decir por fin:

—He venido a llamarte para cenar.

—No tengo hambre —respondo seca, sin ninguna gana de confraternizar.

—Hana, no era una petición. Tienes que comer. No vas a permitir que un idiota que te ha engañado también te estropee la salud.

Lo miro sin dar crédito.

—¿Y sí debería permitir que un idiota que cree saberlo todo sobre mí me estropee la salud?

Estoy cansada de todo esto.

Sé que no lo hizo pensando en hacerme daño, pero, joder, ¿quién pensó en mi bien? ¿Quién pensó en cuánto iba a doler? ¿O en cuánto iba a sufrir? ¿En lo doloroso que sería no poder darle una bofetada a Elliot allí mismo y llamarlo todos los insultos que conozco, porque fue un idiota conmigo, me utilizó, abusó de mis sentimientos mientras se acostaba con Dios sabe cuántas mujeres?

Esos pensamientos me estremecen.

—Hana, no voy a discutir esto contigo. Imagino cuánto puedes estar sufriendo, pero creo que es una pérdida de tiempo...

—¿Qué? —interrumpo su frase.

—Eso mismo. Creo que es una pérdida de tiempo que sufras por alguien que nunca te quiso de verdad, que nunca quiso reconocerte delante de los demás. Dime cómo eso no es perder el tiempo.

Miro sus ojos azules preguntándome si me he vuelto loca.

—Usted no me conoce. No sabe nada de mi vida ni de la relación que tenía con Elliot. Así que no se atreva a decirme qué es o no una pérdida de tiempo para mí...

Douglas da otro paso hacia el interior, llenando todo el espacio con su aroma y su presencia, obligándome a recoger las piernas.

—Sé lo suficiente como para decir todo lo que he dicho. Eres mucho más inteligente que eso, Hana. Y no necesito ser ningún

experto en relaciones para saber exactamente qué quería de ti un hombre como Elliot.

Sus palabras me golpean y me dejan sin aire.

¿Soy alguien tan prescindible? ¿Ni siquiera merezco que alguien como un director financiero se plantee tenerme a su lado?

—Ya había entendido que usted dijo que no soy alguien con quien tendría algo romántico, pero ¿ahora tampoco soy suficiente para Elliot? ¿Quiere decir que, por ser pobre, solo puedo salir con alguien de mi mismo nivel social? —mi voz sale baja, con un ligero temblor. Pero me niego a flaquear delante de él.

Douglas deja escapar una respiración pesada.

—No, Hana. No te atrevas a tergiversar mis palabras. Eres tú quien es demasiado para alguien tan inútil como Elliot. Él nunca te vio de verdad.

¿Perdón?

¿Qué quiere decir con eso?

Joder, este hombre me vuelve loca.

—Se acabó. Vamos a cenar. Levántate antes de que te coja yo mismo en brazos y te lleve a comer.

Me pongo en pie rápidamente.

—No hace falta. Solo necesito un minuto.

Asiente y se marcha.

Douglas Macallan me deja confundida e irritada, y esa es una combinación pésima.



Los días de eventos y reuniones pasan tan rápido que, al final, mi jefe no estaba bromeando cuando dijo que me necesitaría. Si no hubiera venido, probablemente habría tenido que rehacer algunas cosas desde lejos.

Por otro lado, ha sido bueno venir y tener tanto trabajo, porque no he tenido tiempo para pensar en Elliot.

Lo cual ahora parece haber dejado de funcionar, porque estoy empezando a pensar en él.

Maldito tiempo libre.

Estamos llegando al castillo de los Macallan, en Escocia. Como el último evento es mañana y también se celebra aquí, mi querido jefe decidió que sería mejor venir, porque quería comprobar cómo iban las cosas.

Lo que yo no estaba preparada para ver era la magnitud de este lugar.

Cuando Douglas dijo castillo, mi cabeza debió de traducirlo como mansión enorme de ricos a los que les gusta exagerar sus posesiones. Pero no. Era un castillo de verdad, de esos que parecen haber atravesado siglos enteros cargados de historias y legados.

El coche atravesó unas altas verjas de hierro, con el emblema de los Macallan justo en el centro, y continuamos por un camino rodeado de prados verdes, árboles y colinas que desaparecían bajo una fina niebla. El cielo estaba gris, pesado y, aunque no llovía, todo parecía húmedo.

Cuando apareció el castillo, tuve que controlar la cara.

Piedra grisácea, torres altas, enormes ventanales, tejados oscuros y una imponencia absurda que no necesitaba ningún cartel diciendo: "somos ricos desde antes de que nacieran tus bisabuelos". Basta con mirarlo para darse cuenta de que están acostumbrados a la grandeza sin esfuerzo.

—¿Esta es su casa? —se me escapa antes de poder contenerme.

Douglas, sentado a mi lado, mira por la ventanilla con una expresión distinta de la que estoy acostumbrada a ver en él. Menos dura. *Menos Nueva York*. Más... joder, no sé explicarlo. Parece que alguna parte de él entiende este lugar mejor de lo que entiende cualquier sala de reuniones.

—Una de ellas —dice simplemente.

Giro la cabeza despacio.

—Claro. Porque una sola sería demasiado poco. Se me olvida que los multimillonarios lo coleccionáis todo, incluidas las casas.

Me mira de reojo, y veo que le entran ganas de poner los ojos en blanco, como si quisiera decir: nací en esto, no voy a fingir que es distinto.

—Técnicamente, esta es la propiedad principal de la familia en Escocia.

—Técnicamente, sigo pensando que es un desperdicio, porque dudo mucho que podáis aprovecharlas todas —suelto, encogiéndome de hombros.

Por un momento percibo que está de acuerdo, aunque jamás lo admitiría.

El coche rodea la entrada del castillo y entonces veo la destilería más adelante, integrada en la finca de una forma que mezcla pasado y modernidad. Una parte conserva la misma piedra antigua de la construcción principal, pesada y tradicional, pero también hay estructuras de cristal y metal que permiten ver el brillo cálido de los alambiques de cobre del interior. Incluso desde lejos consigo distinguir movimiento y parte de lo que hay dentro.

Cuando el chófer detiene el coche, el olor me golpea en cuanto se abre la puerta.

Aire frío, tierra húmeda, madera, humo suave y algo dulzón que no consigo identificar de inmediato.

Bajo intentando conservar algo de dignidad, pero mis ojos me traicionan y lo recorren todo hasta detenerse a lo lejos, donde los

campos parecen no terminar nunca. Es precioso. Irritantemente precioso. El tipo de belleza que hace que una persona se sienta pequeña sin que nadie tenga que decir una sola palabra.

Douglas se detiene a mi lado, con las manos en los bolsillos del abrigo, mirando hacia la destilería.

—Aquí aprendí a hacer whisky. —La frase sale baja y, por primera vez desde que lo conozco, no suena a arrogancia, orden ni provocación. Roza la intimidad, como si me estuviera entregando una parte de sí mismo que no suele compartir.

Lo miro antes de volver la vista hacia el lugar.

Así que es eso. El despacho de Nueva York puede ser suyo, la empresa puede obedecer a su apellido, los hombres pueden bajar la cabeza cuando entra, pero este lugar parece pertenecer a una parte más antigua de Douglas. Una parte que existía antes de los trajes, los coches, los contratos y esa insoportable necesidad de controlar hasta el aire que lo rodea.

—¿Su abuelo materno le enseñó aquí? —pregunto, recordando algo que escuché en una de las muchas reuniones en las que me obligaron a sentarme a su lado.

Me mira, quizá sorprendido de que lo recuerde.

—Sí.

—Debió de ser bonito.

Douglas tarda en responder.

—Lo fue.

La respuesta breve me hace entender que hay más cosas ahí, pero no pregunto. No porque no quiera saberlo, porque quiero, lo cual ya es un problema enorme, sino porque algo en su rostro me dice que, si presiono, cerrará la puerta antes siquiera de que pueda ver qué hay detrás.

Un empleado se acerca para saludarlo, llamándolo señor Macallan con un respeto que parece distinto del miedo que veo en la empresa. Aquí la gente lo mira con una familiaridad contenida, con

una especie de orgullo. Eso también me deja sin saber qué hacer, porque humaniza demasiado al hombre al que estaba intentando mantener en la categoría de jefe cabrón que arruina mi paz.

Mientras habla con el empleado, dejo que mis ojos vuelvan hacia la destilería. Pienso en la diferencia entre este lugar y aquel en el que crecí. El abuelo siempre haciendo malabares con el dinero, y ahora estoy aquí, plantada delante de un castillo escocés vinculado a una destilería millonaria, llevando ropa que no he pagado y trabajando para un hombre que compra prendas de diseñador con la misma naturalidad con la que yo compro té verde.

Es imposible no sentir el abismo entre nuestros mundos. Y, aun así, cuando Douglas termina la conversación y se vuelve hacia mí, hay algo en su mirada que me mantiene anclada al lugar más tiempo del que me gustaría.

—Ven —dice—. Quiero enseñártelo por dentro.

—¿Por qué?

—Porque necesitas entender lo que vendemos. No todo se basa en salas de reuniones.

—Creía que vendíamos whisky —intento bromear.

Se acerca lo justo para que su aroma se mezcle con el aire frío y con ese olor dulzón que llega desde la destilería.

—No, señorita Nakamura. Vendemos tiempo, historia y deseo embotellado.

Pongo los ojos en blanco para ocultar el escalofrío que me provoca su voz.

—Qué frase de rico insoportable —bromeo.

Esta vez sonríe.

—Y verdadera. Las cosas no se reducen a salas pequeñas llenas de hombres intentando demostrar quién manda más. Sin esto, nada sería posible. Hay mucho más detrás de una etiqueta millonaria.

Su tono de voz revela más de lo que suele permitir. Y sé que, para él, seguramente no es solo el deseo, sino la historia lo que importa. Por mucho que yo solo entienda lo básico de la producción, el brillo de sus ojos me dice que, cuando salga de aquí, ya no seré la misma.

CAPÍTULO 16
Hana Nakamura

Entrar en la destilería de los Macallan es una experiencia que no sé muy bien dónde colocar dentro de mi cabeza.

Mi trabajo ya me ha permitido conocer lugares ricos, elegantes, preciosos... sobre todo durante los últimos cuatro meses, pero este lugar tiene un sabor diferente.

El interior es cálido en comparación con el frío húmedo de fuera, y el olor me alcanza antes que cualquier otra cosa. No es solo olor a bebida, como esperaba. Es más profundo, más extraño y más agradable de lo que imaginaba. Hay demasiados matices en el aire y no consigo descifrarlos todos. Solo sé que son buenos.

Mis tacones producen un sonido bajo contra el suelo, pero casi desaparece bajo el ruido constante de las máquinas y las voces de los empleados que saludan a mi jefe mientras pasamos.

Él responde a todos... No de una forma cálida, porque estamos hablando de Douglas Macallan, y el calor humano en él debe de liberarse únicamente con autorización del departamento jurídico, pero responde. Sabe nombres. Hace comentarios sobre departamentos concretos. Pregunta por un envío, por un barril, por un problema en una línea de embotellado. Y lo más irritante es darme cuenta de que no lo hace para parecer importante.

Es algo que sabe de verdad. O, peor aún, algo que realmente le interesa por el nivel de detalle de sus preguntas.

—Aquí empieza buena parte del proceso —explica, deteniéndose delante de una zona donde enormes estructuras metálicas ocupan el espacio con una imponencia que encaja con todo lo relacionado con esa familia—. La malta ya ha pasado por la etapa anterior. La cebada se humedece para que germine y después se seca para detener ese proceso. Dependiendo del método de

secado, del tiempo y de la intensidad, empiezas a construir parte del perfil que aparecerá después en el whisky.

Lo miro de reojo.

—¿No basta con meterlo todo en un barril y esperar a que se vuelva caro? —bromeo al ver que está demasiado concentrado explicándome las cosas.

Douglas gira el rostro hacia mí y la mirada que me dedica parece casi ofendida.

—Acabas de insultar unos quinientos años de tradición.

—Ha sido sin querer —miento.

—No lo ha sido.

—Vale, no lo ha sido —admito, y sigo andando cuando hace un gesto para que lo acompañe.

Empieza a explicarme el macerado y después la fermentación. Intento seguirlo con atención, aunque una parte de mí está demasiado ocupada mirándolo. No al hombre irritante que entra en mi sala sin llamar, compra ropa absurda, decide viajes sin preguntar y cree que puede organizar toda mi vida porque tiene dinero y apellido.

Miro a otro Douglas.

Uno que habla de cebada, agua, tiempo y barriles con una precisión íntima. Uno que toca las superficies de la destilería con naturalidad, que recorre los alambiques de cobre con la mirada no solo para comprobar que todo está en su sitio, sino porque aquello le importa. Hay orgullo en su voz. No el orgullo arrogante de quien nació siendo dueño de algo, sino un sentimiento más antiguo, más difícil de fingir. Amor, quizá.

Qué palabra tan extraña para colocar cerca de él. No parece el tipo de hombre que ame algo. Salvo el legado de su familia, aunque yo diría que eso tiene más que ver con el deber que con el amor.

—Después viene la destilación —continúa, deteniéndose delante de los enormes alambiques, brillantes y extrañamente bonitos bajo la luz—. La forma de los alambiques influye en el destilado. La altura, la curvatura, el contacto con el cobre. Todo importa. Pequeñas diferencias cambian el resultado final.

—Entonces estáis obsesionados con los detalles.

—Sí —dice simplemente.

—Eso explica muchas cosas.

Me mira por el rabillo del ojo.

—¿Hablas del whisky o de mí?

Sonrío y me encojo de hombros sin responder.

Su boca amenaza con dibujar una sonrisa y aparto la mirada antes de que mi cerebro decida que eso es bonito. No tengo estabilidad emocional suficiente para encontrarlo atractivo dentro de una destilería escocesa mientras habla de tradición con esa voz baja. Tengo demasiados problemas reales con los que lidiar. Elliot, por ejemplo. Su recuerdo aparece de repente, atravesando mi cabeza sin pedir permiso, y lo que vi en el club regresa con una fuerza asquerosa.

Su mano en la cintura de aquella mujer, su boca cerca de su cuello. La desesperación falsa después. Las palabras crueles cuando comprendió que no iba a perdonarlo.

Cierro los dedos alrededor del asa de mi bolso y me obligo a prestar atención a mi jefe. Es una elección ridícula, pero, entre pensar en el hombre que me engañó y en el hombre que me ha traído aquí para que comprenda mi mundo actual, la destilería parece una tercera opción menos humillante.

—¿Estás prestando atención? —pregunta.

—Claro —respondo con una verdad a medias.

—Entonces, ¿qué acabo de decir, señorita Nakamura?

—Que el cobre es importante, que la forma es importante, que todo es importante y que probablemente debería pedir disculpas

a los quinientos años de tradición.

—Aceptable.

—Gracias por su generosidad, señor poseedor de toda la sabiduría sobre el whisky —no consigo contener la burla.

Se detiene ante una puerta pesada que conduce a un corredor más oscuro. El olor cambia al entrar. Hace más frío, hay más humedad y el aroma es infinitamente más intenso. Hileras y más hileras de barriles descansan allí, apilados con un orden precioso, de esos que hacen brillar los ojos de una persona organizada como yo.

Cuando vuelvo la mirada hacia mi jefe, parece darse cuenta y me observa.

—Aquí es donde el tiempo hace la mayor parte del trabajo —dice Douglas, ahora con la voz más baja—. El destilado sale transparente. El barril le da color, aroma, sabor, profundidad. Roble americano, europeo, barriles que antes contuvieron jerez, bourbon, vino. Cada elección cambia en qué se convierte. Aquí no existen las prisas. Si intentas acelerar un whisky, destruyes lo que podría llegar a ser.

Miro los barriles, algunos marcados con fechas demasiado antiguas como para no impresionarme. Y, de repente, entiendo un poco por qué valen tanto.

—¿Hay aquí whisky más viejo que yo?

—Sí. Lo que más hay aquí son whiskies más viejos que tú.

—¿Varios?

—Muchos.

—Estupendo. Ahora me humillan hasta los barriles —bromeo para aliviar el ambiente.

Douglas deja escapar una risa baja.

No es fuerte ni abierta, pero existe y resuena ligeramente en aquel corredor frío. Odio darme cuenta de que me gusta el sonido. Odio todavía más percibir que, aquí, parece menos inalcanzable.

Sigue siendo rico de una forma que debería resultar ofensiva, controlador hasta extremos irritantes y lo bastante arrogante como para merecer una lista de delitos hipotéticos, pero también es un hombre que aprendió algo de su abuelo dentro de estas paredes. Alguien que quizá fue un niño en algún momento de su vida, caminando entre barriles enormes, escuchando historias sobre tiempo, paciencia y legado.

—¿Fue aquí donde le enseñó su abuelo? —pregunto antes de poder decidir si es algo demasiado íntimo.

Pasa una mano por el lateral de un barril, con los dedos siguiendo la madera marcada.

—En lugares como este. Dice que el whisky no tolera la arrogancia. Puedes tener dinero, apellido, tierras y las mejores instalaciones del mundo. Aun así, si no respetas el tiempo, lo pierdes todo.

—Su abuelo parece sensato.

—Lo es. Mañana os presentaré.

Esbozo una pequeña sonrisa ante la posibilidad de conocer por fin esa parte de la familia de la que sus padres siempre me han hablado con cariño. Y me quedo callada. El silencio entre nosotros no resulta tan incómodo como podría.

Tal vez porque el lugar es demasiado grande, antiguo, lleno de cosas que no entiendo. O quizá simplemente porque, por primera vez en mucho tiempo, no está intentando obligarme a hacer algo absurdo.

Solo me está enseñando una parte de sí mismo.

Y eso es más peligroso que cualquier orden.



Después de algunos pasillos más, varios empleados, más explicaciones sobre lotes, barriles seleccionados y botellas que valen cantidades que harían que mi abuelo rezara por mi alma si se las dijera en voz alta, llegamos a una sala de cata. El ambiente es tan bonito como el resto. Madera oscura, sillones de cuero, estanterías iluminadas con botellas raras, una gran mesa en el centro y ventanales altos que muestran las colinas escocesas cubiertas de niebla.

Douglas se quita el abrigo y lo deja sobre el respaldo de una silla. Después empieza a explicarme las diferencias entre los distintos tipos de botellas. Algunas tienen formas diferentes: redondas, cuadradas, más pequeñas, más robustas. Aun así, me sorprendo cuando me enseña un modelo especial de litro y medio, llamado *magnum*, elegido a menudo para lanzamientos de ediciones premium y limitadas.

—Siéntate —ordena, como siempre.

—¿Eso ha sido una invitación o una orden? —Arqueo una ceja.

—¿Funcionas mejor cuando finges que tienes elección?

—Funciono mejor cuando tengo elección.

—Entonces elige sentarte.

Pongo los ojos en blanco, pero me siento porque mis pies empiezan a protestar y porque discutir con él dentro de una sala llena de botellas millonarias parece peligroso para mi sueldo.

Douglas camina hasta una de las estanterías y escoge una botella. No coge cualquiera. Observa varias, lee las etiquetas, piensa

y solo entonces decide. Hay un cuidado casi irritante en el gesto. Abre la botella, coge dos vasos bajos y sirve una pequeña cantidad en cada uno.

—No bebo durante la jornada laboral —advierto.

Sus ojos pasan del vaso a mí.

—Estamos en Escocia, dentro de una destilería, después de varios días de trabajo intenso, antes de un evento en el que necesitarás entender el producto que representas. Esto no es beber durante la jornada. Es formación.

—Vaya, qué conveniente. Nunca deja de sorprenderme la facilidad con la que tiene una explicación para todo.

—Siempre.

Empuja un vaso hacia mí.

Miro el líquido ámbar, brillante bajo la luz cálida. El aroma llega antes de que siquiera toque el vaso. Madera, miel, algo de fruta seca y especias. No entiendo nada de whisky, pero sí sé reconocer cuándo algo desprende lujo.

—Nunca lo he probado —confieso.

Douglas apoya las caderas contra el borde de la mesa, sujetando su propio vaso.

—¿Cómo que nunca, Hana? Trabajas para la mayor empresa de whisky del mundo. Papá hizo un trabajo pésimo formándote.

—Dentro de la empresa no me parecía apropiado. Y, fuera de ella, tampoco tengo precisamente la costumbre de comprar whiskies que cuestan lo mismo que un tratamiento médico.

Su rostro cambia de una forma casi imperceptible. Es rápido, pero lo noto. Quizá porque, después de tantos meses juntos, se está volviendo demasiado fácil leer los pequeños movimientos del hombre que finge no tener ninguno.

—Entonces vas a probarlo como es debido.

—¿Hay una forma incorrecta?

—Muchas. Y estoy seguro de que tú encontrarías todas solo para irritarme.

—Ahora me siento tentada.

Se acerca y, por primera vez, no siento ganas de retroceder. Supongo que es por el cansancio, o porque una parte de mí todavía está intentando llenar con cualquier otra cosa el agujero que Elliot abrió.

CAPÍTULO 17
Hana Nakamura

—Primero, huélelo —me indica Douglas—. Sin meter la nariz en el vaso. Despacio.

Hago lo que me pide. El aroma asciende, cálido y complejo, y frunzo el ceño, porque resulta extraño intentar percibir el olor de una bebida en vez de limitarse a beberla.

—Noto madera —digo, oliéndolo de nuevo—. Roble. —Inspiro otra vez—. Miel.

—Bien —murmura, mirándome como si estuviera valorando si apruebo su examen imaginario.

—Y algo que parece fruta vieja, pero de una forma cara.

Esta vez sonríe de verdad.

—Frutas secas.

—Eso he dicho —le riño.

—Has dicho fruta vieja —me corrige.

—Todo pertenece a la misma familia. No lo compliques.

Inclina el vaso.

—Ahora, un sorbo pequeño. Déjalo en la boca antes de tragar.

—Está muy mandón para ser alguien que ofrece alcohol.

—Soy mandón en cualquier contexto —replica.

Mira tú. Sabe que es insoportable.

—Por lo menos lo admite.

Me llevo el vaso a los labios y pruebo.

El primer impacto es cálido. Fuerte. Todo mi cuerpo parece prestar atención al mismo tiempo. No está mal, pero tampoco es el tipo de bebida que sabría tomar con naturalidad. Quema un poco y

después se abre en sabores que no consigo identificar bien. Dulce, madera, un ardor elegante y algo que permanece al fondo de la garganta.

Hago una mueca.

Douglas observa con una atención que debería dedicar a los informes, no a mi boca.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta con la voz baja y un matiz de expectación.

—Sabe a algo que los hombres ricos fingen entender mejor de lo que realmente entienden —afirmo con absoluta seguridad. Muchos lo beben sin tener ni idea de lo que están haciendo.

Se ríe.

No quería hacerlo reír. El problema es que el sonido alivia un poco el peso que tengo dentro del pecho y me deja descolocada, porque, hasta ahora, lo único que siempre había querido era mantenerme lejos de él.

—Ofensivo, pero no del todo equivocado —admite.

Vuelvo a mirar el vaso.

Pienso en Elliot, en aquella mujer sentada sobre su regazo.

Pienso en todas las veces que me dijo que haría pública nuestra relación cuando llegara el momento adecuado, en todas las excusas, en todo el tiempo que pasé intentando ser comprensiva mientras él me mantenía escondida. Pienso en cómo me habló cuando comprendió que no iba a aceptar la infidelidad como un desliz romántico de un hombre necesitado de atención.

De repente, el whisky parece menos fuerte que la vergüenza.

Doy otro sorbo. Mi jefe se da cuenta, hace una mueca, se bebe su propia dosis y vuelve a llenar el vaso.

—Despacio.

—Lo estoy catando.

—Estás intentando pelearte con un *single malt* —dice, como si eso fuera a cambiar mi opinión sobre su utilidad.

—Quizá se lo merezca.

—Este no te ha hecho nada —responde, y percibo la provocación escondida en sus palabras.

—Todavía.

Me observa durante un instante, y hay algo en su mirada que me hace querer apartar los ojos, pero no lo hago. Estoy cansada de sentirme pequeña. Cansada de ser prudente. Cansada de pensar en abuelo, abuela, trabajo, reputación, sueldo, seguro médico, hombre escondido, jefe arrogante, club, traición, todo.

Estoy cansada de ser la persona que respira hondo y se mantiene en pie porque no existe otra opción.

Así que termino la dosis. Douglas se endereza.

—Hana —aparece el tono de advertencia habitual.

—¿Qué? Ha sido un sorbo pequeño —me encojo de hombros.

—Ha sido lo que quedaba en el vaso.

—El vaso era pequeño.

—Porque era para una cata.

—Lo he catado entero.

Coge la botella antes de que pueda alcanzarla.

—Creo que ya has entendido el concepto.

—No lo he entendido. Creo que necesito más clases.

—No vas a utilizar mi whisky para olvidar a ese idiota.

La frase me golpea.

El problema es que me golpea y duele porque es verdad.

—No estoy utilizando tu whisky para olvidar a nadie. Nunca lo había probado y me ha gustado mucho, así que quería asegurarme de que realmente era tan bueno. Con tan poca cantidad, podría ser un error de juicio.

—No me líes. Sé por qué estás bebiendo.

—No lo sabes todo —replico.

—Sobre esto, sé lo suficiente.

La rabia sube, pero llega cansada. Sin fuerzas para convertirse en una pelea.

—Me engañó. —Douglas no responde—. Sé que querías que lo viera. Y sé que probablemente ahora te sientas como el gran salvador de mi dignidad. Pero también sé que, antes de verlo, yo no lo sabía. Y no saberlo era menos humillante.

Mi voz amenaza con quebrarse y odio que ocurra.

Cojo su vaso de la mesa antes de que pueda impedirlo y me lo bebo entero de una vez. Arde. Mucho. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero esta vez no sé si es por el whisky o por todo lo demás. Un poco de todo, supongo.

—Maldita sea, Hana —su voz sube apenas un grado.

—¿Qué? ¿Ahora te preocupa la tradición? Prometo pedir disculpas a tus barriles después.

Me quita el vaso de la mano con firmeza.

—Se acabó.

—Tú no mandas sobre mí —decreto con una valentía mayor de la habitual.

—Mando cuando estás a punto de emborracharte con una botella que tumbaría a la mitad de los hombres que conozco.

—Qué dramático.

Intento levantarme para coger la botella, pero la sala se mueve de una forma curiosa. No mucho. Solo lo suficiente para que necesite apoyar una mano sobre la mesa. Douglas aparece delante de mí con una rapidez impresionante.

—¿Has comido hoy? —sus ojos me recorren, analizándome.

—Qué pregunta tan ofensiva —escurro el bulto.

—Hana —ahora solo hay seriedad en su voz.

—He comido algo.

—¿Qué?

Pienso, rebusco un poco más y no lo recuerdo. Eso probablemente sea respuesta suficiente.

Douglas cierra los ojos durante un instante y casi me río de su expresión sufrida.

—Eres imposible. Dios, ¿de verdad tengo que vigilar hasta lo que comes...?

—¿Yo? ¿Usted secuestra empleadas y se las lleva a otros continentes y la imposible soy yo?

—Has venido en un avión privado, te alojas en una propiedad histórica y estás aquí por eventos corporativos. ¿Eso es un secuestro?

—Secuestro con beneficios —replico y casi le saco la lengua.

Esta vez parece debatirse entre la risa y la irritación. Me gusta.

Ay, joder. Definitivamente sí me estoy emborrachando.

Apoyo el codo en la mesa y descanso la barbilla sobre la mano, mirándolo con más atención de la que debería. La luz de la sala hace que sus ojos parezcan todavía más azules. Es injusto que un hombre tan insoportable tenga unos ojos así. También es injusto que esté tan guapo en este lugar, rodeado de madera, cristal, whisky e historia. Parece pertenecer a todo aquello.

—Tú amas este sitio —digo sin pensar demasiado.

Me observa, desconfiando del cambio de tema, pero asiente.

—Se nota.

—¿De verdad?

—Sí. Hablas diferente. Menos... —muevo la mano en el aire, buscando la palabra adecuada—. Menos gilipollas.

Arquea una ceja.

—Qué elogio tan extraordinario.

—No te acostumbres.

Tengo la cabeza más ligera, pero el pecho sigue pesándome. Quizá el whisky no sirva para olvidar.

—¿Fui idiota? —pregunto, y odio que se me escape la pregunta. Parece que he perdido el filtro sobre lo que digo.

Douglas no responde de inmediato.

—¿Por querer a alguien? —pregunta más bajo, con cuidado.

—Por creer en él.

Permanece en silencio el tiempo suficiente para que me arrepienta de haber preguntado y casi le diga que lo olvide, que ha sido una tontería.

—Fuiste humana.

La respuesta me desarma. Miro el vaso vacío y después mis manos.

—No me gusta.

—¿Ser humana? —Sus ojos parecen buscar respuestas coherentes en alguien que está claramente afectada por el alcohol.

—Haber creído en él.

—Eso dice más de él que de ti.

Vuelven las ganas de llorar. Espesas, calientes, inoportunas. Parpadeo varias veces, intentando empujarlas de nuevo al lugar donde deben quedarse. Muy lejos. Muy escondidas. Pero el alcohol me está volviendo menos competente en esa tarea, y eso me irrita.

—Quiero otro sorbo.

—No.

—Eres un anfitrión pésimo —le riño.

—Y tú eres una borracha pésima.

—Ni siquiera estoy borracha.

Levanto un dedo para reforzar mi argumento, pero mi dedo parece menos convincente de lo normal.

Mi jefe lo mira y después me mira a mí.

—Claro.

—Solo estoy... —busco la palabra y pienso en cómo me siento — calentita.

—Estás borracha —sentencia sin la menor compasión.

—Culpa tuya. Tú me lo has dado.

—Te he dado una dosis de cata. Tú te has bebido la tuya y además me has robado la mía entera.

—Técnicas de supervivencia.

Se pasa una mano por la cara, y estoy segura de que se arrepiente de haberme traído a Escocia.

Bien hecho.

—Vamos a comer algo —decide.

—No quiero.

—Sí quieres.

—No.

—Hana —entonces utiliza ese tono que me deja claro que no es una invitación, sino una orden.

—Douglas —le devuelvo.

Y su nombre sale de mi boca sin señor, sin Macallan, *sin distancia*.

Los dos nos damos cuenta.

Debería corregirme y pedir disculpas. Debería fingir que ha sido el whisky y no una parte estúpida de mí sintiéndose demasiado íntima dentro de esa sala cálida, antigua y preciosa.

Pero no hago nada de eso. Me limito a mirarlo.

Y, por primera vez desde que vi a Elliot con otra mujer, el dolor no es lo único que ocupa espacio dentro de mí.

Douglas se acerca despacio, coge mi vaso vacío y lo aparta.

—Comida —dice con la voz más baja—. Ahora.

—Eres demasiado mandón.

—Y esta vez vas a obedecer.

—Solo porque la sala está inclinada.

—La sala no está inclinada.

—Para ti, que eres el dueño.

Me sujeta del brazo cuando me levanto, y trato de ignorar el calor de su mano, la firmeza de sus dedos, la forma en que mi cuerpo parece confiar en él antes de que mi cabeza lo autorice.

Eso también es peligroso. En realidad, todo en este hombre lo es.

—No le cuentes a nadie que me emborraché con whisky caro —murmuro mientras me guía hacia fuera de la sala.

—Depende.

—¿De qué?

—De cuántas veces vayas a insultarme durante la cena.

Lo pienso durante unos segundos.

—Muchas.

—Entonces quizá lo cuente.

—Te odio.

—Hoy, señorita Nakamura, esa frase ha perdido un poco de credibilidad.

Debería responder. Estoy segura de que hay una respuesta perfecta en algún lugar de mi cabeza.

Pero, cuando salimos de la sala de cata y dejamos atrás el olor a madera y malta, lo único que consigo hacer es apoyarme un

poco más en él, sin admitir que lo estoy haciendo, y esperar que el whisky, Escocia y Douglas Macallan sean suficientes para impedirme pensar en Elliot durante el resto de la noche.

CAPÍTULO 18
Douglas Macallan

Camino junto a una Hana de pasos tambaleantes. Me ha dado guerra en la mesa porque no quería comer, así que lo único que he podido hacer ha sido convencerla de que tomara una sopa.

Dios santo, nunca más voy a dejar que esta mujer se acerque ni a centímetros de un vaso de whisky. No imaginé que la bebida, sumada a un corazón roto, la dejaría así.

—Sabes que puedo caminar sola —dice, forzando la voz para que suene firme, pero lo único que consigue es parecer todavía más afectada por el alcohol.

—Si te suelto, eres capaz de torcerte un tobillo, y no puedo permitirme quedarme sin secretaria porque se emborrachó y se hizo daño en mi casa —mi voz sale más baja, contra su pelo, ya que la sujeto por la cintura para mantenerla en equilibrio.

Lo que me obliga a utilizar toda mi fuerza de voluntad para no cogerla en brazos, porque, teniéndola tan cerca, resulta casi imposible no percibir su aroma embriagador y no querer besarla.

Dios. Esto ni siquiera debería estar pasándome por la cabeza.

—Mmm... tiene sentido. No te preocupas por mí, solo te preocupa quedarte sin nadie a quien molestar —el tono ofendido aparece enseguida.

Si supiera lo que estoy pensando y lo que me apetece hacer en este momento, jamás se atrevería a decir algo así.

—Exactamente.

—¡Odio cuando te pones monosilábico! ¡Eres tan irritante!

—Y tú borracha eres todo un espectáculo —comento, deteniéndome frente a la puerta de la habitación donde va a dormir —. Te quedarás aquí.

Abro la puerta y entro con ella, que intenta soltarse de mí. Tropieza en ese mismo instante.

—¡Puedes soltarme, soy capaz de mantenerme en pie sola!

Pongo a prueba la teoría. Intenta mantenerse erguida, pero, al primer paso, casi se da de bruces contra el suelo.

¿Por qué tanta terquedad?

La cojo y la siento en la cama.

—Vamos a quitarte esos tacones antes de que te caigas o, peor aún, te rompas los pies.

Hana me mira horrorizada durante un instante mientras me agacho delante de ella, apoyo una rodilla en el suelo y cojo su pierna izquierda. Entonces su expresión cambia y sé que va a decir alguna tontería.

—Señor Macallan, ya le he dicho que nunca tendremos nada. No voy a poder aceptar su propuesta de matrimonio —intenta decirlo seria, pero veo cómo contiene una sonrisa.

—Vaya, lo siento. Había olvidado ese pequeño detalle. Error mío.

No consigo ocultar una sonrisa mientras le quito los tacones, dejándola algo menos inestable.

—Sabes, yo... —Se lleva una mano al estómago y su rostro se retuerce.

¡Joder!

La levanto deprisa y la llevo al baño, ayudándola mientras expulsa toda la sopa que había conseguido tomar.

—Sal de aquí —intenta decir entre la desesperación.

—No.

Le sujeto el pelo y le apoyo una mano en la frente mientras intenta apartarse. Pero es imposible, porque está débil frente al inodoro.

Espero a que termine y después la siento sobre la tapa cerrada.

—¿Te encuentras mejor?

—No. Me siento humillada —susurra.

No le hago caso y me vuelvo para abrir el grifo de la bañera.

—Necesitas un baño —aviso sin mirarla mientras dejo correr el agua caliente.

—No. Puedo estar borracha, pero todo tiene un límite, ¡Douglas! —su voz sale más alta.

Y escuchar mi nombre en sus labios no debería gustarme tanto.

¡Qué puto infierno!

No puedo pensar en eso ahora. No con ella así.

—No voy a bañarte. Creo que puedes hacerlo sola, pero voy a estar aquí, en la habitación, preguntándote cada cinco minutos si sigues viva. Así que no tardes si no quieres que entre y te vea desnuda.

Cuando me vuelvo hacia ella, noto su rostro enrojecido, un poco conmocionado, y la veo tragar saliva.

—¿Necesitas ayuda con...?

—No —responde sin mirarme. Pero tropieza un segundo después.

Ni de puta coña voy a dejar que se caiga aquí y se haga daño.

—Vas a hacerte daño. Y no es como si fuera a hacerte algo. Así que deja que te ayude.

Cierra los ojos durante un instante, respira hondo y veo el momento exacto en que su orgullo lucha contra el mareo y pierde. Odio que me guste la confianza que acaba depositando en mí cuando levanta un poco los brazos, sin mirarme, permitiendo que me acerque.

—Solo... no mires —pide en voz baja.

Se me tensa la mandíbula.

—No soy un idiota.

—Lo sé —susurra.

Esas dos palabras pesan más de lo que deberían.

Entonces llevo las manos al primer botón, cerca del cuello. Mis dedos se detienen.

Joder.

He desvestido a mujeres incontables veces. Nunca ha sido difícil. Nunca ha sido nada más que deseo, acuerdo y la consecuencia natural de dos adultos que quieren lo mismo.

Pero Hana no me está ofreciendo nada. Está borracha, triste, con los ojos cansados y confiando en mí de una forma demasiado frágil como para que convierta esto en una escena cualquiera. Y ese pensamiento me golpea con la violencia de un puñetazo.

Desearla es una cosa.

Tocarla así, cuando no está en condiciones de enfrentarse a mí de igual a igual, es algo completamente distinto.

—¿Douglas? —me llama, con la voz más baja.

—Estoy aquí.

—Te has quedado paralizado.

—Estoy intentando no ser un hijo de puta.

Su boca se mueve en algo que casi parece una sonrisa triste.

—Qué novedad.

—No te acostumbres.

Obligo a mis dedos a moverse. Desabrocho el primer botón con cuidado y noto cómo empieza a aparecer su piel. Después el segundo. El tercero. Y mantengo los ojos clavados en los suyos. Cada uno parece exigirme más control que cualquier otra cosa a la

que me haya enfrentado en mi vida. Su ropa huele a whisky, jabón y Hana.

Intenta parecer indiferente, pero su respiración entrecortada delata la incomodidad. No miedo, creo. Es más bien vergüenza por sentirse expuesta. Y por estar demasiado débil delante de mí.

Eso me hace sentir peor.

—No tienes por qué sentirte incómoda —digo en voz baja.

—Estoy borracha, he vomitado delante de ti y ahora mi jefe me está desabrochando la camisa —rezonga—. No sé qué parte debería hacerme sentir cómoda.

—La parte en la que tu jefe solo está mirándote a los ojos.

—Ya veo lo hábil que eres con los botones sin siquiera mirar.

—Digamos que algunas costumbres son para siempre...

Me mira durante demasiado tiempo y algo entre nosotros se tensa de una forma peligrosa, incluso aquí, incluso con ella pálida, vulnerable y apoyada en el lavabo para no venirse abajo. Me entran ganas de tocarle el rostro. También de decirle que no tiene ningún motivo para sentir vergüenza.

No hago ninguna de las dos cosas.

Vuelvo a los botones.

Cuando termino, aparto la prenda, todavía sin desviar los ojos de los suyos, aunque no puedo evitar sentir cómo mis dedos rozan su piel suave y provocan una oleada de escalofríos sobre ella.

Dejo la camisa sobre la encimera y cojo un albornoz que hay detrás de mí, acomodándoselo sobre los hombros.

—Ahora los pantalones. ¿Puedes desabrochar el botón? —Asiente y lo abre—. Ahora vas a sujetar el albornoz y yo bajaré los pantalones despacio para que no te caigas.

Hago exactamente lo que he dicho, agachándome delante de ella sin apartar los ojos de los suyos. Bajo la prenda hasta el suelo y

me levanto, sujetándola por los brazos para que pueda sacar las piernas de los pantalones.

Hana no dice nada, pero sus ojos clavados en los míos contienen algo que nunca había visto dirigido hacia mí.

—Aquí tienes un cepillo de dientes nuevo —digo, sacándolo de un cajón—. Puedes usarlo si quieres y recuerda lo que te he dicho. Estoy al otro lado de la puerta. Si no me respondes, entro.

Las palabras la sacan de su trance y asiente.

—Ni se te ocurra hacer eso. Todo lo que hemos hecho aquí ya ha sido demasiado.

No respondo, porque sabe perfectamente que sí me atrevería. Salgo del baño, dejo la puerta entornada y me alejo un poco, dándole privacidad.

Si hubiera sabido que Hana acabaría así, jamás habría elegido un *single malt*. ¿En qué estaba pensando? ¿Que alguien que nunca había probado whisky iba a llevarlo bien a la primera?

Estaba tan contento enseñándole la destilería que no pensé en nada más. Sus ojos brillando mientras escuchaba mis explicaciones me fascinaron de una puta manera.

Poco después sale del baño vestida con un albornoz.

—Gracias por ayudarme —su voz sale baja.

Yo simplemente asiento.

Casi pierde el equilibrio cuando intenta dirigirse hacia la maleta.

—Hana, todavía no estás bien. Una ducha no hace milagros. Sobre todo una tan caliente.

—Ah, ¿eso explica por qué todo sigue un poco inclinado?

—Vale, no pensaba rebuscar en tu maleta. Así que ponte esto —señalo una camiseta de punto mía que uno de los empleados me ha traído mientras ella se duchaba.

Después de ayudarla a vestirse, utilizando todo mi autocontrol y dando gracias a Dios porque ha sido rápido, Hana me mira con una tormenta jugando en sus ojos.

Se apoya en mi pecho y entonces susurra:

—Gracias por hoy...

Me quedo inmóvil.

Tiene las manos abiertas sobre mi camisa, pequeñas y cálidas, con los dedos presionando la tela como si necesitara aferrarse a algo para no hundirse del todo. Mi camiseta le queda grande, y no puedo evitar pensar en ella vistiendo algo mío y en lo correcto que parece.

—No tienes que darme las gracias —respondo, con la voz más baja de lo que debería.

Hana levanta el rostro.

Sus ojos oscuros están vidriosos, pero no llora. Hay confusión, alcohol, tristeza y algo que me golpea con más fuerza que cualquier puñetazo. Tal vez sea gratitud, necesidad. Quizá sea simplemente el agotamiento de una mujer que lleva demasiado tiempo intentando no pedirle consuelo a nadie.

—Sí tengo que hacerlo —murmura—. Has sido... amable.

La palabra suena extraña en su boca. También me resulta extraña a mí.

—No vayas contándolo por ahí.

Suelta una risa agradable de escuchar y su mano asciende un poco por mi camisa. Debería apartarla en este momento, meterla en la cama, darle agua, apagar la luz y marcharme antes de que mi cuerpo empiece a interpretar esta cercanía de una forma que mi cabeza ya sabe que no puede aceptar.

Pero me quedo, porque soy un idiota.

Porque me está mirando de esa manera.

Porque durante meses lo único que he querido ha sido que Hana Nakamura me mirara como mujer, no como una empleada irritada. Y ahora que lo hace, el momento es equivocado de todas las formas posibles.

—Douglas —vuelve a llamarme.

Mi nombre en sus labios me desmonta un poco más.

—Hana...

No consigo terminar.

Se pone de puntillas y me besa.

CAPÍTULO 19
Douglas Macallan

El primer contacto es torpe, cálido y demasiado rápido como para que consiga prepararme. Su boca toca la mía con una urgencia leve, casi tímida, y, durante un segundo entero, todos mis principios, mi prudencia y mi maldita educación se van al infierno.

Porque es Hana.

Porque sabe a whisky, pasta de dientes y tristeza.

Porque su mano asciende por la tela de mi camisa, su cuerpo se acerca al mío, sus dedos se enredan en mi pelo y en mi cuello, y yo le correspondo antes de poder impedirlo. Una de mis manos va a su cintura, la otra alcanza su rostro, y el beso deja de ser un accidente. Deja de ser un impulso confuso y se convierte en algo que llevo conteniendo desde el día en que entré en su sala y la vi derramarse agua sobre la camisa.

Suspira contra mi boca. Ese sonido me devuelve a la realidad.

No del todo. Solo lo suficiente.

Aparto mi boca de la suya, pero no le suelto el rostro de inmediato. Necesito un segundo para recordar que está afectada por el alcohol, herida y acaba de salir de una traición que yo mismo me encargué de que descubriera. Lleva puesta mi camiseta porque no era capaz de vestirse sola. Y yo, de entre todos los hombres, no puedo ser uno más que convierta su debilidad en una oportunidad.

Joder.

Doy un paso atrás, aunque todo mi cuerpo protesta.

Hana parpadea, confusa, con los labios entreabiertos y la respiración entrecortada.

—¿Qué pasa?

—No —la palabra sale ronca.

Frunce el ceño.

—¿No?

—No voy a hacer esto contigo en este estado.

La confusión de su rostro cambia. Primero se convierte en vergüenza. Después, en un dolor pequeño e inmediato que hace que me odie por haberle correspondido antes de detenerme.

—Yo te he besado —susurra, con las mejillas adquiriendo un tono más rojizo.

Asiento.

—Y tú...

—Te he correspondido.

Traga saliva e intenta alejarse, pero se tambalea. Le sujeto el brazo por reflejo y mira mi mano como si aquel contacto quemara.

—Entonces, ¿por qué has parado?

Porque, si no paro ahora, quizá no pare durante mucho tiempo.

Pero no lo digo.

—Porque has bebido demasiado. Porque estás triste. Porque mañana podrías despertarte odiándote por haber hecho esto, y yo no voy a ser otro motivo para que te sientas utilizada. Además, por cómo te ha afectado el whisky, puede que después ni siquiera lo recuerdes. Y yo no quiero eso.

Mi mente me recuerda que, cuando sea mía, quiero que recuerde exactamente cada segundo.

Su rostro se cierra, pero no por rabia. Por defensa.

—Sé lo que estoy haciendo.

—Hoy no.

Intenta retirar el brazo y la suelto.

—No decidas eso por mí también.

La frase acierta exactamente donde debe.

Me quedo en silencio, sintiendo el sabor amargo de la verdad en sus palabras. Después asiento, porque al menos eso se lo debo.

—Tienes razón. No decido por ti. Pero sí decido por mí, y no voy a tocarte cuando no pueda estar seguro de que eres tú quien habla, y no el whisky, el dolor o las ganas de olvidar a ese hijo de puta.

Se queda delante de mí, demasiado pequeña dentro de mi camiseta, con los ojos brillantes y una expresión que mezcla rabia y humillación.

—Quería olvidarlo. Solo eso.

—Lo sé.

—Solo durante un minuto.

Se me oprime el pecho.

Las ganas de atraerla hacia mí vuelven con violencia, pero esta vez no para besarla. Para abrazarla. Para impedir que el mundo siga golpeándola cuando ya está demasiado cansada para defenderse.

—No necesitas utilizar mi boca para eso.

Suelta una risa baja, sin humor.

—Qué frase tan horrible.

Sonrío.

—Y arrogante.

—Claro, estamos hablando de mí —bromeo.

Su respiración tiembla. Mira al suelo, sus propias manos, cualquier cosa que no sea mi rostro.

—Me da vergüenza.

—No debería.

—Es fácil decirlo. No has sido tú quien ha besado borracha a su jefe después de vomitar.

—Técnicamente, yo también he besado a una empleada borracha después de que vomitara.

Me mira horrorizada.

—Eso no ayuda en absoluto.

—Ya me lo imaginaba.

Por alguna razón, su boca se mueve en una especie de sonrisa, frágil y triste. Mejor que esa mirada rota de hace unos segundos.

Doy un paso a un lado y señalo la cama.

—Ahora túmbate antes de que te caigas.

Me saca la lengua y camina despacio hasta la cama, todavía inestable. Esta vez no protesta cuando le sujeto el codo para ayudarla. Se sienta en el borde y tira del bajo de la camiseta para cubrirse mejor las piernas, y ese simple gesto vuelve a recordarme lo mucho que necesito salir de aquí.

Cojo el vaso de agua de la mesa y se lo entrego.

—Bebe.

—¿Vas a seguir dándome órdenes después de rechazar mi beso?

—Sobre todo después de rechazar tu beso.

Coge el vaso de mala gana, bebe unos sorbos y me lo devuelve. La ayudo a tumbarse, le subo el edredón hasta los hombros y me aparto antes de que mis dedos hagan alguna estupidez, como tocarle el pelo húmedo extendido sobre la almohada.

Hana me observa con los ojos cargados de sueño.

—¿Vas a contarlo?

—¿Que me has besado?

Cierra los ojos con fuerza.

—No lo digas tan alto.

—Estamos solos.

—Las paredes de este castillo parecen lo bastante antiguas como para cotillear.

Casi sonrío.

—No voy a contarlo, y aquí nadie es lo bastante idiota como para cotillear sobre mí.

—¿Lo prometes?

La pregunta llega seria.

—Lo prometo.

Se relaja un poco, aunque todavía parece luchar contra el sueño.

—¿Douglas?

—¿Sí?

—No quería que fuera por él.

Me quedo quieto junto a la cama, sintiendo cómo la frase entra en mí y se queda.

—Entonces, cuando no sea por él, búscame estando sobria.

Sus ojos vuelven a abrirse y, durante un instante, parece que el resto de la habitación deja de existir.

Quizá mañana lo recuerde.

Quizá no.

Espero que lo recuerde.

Espero que no.

—Eres demasiado creído —murmura.

—Y tú estás a punto de dormirte.

—Eso no cambia el hecho.

—Duerme, Hana.

Masculla algo que no entiendo, pero finalmente se entrega al cansancio. Espero hasta que su respiración se vuelve más lenta,

compruebo el agua, el cubo y el medicamento para el día siguiente. Después apago la luz y dejo encendida únicamente la lámpara del otro lado.

Me siento en el sillón y observo cómo duerme, incapaz de alejarme de ella. Intento ordenar la cabeza. El problema es que su olor se ha quedado en mis dedos, en mi camisa, en el aire que me rodea. Té, whisky, jabón, tristeza. Una combinación que debería alejarme y que, sin embargo, hace que mis ganas de protegerla se mezclen con algo mucho menos noble.

Cierro los ojos y recuerdo sus labios suaves.

No...

Hana puede volverme loco, desafiarme, insultarme en tres idiomas si quiere. Pero, cuando la toque de la forma en que realmente deseo hacerlo, estará sobria, consciente y con toda la fuerza del mundo para decirme que pare si así lo quiere.

Vuelvo a mirarla en la penumbra. Borracha, vulnerable y llevando mi camiseta debería ser la imagen menos adecuada para ocupar mi cabeza.

Por desgracia, estoy seguro de que será lo único que vea cada vez que cierre los ojos.

Todos los días...

CAPÍTULO 20
Hana Nakamura

Me despierto con la sensación de que alguien me ha metido algodón dentro de la cabeza y después ha decidido golpearla con un barril.

Durante unos segundos, no sé dónde estoy.

El techo sobre mí es alto, trabajado y demasiado antiguo como para pertenecer a cualquier hotel que pudiera permitirme pagar en tres vidas. La luz entra por las rendijas de las pesadas cortinas, dibujando líneas claras sobre la gruesa moqueta. Tengo el cuerpo caliente bajo el edredón, pero la boca seca, la cabeza me late y mi estómago parece estar negociando con fuerzas superiores para decidir si va a perdonarme.

Entonces recuerdo.

Escocia.

El castillo de los Macallan.

La destilería.

Whisky.

Douglas.

Cierro los ojos con fuerza.

No.

No, por favor.

Los recuerdos llegan en fragmentos desordenados, de la forma más cruel posible. Yo probando el whisky. Las cosas que dije. Yo robándole el vaso porque, por lo visto, mi versión borracha no tiene ningún instinto de conservación. Yo diciendo que la sala estaba inclinada. Yo llamando a Douglas por su nombre.

¡Joder!

Él sujetándome del brazo cuando intenté levantarme demasiado rápido de la mesa. Su mano firme en mi cintura cuando casi tropecé en el pasillo. Su voz baja, ordenándome que dejara de discutir. Yo quejándome constantemente de que era un mandón y él manteniendo el control, como siempre.

También recuerdo que me trajo hasta la habitación.

Su brazo alrededor de mi cintura.

Que casi me caí en el dormitorio y él me sentó en la cama antes de que me rompiera un pie.

Recuerdo a Douglas arrodillándose delante de mí.

Abro los ojos de golpe y noto cómo me arde la cara.

Me quitó los zapatos.

No de una forma extraña. No de una forma invasiva. Simplemente me los quitó, con una paciencia silenciosa que me desarmó tanto que le dije que me estaba pidiendo matrimonio.

Entonces me asalta la peor parte: yo casi vomitándole encima. Él quitándome la ropa y la última parte es todavía peor. Siento que el rostro me arde aún más al recordar sus labios suaves.

¡Hostia puta, besé a mi jefe!

No me va a perdonar... Voy a perder el trabajo.

Me subo el edredón hasta la cara y considero seriamente quedarme escondida aquí hasta que envejezca.

Llaman dos veces a la puerta. Todo mi cuerpo se tensa.

—¿Hana?

Su voz llega desde el otro lado, baja y controlada.

Estupendo.

Era justo lo que necesitaba: enfrentarme a Douglas Macallan después de emborracharme con el whisky de su familia y, por lo visto, dejar que me metiera en la cama como a una niña que se ha pasado en una fiesta.

—Un minuto —respondo con la voz ronca.

Salgo de la cama demasiado deprisa y casi me arrepiento porque el mundo se balancea ligeramente. Cojo el albornoz que está doblado sobre un sillón, me lo pongo encima de la camiseta que no tengo ni idea de cómo ha aparecido en mi cuerpo y, antes de que el pánico termine de tragarme, veo mi ropa de la noche anterior doblada sobre una silla.

Vale. ¿Me vestí sola?

Creo que sí. Teniendo en cuenta mi estado, quizá no. Me tiembla un ojo solo de pensar en lo peor.

Abro la puerta aferrándome a la poca dignidad que me queda. ¿De verdad queda algo?

Douglas está al otro lado, impecable de una forma ofensiva para alguien que también debería haber pasado por el mismo vuelo, el mismo viaje, los mismos eventos y la misma noche. Lleva pantalones oscuros, camisa blanca con las mangas remangadas y parece descansado, concentrado y absurdamente sobrio. Odio cada detalle.

Me observa de arriba abajo y, por primera vez, no hay una provocación inmediata en su mirada. Hay evaluación. Quizá preocupación.

Peor todavía.

—¿Cómo te encuentras?

—Estupendamente.

—Mentira.

—Entonces no pregunte. Siempre es lo mismo, joder —expulso las palabras sin ningún filtro a estas horas de la mañana y todavía con resaca.

Su boca amenaza con una sonrisa, pero no llega a formarse.

—Tienes agua, medicación y comida en la bandeja. Necesitas comer antes que nada.

Miro por encima del hombro y solo entonces reparo en la bandeja colocada sobre una mesa junto a la ventana. Té, tostadas, fruta, un vaso grande de agua y unas pastillas.

—No hacía falta —digo, y estoy segura de que tengo la cara roja. Creo que nadie me ha hecho sonrojar tanto en mi vida.

—Sí hacía falta. Y no vamos a discutirlo.

—No estoy tan mal.

Apoya un hombro en el marco de la puerta y cruza los brazos.

—Ayer intentaste brindar con una lámpara.

Mi corazón se detiene. Abro los ojos de par en par.

—Yo no hice eso.

Se limita a asentir, manteniendo una sonrisita mínima de quien está disfrutando de la situación.

—No me acuerdo.

—Qué conveniente.

Mantengo la expresión más neutra que puedo porque recordar, recuerdo. No la lámpara en sí, gracias a Dios, pero sí recuerdo que me sujetó la muñeca antes de que tirara algo y dijo que la propiedad Macallan ya había sobrevivido a guerras, crisis económicas y familiares demasiado borrachos como para ser destruida por mí.

—Si no me acuerdo, no ocurrió.

—Una lógica peligrosa.

—Una lógica necesaria —corrijo, esbozando una sonrisa mínima.

Me mira durante unos segundos y percibo el instante exacto en que comprende que estoy fingiendo no recordar más cosas. Ese es el problema de mi jefe. Observa y se fija demasiado. Y yo, que me he pasado la vida intentando que nadie me lea, detesto estar cerca de alguien que parece pasar mis páginas sin pedir permiso.

—Tranquila, señorita Nakamura. Su reputación ha sobrevivido.

—¿Eso debería tranquilizarme?

—Teniendo en cuenta cuánto hablaste durante nuestro intento de cena, sí.

Cierro los ojos.

—¿Hablé mucho? —mi voz no es más que un susurro.

—Lo suficiente.

—¿De qué?

—De whisky, barriles, salas inclinadas, mi falta de educación, tu desprecio por los hombres infieles y el hecho de que soy menos insoportable cuando hablo de la destilería. Quizá también de que me encuentras más guapo de lo que te gustaría admitir.

Siento cómo la sangre me sube hasta las orejas.

—Yo no dije eso.

—Sí lo dijiste.

—Estaba fuera de mí. Así que no cuenta.

—Contó para mi ego.

Pongo los ojos en blanco, pero el gesto casi empeora mi dolor de cabeza, así que me detengo a mitad. Douglas se da cuenta y endereza la postura.

—Come algo —ordena, y eso me hace pensar en la bandeja.

—¿Cómo ha llegado esa bandeja hasta mi habitación? Espero que no haya dejado entrar aquí a sus empleados...

Su mirada cambia apenas un milímetro y veo pasar la rabia.

—Jamás permitiría que alguien entrara aquí mientras estabas vulnerable. No se te ocurra pensar algo así.

—Entonces, ¿cómo...?

—La puse yo ahí cuando salí para cambiarme.

Me atraganto al instante. ¿Cómo que salió para cambiarse? No puede ser. ¿Dormí con él y no me acuerdo? ¿Por eso llevo su camiseta?

Joder, pero no noto nada extraño en el cuerpo. ¿Será tan pequeño que yo...? No, no...

—Nosotros no...

—Ni se te ocurra pensar algo así —me interrumpe, y no se me escapa su tono ofendido. Suelto el aire, aliviada—. Pasé la noche aquí porque temía que te pusieras mal y no pudieras levantarte.

Asiento, pensando que ha terminado, pero Douglas da un paso hacia mí y sus ojos azules parecen arder sobre mi cuerpo.

—Si hubiéramos hecho algo, lo sabrías.

La forma en que me mira hace que se me caliente el estómago y que algo bajo en mi vientre hormiguee.

No. No. No.

Me niego a pensar en mi jefe, que es un tremendo gilipollas, follando conmigo.

Y se me acaban las palabras porque ¿cómo demonios se responde a eso? Tengo que fingir que ni siquiera recuerdo el beso. Pero, por suerte, cambia de tema.

—Mi abuelo quiere conocerte antes de comer.

Perfecto. No sé qué tema es peor.

—¿Su abuelo?

—Sí.

—¿El viejo Fraser? —se me escapa. Maldita resaca, que se ha llevado mis filtros.

Arquea una ceja.

—¿Viejo Fraser?

—Así lo llamó durante una conversación con Fiona —me encojo de hombros, avergonzada.

—¿Y recuerdas todo lo que oyes?

—Por desgracia, sí. Es una de las razones por las que sigo empleada.

Parece casi satisfecho.

—Entonces utiliza ese talento para recordar que a Hamish Fraser no le gustan los retrasos.

—Claro. Porque eso era exactamente lo que necesitaba mi resaca: que me juzgara otro escocés.

—Le caerás bien.

Parpadeo sin saber cómo responder a eso. Douglas se aparta de la puerta y, antes de marcharse, vuelve a mirar la bandeja.

—Agua. Medicación. Comida. En ese orden.

—Sí, señor.

—Hana.

—¿Qué?

—No era una petición.

Le cierro la puerta en las narices.

O, al menos, la cierro con toda la dignidad que puedo reunir teniendo en cuenta que llevo un albornoz, tengo resaca y mi jefe controlador está cuidando de mí en un castillo escocés.

No sé en qué momento mi vida se salió tanto de las vías, pero estoy casi segura de que Douglas Macallan conducía el tren que chocó contra el mío cuando ocurrió.

CAPÍTULO 21
Hana Nakamura

Hamish Fraser no parece un hombre de ochenta y cuatro años.

Quiero decir, parece viejo. El bastón apoyado junto a la silla lo delata, igual que el pelo blanco, el rostro marcado por el tiempo y la respiración un poco más lenta. Pero hay algo en él que no encaja con la fragilidad. Creo que es la mirada clara y despierta, la postura o, quizá, la forma en que ocupa la sala sin ningún esfuerzo, como alguien que ha pasado décadas mandando sobre hombres testarudos y barriles todavía más testarudos. Se parece bastante a su nieto.

Está sentado junto a la ventana, con una taza de té entre las manos, cuando Douglas me lleva hasta él.

—Así que esta es la señorita Nakamura —dice Hamish, analizándome con un interés que me da ganas de comprobar si hay algo mal en mi ropa—. La mujer que ha conseguido que mi nieto viajara de Nueva York hasta aquí más irritado que cuando se marchó.

Douglas frunce el ceño.

—Abuelo —dice con ese tono que advierte: no empieces.

—¿Qué pasa? La estoy elogiando.

—Eso no ha sido un elogio.

—Para ella sí.

Miro de uno a otro, completamente dividida entre querer reírme y querer presentar mi dimisión.

—Es un placer conocerlo, señor Fraser.

—Hamish —me corrige—. Señor Fraser es para abogados, empleados asustados o gente que quiere venderme algo.

—En ese caso, es un placer conocerlo, Hamish.

Sonríe.

—Eres exactamente como te describió mi hija. Educada. Guapa. Y con suficiente valor como para corregir a Douglas, imagino.

Vaya, la señora Macallan ha hablado de mí con su padre. No sé si alegrarme o ponerme todavía más nerviosa.

—Lo corrige demasiado —responde Douglas antes de que pueda abrir la boca.

—Alguien tiene que hacerlo —replico.

Hamish suelta una carcajada que termina en una tos baja. Douglas se mueve de inmediato, pero su abuelo levanta una mano con impaciencia.

—No empieces, muchacho. Es solo tos, no un testamento.

—Estabas resfriado... otra vez.

—Y tú sigues siendo un mandón empeñado en controlar mi vida. Cada uno con su enfermedad.

Ya me resulta imposible esconder las ganas de reír. Bajo la mirada hacia mi taza, pero noto que Douglas me está observando.

Hamish se da cuenta. Claro que se da cuenta.

Los abuelos parecen tener ese don irritante para ver todo lo que los demás intentan esconder.

—Siéntate, chica. Tienes cara de haberte peleado con una botella y haber perdido.

Se me calienta el rostro.

—No suelo beber.

—Mejor todavía. Los que beben demasiado suelen fingir que entienden. Los que no beben todavía dicen la verdad.

—Dijo que nuestro whisky sabe a algo que los hombres ricos fingen entender mejor de lo que realmente entienden —comenta

Douglas con sequedad.

Hamish me mira durante un segundo. Después se echa a reír.

—Me gusta.

—Me alegro de que alguien se esté divirtiendo —murmuro.

—¿Y te encuentras mejor? —pregunta Hamish con más suavidad.

El cambio de tono me pilla desprevenida.

—Sí. Gracias.

—¿Douglas cuidó de ti?

Mi mirada va hacia el hombre que está de pie junto a la mesa antes de que pueda impedirlo. Tiene el rostro completamente neutro.

—Sí —respondo, porque tampoco soy tan desagradecida—. A su manera autoritaria, pero sí.

—Es la única manera que conoce —su voz sale más baja y percibo que hay algo más detrás.

—Ya me estoy dando cuenta.

Douglas arrastra la silla que hay a mi lado y se sienta.

—¿Podéis dejar de discutir mi personalidad mientras estoy presente?

—También podemos discutirla cuando te marches —responde Hamish.

—Muy tranquilizador, abuelo —resopla, cruzándose de brazos.

Hay algo en la interacción entre ellos que no esperaba. Douglas sigue siendo Douglas, por supuesto. Controlado, serio, con ese aire de hombre que se cree responsable hasta de la rotación de la Tierra. Pero, junto a su abuelo, hay una grieta en la armadura. Pequeña, casi discreta. No parece menos fuerte, simplemente menos solo.

Y eso me provoca sentimientos que no sé interpretar.

Después del desayuno, vuelvo a mi habitación con la excusa de revisar unos documentos antes del evento. La verdad es que necesito respirar lejos de los dos. Lejos de la amabilidad seca de su abuelo, de la presencia de Douglas, de los recuerdos de la noche anterior y del dolor que todavía aparece cada vez que pienso en Elliot y me siento idiota.

Intento trabajar durante casi una hora.

Consigo revisar la mitad de un contrato, responder tres correos electrónicos y quedarme mirando la misma duda sobre un dato de la subasta hasta aceptar que necesito preguntárselo a mi jefe.

Joder.

Salgo de la habitación con el iPad en la mano y sigo por el enorme pasillo que una empleada me indicó antes. La propiedad es preciosa, pero nada práctica. Puertas, corredores, cuadros, exceso por todas partes.

Cuando por fin me acerco a la biblioteca, oigo voces.

La de Douglas llega primero.

—El lote tiene que quedar separado antes del evento. No quiero que esa botella viaje sin supervisión.

—Hablas de ella como si fuera una niña, Doug —responde Hamish.

Me detengo antes de entrar.

No debería escuchar, pero tampoco hago ningún esfuerzo por marcharme.

—Vale más de lo que muchos niños gastan hasta terminar la universidad.

—Qué frase tan horrible.

—Y cierta.

—Sigue siendo horrible.

Hay un breve silencio y después se oye el bastón contra el suelo.

—Estás diferente.

—No lo estoy —responde Douglas, con un matiz de irritación en la voz.

—Sí que lo estás. Te vuelves todavía más irritante cuando intentas mentirme.

—Tengo demasiado trabajo como para tener tiempo de estar diferente.

—El trabajo nunca ha impedido que un hombre haga el idiota por culpa de una mujer.

Todo mi cuerpo se queda inmóvil.

Ah, no.

No, no, no.

—Abuelo —la voz de Douglas sale más baja.

—Ella te saca de tu eje.

—Es mi secretaria.

—Eso ha sido la descripción de su puesto, no una respuesta.

Se me calienta tanto la cara que me planteo volver corriendo a mi habitación y fingir que nunca tuve ninguna duda.

—Acaba de salir de una mala relación —dice Douglas después de un momento—. No voy a ser otro hombre que decida cosas por ella.

La frase me deja clavada en el sitio.

Porque, viniendo de él, después de todo lo ocurrido en el club, después de haber decidido por mí tantas veces, suena casi absurda. Sin embargo, también suena distinta. No como una excusa. Sino como alguien que ha pensado en su propio error y ha odiado reconocer la verdad que había en él.

Hamish tarda en responder.

—Bien. Tal vez todavía haya esperanza para ti.

—Qué alivio contar con tu aprobación —se burla Douglas.

—No confundas esperanza con aprobación. Sigues siendo un Macallan, y los hombres Macallan tenéis una tendencia ridícula a creer que proteger a alguien es lo mismo que dirigirle la vida.

No consigo respirar bien.

—Lo sé —responde Douglas.

Bajo la mirada hacia mis pies.

Hamish suspira.

—Entonces deja de intentar embotellar a la chica. No todo buen whisky nace porque tú controles cada detalle. A veces hay que respetar el tiempo. Y no olvides que tienes un legado, hijo, y sigue estando por encima de todo.

Douglas no responde.

El silencio que llega después está demasiado cargado como para que yo irrumpa en él.

Doy unos pasos hacia atrás intentando ser discreta, pero mi tacón delata mi presencia contra el suelo antiguo. La conversación se interrumpe de inmediato.

Maravilloso.

Ahora sí que puedo morirme.

—¿Señorita Nakamura? —llama Douglas.

Cierro los ojos durante un instante antes de aparecer en la entrada de la biblioteca.

—Perdón. Te estaba buscando para preguntarte una cosa sobre el informe de la subasta. No quería interrumpir.

Hamish me mira con una diversión serena que indica que sabe exactamente cuánto he oído.

—Claro que no, chica. Entra.

Quiero que la moqueta me engulla. Mi jefe, en cambio, me observa de una forma extraña. No irritado. No incómodo. Solo atento.

—¿Qué duda tienes?

Entro en la biblioteca intentando fingir normalidad, le explico el punto del contrato y responde con precisión, cogiendo el iPad de mi mano para enseñarme dónde estaba la información. Nuestros dedos se rozan durante menos tiempo del que sería necesario para que significara algo.

Aun así, lo noto. Y él también.

Hamish finge mirar por la ventana, lo que constituye la prueba más evidente de que está pendiente de todo.

Cuando resolvemos el problema, aprieto el iPad contra el pecho, como si eso pudiera protegerme de alguna manera.

—Gracias. Terminaré de ajustarlo antes del evento.

Douglas me observa durante unos segundos.

—Sobre el evento.

Ya estamos. Mi cuerpo se prepara automáticamente para recibir la orden.

—No tienes que ir. Sé que la resaca te ha dado fuerte. Ayer no fue un día fácil.

Parpadeo.

—¿Qué? —Estoy segura de que no consigo ocultar la incredulidad de mi voz.

—Fiona puede acompañarme. Puedes quedarte aquí y descansar.

Me quedo mirándolo, esperando la continuación. La justificación. La parte en la que dice que, en realidad, sería mejor que fuera. La orden escondida dentro de la amabilidad. Pero no llega nada.

Simplemente espera.

Y eso me desconcierta más que cualquier imposición.

—¿Me estás dando a elegir?

Parpadeo, todavía completamente incrédula.

—Precisamente, señorita Nakamura.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza?

Hamish tose para ocultar una risa.

A Douglas no le hace ninguna gracia.

—Quizá sí, cuando... olvídalo. Solo intento no decidir por ti.

La frase me golpea de una forma incómoda, sobre todo porque todavía puedo escuchar la conversación que ha tenido con su abuelo resonando dentro de mi cabeza.

No voy a ser otro hombre que decida cosas por ella.

Aprieto un poco más el iPad contra el pecho, sin saber muy bien por qué mi corazón se comporta como un idiota.

—Iré —respondo.

—Hana, si es por obligación...

—Es por trabajo —lo interrumpo, porque cualquier otra explicación sería peligrosa ahora mismo—. Y porque no he cruzado el océano para quedarme encerrada en una habitación con resaca mientras Fiona hace lo que yo he venido a hacer.

Sostiene mi mirada.

—¿Estás segura?

—Sí.

Hamish sonríe detrás de su taza.

—Testaruda.

—Mucho —coincide Douglas.

Miro a los dos.

—Sigo aquí, por si lo habéis olvidado.

—Imposible olvidarlo, señorita Nakamura —dice Douglas, y algo en su tono hace que sea yo quien aparte la mirada primero.

Joder.

Odio cuando pasa eso.

Regreso al pasillo con la excusa de terminar el informe, pero la verdad es que me llevo conmigo una sensación extraña, incómoda y difícil de nombrar.

Douglas Macallan sigue siendo mandón, insoportable y dueño de una capacidad absurda para arruinar mi paz.

Pero aquella mañana llamó antes de entrar, cuidó de mí sin echármelo en cara, escuchó a su abuelo decirle que no podía controlarlo todo y, por primera vez desde que lo conozco, me ofreció una elección.

Y no sé cuál de esas cosas me asusta más.

CAPÍTULO 22
Douglas Macallan

Oigo los tacones golpeando contra el frío suelo del castillo y sé que Hana se está acercando. Nada me había preparado para verla hoy.

No después de ayer. No después de que, esta mañana, simplemente no recordara nada —o, al menos, fingiera no recordarlo —. Y lo único en lo que he pensado durante toda la puta noche ha sido en su boca.

Ahora, verla con el vestido que, una vez más, elegí yo —y, por Dios, se ajusta como un guante a sus curvas— me deja sin aliento.

Hana se acerca y se detiene a pocos pasos.

Cada maldito rasgo de su rostro, ligeramente maquillado, tiene una perfección que debería estar prohibida. Doy un paso atrás, imponiendo una distancia prudente entre nosotros.

—Por fin has conseguido no llegar tarde. Debo decir que es casi un milagro.

—Lo he hecho solo por su abuelo —dice, esbozando una sonrisa.

—Ya se ha adelantado, pero seguro que el viejo se sentiría halagado. Y creo que debería darte más trabajo, a ver si así dejas de hacerte la graciosa conmigo.

Sus ojos se abren de par en par.

—Creo que, si tengo más trabajo, no voy a poder volver a casa nunca. Quizá en la sede de Macallan haya algún cuartito al fondo donde pueda obligarme a vivir.

—Deberías vivir en otro sitio... —murmuro antes de poder contener el pensamiento.

—¿Qué?

—Nada. Vámonos antes de que lleguemos tarde —digo, echando ya a andar con ella hacia la puerta.



La fiesta transcurre según lo previsto. Hemos cerrado los acuerdos con los últimos socios necesarios para la subasta.

Cuando bajo del escenario donde he pronunciado el discurso que daba paso a la cena, todos sonríen y ahora todo empieza a encaminarse hacia una calma ensayada.

Hana me encuentra al pie de la escalera.

—En cuanto volvamos, envía la información para que el departamento jurídico prepare los contratos y podamos firmarlos lo antes posible. Y, hablando de asuntos jurídicos, comprueba si el bufete de Kingsley ya tiene alguna novedad sobre aquellos últimos procesos.

Gracias al Sovereign, todos nuestros asuntos de derecho civil están en las competentes manos de Sebastian Kingsley. Bueno, al menos desde que murió su padre y tuvo que regresar a Estados Unidos para ocupar su lugar.

—Ya está enviado. Y sobre los procesos, lo comprobaré mañana.

—Puede ser el lunes. Solo te lo he comentado ahora porque me he acordado de que todavía no han respondido.

Me observa con cierta sorpresa.

Joder. Desde que llegué a Escocia, me he ablandado con ella. Pero, coño, después de todo lo que ha pasado, Hana no necesita tenerme a mí comportándome como un puto gilipollas, como ella misma dijo.

Tal vez, solo tal vez, ahora pueda tener alguna oportunidad de que me mire de otra manera. De que aquel beso estando borracha no fuera únicamente algo provocado por el dolor de la traición.

Mi móvil suena y me saca de mis pensamientos. Veo el nombre de Angus en la pantalla e imagino que algo no va bien.

—¿Sí?

—Douglas, la abuela de la señorita Nakamura se ha puesto enferma. Acabo de llegar con ella al hospital y parece que la situación no es sencilla —su voz, que normalmente no muestra emociones, ahora transmite urgencia.

—De acuerdo. Hazme un favor y avisa al piloto para que lo tenga todo preparado. Volveremos a Nueva York en, como mucho, una hora.

—Ya lo he hecho. Le he enviado un mensaje y acaba de responder que va a solicitar la autorización de vuelo. Ese tiempo es suficiente.

Respiro hondo y agradezco que Angus siempre sea eficiente.

—Vale. Nos vemos dentro de unas horas. Infórmame cada hora.

Confirma y cuelga.

Mierda. ¿Tenía que haberme llevado a Hana al otro lado del océano justo ahora? Si le ocurre algo a su abuela, nunca me lo perdonará.

Regreso al lugar donde me está esperando. La preocupación aparece en su rostro antes incluso de que diga nada.

—¿Ha pasado algo? Parece preocupado —su voz sale más baja para que nadie nos oiga.

—En realidad, sí. —Mantengo los ojos sobre ella—. Angus acaba de llamarme. Tu abuela se ha puesto enferma.

Parpadea y veo cómo la expectación y el miedo atraviesan su expresión.

—¿Có... cómo que se ha puesto enferma? ¿Qué le ha pasado?

Su compostura se resquebraja un poco. Y ver a alguien tan centrado como ella perderse ante el miedo me incomoda porque no puedo abrazarla delante de todo el mundo.

—Están en el hospital. Todavía no saben exactamente qué ha ocurrido, pero está viva. No puedo decirte que esté bien porque aún no han dado información concreta, pero Angus nos avisará en cuanto el médico diga algo.

Hana procesa las palabras en silencio, absorbiéndolo todo y probablemente pensando que está demasiado lejos para hacer cualquier cosa. Parpadea varias veces, intentando contener las lágrimas.

—De acuerdo. En cuanto pueda, saldré para llamar a mi abuelo. —Respira un poco más despacio y abre la aplicación de la agenda en el móvil. No entiendo nada—. Ahora, durante la cena, usted tiene que hablar con...

—Hana, ¿qué *estás* haciendo? ¿Qué cena?

—Pues... creía que íbamos a cenar ahora. La agenda... —su voz se quiebra.

—No. —Le cojo la mano y la conduzco hacia la salida—. Nos vamos ahora.

—¿Qué? —Se detiene en seco—. No. Usted tiene compromisos.

—Mi único compromiso es estar en un avión rumbo a Estados Unidos dentro de... —miro el reloj— menos de una hora. Así que, si puedes caminar, te lo agradecería.

Sigue inmóvil. No sé si es por el impacto de lo de su abuela o porque de verdad creía que la haría trabajar sabiendo lo importantes que son sus abuelos para ella.

Joder, ¿qué piensa de mí?

¿He sido tan hijo de puta con ella durante estos meses que la he hecho creer que no tengo un maldito corazón?

Lo peor es que una vocecita irritante dentro de mi cabeza me dice que sí.

—Vale. No pensaba que fuéramos a marcharnos ahora.

Antes de que podamos salir, Fiona aparece delante de nosotros acompañada por el abuelo.

—Os estaba buscando a los dos. Daisy te está buscando y tenemos que resolver...

—No —interrumpo a Fiona—. Ha surgido un imprevisto en Nueva York y nos marchamos ahora. Asegúrate también de que todo lo que necesito esté en el avión antes del despegue.

No quiero pensar ahora mismo en nadie que me esté buscando ni en asuntos pendientes.

—De acuerdo, me encargo enseguida. En cuanto a lo que todavía ha quedado pendiente aquí...

—Yo me encargo —interviene el abuelo, y asiento en agradecimiento—. Supongo que debe de ser importante para que dejes el trabajo de esta manera.

Sus ojos observadores se clavan en mí como si dijeran: *muchacho, ya te lo advertí*... exactamente igual que cuando era niño.

—Sí, lo es, abuelo.

—Puedes irte, hijo. Diles a tus padres que pronto iré a visitarlos.

Cojo la mano de Hana, que hasta ese momento se ha limitado a observarlo todo completamente perdida, manipulando el móvil mientras la conduzco hasta el coche.

—Mi abuelo no contesta. Douglas, ¿estás seguro de que ella no...?

—Sí. No te mentiría sobre algo así.

—No quería decir eso.

—No importa. Las noticias que tengo son exactamente las que te he dado, sin omitir nada.

Entramos en el coche y aceleramos en dirección al castillo, ya que queda de camino al aeropuerto privado desde el que despegaremos.



El vuelo resulta incómodo, incluso después de que Angus nos informe de que su abuela está estable. Sé que Hana solo se tranquilizará cuando la vea viva y compruebe que no le hemos mentido en ningún momento.

Llegamos al hospital con ella casi corriendo por recepción. Nunca la había visto tan desesperada. Tengo la sensación de que debería hacer algo para ayudar, para aliviar ese desespero en el que está sumida.

Me acerco por detrás cuando conseguimos subir hasta la habitación donde está ingresada. En cuanto supe en qué hospital se encontraba, mandé a Angus conseguir la mejor habitación disponible e inventar cualquier excusa para justificarlo.

En cuanto entramos en la habitación, la mirada de su abuelo hacia nosotros no es precisamente amistosa. Seguro que cree que hay algo raro. A mí, sin embargo, podría importarme menos.

Me mantengo algo apartado, pero no dejo de observar a Hana. Veo su desesperación por asegurarse de que la señora Nakamura está bien. Habla brevemente con su abuelo mientras yo converso con Angus un poco más lejos, sin apartar mi atención de ella.

—¿De verdad está todo bien con ella? —pregunto en voz más baja.

—He utilizado su nombre para conseguir algo de información, porque el señor Kenji no confía del todo en mí, a pesar de verme a menudo llevando a Hana.

Normal. La verdad es que no parece confiar en nadie.

—Sí. ¿Y qué has averiguado?

—Parece que su problema de salud ha empeorado un poco —responde, y vuelvo toda mi atención hacia Angus—. Pregunté si podría entrar en una lista de trasplantes. En principio sí, pero antes tendría que someterse a una evaluación y no sería la primera de la lista. —Aparta los ojos de los míos y sé que hay algo más.

—¿Qué más?

—Su tratamiento va a encarecerse. El seguro actual no cubre las nuevas necesidades —su voz baja un poco—. Por ahora, solo he pedido que facturen todo lo necesario y he avisado de que se pagará. Como me dijiste que hiciera si surgía cualquier gasto adicional, pero...

—¿Hana ya sabe algo de esto?

—No. Le pedí a la médica que no se lo dijera de inmediato porque intentaríamos hacer primero la modificación, sin estresarlas.

—Lo resolveré el lunes en la empresa. Por ahora, pago yo los gastos adicionales.

Miro al hombre que lleva tantos años a mi lado y entiendo por qué esto es posible. Porque sabe exactamente quién soy y lo que hago cuando necesito proteger a alguien.

Vuelvo la atención hacia la habitación y veo a Hana con los ojos llenos de lágrimas. Imagino que la médica le ha explicado los cambios en el tratamiento y la posible entrada en la lista de trasplantes.

Se me pasan algunas ideas por la cabeza, pero todas son demasiado absurdas. Hana es importante para mí y para mi familia,

aunque este tipo de cosas quizá ya empiecen a sobrepasar un poco lo aceptable.

Después de un rato, se acerca a nosotros.

—Angus, muchísimas gracias por haberlos ayudado tan rápido. Sé que el señor Nakamura no es fácil —dice con una sonrisa triste—, pero consiguió que atendieran enseguida a mi abuela. Quizá, si hubieran tardado, ahora estaría peor. Y, señor Macallan, gracias por traerme de vuelta sin más.

No veo nada de la Hana habitual en ella. No hay sarcasmo, provocación ni burla. Solo una tristeza que casi me deja sin aire.

—No ha sido para tanto.

Mira de nuevo hacia la habitación.

—Sé que ha sido mucho, pero ahora no voy a discutirlo con usted. Después, me aseguraré de devolverle...

Levanto una mano para detenerla.

—No hay nada que devolver. Está cubierto por tu seguro.

—Sinceramente, no soy idiota. Y no voy a discutirlo ahora. Estoy demasiado cansada.

—Una decisión sabia. Hay cosas que simplemente se aceptan, señorita Nakamura.

La veo tragar saliva. Probablemente el cansancio, sumado a que su abuelo la llama, pesa más que la mujer que nunca deja una discusión a medias.

—Bueno, ya puede irse. Nos vemos el lunes —dice, volviéndose ya.

—No hace falta que vengas esta semana, y si necesitas más días, solo tienes que avisarme.

Me mira con incredulidad antes de regresar para atender a su abuelo.

Vale. ¿Desde cuándo me he vuelto tan benevolente con los empleados?

Quizá desde el momento en que la empleada en cuestión se llama Hana Nakamura y descubrí lo dulces que son sus labios.

Mentira, corrige mi mente: *eres así desde que la viste derramarse agua sobre la camisa al oír tu voz.*

CAPÍTULO 23
Hana Nakamura

Arrastro mi cuerpo agotado fuera del ascensor, enderezando la postura y fingiendo que todo está bien. Como si no hubiera pasado un fin de semana entero aterrada, creyendo a cada momento que el corazón de mi abuela podía dar su último latido.

En cuanto mis tacones resuenan en la planta de presidencia, Chloe me mira conmocionada. ¿Tengo peor aspecto de lo que me había parecido al mirarme?

Me acerco a su mesa y su expresión es la de alguien que acaba de ver un fantasma.

—¿Qué haces aquí, Hana?

—Que yo sepa, trabajo aquí —digo, completamente desconcertada.

—Dios mío, ¿el señor *Imponente* sabe que has venido? —pregunta, examinándome de arriba abajo—. Va a querer matarme. —La última parte sale en un susurro y creo que solo pretendía que la oyera ella misma.

—Bueno, ni él ni Recursos Humanos me han llamado, así que supongo que sí lo sabe.

Parece salir del estupor, rodea la mesa presa del pánico y se detiene delante de mí.

—No quería decir eso. Claro que trabajas aquí. Es solo que, con todo lo de tu abuela... —abre mucho los ojos—. Joder, se me ha olvidado preguntarte: ¿cómo está? Estoy tan desesperada por verte que se me ha olvidado por qué no debería estar viéndote.

—Chloe, respira. La abuela está mucho mejor. Ahora dime qué está pasando.

Por fin parece llenar los pulmones de aire y entonces suelta:

—Me avisó de que te había dado libre toda esta semana y que yo no debía molestarte por ningún motivo. Dijo que, si se enteraba de que te había llamado, me despediría —lo dice todo de una sola vez.

La observo y por fin entiendo su desesperación al verme. Cree que nuestro jefe va a pensar que fue ella quien me llamó.

—Hablaré con él, tranquila. ¿Está en su despacho? —pregunto, pensando ya en irrumpir allí.

—Sí, pero está con la directora de Relaciones Públicas. Además, hoy ha empezado muy temprano. Cuando llegué, él ya estaba aquí.

Desde que Douglas empezó a cargarme de tareas, mi horario cambió: salía dos horas más tarde, pero también entraba dos horas después, y Chloe se encargaba de las cosas hasta que yo llegaba.

—Vale. Voy a resolver algunas cosas que quedaron pendientes de Escocia. Cuando esté libre, avísame.

—Hecho. Y, Hana, tenemos que hablar. —Su expresión cambia y de repente se vuelve seria—. Bueno, en realidad eres tú quien necesita hablar. ¿Qué te parece si hoy te quedas en mi casa?

—Tengo que ir al hospital a ver a la abuela... Aunque esté bien, yo... —interrumpo la frase al recordar las palabras del señor Nakamura—. El abuelo me dijo que hoy debería descansar, que él se quedaría con ella y la cuidaría. Dijo que tenerme enferma a mí también sería demasiado para él, pero...

—Pero nada. Haremos lo siguiente: cuando salgamos de aquí, iremos a ver a tu abuela. Si está bien, vienes a mi casa y duermes conmigo. Estoy de acuerdo con tu abuelo, necesitas descansar. Recuerda que la subasta será dentro de unas semanas y tienes que estar bien.

Miro sus grandes ojos castaños y, sí, tiene razón.

—Vale, trato hecho —acepto por fin y voy a mi sala.

Respiro hondo al verlo todo perfectamente ordenado, y eso me transmite una paz que ni siquiera sé explicar. Era justo lo que necesitaba sin darme cuenta. No funciono bien con el desorden. Necesito ver las cosas organizadas para creer que, al menos, una parte de mi vida todavía funciona como debería.

Durante unos pocos segundos dejo que el peso del día anterior me alcance, para después volver a mi modo habitual de trabajo.



Cuando por fin me siento en el sofá del pequeño estudio donde vive Chloe, respiro aliviada. Dios, parece que hoy todo ha decidido ser demasiado. No he conseguido hablar con mi jefe ni un segundo. Ha tenido reuniones durante toda la mañana y, por la tarde, simplemente ha desaparecido después de pedirle a Chloe que liberara su agenda. Ella, muy lista, no ha abierto la boca para decirle que yo estaba en mi sala.

—Ahora creo que ya puedes empezar a contarme qué coño te ha pasado —dice, tendiéndome una botella de vino barato junto con dos vasos que un día fueron tarros de queso crema y que ahora utiliza para cualquier cosa.

—Han pasado tantas cosas que ni siquiera sé por dónde empezar. Tal vez pueda empezar por Elliot. Ya no estamos juntos...

—No me lo puedo creer, Hana. ¿Qué ha pasado?

—Ese hijo de puta desgraciado me engañó. Eso ha pasado —escupo las palabras y ella se queda con la boca abierta.

—Vale, que nunca me pareció de fiar es verdad, pero atreverse a engañarte ya es demasiado. ¡Eres increíble, amiga!

Le dedico una sonrisa y empiezo a contarle todo lo ocurrido durante la última semana. Solo oculto la parte en la que besé a mi jefe. Eso no puede saberlo jamás.

Aunque yo siga recordando constantemente la textura de sus labios, lo suaves que eran y... joder, tengo que dejar de pensar en eso.

—Amiga, eres un ángel. Yo le habría dado una bofetada en la cara, me habría dado igual dónde estuviera —exclama, y noto la rabia en cada palabra.

—Me contuve porque aquel lugar no era mío. Allí yo era la secretaria del señor Macallan, que es uno de los principales responsables del club. Imagínate la imagen que habría dado. Ahora más que nunca no puedo perder mi trabajo, Chloe.

El miedo de que le ocurra algo a mi abuela todavía me persigue. Ni siquiera puedo imaginarlo.

—También te entiendo, pero de verdad, te lo digo como alguien de fuera: llevabas meses pareciendo distante de ese imbécil.

Respiro hondo porque sé que puedo ser sincera con mi amiga y creo que, cuando la rabia y la humillación pasaron, lo que sentí fue alivio.

—¿De verdad? —Suelto el aire con fuerza—. Creo que, en el fondo, estoy aliviada. Por una parte, era como si simplemente me hubiera acomodado, ya no sentía aquel fuego por él. Y estos últimos meses estaban siendo tan difíciles... Parecía verme únicamente como una puta vagina que utilizaba cuando quería o como alguien a quien podía exigir disponibilidad siempre que le diera la gana.

Chloe hace una mueca y no puedo dejar de notar la rabia en su expresión.

—Espero que se muera. Me he enterado de que pidió unos días libres diciendo que tenía problemas familiares. Imagino que el ojo morado que le dejó nuestro jefe ayudó a tomar la decisión —comenta por encima del vaso improvisado, conteniendo la risa.

—Por lo menos así no tengo el disgusto de mirar esa cara fea. Bueno, fea tampoco puedo decir que sea, porque el cabrón es guapo. Ah, qué puto infierno.

Nos echamos a reír mientras seguimos bebiendo ese vino barato que ni siquiera consigue emborracharme.

El sonido de mi móvil me arranca de mi estado de felicidad y me pone inmediatamente en alerta, hasta que veo el nombre de mi jefe iluminando la pantalla. Entonces paso de la alerta al desconcierto. No me ha dicho nada en todo el día.

—*Hana* —su voz es firme y me provoca un escalofrío.

—Señor Macallan, ¿ha pasado algo?

—*Bueno, eso es precisamente lo que me gustaría saber...*

No entiendo adónde quiere llegar.

—Perdone, ¿hay algo pendiente? Usted no ha trabajado esta tarde... —intento.

—*Exactamente. ¡Y me gustaría saber por qué tú sí has trabajado! Teniendo en cuenta que dejé claro que estabas libre esta semana. No puede ser que Chloe...*

Lo interrumpo:

—Chloe no tiene nada que ver. He trabajado todo el día porque he considerado que era necesario. Nada más.

—*Cuando yo diga que no eres necesaria, espero que entiendas las palabras, señorita Nakamura. La próxima vez que desafíes una orden, quizá no te guste lo que ocurra.*

—Yo...

No consigo terminar.

—*Vas a tener bastante trabajo esta semana, ya que tanto te gusta trabajar* —dice y cuelga.

Su tono ofendido no me pasa desapercibido.

Un segundo después, Chloe me planta su móvil delante de la cara y me enseña una foto de los dos demasiado cerca durante el

evento en Escocia.

El ángulo hace parecer que estamos haciendo algo más que hablar, pero él solo estaba más cerca por culpa del ruido. Miro a Chloe, asustada.

—Parece que en Europa todo el mundo está comentando quién es la misteriosa mujer que podría ser el nuevo romance de Douglas Macallan y, por lo visto, la noticia ya ha llegado aquí. Está en todas las webs de cotilleos. Bueno, conozco lo suficiente a mi amiga como para saber que eres tú la de la foto.

¡Hostia puta!

Siento que cualquier rastro de alcohol en mi sangre desaparece al instante.

Llamo a Douglas inmediatamente. Y el hijo de puta simplemente no responde.

Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro. Tienen que silenciar esta mierda o se convertirá en un pozo sin fondo.

Llamo, llamo, vuelvo a llamar y no contesta.

Así que decido intentar localizar a Angus. Le envío un mensaje y me responde en el acto que Douglas está en su apartamento. Doy gracias al cielo, porque no queda lejos de aquí, a diferencia de su casa, que está bastante más lejos.

Tal vez hoy sea mi día de suerte, después de todo.

—Chloe, voy a buscarlo. Ese idiota no me coge el teléfono y necesito solucionar esto ahora, antes de que se convierta en un caos gigantesco. No puedo tener problemas con mi trabajo —digo, cogiendo el bolso, poniéndome los zapatos y pidiendo un coche por una aplicación.

—¿Estás segura de que ir a verlo ahora es una buena idea?

—No, pero necesito resolverlo.

Salgo corriendo sin dejar que diga nada más.

Paso directamente por recepción porque él se empeñó en dejarme registrada. Ya he tenido que traerle documentos aquí alguna vez, y Douglas decía que era insoportable tener que autorizar mi subida cada vez.

En cuanto salgo del ascensor en el ático, me detengo en el recibidor que ya forma parte de su apartamento. Aunque tengo el código de la puerta, llamo al timbre porque no me parece correcto entrar así. Mientras intento recuperar el aliento, pienso que podría estar acompañado.

Y, joder, ¿y si está follando con alguien?

La imagen que aparece en mi cabeza hace que me enfade conmigo misma por haberla pensado. Y me pregunto por qué imaginarlo follando me resulta tan molesto.

Vale. Acabo de darme cuenta de que he sido imprudente.

Cuando la puerta se abre, me quedo paralizada ante lo que veo.

CAPÍTULO 24
Douglas Macallan

El silencio de mi apartamento es lo único que me impide descargar contra las paredes toda la rabia acumulada durante el día, aunque echo de menos mi casa y el espacio que tengo allí para hacerlo.

Me he pasado toda la tarde hablando por teléfono con el departamento jurídico y con Relaciones Públicas, intentando averiguar qué heredero idiota o qué empleado de la destilería escocesa creyó que sería una buena idea ganar dinero vendiendo a la prensa una foto mía con mi secretaria.

Además de todo el trabajo necesario para convertir la crisis en un cotilleo controlado, también he tenido que lidiar con páginas de mierda inventando teorías sobre la mujer misteriosa que estaba a mi lado en Escocia, con mi madre enviándome mensajes demasiado enigmáticos para ser una mujer que finge no meterse en mi vida y con la incómoda certeza de que Hana, en cuanto viera aquello, entraría en pánico.

Y lo ha visto. Y se ha empeñado en llamarme varias veces, y yo me he empeñado en ignorarlas todas. Si hubiera contestado, habría perdido la compostura, porque la paciencia la perdí a primera hora.

Odio las invasiones. Odio perder el control. Y odio todavía más que su nombre esté siendo arrastrado al tipo de escrutinio que ella se ha pasado toda la vida intentando evitar.

Descalzo, vestido únicamente con un pantalón de chándal gris y con el cuerpo todavía caliente por la ducha que me he dado para intentar relajarme, camino hasta el salón para servirme un whisky.

El sonido del timbre corta el silencio.

Frunzo el ceño. Son casi las once de la noche. Podría ser Angus, porque él, junto con el resto del equipo de seguridad, dispone de un apartamento en las plantas inferiores. Sin embargo, no suele subir sin avisar, y recepción tiene órdenes estrictas de impedir el acceso a cualquiera. El único nombre de la lista con acceso directo y permanente al ático es el suyo.

Y entonces me golpea la realidad de que Hana ha venido hasta mi casa a estas horas.

Camino hacia la puerta y la abro de golpe.

Hana está de pie en el recibidor del ascensor. El viento le ha desordenado ligeramente el pelo oscuro, y su atención queda atrapada en mi pecho desnudo. Se queda paralizada al instante, con la respiración atascada en la garganta mientras su mirada desciende por la línea de mi abdomen y vuelve a mi rostro en un parpadeo, presa del pánico.

Tiene las mejillas sonrojadas y los ojos completamente abiertos por algo que no sé si es rabia, preocupación o el hecho de que le haya abierto la puerta llevando únicamente un pantalón de chándal y sin la menor intención de fingir que lo lamento.

Puede pasarse el día entero fingiendo que soy únicamente el jefe insoportable que arruinó su rutina, pero su cuerpo tiene momentos de sinceridad que su boca no se permite.

—Macallan —dice, intentando recuperar el tono profesional, algo que resultaría más convincente si su respiración no hubiera cambiado.

—Señorita Nakamura —digo, cruzándome de brazos, lo que solo consigue tensar aún más mis músculos—. Si pretendía traerme otro informe urgente, la hora resulta un tanto peculiar.

Parpadea, aprieta el móvil entre los dedos y parece recordar que ha venido hasta aquí para matarme, no para mirar mi pecho.

La veo tragar saliva. Su audacia habitual parece estar luchando por reaparecer debajo del impacto.

—No contestabas al puto móvil —dispara, con la voz un tono más alta, delatando su nerviosismo. Da medio paso atrás y mira hacia el ascensor, como si se planteara huir—. Yo... debería haber llamado antes de subir. Tú estás... no estás vestido.

—Estoy en mi casa, Hana —doy un paso a un lado para dejarle espacio—. Entra. Antes de que el sensor del ascensor crea que eres parte de la decoración del pasillo.

Vacila. Veo el cálculo atravesar su expresión. Sabe que cruzar el umbral de mi apartamento a estas horas, teniendo en cuenta lo ocurrido en Escocia, es peligroso. Pero la urgencia que la ha traído hasta aquí pesa más. Entra, manteniendo una distancia prudente conmigo mientras cierro la puerta.

—¿Has visto las noticias? —se gira hacia mí, soltando las palabras de una vez y casi plantándome la pantalla en la cara—. Chloe me las ha enseñado. Está en todas partes, Douglas. Dicen que soy tu amante, que estábamos juntos en Escocia. La foto... el ángulo es horrible. Parece que estamos...

La imagen nos muestra demasiado cerca, con mi cuerpo inclinado hacia ella, la boca junto a su oído y la iluminación del evento haciendo que todo parezca mucho más íntimo de lo que realmente fue. Apenas se distingue su rostro; solo parte del pelo, el perfil inclinado, el vestido, la postura. Para quien no la conoce, es una desconocida. Para quien la conoce muy bien, quizá sea suficiente.

Y, para mí, es el recordatorio de que tal vez me acerqué demasiado porque quise.

—La he visto —la interrumpo con calma mientras camino hacia la encimera de la cocina para coger mi vaso.

—*Vale*, ¿y?

—Ya me estoy ocupando. El departamento jurídico ha enviado solicitudes para retirar los enlaces ofensivos.

Hana suelta una risa amarga y empieza a caminar inquieta por el salón, destacando en un espacio que no es precisamente

acogedor. El ático es grande, silencioso, oscuro, con demasiado cristal, los muebles exactamente donde deben estar y casi nada que indique que alguien vive realmente aquí. Porque mi vida tampoco ocurre aquí. Prefiero mil veces mi casa, donde puedo olvidar, aunque sea durante un rato, el peso de un legado.

—¿Ocupándote? Douglas, mi nombre todavía no ha salido, pero la foto es bastante clara. Cualquiera de nuestra planta que mire esa imagen sabrá que soy yo. ¡Soy tu secretaria! ¿Tienes idea de lo que van a decir? Van a decir que ascendí porque me acuesto con el jefe, exactamente lo que llevo meses intentando demostrar que no hago.

Mi nombre otra vez en su boca. Sin señor. Sin Macallan.

Debería concentrarme en la crisis de imagen. Debería concentrarme en su preocupación profesional. Sin embargo, mi cerebro ha decidido precisamente hoy fijarse en cómo pronuncia mi nombre cuando está nerviosa y quiere matarme.

—No se te ve perfectamente la cara, Hana. La luz lateral y la niebla cubrieron los detalles —respondo, acercándome despacio, con el vaso en la mano—. Quien no te conoce íntimamente solo ve el perfil de una mujer con un vestido oscuro. Deja de preocuparte. Nadie va a despedirte ni a juzgarte por una especulación sin fundamento.

—Hablas como si fuera fácil —replica, levantando la barbilla, con los ojos brillando por una mezcla de rabia y vulnerabilidad que me oprime el pecho—. Para ti solo es otro cotilleo. Eres un Macallan. Para mí es mi reputación. Mi abuelo... si mi abuelo llega a ver esto, se morirá de vergüenza. *¡Él ya me advirtió sobre ti!* —La última frase sale en un susurro. Y me pregunto qué demonios le dijo su abuelo sobre mí.

Estoy a menos de un metro de ella. El aroma a té y jabón que desprende invade mi espacio y compite con el olor de mi propio cuerpo.

—No vas a perder el trabajo —reafirmo.

—Usted no lo entiende —su voz sale cortada.

—Entiendo lo suficiente.

—No, no entiende. —Da unos pasos, demasiado nerviosa para quedarse quieta, y sigo cada uno de sus movimientos—. Personas como usted pueden aparecer en una web de cotilleos con una mujer misteriosa y, al día siguiente, seguir cerrando contratos millonarios. Personas como yo se convierten en tema de pasillo, en risitas, en un "yo ya lo sabía", en la empleada que solo llegó donde está porque abrió las piernas para el jefe.

El silencio que llega después pesa lo suficiente como para cambiar el aire del salón.

Se me tensa la mandíbula.

Las ganas de destruir a cada persona que haya hecho o vaya a hacer un comentario así sobre ella aparecen tan deprisa que necesito unos segundos para responder sin dejar que la rabia domine mi voz.

—Si alguien dice eso en la empresa, acabaré con esa persona.

Se detiene y me mira.

—Eso no impide que lo piensen.

—Todavía no controlo los pensamientos.

—Milagro —se burla, apartando el rostro, incapaz de mirarme.

—Pero sí controlo las consecuencias. Y en eso soy bueno. Sobre todo dentro de mi empresa. Allí mando yo, y tú lo sabes.

—Siempre el control —murmura—. Contigo todo se reduce a eso.

Tiene razón otra vez, y eso me irrita porque Hana no debería ser capaz de ver este tipo de cosas en mí con tanta facilidad.

—En cierto modo, esta filtración tiene una utilidad —digo, bajando la voz una octava.

Parpadea, confusa e indignada.

—¿Utilidad? ¿Te has vuelto loco?

—Mi madre y los consejeros llevan meses intentando empujarme hacia herederas y cenas de compromiso concertadas. Con la prensa especulando que mi atención está en Nueva York, con alguien a quien no consiguen identificar, las conversaciones sobre que tengo que casarme por obligación desaparecen de la agenda durante un tiempo. Eso me da espacio para respirar.

Hana da un paso hacia mí, con la indignación vibrando en cada línea de su cuerpo.

—¿Entonces me convierto en una cortina de humo para tus problemas familiares? Esto es increíble.

—Yo no planeé esto, Hana —replico, dejando el vaso sobre el aparador cercano. Mi atención se fija por completo en su boca, en cómo se muerde el labio inferior cuando está furiosa—. Pero no voy a entrar en pánico por algo que ya estoy solucionando.

—Entonces, ¿te conviene que crean que estás teniendo una aventura con alguien?

—En parte, sí.

—¿Y a mí qué? —Hay una grieta en su voz que me irrita, porque quiero abrazarla y decirle que todo va a estar bien.

—En tu caso, nadie tiene por qué saber que eres tú.

Vuelve a reírse, pero esta vez con menos fuerza.

—Si eso pretendía tranquilizarme, no está funcionando.

—Porque estás agotada, asustada e intentando solucionarlo todo antes siquiera de respirar. —Intento suavizar el tono cuando me doy cuenta de que todavía ni ella misma sabe exactamente qué quiere.

—No hables como si me conocieras. Llevo pocos meses trabajando para ti. Nada más. No es suficiente para que sepas quién soy.

—Te conozco —afirmo.

Sus ojos regresan a mí, afilados.

—No lo suficiente.

La frase podría cerrar el asunto.

Debería.

Pero hay algo en esta sala, en la distancia demasiado corta entre nosotros y en la forma en que parece luchar contra las ganas de quedarse, que vuelve casi imposible cualquier decisión sensata.

—Entonces explícamelo —digo.

—¿Explicarte qué? —Parece confusa.

—Qué haces aquí.

Levanta el móvil.

—He venido por la foto.

—Podrías haber enviado un mensaje.

—No me has respondido.

—Podrías haber esperado hasta mañana. Ya que, por lo visto, quedarte en casa tampoco es una opción para ti.

Hace una pequeña mueca.

—Era urgente.

—¿Era profesional?

Vacila.

Y esa vacilación me dice mucho más que cualquier respuesta.

CAPÍTULO 25
Douglas Macallan

El salón parece quedarse sin aire de repente. Ella deja de hablar, con la respiración acelerada haciendo que su pecho suba y baje. Su mirada desciende de mis ojos a mi boca, y el silencio que se instala no tiene nada de profesional. Es el mismo magnetismo peligroso de la habitación del castillo, pero esta vez ninguno de los dos ha bebido. Estamos sobrios. Conscientes.

Doy el último paso y elimino la distancia entre nosotros. Ella no retrocede, pero se le tensan los hombros.

—Tienes que irte —murmura, aunque las palabras salen sin verdadera convicción—. Quiero decir... yo tengo que irme. Esto está mal. Eres mi jefe.

—Has venido a mi casa a última hora de la noche, Hana —llevo una mano despacio hasta su rostro y rozo con los dedos la línea de su mandíbula. Siento cómo se estremece bajo mi contacto, exactamente igual que en Escocia—. Y no me has llamado señor ni una sola vez desde que has entrado.

Traga saliva y sube una mano hasta apoyarla abierta contra mi pecho desnudo, como si intentara empujarme. Pero sus dedos no hacen fuerza; se cierran suavemente contra mi piel, sintiendo los latidos de mi corazón.

—No hagas eso... Sé lo que estás haciendo.

—¿Y qué estoy haciendo? —mi voz sale más ronca de lo que pretendo.

—Eso. —Señala entre los dos, nerviosa—. Esa cosa de hablar bajo, acercarte y parecer que sabes algo que yo no sé. No he venido aquí para esto.

—Lo sé.

—Entonces para.

Y paro.

Doy un paso atrás. No porque quiera. Porque ella me lo ha pedido.

Y mi obediencia parece afectarla más que si hubiera insistido.

Me mira, demasiado sorprendida como para ocultarlo, y su expresión me hace comprender exactamente el daño que hombres idiotas le han hecho. Hana espera presión. Espera insistencia. Espera que la voluntad de un hombre ocupe todo el espacio hasta obligarla a defenderse.

Conmigo no.

—Paro cuando me lo pides —digo, y mi voz sale más dura de lo que había planeado—. Siempre.

Traga saliva.

—No hagas eso... —pide, con los ojos oscuros nublados por una duda feroz—. Eres mi jefe. —La frase sale más baja.

Por fin.

Ahí está la verdadera resistencia. No la foto, no la prensa, no los rumores. Lo que hay entre nosotros es la jerarquía. El riesgo. Su trabajo. El seguro de su abuela. Todo lo que convierte este deseo en una trampa para ella y en una irresponsabilidad para mí.

—Lo sé.

—Esto está mal.

—Es complicado.

—Está mal —insiste, quizá porque necesita que sea sencillo.

—Entonces vete. —Utilizo todo mi autocontrol para pronunciar esas palabras sin dejar que se note el menor rastro de vacilación.

El dolor que cruza su rostro me golpea antes de que pueda odiarme por haberlo dicho.

—¿Me estás echando?

—Te estoy dando una salida antes de que ocurra nada. Mañana seguiré siendo tu jefe. La foto seguirá circulando, la empresa seguirá existiendo y tu vida ya tiene demasiados problemas como para añadir una noche conmigo si eso va a destruirte después.

Se queda callada.

La ciudad iluminada a su espalda convierte su cuerpo en una silueta delgada, tensa, cansada. Podría irse. La puerta está ahí. Yo no se lo impediría. No la tocaría. No utilizaría el hecho de que haya venido hasta mí para exigirle nada. Pero cada segundo que pasa sin que Hana se mueva vuelve el aire más denso.

—He pasado meses intentando ser invisible para ti —dice casi para sí misma, obligándome a prestar atención a cada palabra.

—Has fracasado de forma espectacular.

Su boca dibuja una pequeña sonrisa involuntaria, y eso me da ganas de atravesar el espacio entre nosotros.

No lo hago. Todavía...

—Estaba con Elliot cuando llegaste —continúa, y su nombre provoca que una rabia sorda empiece a hervir dentro de mí—. Creía que me gustaba. Quizá sí me gustaba, de alguna manera. Pero también creo que una parte de mí simplemente se había acomodado en algo que entendía. Me escondía, pero yo comprendía el lugar en el que me había colocado. Era horrible, pero era conocido.

La confesión me deja inmóvil.

—Hana...

—No hables. Si hablas ahora, voy a perder el valor.

Cierro la boca.

Respira hondo.

—Tú no eres conocido. Eres todo lo contrario. Eres una pésima idea acompañada de un apellido que pesa demasiado, un carácter insoportable y demasiado poder sobre mi vida. Y sé que debería salir por esa puerta, porque mañana recordaré todos los motivos por los que esto puede salir mal.

—Entonces vete.

Me mira. Hay rabia en sus ojos. Pero también deseo. Y miedo.

—¿Quieres que me vaya?

La respuesta correcta sería sí.

Quiero que se vaya porque es más seguro. Quiero que se vaya porque soy su jefe. Quiero que se vaya porque, si la toco ahora, no podré volver al punto en el que estábamos. Quiero que se vaya porque merece a un hombre que no ponga en riesgo su vida profesional, que no compre ropa absurda fingiendo que es un gasto corporativo, que no intente resolver su dolor mediante control y dinero. Y, sobre todo, porque, después de que sea mía, no volveré a querer dejarla marchar.

Pero la respuesta verdadera es otra.

—No.

La palabra queda suspendida entre nosotros.

Parece pensarlo y, durante un instante, una sombra atraviesa su expresión.

—Mañana tengo que sentarme en ese despacho y organizar tu agenda. Si nosotros... si hacemos esto, perderé lo único que me queda. Mi autonomía. Me convertiré exactamente en lo que Elliot dijo que era: una distracción vestida con ropa cara.

La mención del nombre de ese desgraciado me tensa la mandíbula, pero la incertidumbre en el rostro de Hana me obliga a tener una paciencia que no sabía que poseía.

—Yo no soy él. Y sabes que jamás serás eso. —Da un paso hacia mí y vuelve a tocarme el pecho. Le cojo la mano, entrelazo nuestros dedos y la presiono contra mi corazón—. Sabes quién manda en esa empresa. Sabes que nadie se atreve a alzar la voz contra ti sin tener que vérselas conmigo primero. Lo que ocurra aquí dentro, entre nosotros, no tiene nada que ver con Macallan.

—Sí que lo tiene —insiste con la voz temblorosa, levantando una última barrera antes de ceder—. Tengo miedo... Tengo miedo de

depender de ti, de dejar que decidas por mí y... de despertarme mañana y darme cuenta de que le he entregado el control de mi vida a mi jefe.

—No quiero controlar tu vida, Hana —susurro, acercando mi rostro al suyo hasta que nuestros labios casi se rozan—. Solo te quiero a ti. Sobria. Sabiendo exactamente quién soy.

Hana deja escapar una respiración temblorosa, con los ojos clavados en los míos. La duda sigue ahí, flotando bajo la superficie, pero el deseo que vi en ella aquella noche en Escocia finalmente vence sus defensas.

Cede.

—No quiero que mañana finjas que esto ha sido un error mío.

—Si ocurre, será una elección de los dos. No un error tuyo. ¿Estás segura?

Me mira.

—Quizá. Pero tienes que prometerme que esto quedará entre nosotros.

No me gusta la frase.

No me gusta porque se parece demasiado a lo que hizo Elliot. Esconder. Guardar. Empujar hacia la oscuridad. Pero entiendo su miedo. Entiendo el riesgo. Y, por mucho que una parte posesiva de mí quiera arrastrarla delante de cualquier cámara y dejar que el mundo entero lo sepa, esa parte no tiene derecho a decidir por ella ahora. No cuando todavía se siente vulnerable por todo lo ocurrido.

—Por ahora —respondo.

Frunce el ceño.

—Douglas —ahí está el tono de reproche.

—Por ahora, Hana. No voy a presionarte, pero tampoco voy a tratarte como un secreto sucio.

Su respiración falla.

—Me confundes por completo.

—Lo sé.

Arquea una ceja, intentando recuperar el sarcasmo.

—Claro que lo sabes —la burla impregna su voz.

—En realidad estoy intentando no hacerlo —respondo con sinceridad.

—¿Por qué?

—Porque, si te beso ahora, no será para olvidar a nadie. Ni para calmar a la prensa. Ni para resolver una tensión que empezó por una foto. Será porque te quiero.

Se queda inmóvil, con los ojos clavados en los míos y la mano todavía sobre mi pecho.

El silencio cambia.

La parte de la conversación que todavía pertenecía al miedo empieza a deshacerse poco a poco, sustituida por algo más cálido, más peligroso, más difícil de apartar. Hana desliza la mano por mi pecho hasta mi hombro y después hasta mi nuca, y mi autocontrol se convierte en una línea demasiado fina.

—No quiero olvidar a nadie —dice.

—Bien —susurro.

—No quiero que me consueles.

—Mejor todavía.

—Y puede que mañana me arrepienta.

—Puede.

—¿No vas a intentar convencerme de lo contrario?

—No.

—¿Por qué?

—Porque, si tengo que convencerte, no lo quiero. —En el fondo, quiero decirle que la quiero entera. No porque quiera olvidar a un idiota. No porque esté borracha. Sino porque me desea de la misma forma enloquecedora en que yo la deseo.

Me mira como si esa respuesta hubiera arrancado alguna defensa de su interior.

Sus dedos se hunden en mi pelo y tiran de mi cabeza hacia abajo justo en el momento en que mi otra mano alcanza su cintura y pega su cuerpo al mío.

El beso no tiene la vacilación de Escocia; es urgente, hambriento, cargado de toda la frustración y el deseo que hemos acumulado durante estos meses de provocaciones y silencios forzados.

Suelta un gemido bajo contra mi boca, y cualquier resto de control que intentaba conservar se desintegra por completo.

CAPÍTULO 26
Hana Nakamura

El mundo de fuera, con sus páginas de cotilleos, la imagen borrosa de Escocia y el fantasma del juicio de mi abuelo, simplemente deja de existir en el instante en que la boca de Douglas se cierra sobre la mía.

No hay informes, no existe el peso de Nueva York. Solo está el calor abrumador de su piel contra mis palmas y la comprensión tardía de que llevo cuatro meses intentando huir del único hombre capaz de desarmarme por completo.

El beso es profundo, lento y marcado por una urgencia que él ya no intenta ocultar. Su lengua invade mi boca con una seguridad que me hace estremecer, explorando cada una de mis reacciones, mientras una de sus manos, grandes y firmes, asciende por mi nuca, los dedos se hunden en mi pelo y tiran ligeramente, inclinándome la cabeza para poder succionar mis labios con todavía más intensidad.

Dejo escapar un gemido bajo, ahogado contra su boca. Mis manos, antes vacilantes sobre su pecho, abandonan cualquier resistencia. Mis dedos arañan la piel desnuda de sus anchos hombros, suben hasta su cuello y tiran de él para acercarlo más, queriendo pegar cada milímetro de mi cuerpo al suyo. Douglas deja escapar un sonido áspero al fondo de la garganta —un gruñido bajo de pura satisfacción— y me levanta del suelo sin el menor esfuerzo.

Le rodeo la cintura con las piernas por puro instinto de supervivencia. El salón parece girar, pero no es por el whisky de aquella noche en la destilería; es por él.

Camina conmigo por el apartamento sin romper el beso ni un segundo. Siento el suave impacto de mi espalda contra el colchón y enseguida el peso de su cuerpo se acomoda entre mis piernas, manteniéndome allí.

Douglas aparta la boca de la mía durante un instante, con la respiración tan entrecortada y caliente como la mía. El azul de sus ojos parece incendiarse frente a mí, devorado por un hambre voraz.

—Sobria, Hana —susurra, con la voz áspera y el pecho subiendo y bajando contra el mío. Me sujeta las muñecas por encima de la cabeza, inmovilizándolas contra el colchón con una firmeza que me hace temblar—. Mírame. Quiero asegurarme de que sabes exactamente quién te está tocando.

—Lo sé... —mi voz apenas es un hilo, pero en la mirada que le devuelvo ya no queda ninguna duda—. Douglas.

El sonido de su nombre hace que su control vacile de forma visible. Me suelta las muñecas, pero sus manos bajan rápidamente hasta mi blusa. Con una destreza que hace arder mi vientre, desabrocha los botones con los mismos dedos hábiles que me desvistieron en Escocia, aunque esta vez la prisa es muy distinta. Aparta la tela, exponiendo mi piel al aire frío de la habitación y, enseguida, al calor insoportable de sus manos.

Cuando se deshace del resto de mi ropa, no tiene ninguna prisa.

Y me vuelve loca con su lentitud.

Su boca desciende por mi barbilla, encuentra la vena que late en mi cuello y muerde suavemente el lugar, haciéndome arquear la espalda sobre el colchón. Sus manos bajan por mis costillas, aprietan mi cintura y después se deslizan hasta mis muslos, separándolos más y dejándome completamente expuesta a su deseo.

—Eres preciosa, *fhlùr* —murmura contra mi piel, y sus dedos empiezan a trazar, con una calma torturante y cariñosa, el camino hasta el centro de mi intimidad.

—¿Qué?

—Flor —dice en el mismo tono.

—¿Flor? —confirmo que lo he entendido bien.

—Sí —responde, distrayéndome con el contacto cálido de sus dedos sobre mi piel.

—¿Por qué flor?

—¿Hana no significa flor?

Miro sus ojos azules, ahora marcados por el deseo, y me limito a asentir.

—Me pareció que encajaba contigo. Delicada...

—No soy delicada —respondo entre un suspiro cuando sus labios se cierran alrededor de mi pezón.

—No —coincide, con la voz baja contra mi piel—. Las rosas tienen espinas. Solo hay que saber dónde tocar.

Cuando llega el primer contacto, doy un respingo. Los dedos de Douglas son firmes, pero su caricia tiene una precisión quirúrgica. Me acaricia con movimientos lentos y circulares, poniendo a prueba mi reacción, descubriendo lo húmeda y preparada que estoy para él.

—Joder, Hana... mira cómo estás de mojada. Me estás empapando los dedos. —Su mirada queda clavada en la mía—. Tan preparada para mí.

Elevo las caderas contra su mano, suplicando en silencio por más, pero él se aparta apenas para provocarme, arrastrando el pulgar con firmeza sobre mi punto más sensible hasta arrancarme un grito agudo que resuena por la habitación oscura.

—Douglas, por favor... —suplico, con los dedos clavados en las sábanas y la visión borrosa por el exceso de sensaciones. La intensidad de esa caricia está haciéndome perder la cabeza.

Él sonríe —esa sonrisa arrogante que suelo odiar, pero que ahora me incendia por dentro.

—Ah, todavía ni he empezado. Estás demasiado buena como para no probarte —su voz ronca hace que me estremezca entera.

Los labios de Douglas encuentran los míos, arrancándome gemidos mientras su lengua folla mi boca y sus dedos follan mi coño sin piedad.

Después sus labios descienden por mi piel, haciendo exactamente lo que prometió: besando, chupando y mordiendo cada centímetro de mi cuerpo, llevándome a una locura absoluta.

Cuando su respiración se detiene sobre mi coño y siento allí su aliento caliente, me retuerzo entre las sábanas, pero él se asegura de mantenerme en mi sitio.

Sus dedos son sustituidos por sus labios y no consigo contener un grito mientras su lengua recorre toda mi extensión.

Lame, chupa y mordisquea suavemente mientras siento cómo un placer abrumador se forma dentro de mí. Su lengua me devora de una manera arrebatadora al mismo tiempo que sus hábiles dedos presionan mi clítoris.

Ya no aguanto más y muevo las caderas contra la cara de mi jefe.

Dios, es demasiado.

—Douglas... oh... ya no puedo más —suplico entre gemidos.

Su boca se aparta y sus ojos, con las pupilas dilatadas, me observan destilando deseo.

—Sí puedes. Quiero que te entregues por completo a mí, que te corras en mi cara, que me alimentes con tu sabor, *mo fhlùr*. Quiero que te corras diciendo mi nombre.

Entonces me entrego sin reservas, gimiendo su nombre como una loca.

Mi cuerpo tiembla y ni siquiera tengo tiempo de pensar si parezco demasiado desesperada.

Douglas lame toda mi extensión mientras sigo temblando, sintiendo todavía los efectos del orgasmo más intenso que he tenido en mi vida.

Se aparta de mí, deshace el nudo de su pantalón de chándal y se libra de la prenda. El impacto visual de su cuerpo completamente desnudo me deja sin aire. Es enorme, musculoso,

una estructura de fuerza que contrasta a la perfección con mi delicadeza.

Sabía que Douglas era un hombre grande, pero hostia puta. Lo único que consigo pensar es que va a destrozarme.

Sus ojos parecen despejarse un poco mientras se acerca.

—¿Qué pasa?

—Eso. —Señalo aquella cosa enorme.

Y el cabrón esboza una sonrisa engreída.

—Hana, no pensarías que iba a medir casi dos metros y tener una polla pequeña, ¿verdad?

—No lo sé. Eres tan creído, tan insoportable a veces, que pensé que quizá intentabas compensar alguna carencia. —Hago un gesto vago con la mano en su dirección.

—No tengo que compensar nada, y vas a comprender cada centímetro de esa afirmación —dice con una sonrisa sádica que me provoca un escalofrío.

De inmediato, algunas de las botellas especiales que Douglas me enseñó con tanto orgullo en Escocia invaden mi cabeza.

—Ah... así que por eso me enseñaste aquellas botellas. Eso de ahí se parece más a una botella *magnum* de whisky preparada para partirme por la mitad.

Las matemáticas sencillamente no cuadran; el espacio disponible en mi cuerpo no parece compatible con el tamaño de semejante osadía escocesa.

Ahora se echa a reír a carcajadas y sube a la cama, deteniéndose sobre mí.

—Nunca lo había pensado, pero sin duda le hace justicia —su voz se suaviza, aunque el deseo sigue ardiendo en ella—. Te prometo que va a ser bueno. Sé exactamente qué hacer con una botella de whisky.

Mi rostro se pone rojo y, joder, sí que lo sabe. Aparto la mirada justo cuando siento su polla rozando mi entrada.

—Mírame, Hana —ordena con voz posesiva.

Levanto los ojos y me encuentro con esas dos rendijas azules que me observan con una adoración salvaje. Su boca se pega a la mía en un beso feroz que nubla mis pensamientos y, cuando me doy cuenta, estoy moviendo las caderas contra su polla en mi entrada empapada.

Douglas me coge las dos manos, entrelaza nuestros dedos con fuerza contra el colchón y empuja las caderas hacia delante.

Entra de una vez.

El impacto hace que abra la boca en un gemido mudo. Me llena con tanta fuerza, con tanta profundidad, que siento cómo mis paredes se estiran al límite para acomodarlo. Me quedo inmóvil durante unos segundos, asimilando la sensación de tenerlo completamente dentro de mí mientras la presión de sus dedos se afloja.

Primero una mano, después la otra, hasta que apoya los antebrazos a ambos lados de mi cabeza. Libre, me aferro a su espalda por instinto, clavando los dedos en su piel caliente mientras intento acostumbrarme a él. Hunde el rostro en mi cuello y deja escapar una respiración pesada, conteniendo su propio ritmo para no hacerme daño.

—Joder, Hana... estás tan apretada —gruñe contra mi piel, con los músculos de la espalda tensos bajo mis dedos.

Empieza a moverse.

Y, fiel a su naturaleza, marca un ritmo torturante. Sale casi por completo, dejándome vacía durante un segundo, solo para volver a bajar las caderas con fuerza inmediatamente después, hundiéndose todo lo que puede dentro de mí. El sonido de nuestros cuerpos chocando, la respiración entrecortada y la fricción húmeda crean una sensación tan intensa que siento que voy a derrumbarme en cualquier momento.

Cada embestida alcanza el fondo de mi vientre y me arranca gemidos involuntarios que ya he renunciado a contener. Mis dedos siguen aferrados a su piel, acompañando cada movimiento, mientras Douglas se incorpora apenas lo suficiente para verme perder el control. Aumenta el ritmo poco a poco, con la piel brillante por el sudor y los movimientos volviéndose más profundos, más viscerales, llevándome a una completa locura.

CAPÍTULO 27
Douglas Macallan

Joder.

Esa es la única palabra que mi cerebro consigue formular cuando siento cómo su interior se contrae a mi alrededor, apretándome la polla con una fuerza tan brutal que veo estrellas en la penumbra de la habitación. Mi respiración sale convertida en un sonido áspero, pesado, que rebota contra el techo alto mientras intento, de una forma completamente inútil, recuperar el control de mis propios sentidos.

Me he pasado toda la puta vida entrenado para no perder jamás la compostura, para negociar con tiburones y mafiosos sin mover un solo músculo del rostro. Pero Hana destruye todas mis defensas simplemente existiendo debajo de mí, con las piernas temblorosas enredadas alrededor de mi cintura y la boca roja, entreabierta, dejando escapar gemidos que me vuelven completamente loco.

El olor a sexo y sudor, que me resbala por el pecho y cae sobre su piel, satura el aire. Aquí no queda espacio para el jefe elegante. Solo existe la fricción húmeda, el sonido sordo de nuestros cuerpos chocando cada vez que mis caderas bajan sin ninguna piedad, hundiéndome todo lo que puedo dentro de ella.

—Joder, Hana... —gruño junto a su oído, con la voz desgarrada. Hundo los dedos con fuerza en sus caderas, tirando de ella hacia arriba, pegando su piel a la mía mientras cambio el ángulo para entrar todavía más profundo—. Me estás volviendo loco, joder. Mira lo que me haces.

Hana deja escapar un grito agudo que muere contra mi cuello cuando mis embestidas se vuelven más rápidas, más brutales.

Me araña la espalda con las uñas, marcándome, y cada línea de dolor que dibuja sobre mi piel solo sirve de combustible para

golpear con las caderas todavía más fuerte. La estoy follando con una posesividad salvaje, casi primitiva, que me asusta y me excita en la misma medida.

Siento que sus espasmos empiezan a dar las primeras señales en lo más profundo, succionándome todavía más, atrapándome de una forma que me hace gemir maldiciones en escocés que ella ni siquiera entiende.

Apoyo las manos abiertas a ambos lados de su rostro, con los músculos de los brazos tensos y temblando por el esfuerzo de sostener mi peso mientras sigo penetrándola. Miro directamente sus ojos oscuros, nublados, casi en blanco por el puro placer, completamente entregados al ritmo que estoy imponiendo.

Hana me tortura apretándome la polla cada vez más, haciéndome sentir completamente estrangulado, y vuelvo a saber que está a punto de llegar. Bajo una mano entre nuestros cuerpos, alcanzo su punto de placer y la toco, haciéndola contraerse contra mis embestidas.

—No cierres los ojos, joder —ordeno, con la voz áspera, posesiva de cojones—. Mírame. Siente esto. Siente lo que tienes dentro.

Suelta un sollozo, con el pecho subiendo y bajando contra el mío y las mejillas sonrojadas de una forma que me hace querer encerrar a esta mujer en esta cama para siempre.

—Douglas... más rápido, por favor... —suplica con la voz rota, elevando desesperadamente las caderas contra las mías en busca de fricción.

Y esa es mi ruina. Ver a mi secretaria, siempre perfectamente controlada, suplicándome así arranca el último resto de sentido común que me quedaba.

—Joder, Hana... —maldigo en voz alta, acelerando de una vez.

Mis movimientos se vuelven implacables. Salgo casi por completo de ella, dejando únicamente la punta de mi polla en su

entrada, y bajo de nuevo con un impacto violento, clavándome entero de una sola vez.

—Joder... yo... ah... —no consigue formar ninguna frase coherente. Las palabras salen mezcladas con gemidos y gritos.

Echa la cabeza hacia atrás, arqueando la espalda mientras el clímax la golpea. Sus paredes empiezan a ordeñarme en oleadas frenéticas, apretando tanto, tanto, que mi propio control estalla.

Hundo los dientes en su cuello, ahogando mi grito contra su piel mientras doy tres embestidas finales, hundiéndome tan profundo como mi cuerpo me permite. Mi semen se derrama dentro de ella a chorros y todo mi cuerpo se queda rígido, bloqueado, mientras me desplomo en medio del orgasmo más violento y devastador de mi vida.

Me aparto de encima de ella y, cuando Hana amenaza con levantarse, le sujeto el cuerpo.

—¿Adónde crees que vas? —susurro, con la voz todavía ronca por el placer.

—Pero tú... —parece perdida, parpadeando despacio en la penumbra, y siento una punzada de rabia al darme cuenta de que está acostumbrada a encuentros superficiales.

Elliot cruza mi cabeza durante una milésima de segundo y me entran ganas de romperle la otra mitad de la cara si de verdad creía que lo que le daba era suficiente.

—No he terminado contigo. Sé que todavía quieres más —llevo la mano hasta su coño empapado y masajeo su clítoris hinchado. Todo su cuerpo tiembla y sus caderas dan un respingo involuntario—. No sé qué creía que hacía contigo quien te tocó antes que yo. Pero solo pararé cuando tú me lo pidas, cuando me digas que ya no puedes más.

Me mira, con el pecho subiendo y bajando, completamente sin palabras. Es la primera vez que la veo tan vulnerable, sin esa armadura cotidiana.

—¿Quieres parar? —la provoco, poniendo a prueba su límite.

Hana dibuja una pequeña sonrisa traviesa entre los labios húmedos y se limita a negar con la cabeza.

—Perfecto, *mo fhlùr*[1]. Ahora quiero que te montes en mi puta polla y te muevas como la zorra que sé que eres —ordeno, y su piel se eriza mientras invierto nuestras posiciones y la coloco encima de mí.

Ya estoy duro otra vez, palpitando contra su vientre, alimentado por su olor y por el sabor de su orgasmo que todavía tengo en la boca. Hana se coloca sobre mi polla y baja de golpe, haciéndome ver estrellas.

El impacto me arranca una maldición en voz alta cuando quedo enterrado por completo en ese coño jodidamente estrecho. Empieza con un ritmo más lento, cierra los ojos e inclina el cuerpo hacia delante, torturándome con calma mientras mueve las caderas.

—¿Quieres matarme? —digo entre dientes, con las manos clavadas en su cintura cuando siento que me aprieta todavía más la polla.

—Quizá sí. —Esboza una sonrisa provocadora, echándose el pelo oscuro por detrás del hombro, con los ojos brillando de una osadía que me pone duro como una roca—. Quizá no... Puede que quiera desquitarme por todas las veces que has sido un gilipollas conmigo.

Esbozo media sonrisa, aprieto los dedos contra su culo, la sujeto en el sitio y embisto con fuerza desde abajo, rompiendo de golpe su lentitud. El impacto le arranca un grito agudo que resuena por la habitación.

—Creo que tendremos que follar muchas veces hasta que consigas desquitarte de todo —comento, sintiendo el delicioso agarre de su intimidad—. Y ya que llevas meses llamándome gilipollas, prepárate, *mo fhlùr*. En la próxima ronda voy a tomarme tu insulto tan al pie de la letra que mañana no podrás ni caminar sin recordar lo que significa de verdad tener una polla en el culo.

—Douglas... —su voz sale preocupada, pero completamente perdida en el placer.

Acelero el ritmo, levantando las caderas para encontrarme con ella en cada descenso. Se mueve sobre mi polla, cabalgándome como una auténtica amazona, con los pechos balanceándose al compás salvaje que hemos creado entre los dos.

Siempre había imaginado cómo sería ponerle las manos encima, romper aquella barrera fría de secretaria perfecta, y sabía que Hana no sería del tipo tímido entre cuatro paredes. Pero verla ahora aquí, entregándose a todo esto sin ningún pudor, marcando el movimiento con los dientes clavados en el labio inferior, me deja todavía más desorientado.

No tengo ni puta idea de qué me ha hecho esta japonesa. Solo sé que no quiero que pare nunca.

El sudor resbala por nuestros cuerpos y se mezcla allí donde chocan con un sonido húmedo y constante. Vuelve a gemir de una forma enloquecida, moviendo la cabeza de un lado a otro, y su presión interna se vuelve tan brutal que sé que está a punto de correrse otra vez.

Sujetándola con firmeza por las caderas, vuelvo a invertir nuestras posiciones sin darle tiempo siquiera a respirar, la tumbo boca abajo y tiro de sus caderas, colocándola a cuatro patas sobre la cama.

Miro la puta visión que tengo delante: la curva perfecta de su culo levantado hacia mí, la espalda arqueada, el pelo extendido por mis almohadas. Mira hacia atrás por encima del hombro, con las pupilas completamente dilatadas, pidiendo el golpe antes incluso de que me coloque sobre ella.

—Douglas... por favor... —gime, impulsando ligeramente las caderas hacia atrás en busca de mi contacto.

Dios mío, estoy completamente jodido. Una sola noche jamás sería suficiente para tenerla.

—Tranquila, Nakamura —murmuro con voz áspera. Le sujeto el pelo por la nuca con la fuerza suficiente para mantenerle la cabeza firme y exponer su cuello—. Te advertí que no iba a ser rápido.

Apoyo la cabeza de mi polla en la entrada del coño más delicioso que he visto en mi vida, sintiendo el calor del líquido que le corre por los muslos, y empujo con todo de una vez, clavándome hasta el fondo.

—Joder, Hana... —las palabras se me escapan entre los dientes mientras los hundo en su cuello.

Deja escapar un grito ahogado contra la almohada y clava los dedos en las sábanas con tanta fuerza que los nudillos se le vuelven blancos. La sensación de entrar en ella por detrás tiene una crudeza que me destruye; el agarre consigue ser todavía más brutal, apretando cada milímetro de mi polla mientras intenta acomodar mi grosor en esa posición.

Me siento enorme dentro de ella, estirando sus paredes hasta el límite, y el sonido húmedo de la fricción de nuestra piel llena la habitación de una forma completamente obscena.

Le sujeto las caderas, hundiendo los dedos en su piel suave, dejando marcas que mañana le recordarán quién ha estado con ella.

Empiezo a dar embestidas largas, retirándome casi por completo y golpeando con las caderas con fuerza justo después. Con cada penetración profunda, sus caderas salen impulsadas hacia delante y Hana deja escapar gemidos agudos, descontrolados, completamente entregada a la brutalidad del ritmo.

—Mira hacia atrás —ordeno, dándole una palmada sonora en el culo que deja la marca roja de mi mano sobre su piel clara—. Mírame, joder.

Obedece, girando el cuello por encima del hombro. Su rostro está completamente dominado por el placer, los labios hinchados, los ojos dilatados y brillantes por las lágrimas que no consigue contener.

Ver a Hana completamente perdida mientras la follo a cuatro patas, sin ninguna de sus barreras ni ironías, hace que me hierva la sangre.

Acelero el ritmo y convierto las embestidas en golpes rápidos e implacables. El sonido de nuestra follada es alto: el impacto seco de mi pubis contra su culo y sus gritos, que ahora resuenan sin ningún pudor.

Llevo una mano hacia delante, deslizándola por su vientre plano hasta alcanzar su clítoris completamente hinchado. Empiezo a frotarlo con fuerza, al mismo ritmo violento con el que mi polla la invade por dentro.

—Douglas... Dios mío, Douglas, para... ¡No voy a aguantar, joder! —grita, con la voz quebrándose y todo el cuerpo empezando a temblar como una cuerda a punto de romperse.

—No voy a parar una mierda —gruño junto a su oído, sintiendo el sudor de mi pecho caer sobre su espalda—. Te advertí que solo pararía cuando me lo suplicaras de verdad, y todavía puedes aguantar mucho más. Mira cómo me aprietas, Hana. Has nacido para que te follen así.

Introduzco dos dedos más por delante, mientras el pulgar continúa atormentándola y mi polla golpea el fondo de su cuerpo. El doble estímulo hace que Hana pierda por completo el control.

Suelta un sonido que ni siquiera parece humano —un grito largo y quebrado de puro éxtasis— mientras su coño implosiona a mi alrededor. Las contracciones de su orgasmo son tan violentas, tan fuertes, que parecen garras intentando arrancarme la polla de golpe.

Su presión es mi sentencia de muerte.

Retiro la mano de delante y le agarro el pelo oscuro por la nuca con fuerza, tirando de su cabeza hacia atrás mientras doy las tres últimas embestidas, las más profundas y brutales de mi vida, clavando el hueso de mi pelvis contra ella.

—¡Joder! —rujo, con la mandíbula tan tensa que hasta me crujen los dientes.

Todo mi cuerpo se queda rígido, cada músculo de mi espalda y de mis piernas estirándose hasta el límite cuando el orgasmo explota. Siento cómo mi semen se derrama dentro de ella a chorros mientras sigue temblando a mi alrededor.

Permanezco enterrado dentro de ella durante varios segundos, temblando por el esfuerzo, hasta que me fallan las fuerzas y me dejo caer de lado sobre el colchón, arrastrando su cuerpo flácido y sudoroso contra mi pecho.

El silencio vuelve a imponerse, roto únicamente por nuestras respiraciones entrecortadas intentando recuperar el oxígeno perdido.

No sé qué clase de caos traerá mañana la prensa a nuestras vidas. Pero, mientras siento su corazón latiendo contra mis costillas, sé una cosa: esa empresa nunca volverá a ser la misma. Y nunca volveré a permitir que otro hombre se acerque a lo que ahora es mío.

Aunque ella tarde un poco en entenderlo...

CAPÍTULO 28
Douglas Macallan

En cuanto abro los ojos con la luz entrando entre las cortinas, sé que algo no está en su sitio.

Miro alrededor y no veo ni rastro de Hana. Mis manos recorren las sábanas frías y la constatación llega enseguida: no acaba de marcharse.

Aun así, la llamo:

—¡Hana!

La única respuesta que recibo es el silencio del ático.

Mierda. Sabía que huiría. Aun así, recorro el apartamento solo para asegurarme de que no está en alguna habitación.

¿Por qué todo tiene que ser difícil con ella?

Regreso al dormitorio y algo entre las sábanas llama mi atención. Me acerco y cojo la pequeña prenda negra. No puedo evitar llevarla hasta la nariz y percibir su olor allí.

Joder, estoy *muy* jodido.

Nunca había hecho algo así, pero Hana tampoco se parece a ninguna mujer con la que haya estado.

Sigo con mi rutina matutina y, cuando estoy saliendo del apartamento, recibo una orden de mi madre.

Mamá:

Tu abuelo llega hoy.

La cena será a las 20:00. No llegues tarde.

Sonrío al leer el mensaje, porque ni siquiera le importa si tengo otro compromiso o no. Al fin y al cabo, esa es la forma de ser de los Macallan.



En cuanto entro en la empresa, veo que la luz de la sala de Hana está encendida. Así que simplemente entro y ella, como siempre, se sobresalta.

Al menos esta vez no hay agua de por medio.

—Te espero en mi despacho ahora mismo —ordeno y salgo sin esperar respuesta.

¿Quiere actuar a escondidas, como si no hubiera ocurrido nada? Pues tendrá exactamente lo que quiere.

En cuanto me siento, entra sujetando el iPad contra el pecho. Esta vez su mirada no tiene la seguridad habitual.

—Siéntate —señalo la silla—. Ya que quieres trabajar, tengo un montón de cosas para que resuelvas antes de la subasta.

Se sienta y empiezo a repasar con ella los detalles más importantes. Esta no es una subasta cualquiera. Además del formato tradicional, también presentaremos otro whisky que hemos creado en colaboración con Moreau, una empresa de cristal conocida por sus piezas exclusivas. Solo la botella ya cuesta una pequeña fortuna. Con el whisky dentro, vale miles de dólares.

Y, además de todo eso, tengo a la hija del dueño de la marca, que espero que no me cause problemas.

Mi móvil vibra con otro mensaje de mi madre. Es extraño, ya le he confirmado que iré esta noche.

Abro el mensaje, pero nada me prepara para lo que me pide.

—¿Por qué has rechazado la invitación de mi madre? —pregunto, y Hana levanta la cabeza, que tenía inclinada mientras

anotaba algo.

Arquea una ceja.

—¿Y por qué tengo que darle explicaciones sobre eso? —la respuesta llega cortante.

—Porque me está exigiendo que no te cargue de trabajo para que puedas ir.

Retuerce los labios.

—Alguien sabe que me carga de trabajo.

—Creía que en el trabajo se venía a trabajar.

Pone los ojos en blanco de inmediato.

—Bueno, por lo visto, estás convocada, igual que yo. Y, a menos que quieras que Moira venga a buscarte personalmente, te sugiero que vengas conmigo.

Veo cómo se le enrojece el rostro y no consigo contener la pregunta.

—¿Por qué huiste?

Sus ojos se abren ligeramente, pero recupera enseguida su expresión compuesta.

—No huí.

—Marcharse antes del amanecer se parece bastante a una huida para mí —mi voz sale más dura de lo que me gustaría.

—Me desperté temprano y me di cuenta de que no tenía ropa limpia allí, así que me fui... —se encoge de hombros como si no tuviera importancia.

—¿En serio?

—Sí. ¿Qué esperabas?

—Eso es algo que habría resuelto enseguida.

—Y yo no quiero. ¿*Lo ves*? Ese era precisamente mi miedo al dejar que esto ocurriera.

¿Por qué le cuesta tanto aceptar las cosas? Conozco mujeres que matarían por recibir un armario entero de ropa.

Pero Hana Nakamura no es ese tipo de mujer, y tengo que recordarlo.

—Que yo sea práctico no debería suponer un problema para ti.

—No creo que este sea el mejor momento para discutirlo —aparta la mirada.

Y recuerdo otra cosa que parece pesar dentro del bolsillo de mi traje.

—¿Y salir a la calle sin bragas? ¿Crees que sería un buen momento para discutir eso?

Su rostro se vuelve rojo.

—¿Có... cómo lo sabes?

Meto la mano en el bolsillo y saco la prenda, sujetándola por un lateral, colgada de un dedo. Hana se abalanza hacia mí para cogerla, pero la aparto y vuelvo a guardármela en el bolsillo.

—Douglas —dice en voz baja, con una rabia apenas contenida que hace despertar mi polla.

—No creo que sea prudente que pronuncies mi nombre de esa manera —mi voz sale ronca y la veo tragar saliva—. A menos que quieras que te folle ahora mismo encima de esta mesa.

Separa los labios y después se muerde el inferior.

Vaya.

Alguien tiene fantasías con que la follen en el despacho.

Me observa y seguro que ve perfectamente que todos mis pensamientos se concentran en quitarle cada prenda de encima y follarla hasta que toda la empresa oiga sus gemidos diciendo mi nombre.

—Ni se te ocurra insinuar algo así. No hagas que me arrepienta de lo que hicimos.

—Creo que sería difícil arrepentirse, sobre todo teniendo en cuenta cuánto te corriste y cuánto me pediste más.

—¡Basta! —Su rostro rojo y la forma en que cruza una pierna sobre la otra me dicen que recuerda cada detalle.

Chloe nos interrumpe avisándonos de una reunión y nuestro momento se termina. Veo a Hana respirar aliviada por la interrupción.

Ah, Hana, estás muy jodida conmigo...



Llegamos a casa de mis padres y todo está exactamente igual que siempre. El suelo pulido, las grandes obras de arte repartidas por todas partes, alfombras que podrían pagar un apartamento pequeño. A mamá siempre le ha gustado el arte, y nuestra casa siempre ha sido un reflejo de eso.

El abuelo aparece junto con papá.

—Hijo, qué alegría que hayas venido a visitarnos —dice papá, acercándose para darme un abrazo—. Olvidas con bastante frecuencia que tienes familia.

—No. Que yo sepa, vosotros habéis estado recorriendo Europa en un crucero durante los últimos meses. Y, a menos que aterrizara sobre el crucero, creo que habría sido complicado pasarme a hacer una visita.

Hace una mueca, porque fue mamá quien lo obligó a viajar para que dejara de trabajar.

—Sí, tu madre me obligó a desconectar de todo —retuerce los labios—. Pero ha estado bien. Hacía mucho que no disfrutaba de un momento así con ella.

Noto un brillo distinto en sus ojos y sé que de verdad le ha gustado. O, al menos, le ha gustado estar allí con mi madre. Puede que siempre se haya preocupado por el legado de la familia, pero también siempre la ha valorado.

Mamá llega poco después y empieza a contarles a todos lo divertido que ha sido. Y, al menos, me alegra que hayan conseguido descansar.

—Doug, ¿ya has dejado de pensar que Hana es tu esclava? —pregunta mamá con seriedad, y casi escupo el whisky que estoy bebiendo.

Hana tose, atragantándose.

—Nunca he pensado algo así.

—Pero estás haciendo trabajar demasiado a la chica...

—Mamá, no está trabajando demasiado. Está haciendo el trabajo para el que la contrataron.

Su expresión es de reproche, pero no llega a responder porque Hana interviene.

—Está bien. Al final suelo salir más tarde porque cambiamos mi horario. Con los cambios que ha hecho el señor Macallan y todos los eventos, hemos tenido más trabajo estos últimos meses —justifica de forma profesional.

Antes de que mamá pueda continuar, el ama de llaves anuncia que todo está listo, poniendo fin al asunto.

Si supiera que no estoy haciendo trabajar demasiado a Hana, sino manteniéndola a mi lado todo el tiempo que puedo.



Estoy en un rincón del salón, observando la noche, cuando el abuelo se coloca a mi lado.

—Hijo, ¿cómo van las cosas?

—Todo sigue su curso. Usted se quedará hasta la subasta, ¿verdad? —pregunto, volviéndome hacia él.

—No. Regreso a Escocia dentro de dos días, pero estaré aquí para la subasta. Bueno, en realidad no por la subasta, sino por el lanzamiento. Sabes cuánto me gustan los lanzamientos.

—Sí. Aprendí a disfrutarlos gracias a usted.

Esboza una sonrisa cálida y sé que se siente orgulloso de todo lo que me enseñó.

—Ahora respóndeme sinceramente cómo van las cosas. Y no me refiero al trabajo —va directo al asunto, y mi atención se dirige por instinto hacia Hana, al otro lado del salón, hablando con mi madre—. He visto las noticias y sé perfectamente quién era la mujer de la foto.

Vuelvo la mirada hacia el abuelo.

—Claro que lo sabe. Y no tengo nada que decir al respecto.

—Piénsalo bien antes de arrastrarla a algo de lo que después no pueda salir. Hazlo solo si estás seguro. —Ahora es él quien la busca con la mirada por el salón—. Es muy buena. Una mujer increíble, tal y como tu madre siempre la ha descrito. No merece sufrir.

Una rabia ciega me calienta por dentro solo de pensar que algo pueda hacerle daño, y aún peor que ese daño pudiera venir de mí.

—Jamás haría nada para hacerle daño. Pero ella no está preparada para esto —hago un gesto alrededor—. Lo que más me molesta es estar seguro de que es demasiado buena para mí, abuelo —la última frase sale más baja y duele de una forma que nunca imaginé experimentar.

Vuelve a mirarme y hay algo más en sus ojos azules.

—Las cosas ocurrirán como tengan que ocurrir. Ahora tengo algo para ti. —Mete la mano en el bolsillo del traje, saca una pequeña caja y me la entrega—. Era de tu abuela. Antes de morir, me pidió que te la diera. Siempre quiso que encontraras a alguien a quien amar de verdad, no un matrimonio únicamente para mantener el legado.

Abro la caja y veo el diamante rojo con forma de flor. Casi sonrío por la ironía. Es una joya familiar, el anillo con el que mi abuelo le pidió matrimonio.

La abuela era una romántica incurable.

El abuelo nunca superó su muerte. Yo también la echo de menos.

—Ojalá hubiera podido prometerle que mi matrimonio no sería una transacción comercial. —Respiro hondo—. Pero su hija y su yerno no dejan de recordarme que necesito tener un hijo, que el legado de los Macallan no puede morir conmigo. Tarde o temprano tendré que hacer algo.

Se limita a asentir y se aleja cuando mamá se acerca y lo llama.

Mi cabeza está a punto de estallar, como siempre.

Saco el móvil y llamo a Harrington.

—Macallan, espero que llames para hablarme de mi último pedido de whisky.

—En realidad, necesito correr un poco. ¿Puedes habilitarme la pista y un coche?

La línea queda en silencio durante un instante y casi puedo imaginar su cara seria mientras se lo piensa.

—Depende. ¿Qué gano yo?

—Además de tu pedido anterior, haré que te llenen el almacén con algunos *single malts* nuevos. ¿Qué te parece?

—Mejor. Avisaré para que tengas permiso para usarla. Procura no matarte en mi pista.

—Conduzco mejor que tú.

—*¡Sueña!* —dice y cuelga.

Aunque mi contacto con William se ha reducido mucho, sigue siendo un buen amigo, y nuestros intercambios siempre se mueven entre cajas exclusivas de whisky y coches exclusivos de HGT. No cualquiera conduce un coche de su marca, y formar parte de la clientela de William es prácticamente gritar que tienes poder.

Poco después consigo despedirme de mi familia y salgo con Hana hacia el garaje.

—Angus, lleve a la señorita Nakamura a casa.

Ella se detiene y me mira, como si no entendiera nada, mientras Angus se limita a asentir.

—Hasta mañana —digo y me vuelvo hacia uno de los coches del garaje.

Ahora mismo lo único que necesito es relajarme con la velocidad antes de hacer alguna estupidez capaz de cabrear muchísimo a Hana.

CAPÍTULO 29
Hana Nakamura

Las últimas tres semanas pasan con el mismo ritmo caótico de siempre: demasiadas reuniones, demasiadas hojas de cálculo, demasiados mensajes, *demasiado Douglas Macallan*.

Estoy en casa de Chloe, con el portátil abierto sobre las piernas, intentando revisar los últimos detalles de la subasta, pero mi estómago no deja de protestar. Ya no aguanto seguir encontrándome mal de esta manera.

—Hana, si vuelves a vomitar, te llevo al hospital —me riñe Chloe mientras me ayuda a sentarme en el sofá.

—No quiero ir al hospital. Solo necesito terminar esta maldita lista. Falta una última comprobación. No he trabajado tres semanas sin parar en esta mierda de subasta para no conseguir terminarla.

Mi amiga se cruza de brazos y me mira con mala cara.

—No deberías haberte traído trabajo para hacerlo fuera de la oficina —vuelve a regañarme.

Joder, hoy parece que todo el mundo ha decidido discutir conmigo.

—Solo lo he traído porque alguien me ha obligado a pasar más de una hora tumbada —replico, irritada.

—Dios, Hana. Estabas pálida, no consigues retener nada en el estómago, tus cambios de humor están peor... ¿Qué coño de síndrome premenstrual es este?

Las palabras de Chloe me golpean con fuerza.

¡Síndrome premenstrual!

No. No puede ser. ¡Me niego a creerlo!

—¿Qué pasa? ¿Por qué tienes cara de haber visto...? ¡Ay, Dios mío!

Me levanto al instante y hasta se me oscurece la visión. Necesito respirar antes de hablar.

—¡Necesito una farmacia, ahora mismo!

—Voy a pedir que nos lo traigan. Hay una aquí cerca y tú no estás en condiciones de salir ahora.

Lo hace y yo me quedo sencillamente en estado de shock.

Joder, no puede ser.

Termino a toda prisa lo que me falta y consigo entregar la puta lista. Cierro el portátil justo cuando suena el timbre, y mi amiga vuelve con tres pruebas diferentes.

—He comprado marcas distintas para estar seguras.

Me las entrega y entro en el baño pensando que mi vida puede estar literalmente pendiendo de un hilo ahora mismo.

Respiro hondo, sigo las instrucciones y abro la puerta para que Chloe espere conmigo, porque no soy capaz de enfrentarme a esto sola.

—Tranquila. Todo va a salir bien.

Respiro hondo y todavía no respondo.

No puedo.

Solo cuando aparecen las dos líneas rosas en cada prueba me echo a llorar sin poder evitarlo.

Mi abuelo va a querer matarme.

—¡Dios mío, Hana! ¡Estás embarazada! —grita Chloe y me abraza.

Le devuelvo el abrazo por puro automatismo.

Me separo de mi amiga, todavía sin hablar, y bajo la mirada hacia mi vientre completamente plano.

Un bebé.

No sé qué va a ser de nosotros dos ahora.

Volvemos al salón y Chloe me da un vaso de agua antes de sentarse a mi lado en el sofá.

—Hana, háblame —su voz tiene un matiz de desesperación—. Ay, Dios mío, el padre es ese gilipollas.

La miro y entonces aparece una duda todavía peor.

Puede que él no sea el padre.

—En realidad, necesito saber de cuántas semanas estoy.

Los ojos casi se le salen de las órbitas.

—¡Joder, estás follando con el jefe! Esto es demasiada información para un solo día.

Se tira del pelo y parece completamente loca.

—¿Có... cómo...? ¿Cómo lo sabes? —Un miedo todavía mayor me golpea al pensar que quizá más gente lo sepa.

—Solo un idiota no se daría cuenta. La forma en que te mira, Hana, tiene devoción, deseo y... te desnuda con los ojos cuando tú no estás mirando. Claro que no delante de todo el mundo. Yo lo veo porque siempre estoy cerca de vosotros. En reuniones y esas cosas, él siempre es profesional, pero cuando no hay nadie alrededor ya he visto cómo te mira. Y, bueno, tú tampoco te quedas muy atrás.

Siento que me arden las mejillas.

No puedo negar que hemos follado otras dos veces, pero con el caos de estas últimas semanas y mi abuela en el hospital, no he tenido tiempo para nada. Y tampoco puedo engañarme pensando que voy a tener algo con alguien que lleva un apellido como el suyo.

—Bueno, sí... Ya no tiene sentido negarlo. Necesito ir al médico mañana por la mañana para saber la verdad.

Y una pequeña parte de mí suplica que el padre no sea el imbécil de Elliot.

—Claro. Iré contigo. No voy a dejarte sola en un momento así.

—Gracias —digo, abrazándola.

Respiro hondo e intento tranquilizarme pensando en cómo va a cambiar mi vida a partir de ahora.

Bebé, no te esperaba, pero te prometo que voy a darte lo mejor.

Pienso en eso mientras me acaricio el vientre



La médica extiende aquel gel frío y empieza la exploración.

—Mamá, el bebé está bien. ¿Lo ves ahí? —señala una pequeña mancha en la pantalla y después activa el audio, dejándome escuchar el corazón—. Y mira qué fuerte late ya ese corazón.

No consigo contener las lágrimas que me resbalan por las mejillas.

—Doctora, ¿puede decirme de cuántas semanas estoy? —pregunto, insegura.

—Claro. Por el tamaño y el desarrollo, probablemente entre cinco y seis semanas.

Sollozo todavía más.

Seis semanas.

Es exactamente el tiempo desde aquel maldito polvo rápido con Elliot, algo que ocurrió solo para que dejara de insistir, porque sencillamente ya no lo soportaba más.

¿Por qué?

¿Por qué tiene que pagar mi bebé por algo que solo puede ser culpa mía?

Tiene que ser karma.

La médica no entiende nada de mi reacción, pero Chloe sí y me aprieta la mano para apoyarme.



En el coche, de camino a la empresa, ya me he recompuesto, me he secado las lágrimas, me he maquillado y me he prometido que voy a ser fuerte.

—¿Qué estás pensando hacer? —me pregunta Chloe en voz baja.

—Hablar con ese imbécil en cuanto llegue. No lo quiero cerca de mi hijo, pero es el padre. Merece saberlo, aunque yo no quiera contárselo. Cuanto antes lo haga, antes me quitaré esta angustia de encima.

—Pase lo que pase, estoy aquí. Y voy a ser la madrina más empalagosa del mundo con ese bebé.

La abrazo y susurro un gracias. No sé qué haría si estuviera sola.

Le envío un mensaje a Elliot y le pregunto si podemos hablar. Responde de inmediato.



En cuanto entramos en la empresa, subo directamente a su planta y le pido a Chloe que me cubra con Douglas.

La secretaria de Elliot no está en su mesa, cosa que agradezco mentalmente porque no quiero testigos para la peor conversación de mi vida. Llamo a la puerta y entro después de oír su voz desde dentro.

Elliot está detrás de la mesa. Se levanta en cuanto me ve.

—Hana. —Su tono es suave. Casi aliviado.

Eso me irrita incluso antes de que rodee la mesa, porque estoy segura de que no le va a gustar lo que va a oír.

—Sabía que vendrías —continúa con una pequeña sonrisa cautelosa, como si estuviera delante de un animal asustado—. Sabía que, cuando se te enfriara la cabeza, entenderías que aquello fue un error. La cagué, cariño, pero estaba borracho, enfadado, sintiéndome apartado...

—No me llames así.

Se detiene y ya no se acerca más. La sonrisa vacila, pero no desaparece del todo.

—Está bien. Lo entiendo. Sigues dolida.

—Elliot, no he venido para volver contigo —voy directa al grano.

Ahora la sonrisa desaparece por completo.

El silencio que se instala en el despacho parece cerrarme la garganta, pero me obligo a permanecer de pie, con las manos entrelazadas delante del cuerpo para que no vea que estoy temblando.

—Entonces, ¿para qué has venido?

Respiro hondo.

No hay una forma bonita, delicada ni menos desesperante de decirlo. Me he pasado todo el trayecto intentando construir una

frase, pero cuando abro la boca lo único que sale es la verdad desnuda, cruda e imposible de deshacer.

—Estoy embarazada.

Elliot no reacciona de inmediato. Se limita a mirarme.

Parece que las palabras lo han golpeado, pero no han terminado de entrar. Sus ojos bajan hacia mi vientre, todavía plano, y después regresan a mi rostro con una expresión que, durante un instante pequeño e idiota, casi confundo con sorpresa.

Entonces aparece el asco.

—¿Qué? —las palabras salen bajas, ásperas, cargadas de desprecio.

—Me enteré ayer. He ido al médico. Estoy de cinco a seis semanas.

—No.

Parpadeo.

—¿No?

Se ríe. Una carcajada corta, sin una pizca de humor.

—No, Hana. No vas a hacerme esto.

Se me encoge el pecho y trago saliva.

—¿Hacerte qué exactamente?

—Esto. —Me señala a mí, a mi vientre, a cualquier cosa que exista entre nosotros y que él, por lo visto, ya ha decidido odiar—. Aparecer aquí diciendo que estás embarazada precisamente ahora.

Tiene que estar de puta broma, como si yo quisiera estar embarazada de él.

—Yo no he elegido esto.

—Claro que no —escupe—. Solo has elegido venir a contármelo después de restregarte contra Macallan durante semanas.

La frase me golpea con tanta fuerza que durante un segundo no consigo respirar.

—Ten mucho cuidado con lo que vas a decir —mi voz sale baja y severa.

—No. La que tiene que tener cuidado eres tú, Hana. Porque no soy idiota. ¿De verdad crees que no lo veo? ¿Que nadie lo ve? Él te viste, te lleva a eventos, de viaje, te coloca a su lado como si fueras alguien importante, ¿y ahora apareces embarazada diciendo que es mío? —Se echa a reír, lleno de desprecio.

El despacho se deforma a mi alrededor.

Se me nubla la vista, pero no por el mareo.

Por la rabia.

—Sabes que es tuyo.

—Yo no sé una puta mierda.

—¡Elliot! —alzo la voz.

—No me levantes la voz. —Da un paso hacia mí, con el rostro rojo y la máscara de hombre arrepentido completamente destruida —. Desapareciste de mi cama, empezaste a pasar más tiempo con él que conmigo y ahora quieres meterme un crío por la garganta. No me jodas.

Me llevo una mano al vientre sin darme cuenta.

El gesto hace que sus ojos vuelvan a bajar y la forma en que mira el lugar donde está mi bebé me da ganas de echarlo del despacho a gritos.

—He venido a contártelo porque eres el padre. No he venido a pedirte nada.

—Todavía.

—Nunca. No quiero nada tuyo. Solo pensé que tenías el puto derecho a saberlo.

—Todas las mujeres dicen eso al principio.

Se me revuelve el estómago y contengo la bilis que amenaza con subir, porque no he comido nada.

—Das asco.

—¿Y tú qué eres? ¿Una santa? —vuelve a reírse, todavía más cruel—. Una secretaria pobre que, de repente, se queda embarazada y aparece aquí haciéndose la víctima. ¿Sabes qué aspecto tiene esto, Hana? Parece una oportunidad. El típico embarazo para atrapar a un hombre y asegurarte un buen futuro, ¿no?

La bofetada sale antes de que pueda pensarlo.

Mi mano impacta contra su rostro y el sonido corta el despacho con tanta fuerza que hasta yo me quedo inmóvil durante un instante.

La cara de Elliot gira hacia un lado.

Me arde la palma.

El pecho también.

Cuando vuelve a mirarme, hay odio en sus ojos.

—No vuelvas a hablarme así —mi voz sale baja, temblorosa, pero lo bastante firme como para reconocerme en ella—. No vuelvas a hablar así de mí. Y, sobre todo, no vuelvas a hablar así de *mi hijo*.

—¿Tu hijo? —Se lleva una mano al rostro y se ríe con incredulidad—. ¿Lo ves? Ya has empezado. ¿Ahora es tu hijo?

—Sí. Mi hijo.

—Entonces apáñatelas sola.

El dolor llega, pero no dejo que me derribe.

Porque, obviamente, ya me esperaba algo así.

Y porque, en el fondo, quizá una parte de mí haya venido aquí únicamente para confirmar que Elliot era exactamente el hombre que Douglas decía que era.

—Eso es lo que voy a hacer.

Me doy la vuelta, pero su voz me detiene antes de que llegue a la puerta.

—Vas a deshacerte de eso.

Me paro.

Todo mi cuerpo se queda helado. Y rezo por haber oído mal.

—¿Qué has dicho?

—Lo has oído. —Respira con fuerza, intentando recuperar algo de control—. Vas a abortar. Esto no puede pasar, Hana. No tienes medios, yo no voy a hacerme cargo de un niño que ni siquiera sé si es mío y vas a destrozarme la carrera con esta mierda.

Mi bebé se convierte en "eso".

Se convierte en "esta mierda".

Se convierte en un inconveniente dentro de la agenda de un idiota que nunca tuvo valor ni siquiera para pronunciar mi nombre delante de los demás.

Algo dentro de mí se rompe.

Me vuelvo despacio.

—Nunca vas a acercarte a este niño. Para ti no existe. Si te atreves, te mato. Así que olvida que existo y que algún día formé parte de tu vida.

Entrecierra los ojos.

—No digas tonterías.

—Estoy diciendo lo más serio que he dicho en toda mi vida. No vas a tocar a mi hijo, no vas a usar su nombre, no vas a amenazarlo, no vas a opinar, no vas a decidir nada. Te lo he contado porque pensé que era lo correcto. Ahora entiende que ha sido la última consideración que vas a recibir de mí.

—Hana, no seas dramática.

—¿Dramática? —Suelto una carcajada sin humor, sintiendo cómo las lágrimas me queman los ojos, pero negándome a dejar

que ninguna caiga delante de él—. Me acabas de decir que mate a mi bebé y ¿todavía crees que tienes derecho a llamarme dramática?

Debería matarlo por atreverse a decir algo así.

Se pasa una mano por el pelo, irritado.

—Eso ni siquiera es un bebé todavía. Y lo más fácil de verdad es que te deshagas de él.

La frase casi hace que vuelva a pegarle.

Pero no merece la pena.

Él no merece ni siquiera toda mi rabia.

—Para mí sí lo es. Aunque solo sea un pedacito de mí, ya es mucho mejor de lo que tú serías capaz de llegar a ser jamás. —Agarro con fuerza el pomo de la puerta, necesitando algún apoyo para no venirme abajo—. Y, a partir de hoy, Elliot, estás muerto para los dos.

Salgo antes de que pueda responder.

No corro por el pasillo, aunque todo mi cuerpo quiera huir. Camino con la espalda recta y una mano sobre el vientre porque quizá esté temblando, quizá me esté rompiendo, quizá el mundo entero acabe de demostrarme que confiar en alguien fue realmente lo más estúpido que podría haber hecho.

Pero no estoy sola.

Ya no.

Dentro de mí hay un pequeño corazón latiendo con fuerza.

Y por él voy a mantenerme en pie.

CAPÍTULO 30
Douglas Macallan

Me resulta extraño que, a estas alturas, Hana todavía no haya llegado.

Le pido a Chloe que venga a mi despacho y aparece pocos segundos después, entrando y dejando la puerta abierta. Sé que Hana ha dormido en su casa. Pero la expresión nerviosa de Chloe me dice que algo va mal.

—¿Dónde está Hana? —pregunto, sintiendo cómo se me agota la paciencia.

—Bueno... —empieza, aparentemente nerviosa.

—Chloe, no tengo tiempo.

Endereza la postura.

—Hana no se encontraba muy bien, así que ha ido al médico...

Ya estoy de pie antes incluso de que termine de hablar.

—¿A qué hospital?

Antes de que pueda ponerme la chaqueta, veo a Hana salir del ascensor e ir directamente hacia su sala.

—Ella...

—No importa... —digo, pasando ya junto a Chloe en dirección a su despacho.

—Señor Macallan, creo que...

—No tiene que creer nada. Vuelva a su mesa —la interrumpo en voz baja.

Se limita a asentir y obedece, pero no se me escapa la ligera mueca de su rostro.

Entro en la sala. Sin embargo, nada me prepara para encontrar a Hana encogida en el sillón, llorando.

—Dios, Hana... —Cierro la puerta a mi espalda, voy hasta el sillón, la cojo en brazos y la abrazo—. ¿Qué te pasa?

Pero no habla. Solo llora todavía más.

—Hana, ¿te duele algo? Puedo llevarte ahora mismo al hospital —mi voz sale más desesperada—. Por favor, háblame.

Levanta la cabeza. Hay pavor en sus ojos y entonces parece darse cuenta de la posición en la que está.

Salta de mi regazo y se pone de pie torpemente. Se da la vuelta de inmediato, coge un pañuelo de su mesa y se limpia la cara.

—Nada, no ha pasado nada —miente descaradamente—. Lo siento, no volverá a ocurrir. —Intenta, de forma miserable, recuperar su postura habitual.

Me pongo de pie y vuelvo a abrazarla, envolviendo su cuerpo esbelto con el mío.

—Deja de mentirme —susurro contra su pelo—. Y, si no quieres que salga de aquí contigo en brazos para llevarte a un hospital, te sugiero que me digas exactamente qué está pasando.

Da un paso atrás y baja la cabeza.

—He descubierto que estoy embarazada —susurra sin mirarme.

De repente, el corazón me da un vuelco. Y me quedo sin palabras.

Mis dedos van hasta su barbilla y la levanto, obligando a que sus ojos oscuros, ahora enrojecidos por el llanto, se encuentren con los míos.

—¿Es mío? —la pregunta sale baja, pero con una expectación que empieza a crecerme en el pecho.

No pensaba en ser padre ahora. Pero imaginar a Hana embarazada de un hijo mío es algo casi surrealista.

Aprieta los labios y otra lágrima le resbala por el hermoso rostro.

—No... por desgracia, no lo es —su voz quebrada rompe algo dentro de mí. Una parte que quería que ese bebé fuera mío.

—¿Estás segura? —pregunto una vez más, necesitando toda la certeza posible.

—Sí. Esta mañana me han hecho una ecografía y la médica ha confirmado que estoy de seis semanas. Exactamente el tiempo que hace desde que estuve con ese cabrón por última vez. —Se aparta de mi contacto—. Hacía tanto que no estábamos juntos. ¿Por qué volví a acostarme con él? Joder, qué estúpida fui al involucrarme con él.

Su voz me está destrozando.

Tengo el pecho oprimido de una forma que jamás imaginé sentir, enfadado porque se esté culpando y porque sé que lo único que deseo es que ese bebé cuya existencia acabo de descubrir fuera mío.

—No te hagas esto. Fuiste ingenua al creer que él podía ser una buena persona, y no pasa nada. Eso dice mucho más de tu carácter que de cualquier otra cosa. Y dice muchísimo de él que sea un idiota por haberte engañado y no haberte reconocido nunca públicamente.

—Vale, no hace falta que me lo recuerdes ahora —dice, enfadada.

—¿Él ya lo sabe? ¿Piensas volver con...?

Ni siquiera consigo terminar y Hana se gira hacia mí con una mirada fulminante. Le tiembla una mano.

—Lo sabe, porque yo no soy alguien que escondería un hijo a su padre. Pero me ha dicho que aborte —suelta de golpe, y sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas.

Una rabia ciega me sube por los huesos.

—¿Ha hecho qué? —la pregunta sale baja. Tenso la mandíbula para no descargar mi dureza sobre ella, que no tiene ninguna culpa.

—Exactamente lo que has oído. Acabo de contárselo y estoy llorando de tanta rabia, y porque ya he pensado en mil formas de matarlo por atreverse siquiera a plantear que mate a mi hijo.

Doy un paso alejándome de ella en dirección a la puerta, pero Hana me agarra y se interpone rápidamente entre la salida y yo.

—Ni se te ocurra hacer eso —su voz sale amenazante.

Miro su rostro manchado por las lágrimas, con el dolor todavía impreso en él.

—Hana, será mejor que me dejes...

—¿Qué? —me interrumpe—. ¿Que pegues a tu director financiero porque me ha dejado embarazada y no piensa hacerse cargo? Venga ya. Sería ridículo. Y, además, estamos a pocos días de un lanzamiento y tu nombre está en todos los medios. No seas idiota.

Me detengo porque lo que dice es verdad. Sería pésimo para mi imagen. Y no solo eso: para Macallan. Porque mi imagen, ahora mismo, sería el menor de mis problemas.

¿Cómo, con todo lo que está ocurriendo, sigue siendo capaz de pensar con racionalidad y preocuparse por la empresa? Esta mujer no existe.

Aun así, él va a pagarlo. Dentro de esta empresa y fuera de ella.

Doy un paso atrás.

—De acuerdo. ¿Y qué vas a hacer? —Le sujeto el rostro entre las manos, acariciándole la piel.

—¿Además de sentarme a llorar?

—Hana, hablo en serio. Puedo ayudarte...

Se aparta de mí.

—Ni termines esa frase. No tienes ninguna responsabilidad en esto. Voy a tranquilizarme, pensar en cómo contarlo... Ay, joder... —dice y vuelve a sentarse en el sillón.

—¿Qué pasa?

Se mete las manos entre el pelo y lo desordena. Fuera del sexo, nunca la había visto tan perdida.

—Mi abuelo va a querer matarme. Va a sentirse tan decepcionado... —me mira con tanto dolor que se me encoge el pecho—. Ni siquiera fui capaz de conservar mi honor. Debo de ser una puta, como dijo Elliot.

—Shhh. —Pongo un dedo sobre sus labios—. No digas eso. No eres una puta. Y un hijo es una bendición. Tu abuelo lo aceptará, estoy seguro.

—No lo entiendes, Douglas. Es muy tradicional. Salió de Japón, pero Japón nunca salió de él. Ni siquiera puedo pensar en la mirada de decepción que me va a dedicar —dice con la voz llorosa y rota.

Le sostengo el rostro con una mano.

—Eh, todo va a salir bien. Me tienes a mí...

—No. —Vuelve a apartarme las manos—. De hecho, creo que ahora deberías alejarte. Necesito trabajar. Y sea lo que sea que estuviera ocurriendo entre nosotros, se acabó —dice con firmeza, recuperando rápidamente su postura corporativa.

—No puedes...

—Sí puedo. Dijiste que me respetarías, ¿verdad? Entonces respeta mi decisión. Si puedes dejarme trabajar ahora, te lo agradecería.

Traga saliva y mantiene los hombros rectos, como si eso bastara para impedir que se derrumbara.

Parpadeo, intentando comprender lo que acaba de ocurrir.

Y pienso que, si para mí ya es difícil, para ella debe de resultar casi imposible.

—De acuerdo. Si quieres cogerte hoy libre o trabajar desde casa, hazlo sin problema.

—Gracias. Aceptaré trabajar desde casa —dice, cogiendo el bolso y saliendo inmediatamente.

Se marcha a pasos rápidos, le dice algo a Chloe y casi corre hacia el ascensor mientras se limpia la cara.

Le envío un mensaje a Angus para que la lleve adonde quiera ir. Después vuelvo mi atención hacia Chloe.

—Vaya con ella.

Chloe parpadea, sorprendida.

—¿Señor Macallan?

—Hágame un favor. Acompañe a Hana. No debería estar sola ahora. Cancele toda mi agenda de hoy y trabaje también desde casa. Angus las llevará a las dos.

Abre mucho los ojos e imagino que todavía no conoce todos los detalles.

—¿Te lo ha contado todo? —pregunta en voz más baja.

—Sí. Incluido lo que ese idiota le ha dicho que hiciera.

La expresión de Chloe cambia al instante, llena de conmoción y rabia.

—Gracias, señor Macallan. Voy a recoger mis cosas y organizaré los cambios cuando llegue a casa —dice, poniéndose ya en movimiento.

—Hágalo. Y manténgame informado si necesita algo.

Joder, ¿qué coño ha pasado hoy?

El corazón me martillea contra el pecho, diciéndome que podría haber sido yo el padre. Y, por Dios, me habría encantado que fuera verdad.

Pero lo único que tengo ahora es a Hana alejándose de mí. Y, en este momento, no tengo ni idea de qué puedo hacer para que cambie de opinión.

Solo sé que necesito cambiar esto inmediatamente.

CAPÍTULO 31
Hana Nakamura

El coche de Angus parece demasiado silencioso dentro de una ciudad tan ruidosa como Nueva York. Chloe está sentada a mi lado, sin abrir la boca desde que hemos salido de la empresa, y quizá sea mejor así. Tengo miedo de que cualquier palabra suya haga que todo vuelva a derrumbarse.

Mantengo la mano sobre el vientre durante todo el trayecto.

No hay nada ahí que pueda sentir.

Nada aparte de mi propia piel, la tela de la camisa, la respiración contenida y un miedo tan enorme que casi me asfixia.

Aun así, no consigo apartar la mano.

Bebé.

La palabra todavía parece imposible. Demasiado pequeña para el destrozo que ha causado y, al mismo tiempo, demasiado grande para caber en mi vida.

Tenía una rutina. Mala, agotadora, llena de horas extra, un jefe insoportable, una abuela enferma, facturas, hojas de cálculo médicas y una dependencia humillante de un trabajo que amaba y odiaba a partes iguales. Pero era una rutina.

Entendía los problemas. Sabía dónde colocar cada uno. Sabía qué factura pagar primero, qué medicamento comprar, qué documento revisar, qué respuesta mordaz tragarme para no perder la compostura.

Ahora hay un niño. Mi pequeño bebé. Y tengo la sensación de que todo está patas arriba.

Angus aparca delante del edificio de Chloe y baja antes de que yo consiga salir. Mi cuerpo tiembla cuando intento moverme, y

odio esa debilidad con una intensidad que casi hace que vuelva a llorar.

No voy a llorar delante de él, ni en el pasillo, ni en el ascensor.

Ya he llorado demasiado para un solo día y, aun así, siento que existe una segunda versión de mí encogida por dentro, sollozando sin parar.

—Señorita Nakamura —me llama Angus, sujetando la puerta abierta.

—Gracias.

Mi voz sale educada. Hasta normal. Lo que demuestra que tantos años trabajando en entornos corporativos sirven para algo. Puedes descubrir que estás embarazada, recibir la orden de abortar, abofetear al padre de tu hijo, derrumbarte entre los brazos del jefe con el que nunca deberías haberte involucrado y aun así darle las gracias al chófer sin parecer completamente destrozada.

Muy bien, Hana. Todavía no te has roto del todo.

Angus nos acompaña hasta la entrada del edificio, ignorando mis dos intentos de decirle que estoy bien. Claro que los ignora. Trabaja para Douglas Macallan. Debe de existir algún entrenamiento secreto en el que enseñan a todos los empleados de la familia a tratar mis argumentos como ruido de fondo.

Le doy las gracias a Angus con prisas y Chloe nos mete dentro. Cierra la puerta y, antes de que consiga decir nada, me rodea con los brazos.

El llanto que llevaba conteniendo llega de una forma nada bonita, sin control y sin ninguna posibilidad de frenarlo. Chloe no dice nada. Solo me abraza en medio del salón.

—Me dijo que abortara —consigo decir, con la voz deformada contra su hombro—. Llamó mierda a mi bebé, Chloe.

Me aprieta con más fuerza.

—Voy a matar a ese hijo de puta.

—Ponte a la cola —escupo, sintiendo cómo toda la rabia hacia él vuelve de golpe.

—¿Detrás de quién? ¿Del señor Imponente?

Suelto una risa quebrada entre el llanto. La imagen de Douglas saliendo de mi despacho con aquella mirada homicida me atraviesa y noto que el pecho se me oprime todavía más.

Douglas.

Le dije que se había acabado y le pedí que se alejara.

Dije aquello mirando a la cara de un hombre que estaba intentando ofrecerme ayuda, mientras todo mi cuerpo quería aceptarla y mi cabeza gritaba que no tenía derecho a meterlo en un problema que no era suyo.

Chloe me lleva hasta el sofá y me obliga a sentarme. Después me da un vaso de agua, esperando que eso consiga calmarme.

—También se lo has contado a él... —afirma, y sé que está hablando de nuestro jefe.

—No debería haberse enterado así. Fue de golpe, yo estaba derrumbándome.

Respiro hondo y le cuento lo que ha ocurrido desde el momento en que entré en el edificio: mi conversación con Elliot y, después, con Douglas en mi despacho.

—Le importas —dice en voz más baja, tanteando mis sentimientos.

—No empieces —intento sonar firme.

—Amiga...

—No, Chloe —la interrumpo—. No empieces porque ahora mismo no puedo con eso. Douglas no tiene nada que ver con este embarazo. Nada. No puedo dejar que se meta en toda esta mierda solo por pena, por honor o por ese deseo suyo de controlar el caos, sea como sea que quiera llamarlo.

Observa mi arrebato.

—¿Y si se mete porque quiere?

Me quedo quieta y me vuelvo hacia ella.

—Los hombres como él no quieren mujeres embarazadas de otro hombre —mi voz sale cargada de dolor.

Me mira de una forma que me da ganas de tirarle un cojín a la cara.

—¿Estás segura o tienes miedo de descubrir que sí te quiere?

Guardo silencio.

—Dijo que nunca se casaría con alguien como yo —le recuerdo, encogiéndome de hombros, porque ahora esa certeza solo empeora las cosas.

—¿Le dijiste que el bebé no era suyo y siguió ahí?

—Sí.

—¿Le contaste que Elliot te dijo que abortaras y quiso ir a buscarlo?

—Sí.

—¿Le dijiste que se había acabado lo que había entre vosotros y lo respetó?

La palabra se me atasca en la garganta.

Lo respetó.

Eso me desarma. Por mucho que ya me hubiera dicho que pararía cuando yo se lo pidiera, Douglas es la clase de persona que entra sin llamar, que decide sin consultarme y que me arrastra detrás de él sin más. Y, aun así, respetó que le pidiera que saliera de la parte más caótica de mi vida.

Y eso me descoloca mucho más de lo que habría hecho que insistiera.

—Lo respetó —admito, odiando lo baja que me sale la voz.

La expresión de Chloe se suaviza.

—Entonces quizá estés intentando alejar a la única persona que no salió corriendo cuando las cosas se pusieron difíciles.

Mi mano vuelve al vientre.

—No sabe la magnitud que va a tener todo esto, Chloe.

—¿Tú sí?

—No —admito a regañadientes.

No sé cómo se cría a un hijo.

No sé cómo contárselo a mi abuelo.

No sé cómo coger la mano de mi abuela y decirle que me he quedado embarazada de un hombre que me escondía del mundo, que me humilló cuando se enteró, que me dijo que me deshiciera del bebé al que, de alguna forma absurda, ya protejo con mi vida.

No sé cómo voy a trabajar.

No sé si Elliot puede intentar hacer algo.

No sé si Douglas se cansará de ofrecer ayuda cuando yo siga diciéndole que no.

Ni siquiera sé si conseguiré pasar el resto del día sin volver a vomitar.

Tengo la cabeza hecha una puta mierda.

—Necesito hacer una lista —digo de repente.

Chloe parpadea.

—¿Una lista?

Asiento.

—Hana, te acaban de destrozar emocionalmente y ¿quieres hacer una lista?

—Es eso o gritar.

—Vale. La lista me parece estupenda. Voy a por papel.

Se marcha al dormitorio y vuelve con un cuaderno, un bolígrafo y la expresión de quien ha decidido apoyar mi locura

porque sabe que, ahora mismo, es lo único que me mantiene en pie.

Abro el cuaderno, lo apoyo sobre las piernas y escribo:

Bebé.

La palabra ocupa la parte superior de la página. Miro cada letra hasta que me escuecen los ojos.

Debajo empiezo a escribir sin ningún orden.

Pedir cita con el obstetra.

Comprar vitaminas.

Informarme sobre el control prenatal.

Revisar el seguro.

Contárselo al abuelo y a la abuela.

¿Hablar con Recursos Humanos?

Lo tacho. No. Todavía no. Necesito más tiempo.

Revisar cuestiones legales sobre la paternidad.

Impedir que Elliot se acerque.

No perder la cabeza.

La última me arranca una risa sin humor.

—Esa parece ambiciosa —comenta Chloe, leyendo por encima de mi hombro.

—Estoy intentando ser optimista.

—Tu optimismo es una amenaza para tu vida porque normalmente te niegas a sentir cualquier emoción.

—No empieces.

Sigo escribiendo.

Facturas. Medicación de la abuela. Próxima sesión de hemodiálisis. Subasta. Informes. Posible baja por maternidad. Cómo esconder las náuseas en el trabajo. Cómo no desmayarme.

Cómo contárselo al abuelo... sin que me mire de esa forma que llevo imaginando desde que vi los tests positivos.

La mano empieza a temblarme a mitad de la lista.

—No voy a poder —susurro mientras Chloe me quita el cuaderno de las manos.

—Sí que vas a poder —me obliga a mirarla, y en ese momento sé que tengo a alguien conmigo.

—Se va a sentir tan decepcionado conmigo... —gimoteo.

—Tu abuelo te quiere.

—El amor no impide la decepción.

La frase sale tan rápido que después las dos nos quedamos en silencio.

Porque es verdad.

Mi abuelo me quiere. Nunca he dudado de eso. Me crió, me enseñó a quitarme los zapatos al entrar, a respetar a mi abuela, a los mayores, a los muertos, a los vivos y cualquier regla que hiciera que las cosas parecieran correctas y menos peligrosas. Me enseñó que el honor no era una palabra bonita; era algo que cargábamos en las pequeñas decisiones, en la mirada de los demás, en la forma en que manteníamos la cabeza alta incluso cuando no teníamos dinero.

Y voy a mirar a ese hombre y decirle que estoy embarazada.

Sin matrimonio, algo que para él es absurdo.

Y después viene lo peor: sin un padre dispuesto a hacerse cargo.

Y sin una explicación que no suene a confesión de que fui estúpida, utilizada y desechada.

—Va a pensar que lo he tirado todo por la borda —admito, con la voz quebrándose al final—. Todo lo que mis padres habrían esperado de mí. Todo lo que él y la abuela intentaron preservar.

Me aprieta la mano, transmitiéndome una fuerza que parece salir por completo de ella.

—Hana, no has tirado nada por la borda. Confiaste en alguien. Eso no es un delito.

—Para mí lo parece. Me siento condenada.

—Porque el idiota de Elliot te ha hecho sentir así.

La mención de su nombre hace que toda la escena regrese, junto con las emociones desagradables.

—Dijo que ni siquiera sabía si era suyo —escupo el recuerdo, furiosa.

Chloe se queda inmóvil.

—¿Qué?

—Dijo que me estaba restregando contra Douglas, que quizá todo fuera una oportunidad, que yo era una interesada. Lo cual es bastante idiota porque, si fuera una interesada, no habría ido a buscarlo a él.

La rabia de Chloe es tan evidente que casi podría tocarla.

—Debería haber ido contigo —dice, levantándose, claramente alterada por la situación.

—No. Necesitaba oírlo sola. Y aprender a no volver a ser idiota.

Interrumpe sus pasos y me mira, incrédula.

—No eres idiota. ¿Y por qué sola?

—Porque ahora nunca volveré a dudar —la frase sale firme.

Nunca volveré a dudar de Elliot.

Nunca volveré a recordar al hombre atento del principio sin recordar también al hombre que me ordenó matar a mi hijo antes siquiera de que naciera. Nunca volveré a culparme por no haber sido suficiente para él. Nunca volveré a preguntarme si podría haber hecho algo diferente.

Me ha enseñado quién es. Y, por mucho que duela, el alivio de saberlo es mayor.

Mi móvil vibra sobre la mesa.

El nombre de mi jefe ilumina la pantalla.

CAPÍTULO 32
Hana Nakamura

Mi corazón reacciona antes que yo, como el gran idiota que es.

—Contesta.

—No.

—Hana —me riñe Chloe.

—Si contesto, querrá venir.

—Quizá quieras que venga.

—Precisamente por eso no voy a contestar.

El móvil deja de sonar y respiro, porque estaba conteniendo el aire sin darme cuenta.

Vuelve a vibrar, esta vez con un mensaje.

Lo cojo despacio, odiando mi propia ansiedad.

Douglas:

Angus estará a tu disposición. Chloe también trabajará desde casa el resto del día.

Miro la pantalla durante demasiado tiempo. Y llega otro mensaje.

Douglas:

No apareceré hoy si no quieres.

Se me encoge el pecho.

Douglas:

Pero estoy aquí.

Joder. Qué hombre tan insoportablemente imposible.

Era más fácil cuando solo era arrogante y me daba motivos para odiarlo. Esta versión hace que no sepa cómo comportarme.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Chloe.

Le enseño la pantalla. La lee y su expresión se suaviza.

—Lo está intentando. —Asiento—. Eso es bueno.

—Sí. Quiero decir, no lo sé, la verdad.

—Entonces, ¿por qué tienes cara de querer tirar el móvil por la ventana?

—Porque no quiero necesitarlo. Es más, no puedo.

Chloe se queda callada un instante.

—Necesitar a alguien no es lo mismo que ser débil —dice con suavidad.

—Para mí no funciona así. Lo sabes.

—Porque aprendiste a sobrevivir de esa manera.

Vuelvo a mirar mi vientre.

No quiero que mi hijo aprenda eso.

La idea me atraviesa con tanta fuerza que durante un instante me quedo sin aire.

No quiero que crezca creyendo que el amor es algo que hay que ganarse con esfuerzo, silencio y utilidad. Ni que piense que pedir ayuda pone a los demás en peligro. Mucho menos que aprenda a tragarse el dolor porque hay gente que depende de él.

Quiero que este bebé tenga lo que yo perdí: seguridad. *Familia.* Hogar.

Alguien que se quede.

Dios, no quiero que me pierda. De la misma forma que yo los perdí a ellos.

Y eso me asusta, porque no sé si soy capaz de ofrecerle todo eso yo sola.

Respondo a Douglas antes de pensarlo demasiado. Y de hacer alguna estupidez.

Yo:

No necesito nada. Gracias.

Su respuesta llega casi de inmediato.

Douglas:

Lo sé. No sueles necesitarlo.

La pantalla permanece encendida en mi mano y, por alguna razón, sé que todavía no ha terminado.

Douglas:

Y eso no cambia el hecho de que estoy aquí.

Cierro los ojos.

—Hijo de puta —susurro, y mi amiga se ríe por lo bajo.

—No se le da muy bien obedecer cuando se trata de distancias emocionales, ¿verdad?

—Se le da fatal todo lo que tenga que ver con los límites.

Vuelve a sentarse y apoya la cabeza en el sofá.

—¿Vas a contárselo hoy a tus abuelos?

Se me hunde el estómago.

—No —la respuesta sale rápida—. Se lo voy a contar. Solo que hoy no. Necesito un poco de tiempo. —Me tiembla la voz, pero continúo antes de que intente convencerme de lo contrario—. No puedo. No después de Elliot, no después de hablar con Douglas, no después de descubrir el mismo día que estoy embarazada. Si hoy miro a mi abuelo y hace cualquier gesto, Chloe, cualquiera, me derrumbo. Y no puedo derrumbarme delante de él. Ya tiene bastante con la abuela, el hospital, los medicamentos, la preocupación. Necesito estar firme cuando se lo cuente.

Me coge la mano.

—Entonces descansa hoy. Mañana ya pensarás.

El resto del día transcurre de una forma extraña. Chloe me obliga a tomar sopa para ver si consigo retener algo en el estómago. Consigo comer unas cucharadas. Después vomito parte y lloro de

rabia. Y, en ese momento, lo único que me parece bonito de la maternidad es el sonido del corazón que escuché en la consulta.

Más tarde, tumbada en el sofá con una manta sobre el cuerpo, me quedo mirando la lista abierta sobre la mesa. La palabra "bebé" en la parte superior, rodeada de problemas, miedos, facturas y decisiones que no sé cómo tomar.

Chloe se ha quedado dormida en el sillón de al lado después de jurar que solo estaba descansando los ojos.

Me llevo una mano al vientre y lo acaricio con cuidado.

—Hola —susurro, sintiéndome extraña por hablar con alguien que todavía es tan pequeño que apenas existe para el mundo y que ya existe por completo para mí—. No sé qué estoy haciendo, mi amor.

Las lágrimas llegan, pero esta vez no son desesperadas. Solo cansadas.

—Son demasiadas cosas y demasiadas personas con las que lidiar. —Respiro hondo—. Pero te juro que voy a intentarlo.

Vuelvo la mirada hacia el cuaderno y sé que la parte de contárselo a mis abuelos parece gritar desde la página.

Me quedo mirándola hasta que las letras se vuelven borrosas. Bueno, se lo contaré. Pronto.

Por hoy, solo necesito fingir que todavía tengo tiempo para descubrir cómo no decepcionar a las únicas personas importantes que me quedan.

Hoy necesito creer que, cuando llegue la verdad, su amor será más grande que la decepción.

Porque, si no lo es, no sé qué quedará de mí.



Douglas Macallan

El dolor de cabeza que tengo no se acerca ni de lejos a la rabia que me consume. Si no tuviera que pensar en la puta empresa, habría ido al despacho de Elliot y le habría roto todos los huesos de la cara.

Como no podía hacer eso, mandé que le dieran una paliza "accidental" al director financiero. Y después exigí todo lo que pude de su departamento. Tiene tanto trabajo que no va a tener tiempo ni de pensar en Hana.

Cuando me paro a pensar en todo lo que he hecho, me doy cuenta de lo ridículo que es, teniendo en cuenta que no debería mezclar mis asuntos personales con la empresa. Y, hasta este puto momento, como director financiero no me había dado ningún problema. Pero está claro que el carácter no es precisamente una de sus virtudes.

Solo que, cuando se trata de Hana, nada es fácil ni sencillo. Mi criterio siempre acaba perjudicado y yo, que soy extremadamente controlado, actúo por impulso. Un impulso enloquecido y posesivo de solucionar cualquier cosa que la altere.

¡Joder!

Intento apartar esos pensamientos mientras voy de camino a mi apartamento cuando suena el móvil y aparece el nombre de Chloe en la pantalla, lo que me pone en alerta de inmediato.

—¿Chloe?

—Gracias a Dios que ha contestado. Necesito ayuda. Hana se ha desmayado y yo... —lo suelta todo tan deprisa que tengo que interrumpirla.

—Tranquila. ¿Qué ha pasado?

—Hana... no ha conseguido comer prácticamente nada en todo el día, y ahora ha ido a vomitar y simplemente se ha desmayado. No reacciona, estoy desesperada.

—Respira —le digo a ella y quizá también a mí mismo—. Angus está cerca. Voy a decirle que suba para ayudarte a llevarla al hospital.

—Gracias. Por favor, dígale que venga rápido.

No me despido. Simplemente le ordeno a Angus que vaya inmediatamente hasta allí y cambio de rumbo hacia el hospital.

Hana, ¿por qué tienes que ser tan testaruda y tan difícil de manejar?

Hago el trayecto en automático, acelerando todo lo que puedo y teniendo la suerte de que, a estas horas, las calles están menos caóticas. Lo único en lo que consigo fijarme es en cuánto utilizo el claxon y en todas las palabrotas que conozco mientras conduzco como un loco.

Apenas me doy cuenta de cuándo salto del coche y entro en el hospital, donde encuentro a Angus en recepción.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. La recogí en el apartamento y vine directo hasta aquí. La señorita Chloe entró con ella, pero todavía no ha dado noticias.

Me acerco al mostrador y una de las recepcionistas, que parece cansada, levanta los ojos del ordenador que tiene delante para mirarme. Su gesto hosco cambia enseguida por una sonrisa llena de dientes y casi me dan ganas de poner los ojos en blanco.

—Quiero información sobre Hana Nakamura —digo sin rodeos.

Respira hondo y reduce la sonrisa.

—Lo siento, pero ¿usted es familiar?

—Soy su prometido. Está embarazada, así que le sugiero que me diga dónde está —casi gruño, y no me importa mentir. Parece comprender que no estoy bromeando.

Teclea despacio en el ordenador y después me indica la habitación donde la están atendiendo.

Le doy las gracias y me dirijo hacia allí, notando de repente cómo me sudan las manos y el corazón me golpea con fuerza.

Cuando me detengo en la puerta de la habitación, Hana está tumbada, con Chloe a su lado.

—Eh, ¿cómo estás? —pregunto al entrar.

Se vuelve hacia mí con expresión incrédula.

Su rostro, todavía más pálido de lo habitual, me irrita. ¿Por qué demonios no consigue cuidarse a sí misma?

—Chloe, ¿qué está haciendo aquí el señor Macallan? —La mirada que le lanza a su amiga es de reproche.

—Pues te has desmayado, yo me he desesperado. Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

—¿Qué te pasa? —pregunto, acercándome a la cama y tocando suavemente su mano fría.

—No lo sé muy bien. Me han sacado sangre para analizarla y me han puesto suero porque hoy no he conseguido comer bien.

Suena el móvil de Chloe y sale para contestar, dejándonos solos.

Los ojos afilados de Hana se clavan en mí.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque te has desmayado —respondo simplemente.

—Eso no responde.

—Responde lo necesario por ahora.

—Sabes que...

—Que vas a quedarte quieta —la interrumpo— y a recuperarte hasta que el médico traiga los resultados. Discutir conmigo ahora no sirve de nada. No pienso irme a ninguna parte.

—¿Lo ves? Es un "Imponente"... —dice, y no entiendo nada.

—¿Imponente?

Hace un gesto como diciendo "da igual" y simplemente deja de hablar.

Y no consigo insistir porque el médico entra en la habitación.

CAPÍTULO 33
Douglas Macallan

Permanezco a su lado junto a la cama, esperando a que el médico diga lo que tenga que decir, y la mirada severa que dirige hacia Hana deja claro que está a punto de echarle una bronca. Eso hace que me acerque todavía más a ella, en un intento absurdo de protegerla de algo que ni siquiera ha ocurrido todavía.

—Señorita Nakamura, sus análisis muestran una bajada importante de glucosa, signos de deshidratación y agotamiento —empieza, mirando la carpeta antes de volver a fijarse en ella—. Teniendo en cuenta que está al principio del embarazo, esto hay que tomárselo en serio.

Hana cierra los ojos al instante.

Veo cómo la vergüenza atraviesa su rostro, junto con la culpa, la rabia y esa necesidad absurda que tiene de fingir que puede soportarlo todo sin ayuda.

—Lo sé —su voz sale baja.

—No parece saberlo. —El médico no suaviza el tono—. Su cuerpo está dando señales claras de que no está consiguiendo alimentarse, descansar ni mantenerse correctamente hidratada. El bebé está bien, pero tiene que parar antes de que esto se convierta en un problema mayor.

—¿Necesita quedarse ingresada? —pregunto antes de que Hana pueda quitarle importancia a nada.

Me lanza una mirada irritada.

Perfecto.

Irritada es mejor que desmayada.

—Por ahora, no. Vamos a mantenerla en observación un poco más, terminar el suero, administrarle medicación para las náuseas

compatible con el embarazo y darle el alta con una serie de indicaciones. Pero tiene que comer. Poco, varias veces al día, alimentos ligeros, y necesita seguimiento obstétrico.

—Lo tendrá —respondo.

Hana gira el rostro hacia mí.

—Sé responder por mi propio cuerpo.

—No cuando te desmayas por no comer.

—Douglas...

—Señorita Nakamura —la llama el médico, interrumpiendo la discusión antes de que tenga oportunidad de crecer—. En este punto, él tiene razón. No es una reprimenda, es una indicación médica. El estrés y los ayunos prolongados no ayudan en absoluto a su estado. Y pueden perjudicar a su bebé.

Se hunde un poco más en la almohada, derrotada, y detesto la forma en que sus ojos vuelven a humedecerse.

La puerta se abre antes de que el médico termine de anotar algo.

Chloe entra primero. Detrás de ella aparece el abuelo de Hana. Su postura rígida y la mirada preocupada me recuerdan al hombre del informe que mandé preparar sobre ella. La crió después de la muerte de sus padres. Y, por lo que Hana me ha contado, lleva las tradiciones consigo como si todavía viviera en Japón.

Y, por la forma en que Hana se queda blanca al verlo, comprendo el problema antes incluso de que abra la boca.

—Hana —la llama, acercándose a la cama—. ¿Qué ha pasado?

Intenta incorporarse demasiado deprisa y no puede. La ayudo a acomodarse y noto cómo él nos mira.

—Abuelo...

—Despacio —advierte el médico—. Se ha desmayado por una bajada de glucosa y deshidratación, pero está estable.

Kenji lo mira, todavía intentando entender, y después mira a Hana. Su mano le acaricia el rostro con un cuidado que contrasta con la severidad de sus ojos.

—¿No estabas comiendo?

—Estoy bien —miente, intentando restarle importancia.

—No lo estás —replica él, con una voz baja y firme, cargada de verdadera preocupación.

El médico, completamente ajeno a la bomba que está a punto de estallar, continúa:

—Al principio del embarazo, las náuseas pueden dificultar bastante la alimentación, pero tenemos que evitar que esto vuelva a ocurrir. La señorita necesita apoyo durante los próximos días. Es importante que las personas que conviven con ella la ayuden.

El silencio que cae después de la palabra "embarazo" es tan brutal que parece que todos contenemos la respiración.

La mirada de Kenji se desplaza lentamente del médico a su nieta, y veo cómo la comprensión llega antes que su voz. Primero aparece el impacto. Después, algo parecido al dolor. Y luego algo más duro, demasiado parecido a todas esas reglas que Hana temía desde el primer momento en que me habló de su abuelo.

—¿Embarazo? —repite, dando unos pasos para alejarse de la cama.

El médico comprende por fin que ha entrado en una conversación que no debería haber iniciado. Cierra la carpeta, se aclara la garganta y da un paso atrás.

—Voy a pedir a enfermería que compruebe el suero. Volveré dentro de unos minutos.

Sale rápidamente.

—Abuelo, iba a contártelo... —empieza Hana, pero la mirada que recibe casi corta el aire.

—¿Quién es el padre?

Los ojos de Hana se llenan de lágrimas. Pierde todo el color del rostro y pienso que va a volver a desmayarse. Abre la boca, pero no sale ninguna palabra.

Veo el pánico en su expresión y comprendo que está a punto de hacer exactamente lo que ha hecho toda su vida: asumir toda la culpa, cargar con la vergüenza sobre sus propios hombros y ofrecer el cuello para que se lo corten porque cree que, si es lo bastante fuerte, quizá consiga proteger todo lo demás.

Esta vez no.

—Soy yo —mi voz sale firme y hace que todos se vuelvan hacia mí.

—Douglas... —amenaza Hana, pero no permito que continúe.

—¿Señor Macallan? ¿Me está diciendo que ha deshonrado a mi nieta de esta manera? ¿Cómo se atreve? —su voz se dirige hacia mí cargada de toda su indignación—. Ni siquiera tienen una relación.

Respiro hondo al ver el terror en los ojos de Hana, pero me limito a apretarle la mano en una petición silenciosa: *confía en mí*.

—Le pido disculpas por haber actuado de manera inapropiada. En realidad, sí tenemos una relación. De hecho, estaba a punto de hablar con usted. No lo hice antes por la salud de su esposa. No nos pareció conveniente —las palabras salen tan firmes y directas que nadie podría decir que son mentira.

Desvío la mirada hacia Hana y parece completamente incrédula ante mi actuación. No tiene ni idea de lo que años dentro de salas de negociación hacen con una persona cuando una situación se sale de control y exige pensar deprisa.

Y quizá ese razonamiento rápido me esté llevando directamente al precipicio, algo que hoy no me importa en absoluto. Porque, si sirve para aliviar el dolor de Hana, caería sin ningún remordimiento.

—¿Me está diciendo que ya pensaban contarme que estaban saliendo? ¿Cree que, porque soy pobre, soy estúpido?

Vale. Se parece muchísimo a Hana. O, en realidad, Hana se parece muchísimo a él.

—No, señor —y entonces el peso que llevo en el bolsillo de la chaqueta parece de repente prometedor—. En realidad, estamos comprometidos. Iba a hablar con usted para pedirle la mano de Hana —suelto, sacando la cajita y enseñándole el anillo, lo que demuestra mi teoría.

El anciano que tengo delante se queda sin palabras.

Y Hana prácticamente parece un pimiento, lo que estoy seguro de que se debe a la rabia, no a la vergüenza.

Ahora mismo debe de pensar que he perdido completamente la cabeza. Y, desde luego, no sería mentira. Quizá esté tomando la decisión más absurda, impulsiva y definitiva de toda mi vida. Pero, mirándola pálida en una cama de hospital, embarazada, asustada y preparada para llamarse a sí misma una vergüenza delante del hombre que la crió, no consigo ver otra salida que esté dispuesto a aceptar.

—Douglas, no...

—Lo sé, mi amor. No querías que se enterara así, pero todo se ha salido de lo que habíamos planeado. —Simplemente saco de la caja el anillo que me dio mi abuelo y lo deslizo en el dedo anular de Hana, agradeciendo a Dios que le encaje perfectamente.

Y parece casi una intervención divina que no haya conseguido separarme de ese anillo.

—No podías decidir algo así —dice entre dientes, sin decir exactamente lo que de verdad querría. Su voz todavía tiembla un poco.

—No estoy decidiendo por ti. Le estoy diciendo que no voy a huir, que ya lo teníamos todo decidido.

—No es lo mismo.

—No —admito—. Pero es lo que necesita saber ahora.

Kenji observa nuestro intercambio en silencio y comprendo que no es un hombre fácil de engañar. Aun así, el anillo, mi postura y la ausencia de vacilación hacen el trabajo que tienen que hacer.

Mira a Hana.

La dureza de su rostro no desaparece, pero algo en su expresión se rompe cuando ve las lágrimas en los ojos de ella.

—Deberías habérmelo contado —dice, herido.

Hana ahoga un sollozo.

—Iba a hacerlo. Solo tenía miedo.

Cierra los ojos y, cuando vuelve a abrirlos, su voz es más baja.

—¿De mí?

Ella no responde, y eso le duele.

Kenji se acerca a la cama y le acaricia el pelo con cuidado. Aunque la rabia siga ahí, aunque la decepción y el impacto todavía ocupen espacio, no retrocede.

—Soy duro, Hana. No soy tu enemigo.

Ella empieza a llorar y esta vez no me contengo. La atraigo hacia mis brazos y, para mi sorpresa, no se aparta.

Él le besa la cabeza, apoyada contra mi pecho, y después vuelve a mirarme.

—El matrimonio no es un juego, señor Macallan. Espero que lo sepa.

—Para mí tampoco lo es. Mi familia siempre me ha enseñado a tomarme todo muy en serio.

—Mi nieta no es un juguete ni una responsabilidad empresarial.

Se me tensa la mandíbula.

—Nunca he dicho que lo fuera. Su nieta es una persona importante para mí. Por eso voy a cuidar de ella.

Antes de que pueda responder, la puerta vuelve a abrirse y el médico regresa acompañado de la enfermera. Mira a Hana, después el suero, percibe que el ambiente no está precisamente tranquilo, pero seguramente eso le da igual.

—Señorita Nakamura, vamos a mantenerla en observación una hora más. Si consigue comer algo ligero y sus constantes se mantienen estables, podrá irse a casa.

—Se vendrá a mi casa —dice Kenji.

—No —respondo al mismo tiempo.

—Se quedará conmigo. Hoy dejé a Hana con Chloe y lo único que recibí fue una llamada y una visita al hospital. Así que va a quedarse en mi casa, descansando, alimentándose como debe y con el seguimiento médico necesario. Pueden visitarla cuando quieran, pero no voy a renunciar a cuidar de mi mujer.

Los tres me miran, todavía como si estuvieran intentando asimilar la información, mientras yo simplemente me vuelvo hacia el médico.

—¿Qué indicaciones tiene que seguir exactamente?

El médico da algunas instrucciones más y las escucho todas. Medicación, alimentación, señales de alarma, revisión con el obstetra. Lo memorizo todo para ocuparme de ello lo antes posible.

Cuando el médico se marcha, Hana apoya la cabeza contra la almohada, agotada.

Su abuelo se marcha a regañadientes, porque no puede dejar sola a su esposa durante demasiado tiempo ni quiere preocuparla.

Después de que se vaya, Hana me mira.

—Hablaremos más tarde. Por ahora, descansa. Este no es lugar para discutir.

Resopla y aparta la cara, y yo ya estoy imaginando la conversación que tendremos dentro de unas horas.

Nunca he sido irresponsable.

Sin embargo, por lo visto, Hana Nakamura es la excepción a mi regla.

CAPÍTULO 34
Hana Nakamura

Todavía no me creo lo que ha hecho Douglas.

Ha sido completamente insensato y, joder, lo que ha hecho por mí me deja confusa y fuera de mí de muchas maneras.

Mis ojos bajan hasta el anillo de mi dedo, con forma de flor, y casi me dan ganas de reírme de lo absurdo que resulta todo esto. Es tan bonito que, aunque quisiera, no podría criticarlo. El rojo de los pétalos, la delicadeza de cada detalle... todo me deja sin palabras.

Si hubiera sido en una situación normal y me hubiera pedido matrimonio con este anillo, seguramente estaría flotando entre las nubes.

Pero no es el caso.

El anillo me lo han metido prácticamente a la fuerza.

Y todavía estoy intentando entender por qué. O intentando convencerme de que no sé por qué, cuando quizá sí lo sé y simplemente sigo sin poder creerlo. Pero, antes de poder seguir cualquier línea de pensamiento, me doy cuenta del camino que estamos tomando.

—¿Adónde vamos? —pregunto, volviendo el rostro hacia mi jefe.

—A mi casa. Ya lo he dicho.

—No, este no es el camino hacia tu edificio...

—He dicho que ibas a quedarte en mi casa.

—¿Estás de puta broma? —no consigo contener las formas. Bueno, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado hoy, cualquier compostura que alguna vez tuve ya se ha ido por el desagüe—. ¿Tienes un apartamento y una casa?

Porque el camino que estamos siguiendo lleva hacia las urbanizaciones de lujo que hay en las afueras.

—¿Eso debería sorprenderte? ¿Pensabas que yo —se señala el pecho, ofendido— viviría en aquel ático?

De repente, me siento estúpida. La verdad es que aquel sitio es completamente impersonal. Eso no debería incomodarme, pero después de lo que vi de él en Escocia, desde luego no debería haber creído que vivía allí de verdad.

Me limito a encogerme de hombros, sin responder.

—Solo me quedo allí cuando se hace muy tarde o tengo algún compromiso demasiado temprano. El ático acabó siendo simplemente una opción más cómoda.

Tiene sentido. A veces salía tardísimo de la empresa.

Permanezco en silencio el resto del trayecto. El coche avanza por una calle iluminada con luces tenues, entre árboles altos y jardines. La casa aparece unos segundos después: amplia, elegante, con piedra, cristal, madera y una iluminación cálida escapando por las enormes ventanas. No tiene nada que ver con aquel apartamento frío e impecable que utiliza en la ciudad.

Aquí todo parece distinto.

Más privado. Más humano, quizá.

El tipo de lugar que una persona elige cuando quiere silencio, distancia y control sobre quién puede atravesar sus puertas.

Es decir, completamente mi maldito jefe.

Angus se detiene delante de la entrada y Douglas baja primero. Intento abrir mi puerta antes de que llegue, pero el hijo de puta es demasiado rápido y aparece a mi lado tendiéndome la mano.

Miro sus dedos.

—Sé bajar sola de un coche.

—Hoy te has desmayado solo por intentar existir, así que voy a discrepar.

—Me he desmayado porque estoy embarazada y agotada, no inválida.

—Perfecto. Entonces discute conmigo de pie.

¿Va a dejar de irritarme alguna vez?

No.

La respuesta siempre será no.

Pero todavía no estoy lo bastante bien como para arriesgarme, así que acepto su mano a regañadientes. Y odio la forma en que cada uno de sus gestos es cuidadoso y cómo eso consigue afectarme. Él no es ese tipo de hombre. Pero parece que cada día sé un poco menos quién es, al menos cuando está conmigo.

En cuanto entramos, una mujer de mediana edad aparece en el recibidor con un uniforme discreto. Detrás de ella, una enfermera sostiene una carpeta.

Me quedo clavada en el sitio.

—No.

Douglas ni siquiera parpadea.

—Sí.

—¿Has llamado a una enfermera?

—El médico dijo que necesitabas observación, alimentación adecuada y tomar la medicación a su hora.

—El médico dijo que podía irme a casa.

—Y has venido.

Miro alrededor, indignada.

—Esta no es mi casa.

—A partir de hoy lo será. ¿Has olvidado que vamos a casarnos, mi amor?

No.

Está de puta broma.

Tiene que ser una de esas bromas enormes.

No voy a discutir con él delante de desconocidos, así que me limito a mirarlo con toda mi furia.

—No necesito una enfermera. Y tenemos que hablar —digo más bajo.

Me mira y la forma en que lo hace me provoca un escalofrío.

—¿Estás segura?

—Sí.

Asiente, le pide que se limite a tomarme la tensión y después la despide, mientras me hace sentarme en el sofá.

—Donna, esta es Hana, mi prometida —dice cuando la mujer mayor se detiene delante de mí—. Hana, ella es Donna, mi ama de llaves. Lleva muchos años trabajando con mi familia.

—Es un placer conocerla por fin. Siento mucho que sea en un momento en el que no se encuentra bien.

Entrecierro los ojos y me parece extraño.

—Es un placer, Donna, pero sin "señora". Solo Hana.

Sonríe y entonces coge la bandeja que había dejado sobre la mesa y de la que ni siquiera me había dado cuenta. Me entrega un cuenco y el olor es tan agradable que me reconforta. Es casi como sentirme en casa.

Cuando bajo la mirada hacia el contenido, reconozco lo que es.

Missoshiru.

Lo pruebo despacio y el sabor se parece tanto al que preparaba mi abuela que tengo que contener las ganas de llorar.

—Hana, ¿está malo? Puedo preparar otra cosa —pregunta Donna, preocupada.

—No, no es eso. Es solo que es algo que me gusta muchísimo comer.

—Ah, qué bien —sus palabras salen cargadas de alivio—. Cuando Douglas me pidió que lo preparara, me dio miedo no acertar con la forma en que te gusta.

Mis ojos dejan de mirarla y van hacia mi jefe, que está de pie cerca de nosotros. Noto cómo se incomoda.

¿Cómo lo sabía?

No pregunto nada y simplemente vuelvo la atención hacia la mujer que tengo delante.

—Qué va, Donna. Está delicioso. Gracias.

Consigo comer más de la mitad y me alegra haberlo hecho. Ahora mismo no me encuentro mal y solo entonces empiezo a prestar atención al ambiente que me rodea.

La casa huele increíblemente bien a madera, cuero y algo cítrico que me recuerda de inmediato a Escocia. Hay una chimenea de piedra, sofás amplios en tonos oscuros, una mesa baja con pocos objetos, todos ellos como si hubieran sido elegidos cuidadosamente.

No es una casa ostentosa.

Es peor.

Es una casa con personalidad.

Su personalidad.

Donna sale del salón y entonces nos quedamos solos, y sé que ha llegado el momento de hablar. En el hospital solo intentaba salir viva de todo aquello. Ahora quiero respuestas, aunque no me gusten.

Me quito el anillo del dedo y lo dejo sobre la mesita que tengo delante. Me pongo de pie, intentando mantener una conversación digna.

—Ahora creo que puedes empezar a explicarme por qué te inventaste toda esa puta historia.

—Vaya, ¿tú diciendo palabrotas? —desvía el tema.

—Sí. Lo hago cuando me cabreo y estoy fuera de mi entorno de trabajo.

—O cuando te corres —sus labios se curvan en una pequeña sonrisa.

—Ni se te ocurra cambiar de tema.

Se acerca tranquilamente hasta donde estoy. El hijo de puta siempre está compuesto. Sin el menor rastro de estrés.

—Era necesario —dice simplemente, y yo sigo esperando algo más.

Pero no llega nada.

Suelto una risa sin humor.

—No. Una transfusión de sangre es necesaria. El aire es necesario. Que le anuncies a mi abuelo que eres el padre de mi hijo y me metas un anillo en el dedo no es necesidad, es locura.

Se detiene delante de mí en todo su esplendor porque, sí, puedo decir lo que quiera de él, excepto que el hombre no es jodidamente perfecto.

—No iba a permitir que te humillaran ni que te destrozaras por lo que tu abuelo considera correcto.

—¿Así que decidiste convertirme en tu prometida?

—Decidí hacerme cargo de la situación.

—La situación no es tuya —lo regaño.

—Tú sí.

Todo mi cuerpo se paraliza.

La frase sale baja, pero no suave.

Firme. Directa. Con toda esa certeza insoportable que lleva encima incluso cuando está equivocado.

—Yo no soy tuya, Douglas.

Sostiene mi mirada.

—Todavía no del todo. Pero lo serás cuando nos casemos.

Las ganas de gritarle me golpean con tanta fuerza que me tiemblan las manos. Pero debajo de la rabia hay otra cosa. Algo que no quiero mirar demasiado de cerca ahora porque estoy cansada, embarazada, asustada y todavía siento el peso de la mirada de mi abuelo cuando escuchó la palabra embarazo.

—Has perdido completamente el juicio —digo, con la voz más baja que la furia que llevo dentro.

—Tal vez.

—¿Tal vez? —¿De verdad va a salir con lo de "tal vez"?

—Sí.

—¿Esa es tu explicación? ¿Ahora vamos a comunicarnos con monosílabos?

Douglas mira el anillo sobre la mesa, después me mira a mí y, por primera vez desde que hemos llegado, veo una pequeña grieta en su expresión. No suficiente culpa, porque eso implicaría admitir que está equivocado. Tampoco arrepentimiento como a mí me gustaría. Pero sí algo más denso.

—Mi explicación es que, cuando tu abuelo preguntó quién era el padre, parecías preparada para destruirte delante de él. Vi en tu cara que ibas a cargar con toda la culpa por un hombre que ni siquiera merece tu odio. Así que hice lo único que podía impedirlo.

—Mentiste.

Se encoge de hombros.

—Y me metiste en la mentira sin preguntarme.

—Lo hice.

La facilidad con la que lo admite casi me vuelve loca.

—Me están entrando ganas de romper algo.

—Adelante. Solo procura no hacerte daño. Puedes probar con algo pequeño.

Miro a Douglas durante unos segundos, incrédula, y odio las absurdas ganas de reír que intentan aparecer en medio de mi rabia. Supongo que será desesperación. O simplemente este hombre volviéndome loca de tantas formas distintas que mi cuerpo ya no sabe qué reacción elegir.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también. Si eso te hace sentir mejor, al fondo tengo una galería de tiro. También puede ayudar, si sabes disparar... —dice, encogiéndose de hombros.

Y me pregunto qué demonios esconde este hombre aquí.

¿Una galería de tiro?

—¡Douglas!

—Hana —dice con suavidad.

Mi nombre en su boca apaga parte de mi irritación, y eso vuelve a irritarme.

—No puedes decidir sobre mi vida porque creas que me estás protegiendo.

—Lo sé —responde simplemente.

—No parece que lo sepas —lo reprendo.

—Lo sé, pero eso no cambia el hecho de que volvería a hacerlo.

La respuesta me golpea en el pecho.

Porque eso es exactamente él.

Exactamente ese hombre absurdo, autoritario, decidido y peligroso.

No está pidiendo perdón por lo que hizo.

Está diciendo que acepta las consecuencias.

Y, joder, eso me asusta más que la mentira.

De verdad volvería a hacerlo.

Por mí.

Por el bebé que ni siquiera es suyo.

Por el honor que ya ni siquiera sé si conservo.

Su mano va hasta la mesa y recoge el anillo. Se limita a sostenerlo entre los dedos, la joya brillando bajo la luz del salón.

—Este anillo era de mi abuela —dice, y su voz pierde un poco de su tono habitual—. El abuelo me lo dio durante su última visita. La abuela quería que encontrara a alguien a quien amar de verdad, no solo un matrimonio para mantener el legado.

Se me seca la boca con sus palabras.

Me ha dado algo demasiado importante.

—Douglas... —busco algo que decir, pero parece que todas las palabras han desaparecido—. Yo... esto... esto es demasiado. No puedo hacer esto.

—Sí puedes. —Sus ojos dejan el anillo y regresan a mí. Y su postura vuelve a la normalidad, o casi—. Estoy seguro de que ella aprobaría lo que he hecho. No lo hice para defender un legado. Hice algo por alguien que me importa.

—¿Crees que has hecho lo correcto? ¿Que esa era la forma adecuada de entregar algo tan importante?

—No era el escenario que habría elegido —admite.

—Qué generoso por tu parte —me burlo.

—Pero ella tenía razón.

Mi pecho falla.

—¿Qué?

Da un paso hacia mí y no retrocedo, aunque todos mis instintos gritan que debería hacerlo.

—La mujer a la que iba dirigido el anillo era la correcta.

¿Yo era la mujer correcta?

¿Cómo?

Nunca encajaría en su mundo.

—Eso no soluciona nada —susurro.

—No. Pero es un comienzo.

Miro el anillo entre sus dedos, la casa que no conozco, al hombre que irrumpió en mi vida con la delicadeza de un terremoto, y siento que la rabia se mezcla con el miedo de una forma que me deja agotada.

—No sé qué hacer. —La confesión sale antes de que pueda impedirlo.

Douglas se queda inmóvil.

Creo que, de todas las cosas que podría haber dicho, esa es la única capaz de hacerlo detenerse.

—Entonces hoy no haces nada —responde—. Hoy te tomas la medicación y duermes. Mañana discutimos mejor —su voz sale suave.

—¿Discutimos mejor?

—Estás débil. No sería una pelea justa —se burla con una pequeña sonrisa.

Amago con sonreír.

—Te odio —digo, pero sin ninguna fuerza real.

—Lo sé —ahora sí esboza una gran sonrisa engreída.

—Mucho.

Asiente.

—Y esto todavía no ha terminado.

Guarda el anillo en el bolsillo sin intentar devolvérmelo.

—No. No ha terminado. Mañana hablaremos mejor.

La forma en que lo dice me deja claro que no estamos hablando únicamente de la discusión.

Y quizá, en el fondo, ese sea el problema.

Nada entre nosotros parece haber terminado. Ni la mentira. Ni la rabia. Ni esta cosa insoportable que hace que quiera empujarlo

lejos al mismo tiempo que una parte estúpida de mí quiere creer que, por primera vez, alguien está dispuesto a quedarse conmigo en medio del caos.

CAPÍTULO 35
Hana Nakamura

Sigo a Douglas por los largos pasillos, tan silenciosos que el único sonido es el de nuestras respiraciones.

Se detiene delante de una última puerta y me deja espacio para entrar en la habitación. Después cierra la puerta a su espalda.

Lo miro antes de observar el enorme espacio que me rodea. Y enseguida compruebo que este es su dormitorio, no una habitación de invitados.

—Creo que este no es el lugar donde voy a dormir.

—Has creído mal. —Su mano en la parte baja de mi espalda me hace adentrarme más en su espacio personal—. Somos prometidos, ¿recuerdas?

Por lo visto, no podría olvidarlo ni aunque quisiera.

—Esto es ridículo. No tenemos por qué dormir juntos.

—En realidad, tampoco tenemos por qué dormir separados.

Lo miro durante un segundo, esperando que no hable en serio.

—Hana, no conviertas esto en algo más grande de lo que es. No es como si no hubiéramos dormido juntos antes.

Claro que no. Para él es fácil decir todo eso. Dormir al lado de este hombre resulta reconfortante, y eso es precisamente lo último que necesito ahora.

Cuando se da cuenta de que no voy a decir nada, desaparece por una de las puertas —supongo que será el vestidor— y vuelve con una camisa suya y unos calzoncillos.

—Puedes ducharte ahí —dice, señalando otra puerta— y ponerte esto. Voy a dejarte tranquila —añade antes de salir del dormitorio sin darme tiempo a responder.

Observo mejor a mi alrededor y casi puedo sentir su presencia en los muebles oscuros. En una esquina hay un pequeño bar con varias botellas exclusivas de whisky. Porque, obviamente, este hombre respira esa bebida.

Entro en el baño y solo este espacio casi tiene el tamaño del apartamento de Chloe. Grita riqueza en cada centímetro de mármol oscuro y en los grifos, que parecen tener acabados en oro.

Miro mi reflejo en el espejo y sigo teniendo un aspecto agotado. Me doy la ducha que me ha ofrecido y que no sabía que necesitaba. Hay tantas salidas de agua que incluso suelto un pequeño grito cuando me alcanzan, pero enseguida suspiro por la relajación instantánea.

Después de lo que parece una eternidad, vuelvo al dormitorio y compruebo que mi jefe no está aquí. Espero que no vuelva.

Me tumbo en la cama y todo aquí huele deliciosamente a él.

Y ese olor me da paz.

¡Joder!

No debería sentirme tranquila con el aroma de un hombre que ha puesto mi vida patas arriba.

Su cama es enorme, mucho más grande que la del apartamento, que ya era bastante grande, y hace que parezca que estoy sola.

Me llevo una mano al vientre y recuerdo que ya no voy a estar sola, porque ahora hay un pedacito de mí creciendo aquí.

Lo acaricio hasta que el agotamiento del día termina por alcanzarme.

Me despierto sintiendo unos brazos fuertes sujetándome contra un pecho caliente. No sé en qué momento Douglas se ha acostado aquí, pero incluso en una cama tan grande se las ha arreglado para enredarse conmigo.

Y no puedo fingir que me molesta.



Después de despertarme y tomar algo de desayuno, mi jefe aparece sin camisa y con una cajita en la mano.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto mientras se sienta a mi lado en la cama.

Y, joder, deberían prohibirle ir así por la vida.

—Cuidando de ti, ya que despediste a la enfermera. Ahora voy a cuidarte yo.

La calma con la que pronuncia cada palabra me deja sin aire.

—No hace falta. Puedo apañármelas. O puedes llamar otra vez a la enfermera.

—Nada de eso. Dijiste que ya no la necesitabas. Hasta te lo confirmé.

—Porque no sabía que ibas a querer convertirte en mi médico particular.

—Deja de discutir. Ahora pórtate bien.

Pongo los ojos en blanco y estiro el brazo para que me tome la tensión. Después me da la medicación que tengo que tomar. Lo hace todo con tanta concentración que durante un instante me pierdo en sus ojos azules.

Cuando termina, se marcha al vestidor sin decir nada.

Como tarda en volver, la curiosidad acaba ganándome y voy detrás de él. Me quedo paralizada en cuanto veo la cantidad de ropa de mujer colgada a un lado.

Sus ojos se dirigen hacia mí y después siguen la dirección de mi mirada.

—No me lo puedo creer. ¿Dices que vas a casarte conmigo y tienes a otra mujer instalada aquí? No puede ser, todos los hombres sois iguales, una panda de idiotas —estallo, atribuyendo mi reacción a las hormonas.

—No te atrevas a insultarme así —su tono es serio. Casi... ¿qué? ¿Ofendido?

Sonrío con sarcasmo.

—Ah, claro. El príncipe escocés no hace esas cosas. Debo de ser idiota.

—Hana, deja el numerito y mira bien la ropa antes de decir nada.

Se cruza de brazos y me observa sin mostrar ninguna otra reacción.

—*Vale*, ¿qué vas a decir? ¿Que no es ropa de mujer?

No responde. Se limita a seguir mirándome como si dijera: mira.

Me acerco un poco más y empiezo a reconocer las prendas una por una.

Son todas y cada una de las malditas prendas que he llevado en los eventos a los que he asistido con él durante estos últimos meses.

Todas las que él dijo...

—¡Dijiste que eran alquiladas! —lo acuso.

—Era la forma de conseguir que dejaras de protestar y te sintieras mejor. Tarde o temprano ibas a descubrirlo. —Se encoge de hombros.

Juro que quiero matar a este hombre ahora mismo.

¿Cómo se atreve?

De repente recuerdo a Donna, ayer, diciendo que ya había oído hablar de mí.

—¿Qué le dijiste a Donna? —pregunto de repente.

—Que eran de mi mujer y que pronto la conocería.

Su nivel de presunción es completamente absurdo.

—Creo que tenemos que hablar —digo, saliendo de allí.

No sé qué pensar de todo esto.

—¿Hoy me odias un poco menos?

—No. Hoy el nivel ha subido.

—Ya llegaremos. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Mejor que ayer. Sin ganas de devolver todo lo que he comido.

—Bien. Entonces creo que podemos hablar.

Me cruzo de brazos en mitad del dormitorio como si eso pudiera protegerme de este hombre.

Lo que siempre resulta evidente es que nada de lo que haga puede protegerme de él.

—¿Qué pretendes hacer con todo lo que te inventaste? ¿Calmar a mi abuelo y luego decir que no ha funcionado y que vamos a separarnos?

Observo su reacción, pero permanece quieto, limitándose a mirarme profundamente.

—No. En realidad, pretendo que funcione. A mi familia no le gusta demasiado eso de las separaciones. No es muy bueno para los negocios. Lo entiendes, ¿verdad? —sus palabras salen con tanta calma que me quedo paralizada—. ¿Hana?

Trago saliva. De repente parece que todo lo que he comido quiere volver a salir, y doy un paso atrás.

—¿Hablabas en serio con lo del matrimonio?

Su rostro no muestra que sea una mentira ni nada parecido. Intento calmar mi respiración. Y él da un paso hacia mí.

—Sí, muy en serio. No suelo decir cosas porque sí; creía que ya te habías acostumbrado a eso. Si he dicho que voy a casarme

contigo y a hacerme cargo de este bebé, eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Pero... pero... no es tuyo. No es tu responsabilidad. ¿Por qué?

Se acerca hasta quedar delante de mí, dejando muy poco espacio entre nosotros.

—Porque yo decido qué es responsabilidad mía. Porque ese niño ahora también es mío y no merece pagar las consecuencias de tener un padre idiota. Y porque, por una vez en tu vida, mereces no cargar con el peso de todo tú sola. —Me sostiene el rostro entre sus enormes manos—. Ahora *yo* estoy aquí por vosotros dos.

Siento que me falta el aire.

—Respira despacio, *mo fhlùr*. Hazlo conmigo. Inspira y espira —sus palabras salen tranquilas, acompañando el ritmo de los movimientos.

Sigo su ritmo hasta que vuelvo a sentir que puedo respirar.

Me aparto solo un paso.

Y la realidad me golpea.

Pienso en la lista que hice y en la certeza aplastante de que, sola, no puedo con todo. No puedo ser tan idiota como para traer a mi bebé a un mundo peor que el mío cuando tiene la oportunidad de tener una vida distinta.

Aunque, en el fondo, me sienta prácticamente vendida por ello.

—¿Y si algún día te das cuenta de que todo esto ha sido un error? No quiero que mi bebé sufra por el capricho de un hombre que cree que puede controlarlo todo.

—No hay ningún error. Y mucho menos un capricho. Todo esto es una decisión que he tomado y de la que ya no hay vuelta atrás. A partir de ahora, *eres mía*.

Necesito procesar esas palabras.

Y pensar en lo que significa ser suya.

Un día le digo que se aleje; al siguiente, él simplemente entra derribando la puerta con los dos pies.

—Vamos despacio, señor Macallan. Están pasando demasiadas cosas. Estoy renunciando a muchas. Puedo aceptar esto por el bebé. Pero implicarme de verdad es algo para lo que necesito un poco más de calma.

Vuelve a eliminar el espacio entre nosotros.

Sus ojos descienden hasta mis labios.

—Todo tiene su momento. Soy paciente —susurra antes de besarme la frente—. Descansa hoy.

—¿Con la subasta a la vuelta de la esquina? ¿De verdad crees que...?

—No era una petición —me interrumpe—. Ya has dejado casi todo preparado, Chloe se está ocupando de los detalles y le he dicho que puede llamarte porque te conozco. Pero hoy descansas. Si mañana estás mejor, podrás volver a trabajar.

—Por eso todavía te odio.

—Puedo vivir con eso. Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que pedirla. Volveré cuando te toque la medicación.

Sale del dormitorio como si no acabara de darle otra vuelta completa a mi vida.

Llamo a Chloe por videollamada.

—*Amiga, ¿cómo te encuentras?* —suelta en cuanto me ve.

—Mucho mejor hoy. Solo estoy un poco cansada. Han pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo.

—*Qué bien. Descansa para recuperarte pronto. Ahora cuéntame qué historia es esa del matrimonio.*

—Pues eso —suelto un suspiro—. Por lo visto, voy a casarme.

—*¡Está loco!* —Esboza una sonrisa enorme—. *Me encanta eso de él.*

—Yo quiero matarlo precisamente por el mismo motivo.

—*Pensé que no aceptarías casarte* —dice más bajo.

—¿Y cómo no voy a hacerlo? Ya no puedo pensar solo en mí. Lo que me ha ofrecido es estabilidad para mi bebé. No puedo ser egoísta. Con todo lo que está pasando la abuela, sé que la tendencia es que todo se vuelva todavía más difícil. ¿Cómo voy a poder con todo? No voy a hacer sufrir a mi bebé solo porque yo sea orgullosa.

Aunque una parte de mí quiera exactamente eso, no puedo seguir pensando que el mundo pesa poco y que yo puedo soportarlo sola.

Esboza una sonrisa comprensiva.

—*Te entiendo. También tienes que pensar en ti. Y, joder, seamos sinceras: no has salido perdiendo precisamente. Vas a tener un marido buenísimo y podrás follártelo todos los santos días. Es el sueño de cualquiera.*

Pongo los ojos en blanco.

Tengo el corazón demasiado herido como para entregarle sin más el control de mi vida a Douglas Macallan.

—Chloe, vamos despacio. Si no sé lo que estoy haciendo, este hombre me pasará por encima. Porque simplemente hace lo que cree que es mejor y que le den a todo lo demás.

Se echa a reír.

—*Aprende a frenarlo. Algún día aprenderá a tratar contigo. Pero, sinceramente, no dejes de disfrutar de cada centímetro de ese pedazo de hombre. Con todo el respeto, claro.* —Se echa a reír—. *Ahora tengo que solucionar un asunto pendiente.*

Como si fuera posible.

Solo verlo sin camisa esta mañana ya me ha hecho la boca agua.

Y no voy a pensar en eso ahora, cuando ni siquiera controlo mis hormonas, que están demasiado confusas.

—Lo pensaré. Y, si necesitas cualquier cosa, avísame.

Me da las gracias y nos despedimos.

Ahora solo necesito tener paciencia y enfrentarme a todo lo que va a pasar.

CAPÍTULO 36
Douglas Macallan

Por fin ha llegado el día del evento.

Ha habido tanto trabajo para conseguir que todo saliera adelante que ya no podía más.

Hana ha estado bien estos últimos días, y conseguir que descansara ha sido prácticamente imposible, pero al menos logré que se quedara en casa. Estar aquí, lejos de toda la carga que suele llevar encima, le ha permitido respirar.

Estoy en el salón, esperando a que aparezca, cuando oigo sus tacones golpeando contra el suelo. Sé que se acerca.

Y nada me prepara para la belleza de esta mujer.

El vestido rojo, como siempre, se ajusta perfectamente a su cuerpo. El escote en forma de corazón abraza sus pechos, ligeramente más grandes, y desciende hasta un corpiño que marca su estrecha cintura. La falda sigue ceñida, con una abertura larga que se abre discretamente al caminar de una forma que me hace imaginarla sin la prenda.

Respiro hondo, porque ahora no es momento de lucir una erección.

Cuando se detiene delante de mí, hay expectación en sus ojos.

—Estás demasiado preciosa, señorita Nakamura —susurro, dando un paso hacia ella. Le cojo la mano y deslizo el anillo en su dedo—. O debería decir: mi prometida.

Su rostro adquiere el mismo tono rojo que el vestido.

—Gracias. Tú tampoco estás del todo mal. Y sigo queriendo matarte, porque ni siquiera las joyas que me obligabas a llevar eran cosas sencillas. Están todas allí, en el dormitorio.

Esbozo una sonrisa de canalla.

—Digamos que estaba adelantando los regalos para mi esposa.

Pone los ojos en blanco. Estos últimos días he escuchado a Hana quejarse demasiado porque le mentí sobre la ropa. Después de darse cuenta de que protestar no iba a cambiar mi costumbre de darle ropa o accesorios que yo considerara necesarios, dejó de insistir.

O parece haberlo aceptado.

—Claro. Ahora vámonos, porque al abuelo de mi prometido no le gustan los retrasos.

—Justo.

Le ofrezco el brazo para que se apoye y caminamos hacia el coche.



Mi entrada con Hana en el salón del evento atrae miradas. Algunos ya están acostumbrados a verme con ella; otros observan nuestra cercanía con desconfianza.

En pocos minutos, estoy rodeado por todos lados de gente felicitándome por el lanzamiento, que ya circula en copas por todo el evento.

Escucho los elogios de siempre: los que dicen que es oro líquido, que hemos conseguido superarnos una vez más.

Nada que no esté acostumbrado a oír.

En algún momento, Hana se separa de mí para hablar con mi madre, aunque no sale de mi campo de visión.

Pietro y Helena también se acercan a saludarme.

—Tengo algunas novedades. Estoy tardando porque todo se está volviendo bastante complejo —dice Helena mientras me da un abrazo.

—No pasa nada. Podemos fijar un momento para hablar.

Asiente y sonríe.

—Enhorabuena por el lanzamiento —dice Pietro, pasando un brazo por la cintura de su esposa—. Por cierto, necesito otra caja. La última que me enviaste ya se ha terminado.

—Qué le vamos a hacer si confundes el whisky con el agua.

Esboza una sonrisa burlona que dice: culpable.

—Es una bebida única. Esta noche pienso pujar por una de las botellas especiales.

—Claro que sí. Por cierto, el último cargamento especial que solicitasteis ya ha salido de Escocia rumbo a Italia.

—Excelente —dice Pietro justo cuando alguien lo llama, y se aparta para atenderlo.

Esos cargamentos especiales suelen llevar armas además de botellas de whisky. Llevamos muchos años haciendo negocios con la mafia italiana. Es un beneficio mutuo. Las cargas pasan lejos del radar de las inspecciones y nosotros contamos con su apoyo cuando lo necesitamos.

Digamos que la familia Macallan no siempre llegó a ciertos lugares sin derramar algo de sangre.

—Douglas —la voz que suena a mi espalda me provoca un mal escalofrío.

Miro por encima del hombro y encuentro a Daisy, que no se contiene y me abraza durante más tiempo de lo que exige la cortesía, obligándome a apartarla. Parece no entender que lo que tuvimos hace años terminó y que fue completamente casual.

Creía que, por pertenecer ambos a familias importantes, existía alguna posibilidad de que ocurriera algo más.

—Daisy.

—Está todo precioso. Las nuevas botellas han quedado maravillosas. Estoy segura de que las venderemos todavía más rápido que las anteriores —dice con orgullo al hablar de las botellas de cristal de la marca de su familia.

—Sí, siempre son un éxito. El líquido que llevan dentro no deja demasiado margen para pensar en algo distinto de la perfección.

Se acerca más.

—Huiste en Escocia. Ni siquiera tuve tiempo de acercarme a ti.

—Y ahora estás más cerca de lo aceptable —mi voz sale seca.

Retrocede un centímetro.

—Perdona. Es solo que te he echado de menos —su tono exageradamente dulce me produce náuseas—. Me he enterado de que tu madre ha estado hablando de matrimonios por ahí. Pensé que sería una buena oportunidad para que habláramos.

La miro a los ojos cuando percibo el aroma que lleva meses sacándome de quicio y sé que Hana está detrás de mí.

Joder.

—No creo que lo sea. Mi vida ya está decidida, Daisy.

Antes de que pueda responder, Hana aparece con una mirada extraña.

—Señor Macallan. Es la hora de su discurso.

—Claro, vamos. —Me doy la vuelta sin esperar ninguna respuesta de Daisy.

Dios mío, lo último que quiero es que Hana se monte alguna estupidez en la cabeza.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Solo sin hambre. Y rechazando cada gota de alcohol que me ofrecen.

—Perfecto.

—¿Perdón?

—Tú y el whisky no sois una buena combinación.

—¿Y tú y la señora escocesa de ahí sí sois una buena combinación? —hay una punzada de rabia en sus palabras que intenta disimular.

—No. Hago mejor pareja con cierta japonesa irritante. ¿La conoces?

Resopla y me acompaña hasta el escenario, quedándose en el extremo más alejado.

Siento las miradas siguiéndome.

Nunca me ha molestado. En realidad, crecí aprendiendo que, cuando un Macallan entraba en un salón, la gente debía mirar. No por vanidad, sino porque cada gesto, cada palabra y cada botella que llevara nuestro nombre tenía que recordar al mundo que no habíamos llegado hasta aquí por suerte.

Cojo el micrófono del maestro de ceremonias, que acaba de presentarme, y observo el salón durante unos segundos.

—Buenas noches. En nombre de la familia Macallan, quiero agradecerles a todos su presencia esta noche. Sé que muchos han venido por la subasta, otros por curiosidad ante el lanzamiento y algunos simplemente porque saben que, cuando ponemos una nueva botella en el mundo, existe una gran posibilidad de que termine convirtiéndose en objeto de disputa.

Algunas risas discretas recorren el salón.

—No voy a fingir modestia. Nunca ha sido una característica especialmente fuerte en mi familia.

Miro a mi madre, que arquea una ceja como si discrepara únicamente por educación, y eso casi me hace sonreír.

—Macallan no se construyó para ofrecer una bebida corriente. Cada whisky que lleva nuestro nombre pasa por tiempo, madera, clima, paciencia, decisiones precisas y una cantidad absurda de hombres testarudos negándose a aceptar nada que esté por debajo de la perfección. Lo que presentamos hoy no es diferente.

Hago una pausa y miro la botella expuesta en el centro del escenario.

La luz cálida golpea el cristal y refleja el tono ámbar del líquido de una forma casi viva.

—Este nuevo *single malt* nació de barricas seleccionadas personalmente en Escocia. Roble europeo, influencia de jerez, profundas notas de fruta seca, especias, miel oscura, madera tostada y un final que permanece el tiempo suficiente para recordar que las prisas nunca han creado nada memorable.

Algunos hombres del salón asienten.

Entendidos.

O fingiendo serlo.

—Pero hay algo que aprendí siendo todavía un niño, escuchando a mi abuelo hablar del tiempo como si fuera una entidad que merecía respeto. El whisky no tolera la arrogancia. Puedes ser la persona más importante del mundo, pero, si no respetas el proceso, lo pierdes todo.

Mi mirada pasa rápidamente por Pietro, después por algunos socios antiguos y, por último, encuentra a Hana en el extremo del escenario.

Está intentando pasar desapercibida y fracasando de manera espectacular.

El rojo del vestido hace imposible ignorarla, pero no es solo eso. Es su postura. La barbilla levantada. Los ojos atentos. La mano descansando con cuidado cerca del vientre, quizá sin darse cuenta. El anillo de su dedo atrapa la luz durante un segundo y algo posesivo y cálido se extiende por mi pecho.

Algo que me dice que esa mujer increíble va a ser mía.

Vuelvo a mirar al salón.

—Este whisky se creó precisamente para honrar eso. Tiempo. Herencia. Elección. No solo la historia que recibimos, sino aquello que decidimos hacer con ella.

Cojo la copa que hay sobre la mesa de al lado y la levanto ligeramente.

—A quienes consigan una de las botellas especiales de esta noche, mi consejo es sencillo: no la guarden únicamente como símbolo de estatus. Bébansela. Compártanla con alguien que la merezca. Los whiskies raros no fueron hechos para morir encerrados en cajas fuertes, igual que los legados no fueron hechos únicamente para conservarse. Hay que vivirlos, o terminan convirtiéndose en polvo caro dentro de un bonito envoltorio.

Esta vez, el silencio que llega es distinto.

—Y, hablando de legado, esta noche también marca algo importante para mí a nivel personal.

Siento cómo cambia la atención del salón.

Mi madre, al otro lado, endereza la postura.

Hana probablemente ya estará alterándose.

Todavía no la miro.

—Durante los últimos meses han circulado muchas especulaciones sobre mi vida personal, sobre quién estaba o no a mi lado. Siempre me ha parecido una conversación tediosa, sobre todo porque hombres como yo suelen ser vistos como contratos por familias que desean sentarse en mesas a las que no han sido invitadas.

Algunas personas ríen con incomodidad.

Otras entienden perfectamente a quién me refiero.

—Así que voy a ser claro, para ahorrarnos tiempo a todos.

Giro el cuerpo hacia Hana.

Abre los ojos de par en par de inmediato y la expresión que me dedica promete asesinato en cuanto salgamos de aquí.

Pobre *mo fhlùr*.

Todavía no ha entendido que siempre preferiré enfrentarme a su rabia antes que permitir que alguien dude del lugar que ocupa.

—Hana.

Su nombre a través del micrófono hace que todo el salón se vuelva hacia ella.

Permanece inmóvil durante un segundo y después camina hacia mí con la elegancia de alguien que está pensando seriamente en matarme utilizando únicamente el tacón de su propio zapato.

Algo que no puedo negar que me excita.

Cuando se detiene a mi lado, mantengo la atención sobre ella durante un instante antes de volver al público.

—Algunos de ustedes ya la conocen como la señorita Nakamura, la mujer que mantuvo funcionando las operaciones en Estados Unidos durante uno de los periodos más difíciles, cuando mi padre enfermó y yo estaba reorganizando varias cosas.

Hana me mira de reojo.

La ignoro, porque sé que, si la miro demasiado, voy a sonreír.

—Hana es una de las personas más competentes que he conocido. Inteligente, precisa, irritantemente testaruda y con una capacidad poco común para detectar detalles que hombres a los que se les paga precisamente por eso suelen pasar por alto. Llegó a Macallan sin un apellido influyente ni puertas abiertas por familias poderosas. Llegó con trabajo y competencia. Y se quedó por méritos propios.

El salón se queda demasiado silencioso.

Perfecto.

—Por eso, cualquiera que en algún momento haya confundido su presencia a mi lado con algo menor que respeto, importancia y

una elección mía puede corregir esa idea ahora mismo.

Siento cómo Hana contiene el aire a mi lado.

No la miro.

Todavía no.

—Hana Nakamura no está aquí esta noche como una empleada colocada a mi lado por conveniencia. Está aquí porque es la mujer que he elegido para mi vida.

Le cojo la mano.

Esta vez sí la miro.

Tiene el rostro rojo, los ojos brillantes por algo que no sé si es rabia, emoción o ganas de empujarme del escenario.

Quizá las tres cosas.

El anillo de su dedo queda visible cuando entrelazo nuestros dedos.

—Y porque es mi prometida.

El salón estalla en murmullos.

No dejo que crezcan.

—Muy pronto será mi esposa. Y quien conozca a un Macallan sabe que no hacemos anuncios de este tipo si no tenemos una certeza absoluta de lo que estamos diciendo.

Hana me aprieta la mano.

Con fuerza.

Probablemente para castigarme.

Lo acepto sin mover un músculo.

—Por tanto, antes de comenzar la subasta, quiero proponer un brindis. Por el nuevo whisky Macallan, por el legado que seguimos construyendo y por la mujer que, para mi sorpresa y para desgracia de mi tranquilidad, se ha convertido en una parte indispensable de mi vida.

Alzo la copa.

Todo el salón me acompaña.

—Por Hana.

Ella vuelve lentamente el rostro hacia mí, todavía sonriendo a los demás por pura educación, pero sus ojos dejan perfectamente claro que voy a pagar por esto.

Y quizá lo haga.

Pero, cuando todos repiten su nombre durante el brindis, cuando veo a las personas que antes la miraban con recelo obligadas ahora a reconocerla públicamente, comprendo que volvería a pagarlo.

Todas las veces que fueran necesarias.

—Ahora ya nadie tiene ninguna duda de que eres mía, futura señora Macallan —susurro junto a su oído antes de inclinarla ligeramente hacia mí y besarla sobre el escenario.

Así nadie puede dudar de que es mía.

CAPÍTULO 37
Hana Nakamura

Todavía estoy intentando respirar después del discurso de Douglas.

No sé exactamente en qué momento mi corazón decidió salirse de su sitio, pero late tan fuerte que siento cada pulsación en la garganta, en los dedos y en la palma de la mano que él sostiene como si fuera la cosa más natural del mundo.

Mi prometida.

Lo ha dicho por un micrófono. Delante de un salón lleno de gente poderosa. Y, peor aún, ha dicho mi nombre con orgullo. Ha hablado de mi competencia. De mi trabajo. De mis méritos. Como si yo no fuera una secretaria a la que tuvo que convertir en prometida para tranquilizar a mi abuelo, sino una mujer a la que eligió porque quería.

Dios.

Odio que una parte de mí se lo haya creído y haya deseado que fuera verdad.

Y eso solo hace que ahora tenga pensamientos homicidas. Podría haberme avisado al menos. Pero estamos hablando de mi jefe. ¿Cuándo ha avisado él de algo?

El salón todavía está en movimiento cuando el subastador sube al escenario, y yo intento soltar la mano de Douglas porque necesito distancia para volver a poner mis pensamientos en orden, pero sus dedos simplemente se cierran un poco más alrededor de los míos.

—No huyas ahora, *mo fhlùr* —murmura junto a mi oído.

Un escalofrío me recorre la nuca antes de que consiga apartarme.

—No estoy huyendo.

—Desde luego estás pensando en hacerlo.

—Que yo sepa, pensar todavía es algo que puedo hacer sin que tú te metas.

Le lanzo una mirada asesina y el desgraciado sonríe. Una maldita sonrisa preciosa.

El maestro de ceremonias anuncia que se servirá la cena y que después comenzará la subasta. En cuanto volvemos al salón, nos llueven las felicitaciones, algunas sinceras y otras más falsas que una moneda de tres euros.

Les doy las gracias a todos sin que Douglas me suelte la mano mientras caminamos hacia la mesa de la familia Macallan. Y todos nos observan con cierta sorpresa. Bueno, no todos. El señor Fraser me dedica una sonrisa cómplice que me asusta, porque nada de esto es verdad, y la forma en que nos mira a los dos y después al anillo de mi dedo hace que parezca exactamente lo contrario.

—Hijo, qué sorpresa —dice Moira un poco más bajo.

—Mamá, ahora no es el momento —intenta Douglas, pero ella lo interrumpe.

—Me alegra que hayas elegido a Hana para estar a tu lado. Ya era una hija del corazón y ahora será una hija de verdad para mí.

Lo dice y se separa de Douglas para abrazarme.

Vale, esto sí que no me lo esperaba.

Siempre he tenido a los Macallan en muy alta estima. Siempre me han ayudado. Pero aquí estamos hablando de casarme con su hijo.

¿Ni siquiera se le ha pasado por la cabeza que pueda ser una cazafortunas?

—Gracias. Confieso que tenía un poco de miedo de cómo reaccionaríais —susurro durante el abrazo.

—No hace falta, cariño. Siempre queremos lo mejor para Doug. Y tú, naturalmente, eres lo mejor que una madre podría desear —comenta mientras se aparta, y siento que me arde la cara por estar mintiéndoles.

¿Qué pensarán cuando descubran que el hijo que llevo dentro no es de su hijo?

—¿Qué está tramando esa cabecita? —pregunta Douglas en voz más baja mientras me guía para sentarnos a la mesa con los demás.

—Nada que pueda expresar con palabras.

—Entonces no pienses demasiado. Limítate a disfrutar de la noche. Has trabajado mucho para esto.

Lo miro y esbozo una sonrisa sincera.

—Ha sido un trabajo conjunto. Pero me alegra que el resultado haya sido tan satisfactorio.

Pronto la conversación en la mesa vuelve a nuestro matrimonio. Y terminamos respondiendo a unas cuantas preguntas hasta que una de las primas de Douglas pregunta cómo supo que estaba enamorado.

—Desde el momento en que se derramó agua sobre la camisa.

Todos sonríen en la mesa y yo lo miro. Habla con una seguridad absoluta.

—¡Eso fue el día que os conocisteis! —exclama su madre.

—Sí —respondo de forma automática, todavía aturdida.

—Exactamente. Desde el día en que vi a Hana por primera vez, supe que ya no habría vuelta atrás. Sería mía. Esperé mucho tiempo hasta ponerle un anillo en el dedo —comenta con esa arrogancia suya, como si el mundo entero girara a su alrededor.

Sonrío con sarcasmo.

—Pues yo quise matarlo desde aquel día.

Las risas vuelven a llenar la mesa.

—¡Ay, Dios mío! —exclama otra vez su prima, mirándome—. Tú eres la chica de la foto.

—Sí —Douglas responde por mí—. Ya estábamos juntos, solo que no hicimos pública la relación porque la abuela de Hana estaba pasando por un problema de salud. Pero ahora ya lo sabe todo el mundo. Pronto sabrán también lo de la boda.

Siento que se me calienta la cara.

Claro.

Por el embarazo no podremos tardar demasiado.

—Qué rápido —comenta alguien, y me pongo nerviosa.

—Claro. Cuando amas mucho a alguien, no quieres perder ni un solo minuto, ¿verdad, *mo leannan*[1]? —Douglas habla con tanta convicción que se me corta el aire.

—Sí, no hay que perder el tiempo —sonrío y me acerco a Douglas—. Has dicho la última parte como si yo tuviera que entenderla —susurro.

—Quizá sea mejor que todavía no la entiendas —murmura, y se me eriza el vello de la nuca cuando me toca el rostro.

Siento que me ruborizo.

La conversación termina cuando por fin empieza la subasta. Son piezas tan caras y exclusivas que, solo con escuchar las cifras, me entran ganas de pedirle disculpas a mi cuenta bancaria. Y me sorprende la naturalidad con la que aparecen las pujas, porque parece que están pidiendo una barra de pan en una panadería y no ofreciendo varios miles de dólares.

Cada nuevo lote sigue asustándome, con cifras que superan cualquier cantidad que yo podría imaginar ganar en toda una vida de trabajo. Por mucho que ya me haya acostumbrado a ciertos eventos suntuosos, sigue habiendo una parte de mí que ve tanto dinero y piensa en consultas, medicamentos, pruebas, alquiler,

supermercado, seguro médico, facturas apiladas sobre la mesa de mis abuelos.

Pienso en la abuela.

Pienso en cada sesión de hemodiálisis.

Pienso en el miedo que tengo de perderla porque el dinero, por desgracia, también decide quién puede sufrir con un poco más de dignidad.

Aprieto la mano de Douglas sin darme cuenta.

Él se da cuenta... obviamente.

Su pulgar se desliza sobre mis dedos y ese simple contacto parece tranquilizarme.

La subasta continúa con algunas joyas y obras de arte, además de las botellas. Douglas se adjudica varias cosas por cantidades absurdas, y yo sigo intentando aceptar que, para él, eso no significa nada.

Entonces el subastador anuncia el último lote.

—Y ahora, señoras y señores, llegamos al lote final de la noche. Una pieza única, seleccionada personalmente por Douglas Macallan y retirada de una reserva privada de la familia.

Miro a Douglas.

Está serio.

Serio de una forma distinta.

—¿Qué has hecho? —pregunto en voz baja.

—Nada de lo que tengas que preocuparte.

Esa respuesta no me tranquiliza.

En realidad, viniendo de él, casi me asusta.

En el centro del escenario, dos empleados llevan una caja. No se parece a las demás. La madera es oscura, con detalles de metal dorado y una pequeña flor tallada en la parte frontal.

Una flor muy parecida a la de mi anillo.

El subastador abre la caja y revela una botella tan bonita que ni siquiera parece real. El cristal tiene líneas elegantes, el líquido ámbar parece arder bajo la iluminación y, en la etiqueta, además del nombre Macallan, aparece una palabra en gaélico escocés que reconozco porque Douglas ya la ha susurrado contra mí.

Mo Fhlùr.

Se me hace un nudo en el estómago.

—Douglas...

No me mira. Simplemente me suelta la mano y se dirige al escenario para coger el micrófono.

El salón vuelve a quedarse en silencio.

—Este lote no estaba previsto originalmente —empieza, y su voz llena el espacio con esa autoridad que hace que todo el mundo se detenga a escuchar—. Es una botella rara, procedente de una reserva que mi familia no tenía intención de subastar. Probablemente mi abuelo me llamará irresponsable cuando se entere de que la he sacado de mi bodega privada, pero lo entenderá y se le pasará.

Algunas risas elegantes recorren el salón. Su abuelo lo mira de reojo, aunque tiene una leve sonrisa en los labios.

—Este whisky representa gran parte de lo que he mencionado antes. Tiempo, cuidado y elección. Pero hoy también representa otra cosa. Responsabilidad. Mi abuelo solo hizo dos botellas como esta y se las regaló a mi abuela. Cuando cumplí dieciocho años, ella me dio una, y la otra se quedó con ellos. Las flores eran algo muy importante para ella, por eso esta etiqueta tiene un significado único.

Mi corazón empieza a latir mal.

Douglas gira ligeramente el cuerpo y sus ojos encuentran los míos durante un instante.

Solo uno.

Suficiente para que entienda que esto tiene algo que ver conmigo antes incluso de que continúe.

—Todo el dinero recaudado con este lote se destinará a crear un fondo permanente de la Fundación Macallan para financiar tratamientos de pacientes renales que no tienen acceso adecuado a medicamentos, transporte, pruebas y seguimiento especializado.

El aire desaparece de mis pulmones.

Me llevo una mano al vientre, pero es el pecho lo que me duele.

Abuela.

No dice su nombre.

No expone a mi familia.

Pero lo sé.

Sé perfectamente por qué está haciendo esto.

—A partir de este año —continúa—, una parte de los ingresos anuales de nuestras subastas especiales también se destinará a este fondo. No como una campaña temporal ni como un gesto de marketing, sino como un compromiso permanente. Para mí, el legado ha dejado de ser únicamente aquello que una familia conserva. También es aquello que decide proteger.

Siento que las lágrimas me suben con tanta fuerza que tengo que morderme el interior de la mejilla para no llorar allí, delante de todo el mundo.

Mi madre habría llorado si estuviera viva.

La abuela, cuando se entere, también llorará.

Mi abuelo, si estuviera aquí, quizá guardaría silencio durante cinco minutos y después se quejaría de que Douglas no tenía por qué hacer algo tan grandioso. Pero conozco a Kenji Nakamura.

Lo entendería.

Igual que yo lo he entendido.

Douglas podría haberse limitado a pagar en secreto el tratamiento de mi abuela. Y sé que, cuando estuvo ingresada, pagó

los gastos adicionales, porque ese es exactamente el tipo de locura silenciosa que hace.

Pero esto es distinto.

Esto no es solo por mí.

No es solo por mi familia.

Ha cogido un dolor que llevo en silencio, una preocupación que me aplasta todos los días, y la ha convertido en algo capaz de ayudar a otras personas.

Dios.

¿Quién hace algo así?

¿Quién mira el caos de una mujer y decide no solo sujetarle la mano, sino construir algo a su alrededor para que no tenga que sentir que su dolor es insignificante?

Douglas Macallan.

El hombre que es mi jefe.

El hombre más insoportable del mundo.

El hombre al que debería mantener a distancia.

El hombre que, en este momento, hace prácticamente imposible que no lo odie un poco por obligarme a sentir tantas cosas.

Cosas que me dan miedo porque nunca las había sentido.

Y encima entrega algo que significa tanto para él.

¿Cómo no va a querer mi corazón saltarme del pecho?

—La puja inicial —anuncia el subastador después de que Douglas se aparte— será de un millón de dólares.

Casi me atraganto.

¿Un millón como puja inicial?

Las ofertas empiezan de inmediato.

Dos.

Siete.

Veinte millones y medio.

Treinta.

Las voces surgen desde todos los rincones y el ambiente del salón parece cambiar. Ya no es solo una competición por estatus. Es como si Douglas hubiera convertido la vanidad en una obligación. Nadie allí quiere parecer menos generoso ante una causa noble, sobre todo después de que él la haya vinculado al nombre Macallan y a una historia tan personal.

Arrogante, manipulador y *brillante*.

Maldito.

Cuando la puja supera los cien millones, se me escapan las lágrimas.

Una.

Después otra.

Me las seco deprisa, pero Douglas lo ve.

Siempre ve aquello que yo nunca quiero mostrarle a nadie.

La botella se adjudica por una cifra tan absurda que mi cerebro ni siquiera consigue convertirla en algo real. Todo el salón se pone en pie para aplaudir y yo permanezco quieta, sintiendo cómo me tiembla el cuerpo porque ese dinero puede cambiar la vida de tantas personas que ni siquiera soy capaz de imaginar cuántas.

Él baja del escenario y voy a su encuentro.

—Estás llorando.

Quiero insultarlo, decirle que es culpa de las hormonas.

Pegarle por haber hecho algo tan enorme sin avisarme.

Quiero besarlo hasta olvidar que estamos rodeados de medio mundo.

—Te odio —susurro, porque es la única defensa que todavía funciona un poco.

Su boca se curva ligeramente.

—Lo sé.

—No podías haber hecho esto.

—Ah, claro que podía.

—No tenías por qué. Creo que es mejor decirlo así.

Se acerca lo suficiente para que solo yo pueda oírlo.

—Lo sé. Por eso quise hacerlo.

No consigo responder.

Las palabras se quedan atrapadas en algún lugar entre la garganta y el corazón, y quizá sea mejor así porque no sabría decir nada sin entregarme por completo.

Douglas levanta la mano y me seca una lágrima con el pulgar, un gesto discreto y más íntimo que cualquier beso que nos hayamos dado.

—No llores por dinero, *mo fhlùr*.

Suelto una risa débil.

—No estoy llorando por dinero, arrogante.

—Perfecto. Porque, a partir de ahora, eso nunca volverá a ser un problema, Hana.

Lo miro.

—Estoy llorando porque siempre consigues ser imposible. Y porque quizá... —me detengo antes de terminar.

Se queda inmóvil.

Yo tampoco consigo moverme.

Las palabras se me atascan en la garganta.

No estoy preparada para decirlas.

Al menos no aquí. Con tanta gente alrededor. Ni con mi vida tan desordenada que todavía estoy intentando comprender en qué momento Douglas Macallan cruzó la puerta y decidió quedarse.

Pero, por primera vez, la palabra quizá no parece una vía de escape.

Parece un comienzo.

Douglas me coge la mano y besa mis dedos justo sobre el anillo en forma de flor.

—Guarda el resto para cuando estés preparada —dice en voz baja—. Soy paciente.

Pongo los ojos en blanco aunque siga llorando.

—No eres paciente.

—Contigo estoy aprendiendo a desarrollar ese don.

Todo el salón continúa a nuestro alrededor. La gente pronuncia su nombre, brinda, quiere un pedazo de él.

Pero él no los mira.

Me mira a mí.

Y no consigo contenerme: mi boca encuentra la suya en un beso que se salta un poco las normas del decoro.

CAPÍTULO 38
Douglas Macallan

Por fin salimos del salón y entramos en la quietud de la limusina. El motor arranca suavemente y el panel de cristal oscuro que nos separa de Angus sube, dejándonos encerrados en una penumbra y un silencio que, de repente, parece demasiado pesado para mis pulmones.

Aflojo el nudo de la corbata, apartándola del cuello, y me desabrocho los dos primeros botones de la camisa. Me estoy asfixiando, pero no por la ropa. Es por la mujer sentada justo delante de mí.

Las luces pasan junto a las ventanillas e iluminan parcialmente su rostro. Tiene la cabeza apoyada contra el respaldo y me mira de lado. Respira deprisa, haciendo que el escote del vestido suba y baje con un ritmo acelerado que atrapa toda mi atención.

Todavía tengo su sabor en la boca. Todavía puedo sentir la presión de sus labios contra los míos, el calor de su cuerpo entregándose en medio de aquel salón abarrotado.

Pero no me besó para dar un espectáculo a la prensa. No lo hizo para sostener nuestra mentira.

Me besó porque entendió lo que hice, porque supo que todo aquello era por ella. De alguna forma, fue su manera de demostrarme que sabía cuánto me importa.

Cierro los ojos, recordando que lo único que importaba mientras estaba sobre el escenario era la forma en que Hana me miró. Cómo sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas, no de dolor, sino de un alivio tan profundo que pareció arrancarle años de peso de los hombros.

Lo hice por ella.

Por la abuela Emiko. Por la promesa silenciosa de que, mientras yo respire, Hana Nakamura nunca volverá a tener que cargar completamente sola con el mundo sobre la espalda.

Y su respuesta fue darme el universo entero en aquel beso.

Abro los ojos y me deslizo por el asiento hasta sentarme a su lado, sin dejar ningún espacio entre nosotros. Hana se mueve y se vuelve hacia mí. Tiene los ojos húmedos, brillando bajo la escasa luz que entra por las ventanillas.

—Casi me paraste el corazón ahí dentro, ¿lo sabías? —susurro, con la voz más ronca. Levanto una mano y apoyo los dedos en un lado de su rostro, acariciándole la piel caliente con el pulgar—. Estaba preparado para afrontar cualquier reacción tuya esta noche. Tu timidez, tu ironía, incluso tu miedo a enfrentarte a toda esa gente. Pero no estaba preparado para que me miraras de aquella manera. Y mucho menos para lo que hiciste después.

Hana deja escapar una respiración temblorosa e inclina ligeramente el rostro contra mi palma. La armadura defensiva que ha llevado durante meses simplemente ya no está.

Me mira con una vulnerabilidad tan intensa que se me oprime el pecho de una forma que jamás había experimentado.

—No pude contenerme, Douglas —confiesa con un hilo de voz, aunque sin perder firmeza—. Cuando te escuché hablar del fondo de ayuda... de darles una oportunidad a tantas familias que pasan por lo mismo que hemos pasado mis abuelos y yo... sentí como si estuviera flotando. No tenías que hacer aquello. Es una inversión enorme, una responsabilidad que la empresa no tenía ninguna obligación de asumir.

—Sí tenía que hacerlo, Hana —la interrumpo con suavidad, acercando el rostro al suyo hasta que nuestras frentes se tocan—. Tenía que hacerlo porque verte sufrir por esa situación me estaba destruyendo. Me he pasado toda la vida controlando un imperio de miles de millones, lidiando con cifras y contratos, creyendo que el poder podía solucionarlo todo. Pero el poder no compra tu sonrisa.

No cura a tu abuela. Ese proyecto fue mi forma de decirte que puedes soltar las riendas. Que estoy aquí. Que voy a cuidar de ti, de tus abuelos... y de *nuestro* hijo.

Una lágrima solitaria resbala de su ojo y la limpio antes de que caiga. Hana esboza una sonrisa rota mientras sus manos suben hasta mi pecho y sus dedos se aferran a mi camisa.

—Gracias —susurra, con los ojos clavados en los míos—. Por todo. Por ser ese hombre que nunca pensé que existiera. Yo... estoy entrando en un terreno que no conozco y reconozco que tengo miedo. Pero ya no quiero seguir huyendo.

Sus palabras encienden algo dentro de mí que no sé si soy capaz de contener. He intentado respetar su tiempo todo lo posible, pero ahora solo estamos nosotros dos, admitiendo lo que el destino ya había trazado desde el día en que se atragantó con aquella agua en su propio despacho. *Y yo supe, de una forma retorcida, que sería mía.*

—Yo ya he superado la fase de tener miedo, *mo leannan* —respondo, sintiendo mi propio corazón golpearme con fuerza en el pecho—. Y no tengo la menor intención de dar marcha atrás.

Le sujeto la barbilla y uno nuestras bocas.

El beso empieza tranquilo, cargado de emoción, un intercambio lento y profundo que hace que todo mi cuerpo se relaje.

No dura mucho.

Su olor, su calor, todo despierta algo mucho más urgente. Un deseo inconmensurable de sentirla contra mí, de conseguir que Hana grite mi nombre.

Sus manos suben hasta mi nuca, los dedos se hunden en mi pelo y tiran de mí para acercarme más. Le aprieto la cintura con las dos manos y, sin romper el beso, la levanto del asiento.

Hana deja escapar una exclamación ahogada cuando la guío hasta mi regazo. Se acomoda a horcajadas sobre mis muslos, con la tela del vestido abriéndose por la raja de su pierna. Siento el calor

de su coño directamente contra mi polla, que palpita dolorosamente debajo del pantalón de traje, completamente dura y ansiosa por tenerla allí.

Aparto nuestros labios mientras deslizo las manos por su espalda desnuda y encuentro la cremallera del vestido. La bajo, sintiendo cómo toda su piel se eriza bajo el roce de mis dedos. Aparto los tirantes y dejo que la tela resbale hasta su cintura, exponiendo su cuerpo a la penumbra de la limusina.

Sus pechos están preciosos, visiblemente más llenos por el embarazo. Se me hace la boca agua, desesperado por probarlos. Los pezones endurecidos parecen suplicar mi contacto.

Empiezo apretándolos entre mis manos, y Hana gime sin apartar los ojos de mí. Masajeo sus pechos con una reverencia que enseguida se transforma en puro hambre. Me inclino y atrapo uno de sus pezones con la boca, succionándolo con fuerza mientras pellizco el otro entre los dedos.

—Ah... Douglas... —Hana echa la cabeza hacia atrás y me clava las uñas en los hombros a través de la chaqueta. El sonido de su gemido resuena y me vuelve loco.

—Estás preciosa. Tu cuerpo está cambiando tanto y yo solo consigo obsesionarme más contigo cada día —murmuro contra la piel de su escote, subiendo entre besos hasta morder suavemente la línea de su cuello.

Meto una mano por debajo de la falda del vestido, subiendo por sus muslos hasta alcanzar las bragas de encaje. Deslizo los dedos por debajo de la tela y suelto una maldición en voz baja. Está completamente empapada. Su excitación me moja los dedos antes incluso de que empiece a estimularla.

—Hostia puta, Hana... estás goteando por mí —gruño junto a su oído, perdiendo por completo mi compostura habitual. La lujuria se apodera de mi cerebro y elimina cualquier filtro—. Mira lo mojada que estás, joder.

Introduzco dos dedos de golpe en su coño apretado y todo su cuerpo da un respingo.

Hana se apoya en mis hombros, impulsando ligeramente las caderas hacia delante en busca del movimiento de mi mano. Empiezo a penetrarla con los dedos mientras froto con fuerza su clítoris hinchado con el pulgar. El balanceo suave del coche por las calles vuelve la fricción todavía más intensa.

Sus manos me arrancan rápidamente la chaqueta y la camisa. Y sus uñas se hunden en mi piel cuando vuelvo a invadirla con los dedos.

—Douglas... por favor... te quiero dentro de mí. Ahora, joder, fóllame... —suplica, abandonando cualquier pudor, con la voz ahogada por el placer.

Escuchar a mi mujer perfecta hablar así destruye el resto de mi autocontrol. Le arranco las bragas con un tirón brusco. Me desabrocho el cinturón y libero mi polla del pantalón, que salta, palpitante y absurdamente dura. Sujeto a Hana por las caderas con ambas manos y levanto su cuerpo lo suficiente para alinear la punta con su abertura empapada.

—Ah, voy a caerme —suelta, desesperada.

Mira hacia abajo en la penumbra, viendo el grosor de mi polla contra su coño, y deja escapar una bocanada de aire caliente sobre mi cuello.

—Joder, jamás dejaría que te cayeras. Agárrate a mí, Hana —ordeno entre dientes, con la mandíbula tensa.

Tiro de sus caderas hacia abajo con fuerza al mismo tiempo que impulso las mías hacia arriba. Entro en ella de una sola vez, abriéndola y clavando mi polla hasta el puto fondo, sintiendo cómo su calor me envuelve por completo.

—¡Joder! —el rugido se me escapa de la garganta cuando siento sus paredes estirarse violentamente a mi alrededor.

Hana abre la boca en un grito mudo, con los ojos muy abiertos mientras intenta asimilar el placer. Permanece inmóvil durante unos segundos, con la cabeza caída sobre mi hombro y todo el cuerpo temblando mientras mi polla palpita profundamente dentro de ella, estrangulada por la presión salvaje de su coño.

—Estás demasiado apretada, joder... parece que vas a partirme la polla por la mitad —gruño en voz baja, hundiendo los dientes en la piel de su hombro para no gritar más fuerte.

—Douglas... me llenas por completo... es demasiado perfecto, Dios —susurra, empezando a mover lentamente las caderas, incapaz de quedarse quieta.

Ella marca el ritmo durante unos instantes, subiendo y bajando sobre mi regazo, usando su propia humedad para deslizarse por toda mi longitud. Hana se mueve encima de mí con los ojos cerrados y una expresión de puro pecado en el rostro, disfrutando de cada centímetro que entra y sale de ella.

El sonido de nuestros cuerpos chocando contra el asiento, mezclado con el ruido obscenamente húmedo de la penetración, crea una sinfonía de perdición que solo hace que quiera follarme a esta mujer durante el resto de mi vida.

Pero su lentitud empieza a volverme loco. Le sujeto las caderas, hundiendo los dedos en su carne firme y dejando marcas que mañana le recordarán cada minuto de lo que hemos vivido, y tomo el control.

Empiezo a impulsar las caderas de abajo arriba con una fuerza brutal, imponiendo un ritmo rápido e implacable. Con cada embestida, el cuerpo de Hana sale despedido hacia arriba, sus pechos llenos balanceándose frente a mí mientras gime como una loca.

—Eso es, déjate caer sobre mi polla, Hana. Te gusta que te folle así dentro del coche, ¿verdad? Te gusta saber que eres mía, joder —digo con la voz áspera, dejando que la lujuria dicte cada

palabra que sale de mi boca mientras sigo entrando y saliendo de ella.

—Sí... ¡sí! Más fuerte, Douglas... ¡fóllame fuerte, joder! —grita, completamente entregada a la brutalidad que hemos creado juntos, cabalgándome como si su vida dependiera de este puto encaje.

Acelero todavía más, haciendo que las embestidas se vuelvan rápidas, viscerales, brutales. El coche toma una curva cerrada para entrar en la rampa subterránea de mi edificio y la fuerza del movimiento desplaza ligeramente su cuerpo hacia un lado; la sujeto por la cintura, afirmándola contra mí sin interrumpir el ritmo ni un solo segundo.

Mi polla golpea con fuerza el fondo de su cuerpo y le arranca un sollozo agudo que me hace perder la cabeza. Mi boca encuentra la suya en una locura compartida. Los dos estamos completamente entregados al momento, olvidados de cualquier cosa que exista fuera de este coche.

El mundo podría acabarse ahora mismo y nos daría igual.

Lo único que importa es seguir sintiendo esta presión absurda alrededor de mi polla.

La forma en que me aprieta hace que esté a punto de explotar.

Hana gime contra mi boca y no aguanto más, devorándole los labios con un beso tan violento como las embestidas con las que la penetro.

Siento las primeras señales de su clímax en lo más profundo. El coño de Hana empieza a contraerse alrededor de mi polla en oleadas frenéticas, apretándome la cabeza con tanta fuerza que veo estrellas en la oscuridad del vehículo.

—Vas a volverme loco —gruño contra su oído, y Hana sonríe entre un gemido.

Mi mano alcanza el punto donde se unen nuestros cuerpos. Su clítoris está hinchado, sensible, y empiezo a dibujar círculos con el dedo, haciendo que Hana clave los dientes en mi hombro mientras intenta aguantar todo lo posible.

—Déjate llevar, *mo leannan*... córrete sobre mi polla —gruño contra ella.

—Ah, joder... joder...

Ver a mi mujer derrumbarse por completo por culpa de mi polla destruye cualquier barrera de control que todavía me quedara.

Le sujeto la nuca con fuerza, pego mi boca a la suya y doy las tres últimas embestidas, las más profundas y violentas que mi cuerpo consigue producir, clavando mi pelvis contra su intimidad.

—¡Joder! —rujo contra sus labios justo cuando mi propio orgasmo explota.

Mi semen se derrama dentro de ella mientras Hana sigue contrayéndose frenéticamente a mi alrededor.

Permanecemos inmóviles en esa posición durante largos minutos, con los pechos pegados, subiendo y bajando a un ritmo frenético mientras intentamos recuperar el aire.

El olor a sexo y sudor impregna el interior de la limusina. Hana tiene la cabeza apoyada en mi pecho, los dedos temblorosos trazando círculos sobre mi piel y la respiración calmándose poco a poco mientras siento las últimas pulsaciones de su coño alrededor de mi polla.

Deslizo las manos por su espalda desnuda y tiro de la tela del vestido rojo para cubrirla. El coche se detiene por completo en la plaza privada del ático.

Miro el rostro de Hana apoyado contra mí y aparto un mechón de pelo húmedo pegado a su frente. Ella me observa con esos ojos oscuros ahora tranquilos, agotados, pero llenos de una complicidad real y profunda. Me toca el rostro con la mano que lleva el anillo de mi familia.

Sé que mañana tendré que enfrentarme a las consecuencias de lo que he elegido hacer hoy.

Pero, mientras siento el corazón de mi mujer latir contra el mío, sé que no existe nada en el mundo capaz de arrebatarme lo que acabo de asumir como la parte más importante de mi legado.

Hana y nuestro hijo son su parte principal.

CAPÍTULO 39
Hana Nakamura

Tumbada entre los brazos de Douglas después de una noche prácticamente en vela, decido sacar un tema que me incomoda.

—Comentaste durante la cena que nos casaríamos —empiezo.

—Sí, tiene que ser pronto. Dentro de poco tu embarazo empezará a notarse, y no quiero que haya comentarios diciendo que nos casamos solo porque estás embarazada.

Lo miro a la cara, porque está claro que ya lo ha pensado todo.

—¿Y ya has pensado en algo?

Se aparta apenas un poco de mí y sus ojos azules se clavan en los míos.

—En realidad, había pensado en algo grandioso. Pero, como tu abuela no está en su mejor momento de salud y sé que para ti es importante que ellos puedan asistir, creo que algo más íntimo será mejor. Así que había pensado en unas semanas.

Todo está ocurriendo tan deprisa que me siento asfixiada.

—Tienes razón. Necesito hablar de esto con mis abuelos. Todo lo que pasó ayer en la fiesta... Merecen saber que te importan. Quizá así resulte un poco menos evidente que todo esto es mentira.

Sus dedos recorren mi rostro con delicadeza.

—Quizá porque no sea mentira.

—Douglas...

—Ya te he dicho que voy a ir despacio. Duerme un poco ahora. Después de desayunar, te llevo a casa de tus abuelos.

Lo miro, todavía intentando comprender cómo un hombre como él puede afirmar que va a hacer cualquier cosa despacio. Es el caos personificado.

Pero, en fin, dejo que el cansancio de una noche de sexo termine por vencerme y me acurruco todavía más entre sus brazos calientes, entrando en el mundo de los sueños, donde no tengo que preocuparme por nada más.



El trayecto hasta casa de mis abuelos transcurre casi por completo en silencio.

—Hana —la voz de Douglas sale más baja de lo habitual. Aparto la atención de la calle y vuelvo el rostro hacia él.

—¿Qué has hecho?

—Nada. ¿Por qué?

—Porque, cuando empiezas pronunciando mi nombre con ese tono, es porque has hecho algo que, con toda seguridad, va a darme ganas de matarte.

—Quizá un poco, pero estoy seguro de que lo entenderás. —Coge el iPad en el que estaba revisando algún documento y me lo tiende. Veo fotografías de un apartamento.

—Es bonito. Un poco sencillo para el tipo de sitios que sueles tener, pero muy bonito. ¿Lo has comprado como inversión? —pregunto, devolviéndole el dispositivo.

—En realidad, ya está comprado. Lo compré para tus abuelos. Sí, es más sencillo que los míos porque imaginé que, si les regalaba un ático como el mío, tu abuelo me insultaría. Así que elegí algo muy bueno, pero que gritara menos estatus.

Abro los ojos de par en par y, desde luego, las ganas de matarlo vuelven con toda su fuerza.

—Douglas, estás loco. No hay ninguna necesidad de hacer eso. Tu dinero. Mis abuelos... —se me enreda la cabeza. ¿Qué demonios...?

—Hana, para y respira —me interrumpe—. Vas a casarte conmigo. El dinero nunca volverá a ser un problema en tu vida, ¿entiendes eso?

Lo miro, todavía intentando asimilarlo. Porque, al fin y al cabo, acepté toda esta mierda para que mi bebé no sufriera, pero no había pensado exactamente en todo lo que eso implicaba.

Douglas interpreta mi silencio como algún tipo de respuesta.

—Y lo hice principalmente para que pudieras estar más cerca de ellos y para que tu abuela tenga un acceso más fácil al hospital. El apartamento está a dos calles. Así será menos agotador para ella —su voz sale firme y, al mismo tiempo, tranquila, como si estuviera explicándoselo a una niña.

Y, Dios, ¿por qué tiene que ser tan bueno? ¿Cómo puedo decir que lo odio si todo lo que hace es cuidar de mí y de mi familia?

Siento que se me forma una lágrima en los ojos y, antes de que pueda evitar que caiga, él la seca con cuidado.

—Hana, sé que debería habértelo dicho antes de comprarlo, pero...

—No —lo interrumpo.

—¿No?

—No, tú no eres ese tipo de persona. Y odio con todas mis fuerzas esa costumbre tuya. De verdad necesito que hables conmigo, sobre todo cuando se trate de algo relacionado con mi vida.

—Es complicado —admite en voz baja.

—Siempre lo será. Pero, cuando nos casemos, ya no vas a ser mi jefe, vas a ser mi marido, Douglas. Así que ya no tengo por qué tragarme tus locuras. Limítate a hablar conmigo. Y, sobre el apartamento... gracias.

Me mira como si no pudiera creérselo.

—Pensé que ibas a discutir y que no querrías aceptarlo. Incluso tenía preparado un discurso.

Pongo los ojos en blanco.

—Soy consciente de mi situación. Nunca voy a negarle ayuda a mi abuela por orgullo. Creo que no me conoces tanto como piensas.

Sus dedos me sujetan la barbilla con delicadeza y me pierdo en esas dos piscinas azules.

—En realidad, sí te conozco. Si no, no lo habría comprado antes de decírtelo. Pero, desde que descubriste el embarazo, estás más abierta a mis intromisiones.

La verdad es que simplemente he dejado de luchar contra lo que siento y de pensar que intenta comprarme cuando, en todo momento, Douglas demuestra que le importo.

Y quizá también haya un poco de influencia de las hormonas del embarazo.

—Puede ser. Son demasiadas hormonas a la vez —escurro el bulto.

Todavía no sé si todo esto es únicamente su instinto de cuidado y control tomando las riendas o si de verdad siente algo.

Llegamos a casa de mis abuelos y Douglas prefiere darme espacio para hablar con ellos sin estar presente.

Comprende que hay cosas que son demasiado difíciles de asimilar.

Y quizá esa sea una de las cosas que más me desarman de él. El hombre simplemente me encasqueta un anillo en el dedo, anuncia que va a casarse conmigo, compra un apartamento para mis abuelos y, aun así, en determinados momentos parece entender exactamente dónde no debe entrar.

Me quito los zapatos en la entrada y llamo a mis abuelos.

—*Tadaima*[1].

Mi abuela responde desde el salón y, cuando la veo sentada en el sillón, con una manta sobre las piernas y mejor aspecto que estos últimos días, noto cómo una parte de mi pecho se relaja. Mi abuelo está a su lado, con su postura rígida de siempre y los ojos yendo directamente hacia mi mano.

Concretamente hacia el anillo...

Obviamente.

—¿Has venido sola? —pregunta.

—Douglas está en el coche. Le pedí que me dejara hablar primero con vosotros.

Asiente, pero no parece contento. El abuelo lleva unos días dividido entre querer odiar a Douglas por haberme dejado embarazada antes del matrimonio y respetarlo por estar haciendo exactamente lo que él cree que debe hacer un hombre.

Si conociera toda la verdad, quizá nos mandaría directamente al infierno a los dos.

Me siento frente a ellos y les cuento lo de la subasta. No con todos los detalles, pero les hablo del discurso, del whisky especial, del fondo para tratamientos renales y de cómo Douglas no mencionó a nuestra familia para ponerlos bajo los focos.

Simplemente fue allí e hizo todo aquello.

Mi abuela se lleva una mano a la boca cuando lo comprende.

—¿Ha hecho eso? —pregunta con la voz emocionada.

Asiento, conteniendo mis propias emociones.

El abuelo guarda silencio durante demasiado tiempo. Ese silencio me pone nerviosa porque, con él, nunca sé si estoy ante desaprobación, emoción o las dos cosas luchando hasta que una venza.

—Es un hombre exagerado —dice por fin.

Suelto una risa baja.

—Mucho. Creo que forma parte de su personalidad.

—Pero no parece un hombre que haga las cosas para presumir.

Se me encoge el corazón.

Viniendo de mi abuelo, eso es casi una declaración de amor.

—No, no lo hace. —Si hay algo que ya he aprendido sobre Douglas Macallan es que, si hace algo, es porque quiere hacerlo, no para demostrarle nada a nadie.

Mi abuela sonríe de una forma cansada, pero bonita.

—Hana, cariño, a veces las personas cuidan de nosotros de maneras que no sabemos pedir.

No respondo porque quizá me eche a llorar.

Y todavía tengo que contarles la segunda parte.

—Hay otra cosa que ha hecho.

El abuelo entrecierra los ojos.

—Lo sabía.

—Ni siquiera sabe qué es. No sea tan desconfiado.

—Cuando empiezas así, nunca es algo pequeño. Y, desde que empezaste a trabajar para él, nada de lo que hace es pequeño.

Perfecto.

En eso tiene razón.

Respiro hondo y les cuento lo del apartamento. Explico todas las ventajas, como estar cerca del hospital y lo práctico que resultaría.

Tal y como esperaba, mi abuelo se levanta antes incluso de que termine.

—No, Hana —su voz sale tensa.

—Abuelo, escúchame primero...

—No voy a aceptar una casa de ningún hombre.

—Es un apartamento. Y no es para usted. Es para la abuela.

Eso lo hace callar.

Mi abuela baja la mirada hacia las manos, y veo cuánto odia ser el motivo por el que él tiene que tragarse el orgullo.

A mí también me duele.

Duele porque sé que mi abuelo se ha pasado toda la vida intentando encargarse de todo y ahora ha aparecido un hombre como un maldito huracán escocés, ofreciendo soluciones que nosotros jamás podríamos conseguir solos.

—El hospital está solo a dos calles —continúo, con la voz más baja—. No tendría que cruzar toda la ciudad agotada. Ni soportar el tráfico después de las sesiones. Si se encontrara mal, estaría cerca. Y yo podría visitaros con más facilidad.

El abuelo se pasa una mano por la cara.

—No me gusta.

—Lo entiendo. A mí también me incomoda. Pero a veces tenemos que pasar por encima del orgullo y entender qué es lo mejor para la abuela.

—Pero... —su voz pierde un poco de fuerza—. Parece caridad.

—No lo es —mi respuesta sale demasiado deprisa.

—Entonces, ¿qué es?

Pienso en Douglas.

En cómo me sostiene el rostro cuando cree que voy a derrumbarme.

En el anillo que perteneció a su abuela.

En el fondo que creó durante la subasta.

En el *missoshiru* que pidió a Donna que preparara porque sabía que necesitaba comer algo que me recordara a casa.

Y en toda la comida y los tés que se empeña en traerme cada día porque sabe que me gustan, sin que yo tenga siquiera que

pedirlos.

—Es su forma de intentar cuidar de nosotros —respondo, porque es la respuesta más sincera que tengo.

Mi abuelo mira a mi abuela, que le sonríe con tristeza.

—Kenji, quizá luchar contra la ayuda también sea una forma de orgullo.

Él frunce el ceño.

—No necesito que uses la sabiduría contra mí.

Ella le da una suave palmada en la mano.

—Entonces deja de ser testarudo.

Sonrío sin poder evitarlo.

El abuelo refunfuña algo en japonés que prefiero fingir que no he entendido.

Después de unos segundos, vuelve a sentarse, aparentando diez años más de cansancio.

—Lo aceptaré por ella. No por mí. Yo jamás aceptaría algo así. Un hombre tiene que ser capaz de cuidar de su propia familia.

—Es el padre de nuestro bisnieto. Ahora es familia.

—Eso, abuelo. Ahora él también forma parte de nuestra familia. Aceptar su ayuda forma parte de ello —digo, empezando a comprender que, de verdad, mi jefe ya no es únicamente eso.

—Y voy a hablar con ese Douglas. Si cree que puede venir aquí y hacer lo que le dé la gana, está muy equivocado...

—Estoy segura de que lo espera.

—Perfecto. Porque todavía no confío completamente en él.

—Yo tampoco —se me escapa.

Mi abuela se ríe por lo bajo y el abuelo me mira.

—Entonces, ¿por qué vas a casarte? —su pregunta tiene un tono acusador que me alcanza justo en el punto más sensible.

Miro mi vientre, todavía plano, y paso suavemente una mano sobre él.

—Porque quizá tenga que aprender a aceptar que no toda ayuda es una trampa. Y porque él está intentando quedarse. A su manera completamente equivocada, autoritaria e irritante, pero lo está intentando.

Mi abuelo no responde y mi abuela me tiende una mano. Me acerco y me arrodillo junto a ella.

—Mereces a alguien que se quede, Hana.

Cierro los ojos cuando me acaricia el rostro.

—Tengo muchísimo miedo, abuela. Si os pierdo, no sé qué será de mí ni de mi bebé.

—Oh, hija mía. No pienses en eso. Y, por todo lo que me has contado, el padre de mi bisnieto es un hombre al que le importas. Dudo mucho que vaya a marcharse. No llenes tu corazón de desconfianza ni de miedo a perder. Incluso sin conocerlo bien, siento que de verdad te quiere.

Me besa la frente y, durante un segundo, vuelvo a ser una niña.

No embarazada.

No una prometida de mentira.

No alguien intentando elegir entre el orgullo y la supervivencia.

Solo Hana.

La niña que perdió a sus padres y que, aun así, fue feliz y amada por ellos.

CAPÍTULO 40
Hana Nakamura

Cuando salgo de casa de mis abuelos, siento el pecho pesado por el miedo constante a perder a la abuela y, al mismo tiempo, un poco más ligero al saber que estarán cuidados.

Douglas está apoyado contra el coche, mirando el móvil. En cuanto me ve, guarda el dispositivo y analiza mi rostro de una forma que me irrita, porque parece capaz de ver mi alma incluso cuando no quiero mostrársela.

—¿Todo bien?

—Depende. Para mí sí, para ti quizá no. —Esbozo una sonrisa maliciosa—. Mi abuelo quiere hablar contigo.

—Imaginaba que querría hacerlo. Al fin y al cabo, es tu abuelo.

—Ha aceptado el apartamento. Un poco a regañadientes. Después de resistirse bastante. Y les ha hecho felices saber lo de la fundación —cuento en voz más baja.

Asiente, con una sonrisa mínima.

—Ah, y el abuelo ha dicho que todavía no confía del todo en ti.

—Inteligente por su parte —dice, abriendo la puerta.

Pongo los ojos en blanco.

—No haces nada por ayudarte.

—No lo necesito. Te tengo a ti para intentar corregirme.

Entro en el coche antes de acabar sonriendo.

El trayecto hasta el ático de Douglas pasa rápido. Fuera, el tiempo cambia todavía más deprisa. Cuando salimos de casa de mis abuelos, solo había nubes pesadas. Ahora, al acercarnos al edificio, las primeras gotas empiezan a golpear el cristal.

Mi cuerpo reacciona con una memoria muscular que me hace querer encogerme ante el menor ruido.

El sonido llega despacio al principio. Después se vuelve rápido. Más fuerte.

La lluvia cae de golpe, espesa, golpeando el coche, deslizándose por el cristal y distorsionando las luces de la calle. Un trueno devastador rasga el cielo y estalla tan cerca que se me cierra el pecho.

No. Por favor, ahora no.

Mi mano va inmediatamente al vientre. Mi primer instinto es proteger a mi pequeño, mientras la otra se hunde en el asiento. Siento cómo el dolor me invade el pecho. El aire simplemente se niega a entrar.

—¿Hana? —La voz de Douglas parece lejana.

Otro trueno estalla y, de repente, ya no estoy en el coche.

Estoy debajo de un pequeño toldo, con el olor de la lluvia caliente sobre el asfalto, mi mano pegada a la de mi madre, mi padre intentando colocarnos detrás de él mientras aprieto contra el pecho una bolsita de papel con *taiyaki*. Un dulce que pedí llorando, insistiendo con la terquedad propia de una niña que no tiene ni idea de que el mundo cobra un precio demasiado alto por los deseos inocentes.

—Hana —lo intenta otra vez, ahora con la voz más firme, rompiendo parte de la niebla que me asfixia.

Siento que Douglas se mueve a mi lado, pero no lo miro. Tengo los ojos clavados en los faros de los coches que vienen en sentido contrario, convertidos en haces fantasmagóricos por el torrente de agua que cae sobre el parabrisas.

El ruido de la lluvia es ensordecedor, un siseo demencial que acelera mis latidos hasta el punto de que las náuseas me hacen querer vomitar y me marean.

—Sácame de aquí... —La súplica me desgarra la garganta, pero la voz sale débil, aguda, como si perteneciera a otra persona—. Por favor, Douglas. Sácame de aquí.

Siento las lágrimas involuntarias deslizándose por mi rostro.

La puerta se abre y el aire frío entra junto con la lluvia. Douglas le dice algo a Angus y, al segundo siguiente, sus brazos me rodean con una urgencia protectora. Me levanta del asiento y me cubre por completo con su chaqueta, bloqueando el mundo exterior con el olor de su perfume, protegiéndome del agua aunque la entrada del edificio esté a apenas unos pasos.

No sé cómo llegamos al vestíbulo.

Solo me doy cuenta del suelo seco bajo mis pies, de la luz demasiado clara y de Douglas inclinado delante de mí, con sus dos grandes manos apoyadas a ambos lados de mi rostro.

—Respira conmigo, *mo fhlùr*. Mírame. Concéntrate en mi voz —ordena, con los ojos azules clavados en los míos, brillando con una intensidad que intenta anclarme a la realidad.

Lo intento. Juro que lo intento.

Pero llega otro trueno. Aunque las paredes amortigüen el sonido, sigo viendo el relámpago atravesar las puertas de cristal y todo mi cuerpo tiembla.

Douglas me coge en brazos y simplemente entra en el ascensor, llevándonos hasta el ático. Sus brazos me envuelven como si quisieran librarme de todo mal.

Entramos en el ático y me deja en el suelo, aparentemente dispuesto a ir hacia la cocina.

Pero aquí arriba parece que estamos todavía más cerca del cielo que se está desplomando.

Cuando un trueno lo atraviesa todo, trago saliva y suelto:

—Murieron bajo la lluvia —la confesión se me escapa de los labios sin planearlo, la verdad desnuda arrancada por mi desesperación.

El cuerpo de Douglas se queda completamente inmóvil delante de mí, y los músculos de su mandíbula se tensan al instante.

—¿Quién, Hana?

Las lágrimas llegan con tanta fuerza que ni siquiera intento contenerlas. Ni intento parecer fuerte. El llanto que siempre reprimo se libera en un sollozo doloroso que me sacude los hombros.

—Mis padres.

Sus manos vuelven a mi rostro, pero la presión cambia. Es más cuidadosa, suave, casi temerosa ante la fragilidad de lo que sostiene.

—Pedí *taiyaki*... —continúo, y la palabra sale rota, ridícula e infantil en mi boca—. Tenía muchísimas ganas de comerlo. Mi madre dijo que ya era tarde, que iba a llover, pero insistí... insistí, Douglas... y fueron. Era solo un dulce. Un maldito dulce de judías rojas.

—Hana... —su voz baja un poco, cargada de un dolor que rara vez se permite mostrar.

—Empezó a llover con fuerza justo después de que saliéramos de la tienda y nos refugiamos debajo del toldo para no mojarnos tanto. Recuerdo perfectamente el ruido de los truenos. Parecía que el cielo iba a romperse. Recuerdo a mi padre diciéndonos que nos quedáramos detrás de él cuando aquellos hombres salieron de la oscuridad con un arma... y recuerdo a mi madre apretándome la mano con tanta fuerza que me dolió. —Me falla la respiración y el aire vuelve a desaparecer mientras revivo todo.

Antes de que pueda desplomarme en el suelo, Douglas tira de mí y me aprieta contra su pecho. Esta vez no hay espacio para mi orgullo. No lucho contra el abrazo, no intento apartarlo ni decir que estoy bien. No tengo fuerzas para eso.

—Vi los disparos... sonaron igual que los truenos —susurro contra su camisa—. Vi cómo caían los dos. Y los truenos no paraban. Nunca paraban. Me quedé allí, de rodillas, mirando mi dulce roto sobre la acera y su sangre corriendo hasta mezclarse con el relleno.

Después, en el hospital, todo el mundo me dijo que no había sido culpa mía, pero las cuentas son sencillas... si no hubiera pedido el dulce, habríamos ido directamente a casa. Estarían vivos.

—No —la palabra sale dura, casi brusca—. No te hagas eso —continúa, cerrando los brazos alrededor de mi espalda con tanta fuerza que siento los latidos acelerados de su corazón contra mis costillas.

—Tenía diez años —lloro, con la voz amortiguada contra su pecho.

—Exactamente. Tenías putos diez años, Hana —replica, y hay una emoción pura en su voz, una urgencia por salvarme de mi propia culpa.

Sus brazos me aprietan con firmeza y me aferro a su camisa porque, si lo suelto, quizá aquella niña vuelva a quedarse sola bajo la lluvia.

—Eras una niña que quería un dulce. La culpa de aquella noche fue del hijo de puta que apretó el gatillo, no de una niña de diez años. ¿Entendido? De nadie más.

Cierro los ojos, intentando creerlo.

No lo consigo del todo. Me he pasado la vida entera creyendo que desear cosas atraía la destrucción. Pero el calor del cuerpo de Douglas, la gran mano que ahora acaricia mi nuca con una ternura abrumadora y la forma en que me mantiene pegada a él crean un escudo que me dice que quizá pueda confiar.

—Odio las tormentas —confieso en un susurro tembloroso, sin saber por qué parece algo tan vergonzoso.

—Ya imaginaba que los truenos te afectaban de alguna manera. Las pocas veces que ha pasado en la empresa, siempre te las has arreglado para huir de cualquier sitio con ventanas.

Me quedo paralizada ante la confesión.

¿Siempre se ha fijado en mí?

—No se lo cuentes a nadie —le pido, con mi instinto de autopreservación intentando sobrevivir—. Por favor.

—No lo haré.

—Ni lo uses contra mí.

Aparta el rostro solo lo suficiente para mirarme, y hay algo en sus ojos que casi consigue romperme otra vez.

—Nunca usaría tu dolor contra ti.

Ahogo un sollozo.

—No digas eso cuando siempre utilizas todo.

—Uso mi poder para someter a mis enemigos, Hana. Uso mi apellido para abrir puertas en el mercado —dice en voz baja, acariciándome la mejilla con el pulgar—. Pero, una vez más, nunca, en toda mi puta vida, usaría tu dolor para controlarte. No quiero a una mujer rota a mis pies. *Te quiero entera. A mi lado* —su voz sale firme, sin vacilar.

Y, por primera vez desde que empezó la lluvia, consigo llenar los pulmones de aire.

Douglas pasa el pulgar por mi rostro, secando las lágrimas que por fin dejan de caer.

—Ven a la cama. Has pasado por demasiadas cosas. Necesitas descansar un poco —argumenta, cogiéndome ya en brazos.

Debería discutir. Decirle que no hace falta que me cargue. Debería recordarle que soy adulta, estoy embarazada, prometida por unas circunstancias absurdas y perfectamente capacitada para andar unos metros sin que nadie me dé órdenes.

Pero otro trueno suena a lo lejos y mi cuerpo se aferra al suyo antes de que mi orgullo pueda reaccionar.

Douglas se da cuenta.

Siente cómo me agarro a él buscando refugio y, para mi sorpresa, no esboza esa sonrisa de medio lado. No hay burla en su

expresión, ninguna broma ni palabra que haga que me arrepienta de haberme entregado así. Simplemente acomoda las manos y me acurruca mejor contra su pecho mientras camina hacia el dormitorio.

Me deja sobre la cama y cierra las pesadas cortinas, aislándome de la tormenta.

Y allí comprendo que dejar que Douglas me guíe no me hace débil.

Solo significa que, por primera vez en mi vida, he encontrado a alguien lo bastante fuerte como para compartir conmigo el peso del mundo.

CAPÍTULO 41
Douglas Macallan

Todo lo que Hana me ha contado sigue rondándome la cabeza de forma insistente. Ya me había dado cuenta de que no le gustaba la lluvia. Siempre cerraba las persianas cuando estaba en mi despacho y llovía, pero nunca habíamos pasado juntos por una tormenta eléctrica como esa.

De todos modos, ya estoy tomando las medidas necesarias para hacer algunos ajustes y evitar que vuelva a sufrir este tipo de ataques de pánico. Al menos, no en casa ni aquí, en la empresa.

Aparto esos pensamientos cuando entro en mi despacho y encuentro a mi padre sentado en el sillón junto a la ventana. Es una imagen extraña. Tantas veces he entrado aquí y siempre estaba detrás de la mesa, cerrando negociaciones. Ahora solo es mi padre, algo más sano gracias a mi madre, y eso me recuerda que las cosas han cambiado sin que yo estuviera preparado para ello.

Lo que puede sonar ridículo, porque siempre estoy preparado. Al fin y al cabo, esto es algo que siempre supe que haría.

O, al menos, creía estarlo, hasta que volví a Nueva York, conocí a Hana, descubrí un fraude dentro de la empresa y acabé prometido con una mujer embarazada capaz de hacerme perder el control con una sola mirada atravesada.

—Llevas esa cara desde que has entrado —comenta mi padre, analizándome.

Cierro la puerta a mi espalda.

—¿Qué cara?

—La de alguien que quiere matar a una persona, pero todavía no ha decidido cómo. —Me conoce lo suficiente para saber realmente qué quiero hacer.

Camino hasta la mesa y me apoyo en el borde, quedándome frente a él.

—Estoy mejorando, entonces. Antes ya habría elegido cómo hacerlo y lo habría ejecutado.

Suelta una risa baja, pero el sonido termina en una tos que hace que preste más atención. Mi padre se da cuenta. Porque, obviamente, ve más de lo que debería.

—No me mires como si fuera a romperme —gruñe.

—Quizá, si no parecieras a punto de romperte, podría evitarlo.

—Es solo una puta gripe, que tu madre está tratando como si tuviera neumonía.

—Ella sabe perfectamente lo testarudo que eres.

—Cualquiera que te mire diría que de tal palo, tal astilla. Y no creo que me hayas llamado aquí para hablar de mi salud ni de lo mucho que nos parecemos.

Por fin cojo el iPad y abro la información que Helena me pasó en nuestra última conversación.

No me gusta el peso de lo que voy a decir. No porque tema acusar a alguien. El miedo nunca ha sido algo capaz de paralizarme. El problema es que, esta vez, la sospecha no recae sobre un empleado cualquiera, alguien lo bastante distante como para apartarlo sin causar daños.

Es Bennett, director de operaciones y viejo amigo de mi padre.

Un hombre que frecuentó nuestra casa, participó en cenas, brindó con nuestra familia y escuchó a mi padre hablar de Macallan como si él mismo formara parte de ella.

Y quizá ese haya sido precisamente el problema.

—Helena me ha enviado una parte del análisis preliminar —empiezo—. Todavía no tenemos todo cerrado, pero los patrones empiezan a estar claros.

—¿Helena Collalto, la esposa de Pietro, estaba haciendo una auditoría aquí? —pregunta, preocupado, porque sabe lo que eso implica.

—Sí. Desde que llegué, desconfié de algunos pequeños detalles y, como no sabía exactamente quién estaba implicado, me pareció más conveniente no levantar sospechas y hacer algo externo y discreto.

Mi padre me mira sorprendido y entro en más detalles sobre lo que he ido observando durante estos meses desde que empecé aquí. Su rostro se va enrojeciendo, quizá por no haber notado nada.

—De acuerdo. ¿Y qué ha descubierto Helena?

Le entrego el iPad con los informes.

—Contratos operativos inflados. Proveedores con precios por encima de la media de mercado. Rutas de transporte duplicadas en el sistema, reembolsos sin una justificación sólida y movimientos demasiado pequeños para llamar la atención por separado, pero lo bastante constantes como para formar un agujero enorme cuando se suman.

Lee las primeras páginas en silencio.

Conozco a mi padre lo suficiente para saber en qué momento empieza la incredulidad. Primero frunce el ceño, después aprieta los dedos alrededor del iPad y, por último, llega ese silencio de quien intenta rechazar una conclusión demasiado evidente.

—¿Bennett? —pregunta al fin, y hay incredulidad en su voz.

—Todavía es una sospecha.

—Douglas —su voz, llamándome la atención, es dura.

—Una sospecha fuerte. Casi una certeza, en realidad.

—Conozco a Robert desde hace más de treinta años. —Asiento—. Estaba allí cuando cerramos nuestras primeras expansiones en Estados Unidos. Sostuvo esta operación conmigo cuando tú todavía estabas aprendiendo a distinguir barricas. Ese

hombre cenó en mi casa, estuvo en cumpleaños, ayudó a tu madre en actos benéficos... —su voz suena nostálgica y dolorida.

Sé lo duro que es este golpe para él.

—Y, por lo visto, puede haber utilizado todos esos años para aprender dónde no miraría nadie. —La frase sale más fría de lo que mi padre merece.

Alistair cierra los ojos durante un instante y veo algo que no me gusta. No debilidad física.

Algo peor.

Decepción.

El dolor de un hombre al darse cuenta de que quizá confundió la lealtad con la costumbre.

—Podría ser otra persona utilizando su departamento —argumenta.

—Podría —confirmo.

—Podría ser un error de procedimiento —continúa, y yo simplemente asiento—. Entonces, ¿por qué tienes esa cara?

—Porque no creo en las coincidencias cuando resultan rentables para una persona.

Mi padre me mira y, durante un momento, solo está ahí el hombre cansado, no el expresidente. Solo somos nosotros dos entre las ruinas de una confianza rota.

—¿Qué piensas hacer? —hay miedo en su pregunta.

—Terminar la auditoría en silencio. Helena va a finalizar el rastreo de las empresas intermediarias, cruzar los pagos y determinar quién firmó cada autorización. Yo voy a limitar la autonomía operativa hasta que entienda el alcance del daño. Solo me ha pedido dos semanas más.

—Douglas, no puede haber acusaciones públicas.

—Todavía no.

—Douglas... —empieza, pero lo interrumpo.

—No soy idiota. No voy a convertir esto en un espectáculo mediático sin pruebas suficientes. Pero tampoco voy a fingir que todo está bien porque Bennett sea amigo tuyo.

La palabra amigo pesa entre nosotros.

Mi padre mira hacia la ventana, hacia la ciudad al otro lado, y su expresión se vuelve distante de una forma que me irrita porque no puedo arrancarle el dolor como arrancaría un problema de una hoja de cálculo.

—Tu madre quedará destrozada si es verdad.

—Yo tampoco estoy precisamente contento. Se suponía que era una persona de confianza.

—Pareces furioso, no triste.

—Es mi versión de la tristeza. —Me encojo de hombros.

Suelta un suspiro cansado.

—Robert siempre estuvo demasiado cerca como para que yo sospechara —intenta justificarse.

—Precisamente por eso las personas cercanas traicionan mejor.

Mi padre vuelve a mirarme.

—No todo el mundo es enemigo.

—No. Pero nadie está por encima de la empresa. Alguien me enseñó eso, ¿no?

Esboza una sonrisa triste.

—¿Ni siquiera alguien que ayudó a construirla?

Inclino el cuerpo un poco hacia delante.

—Sobre todo alguien que ayudó a construirla. Porque sabe exactamente qué está destruyendo.

No responde.

Veo cómo la aceptación aparece poco a poco, a regañadientes. Me gustaría aliviarle el golpe, decirle que podría estar

equivocado, que quizá Bennett solo haya sido negligente.

Pero las mentiras reconfortantes solo sirven para hombres sin valor para enfrentarse a la verdad.

Y mi padre nunca crió a un cobarde.

—Si ha sido él —dice Alistair, con la voz más baja—, quiero saberlo antes de que tomes ninguna medida.

Asiento.

—Douglas...

—¿Qué?

—No conviertas esto en una venganza. Piensa primero en la empresa. Y sin escándalos.

Pienso en Elliot. En la paliza "accidental". En mis ganas absurdas de borrar a ese hombre de la vida de Hana mediante métodos que ni mi abogado querría oír en voz alta.

Después pienso en Bennett.

En todos los años de confianza que mi familia le entregó.

—Esto no es venganza.

—Entonces, ¿qué es?

Me aparto de la mesa.

—Limpieza. Una que esta empresa necesitaba desde hacía años, papá.

Mi padre me observa durante demasiado tiempo.

—Estás más duro desde que volviste —comenta con sutileza.

—La operación aquí lo ha exigido.

—No estoy hablando de la operación.

No respondo.

Me observa con esa mirada de padre que, por desgracia, todavía consigue alcanzarme aunque sea un hombre adulto, rico, poderoso y perfectamente capaz de ignorar cualquier juicio.

—¿Hana está bien? —cambia de tema, y lo miro.

La simple mención de su nombre cambia el ambiente.

Mi cuerpo reacciona antes de que consiga controlarlo.

Un gesto pequeño.

Casi nada.

Pero mi padre lo ve.

—Sí. Un poco testaruda, pero se está cuidando. —Ellos saben que estuvo mal y creo que mamá sospecha el motivo.

—Tu madre ha dicho que prácticamente la secuestraste para llevártela a tu casa.

—Mamá dramatiza. Solo quiero tener cerca a mi mujer...

—Tu madre ha dicho que pusiste a Donna a cocinar lo que le gusta y que compraste un apartamento para sus abuelos.

—Demasiada información para alguien que dice que se está recuperando y no ocupándose de mi vida.

—Estaba enfermo, no muerto.

Esbozo una sonrisa mínima.

—Hana necesita estabilidad —escurro el bulto.

—¿Y tú has decidido ser esa estabilidad?

—Claro. Me gusta.

Mi padre no parece sorprendido.

Quizá eso sea lo que más me molesta.

Mis sentimientos son demasiado transparentes para ellos.

—¿Y ella lo ha aceptado? —Me doy cuenta de lo bien que la conoce.

—Lo está aceptando.

—¿Eso significa que se pelea contigo? —esboza una sonrisa burlona.

—Casi siempre —admito a regañadientes.

—Entonces todo está normal. Y, Douglas, cuídala. Hana merece lo mejor que puedas ofrecerle.

Esbozo una pequeña sonrisa y asiento, feliz por dentro al saber que les importa más ella que yo.

Me pongo de pie antes de que la conversación avance hacia un terreno que no pienso visitar. Mi padre también se da cuenta, porque no insiste.

—Asegúrate antes de hundir a Bennett —su voz sale algo más dura, como si, inconscientemente, ya supiera que su amistad lo ha traicionado.

—Lo haré.

—Pero, si ha sido él...

—Lo hundo.

Mi padre asiente despacio.

—Húndelo —repite.

Es el permiso que no necesitaba, pero que quería.

Papá se marcha y yo termino saliendo de la planta para resolver algunos asuntos relacionados con producción. Cuando regreso, encuentro a Chloe en el pasillo.

Desde que Hana ha empezado a trabajar desde casa algunos días a la semana, Chloe se ha convertido en mi enlace con la mitad de las cosas que mi prometida insiste en controlar a distancia.

—Señor Macallan, Daisy Moreau ha llegado para la reunión sobre las nuevas botellas.

Estupendo.

Exactamente el tipo de problema que no quería hoy.

CAPÍTULO 42
Douglas Macallan

—¿Estaba en la agenda? —pregunto, porque estoy seguro de que no.

—Estaba para mañana. Pero ha dicho que su vuelo se ha adelantado y que seguramente a usted no le importaría recibirla hoy.

—¿Ha dicho eso? —pregunto, sin creerme semejante descaro.

Chloe aprieta los labios.

—Sí.

—¿Y te lo has creído?

—Ni por un segundo —responde, casi apresurándose a añadirlo.

—Sensato. Veré qué quiere, ya que ahora tenemos un hueco en la agenda.

Camino hacia mi despacho sabiendo ya que Daisy no ha venido únicamente a hablar de las botellas de cristal. Mujeres como ella no aparecen así sin llevar algo muy bien pensado.

Cuando entro, está junto a la ventana, con un vestido claro, elegante, caro y perfectamente calculado para parecer informal. Daisy Moreau siempre ha sabido vender la imagen adecuada. Heredera de una de las cristalerías asociadas con Macallan, sofisticada, guapa, bien educada y convencida de que el mundo debería seguir organizado alrededor de personas como nosotros.

Quizá, en algún momento, eso me gustara.

Hoy solo me resulta irritante.

—Douglas —sonríe, caminando hacia mí como si estuviéramos en una sala privada en Escocia y no en mi despacho—. Por fin.

Intenta abrazarme. Doy un paso atrás antes de que sus brazos me alcancen.

Su sonrisa vacila.

—Daisy. La reunión era mañana —le recuerdo.

—Lo sé, pero pensé que podríamos adelantarla. Voy a estar poco tiempo en Nueva York y, como últimamente es imposible encontrarte...

—Tengo trabajo y, precisamente por eso, tengo una agenda —la corto antes de que piense que puede mantener una conversación informal conmigo.

—Y una prometida, por lo visto.

La palabra sale demasiado dulce para ser inocente.

Camino hasta mi mesa y reviso los documentos que Chloe ha dejado separados.

—Si has venido a hablar de las botellas, siéntate. —Señalo la silla.

—Siempre tan directo.

—Siempre ocupado. No es lo mismo.

No se sienta.

—Sobre el anuncio de la subasta —empieza—. Reconozco que me sorprendió. Después no conseguí hablar contigo aquel día. Pensé que...

—No imaginaba que mi vida personal necesitara tus previsiones —la interrumpo.

Su mirada se endurece ligeramente, pero Daisy sabe recomponerse.

—Douglas, no seas cruel. Nos conocemos desde hace años. Nuestras familias hacen negocios juntas. Creo que tengo derecho a preocuparme cuando tomas una decisión de ese calibre.

—Te equivocas. No eres alguien que tenga ningún derecho sobre mi vida.

Respira hondo, quizá comprendiendo que el tono delicado no va a funcionar conmigo.

—¿De verdad vas a casarte con ella?

Mi paciencia disminuye.

—Sí.

—¿Con tu secretaria?

Cierro la carpeta despacio.

—Cuidado con tus próximas palabras. No deberías meterte en esto. Ni siquiera deberías haber venido aquí para cuestionar mi vida.

—Solo intento entenderlo. Eres el heredero de los Macallan. Hay un mundo entero observando tus decisiones. El matrimonio, para personas como nosotros, no es solo sentimiento o deseo. Es posición. Imagen. Continuidad. Lo sabes mejor que nadie.

Asiento.

—Entonces sabes cómo parece.

—¿Cómo? —mi voz sale más baja. Me ajusto los gemelos, perdiendo la paciencia.

Vacila, solo durante un segundo.

—Inadecuado.

La palabra cae entre nosotros y muere ahí.

No porque me haga daño.

No me lo hace.

Sino porque acaba de elegir su propia tumba.

Arqueo una ceja.

—¿Hana es inadecuada para mí? —pregunto con voz fría.

Daisy parece darse cuenta demasiado tarde de que ha cruzado la línea, pero hoy su instinto de conservación parece bastante malo porque decide continuar.

—Puede ser excelente en su trabajo. No dudo de su competencia. Pero el matrimonio es otra cosa. No procede de nuestro círculo, no entiende nuestras exigencias, no ha sido preparada para esto. Necesitas a alguien que sepa moverse en este

mundo, que aporte a tu apellido, que comprenda el peso de estar a tu lado.

—¿Como tú? —me burlo.

Levanta la barbilla.

—Yo lo entendería mejor, sí.

Se me escapa una risa sin humor.

—Daisy, lo nuestro en Escocia fue conveniente, breve y olvidable. No construyas castillos sobre algo que apenas sirvió como distracción.

Pierde el color del rostro.

—No tienes por qué ser grosero. Tú... tú...

—Tengo que ser claro, ya que la sutileza no ha sido suficiente. Y no vas a hablar mal de mi mujer delante de mí. Ya basta.

La veo tragar saliva.

—Te estás destruyendo por una mujer a la que todos van a ver como una oportunista.

El silencio que llega después es del tipo que suelo utilizar antes de despedir a alguien.

Daisy no trabaja para mí.

Por desgracia.

—Si alguien ve a Hana de esa forma, esa persona dejará de formar parte de mi círculo.

—¿Vas a romper relaciones por ella? —su tono sale incrédulo.

—Ya las he roto por menos.

—Douglas...

—No termines esa frase si pretendes mantener la asociación entre nuestras empresas sin incomodidades —advierto con calma—. Y solo te estoy dando este aviso por tu padre. Siempre ha sido un hombre honorable y ha valorado nuestra relación comercial.

Respira hondo, conmocionada por la amenaza.

Yo no.

En realidad, no hay ninguna amenaza.

Solo un aviso.

—¿Dejarías que años de negocios se vieran afectados por una *secretaria*?

La palabra secretaria sale de su boca cargada de desprecio.

La rabia me sube de inmediato.

—Creo que no estás escuchando lo que te digo. O quizá simplemente no tengas ningún amor propio.

Daisy suelta una risa baja y sin humor.

—Estoy diciendo la verdad. Puedes vestirla con joyas, colocarla a tu lado en eventos, anunciar un compromiso y convertirlo todo en un espectáculo, pero eso no cambia quién es. Una empleada. Una mujer que no nació para este mundo.

Se me tensa la mandíbula.

—Hana es mi prometida. Dentro de muy poco será mi esposa. Y, mucho antes de eso, ya era una de las personas más competentes dentro de Macallan. No tienes por qué gustar de ella, ni entenderla, ni siquiera aceptarla. Pero, delante de mí, vas a respetarla. Creo que este asunto termina aquí...

—¿Delante de ti? —arquea una ceja, interrumpiéndome—. ¿Y cuando ella no esté? ¿También vas a controlar lo que piensa todo el mundo? ¿Lo que dice todo el mundo? Porque eso es lo que va a pasar, Douglas. La gente va a comentar. Se va a reír. Van a decir que supo perfectamente dónde apuntar.

Doy un paso hacia ella.

—Ya basta...

Daisy parece percibir el límite, pero la rabia la vuelve imprudente.

—Te estás destruyendo por una mujer que vio una oportunidad. Una secretaria sin apellido, sin posición, sin nada que

ofrecer.

Me hierve la sangre y estoy a punto de mandar el sentido común al infierno cuando se abre la puerta de mi despacho.

Hana está de pie en la entrada.

No sé cuánto ha oído.

Por su rostro, lo suficiente.

Su mirada pasa por mí una sola vez antes de fijarse en Daisy.

No hay lágrimas ni vergüenza.

Hay rabia.

Pura, afilada y completamente despierta.

—Continúa —dice Hana, entrando en el despacho con una calma que me deja inmóvil—. Me ha entrado curiosidad por saber qué más soy, aparte de una secretaria oportunista.

CAPÍTULO 43
Hana Nakamura

El silencio que se abre después de mi provocación es breve, pero lo bastante pesado como para atravesar todo el despacho.

Daisy se vuelve hacia mí al instante.

Su rostro cambia poco, y quizá debería admirarlo. Las mujeres como ella deben de ser entrenadas desde la cuna para no mostrar incomodidad. El problema es que yo también fui entrenada, de otra manera, en otro mundo.

Me entrenaron para sonreír cuando alguien me hacía de menos, para responder con educación cuando quería mandar a alguien al infierno y para trabajar el doble con tal de no darle a nadie el placer de decir que no merecía estar allí.

Así que no bajo la mirada. No ante ella.

No dentro de la empresa donde llevo años sosteniendo más cosas de las que mucha gente que gana veinte veces más sería capaz de entender.

Douglas permanece inmóvil cerca de la mesa, con el rostro cerrado de una forma peligrosa. Levanto una mano antes de que diga nada.

—No —digo, sin mirarlo—. Déjalo. Me gustaría mucho oírlo directamente de ella. Al fin y al cabo, parece que la señorita Moreau tiene opiniones bastante elaboradas sobre mí.

Daisy levanta la barbilla y el gesto intenta parecer superior. Tal vez funcione con otras personas. Conmigo, después de todo lo que he vivido últimamente, solo resulta agotador.

—Señorita Nakamura, no sabía que estaba escuchando.

—Ya me he dado cuenta. La gente suele ser más sincera cuando cree que la empleada no está en el pasillo.

Douglas da un paso.

—Hana.

—Está bien, señor Macallan. —La formalidad de mi voz hace que su mirada se oscurezca. Perfecto. Que sufra un poco él también —. Estamos en horario laboral, dentro de la empresa. Lo justo es que mantengamos la conversación en términos profesionales.

Daisy suelta una risa baja.

—¿Profesionales? ¿De verdad quieres hablar de profesionalidad?

Sonrío con calma.

—Muchísimo. De hecho, podemos empezar por usted irrumpiendo en una agenda que estaba prevista para mañana, entrando en el despacho del presidente de la empresa sin un orden del día formal, sin equipo técnico presente y convirtiendo una reunión sobre diseño de botellas en un análisis de mi vida personal. Una elección interesante de profesionalidad.

Su rostro se pone un poco más rígido, con un ligero tono rojizo.

—Mi familia mantiene una relación muy antigua con Macallan.

—Me lo imagino. Y eso hace todavía más curioso que confunda una relación comercial con licencia para insultar a la prometida del presidente dentro de su propio despacho.

Abre la boca, pero continúo antes.

—No hace falta que le caiga bien. De hecho, me preocuparía si fuera así. Las personas a las que les gusta todo el mundo en entornos corporativos suelen ser falsas. Pero existe una diferencia enorme entre que alguien no te guste y comportarte como si yo hubiera entrado por la puerta de atrás de una empresa en la que llevo años trabajando.

Daisy me recorre de arriba abajo con la mirada, y sus ojos se detienen en mi vientre durante un instante demasiado breve para ser accidental.

Me hierve la sangre.

Pero mi postura no cambia.

No voy a darle el placer de ver que ha acertado. Porque, con toda seguridad, en su cabeza estoy dando el golpe del siglo.

—Puede que seas competente —dice, escogiendo cada palabra—. Nunca he cuestionado eso.

—Sí lo ha hecho. Solo ha intentado fingir que no —replico.

—Lo que he cuestionado es si encajas en su mundo —comenta como si hablara del tiempo.

—Ah, sí. Su mundo. —Doy unos pasos hacia ella, sin prisa—. Ese lugar místico donde todas las mujeres tienen que nacer con un apellido importante, ir a los mismos colegios, saber sujetar copas de cristal y fingir que no intentan comprar un sitio con dinero.

Su boca se tensa.

—Cuidado —intenta amenazarme.

Esbozo una sonrisa fría.

—¿Con qué? ¿Con la verdad? Creía que estábamos hablando precisamente de eso.

Douglas permanece en silencio, pero siento su atención sobre mí como calor en la nuca. Sé que está a punto de intervenir. Sé que hay una parte de él conteniéndose porque se lo he pedido, aunque no lo haya hecho de verdad. Y eso, de alguna manera, me da todavía más fuerza.

—No sabes nada de mí —dice Daisy.

—Lo suficiente para darme cuenta de que se siente cómoda menospreciando a una mujer que no pertenece a su círculo porque cree que así protege su lugar. Pero voy a decirle algo, señorita Moreau: su lugar no está amenazado por mí. Y, si lo estuviera, no sería porque soy secretaria o prometida de Douglas. Sería porque, incluso con todas las puertas abiertas para usted, ha tenido que venir hasta aquí para intentar cerrar una que yo atravesé trabajando.

El silencio se vuelve pesado, Daisy parpadea una sola vez y Douglas no se mueve.

—Qué discurso tan bonito —dice, rezumando veneno—. Pero, al final del día, estás exactamente donde dije que estarías. Todo el mundo va a pensar que solo estás dando un golpe, intentando aprovecharte del dinero de los Macallan para ascender en la vida. Quizá incluso lo hayas atrapado con un embarazo.

La frase entra.

Y esta vez casi duele.

No dejo que se note.

Porque, si el dolor llega a mi rostro, gana.

—Sí —respondo, y mi voz sale lo bastante firme como para sorprenderme incluso a mí—. Pueden pensar lo que quieran. Y, esté embarazada o no, ninguna de esas cosas me hace menos, por mucho que usted necesite creerlo para sentirse superior.

Se queda callada, probablemente porque esperaba conseguir desestabilizarme. Así que aprovecho.

—Lo que sí me haría menos sería entrar en un despacho e implorar la atención de un hombre que ya ha elegido a otra mujer. Lo que sí me haría menos sería utilizar una relación comercial para intentar abrirme hueco en una vida personal a la que no me han invitado. Lo que sí me haría menos sería convertir la frustración en crueldad contra otra mujer y llamarlo preocupación.

Pierde parte del color del rostro.

—Estás siendo insolente. ¿Quién te crees que eres...?

—No —la interrumpo—. Estoy siendo clara. Insolente sería preguntarle si su preocupación por la imagen de Douglas viene de la empresa de su familia o de la cama que cree que todavía tiene derecho a frecuentar.

Esta vez no consigue disimular.

Es rápido.

El sobresalto en sus ojos. La mandíbula tensa. Una pequeña y deliciosa humillación.

Douglas deja escapar un sonido bajo detrás de mí, casi una risa contenida, y me entran ganas de decirle que se calle sin siquiera mirarlo.

Daisy se recompone, pero ya es tarde.

Lo he visto.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —dice entre dientes.

—Estoy bastante segura de que sí. Solo que no voy a entrar en más detalles porque, a diferencia de usted, todavía respeto el entorno en el que estoy.

El despacho queda en silencio durante unos segundos.

Entonces Douglas se mueve.

Sin hacer ningún aspaviento, simplemente viene a colocarse a mi lado.

—Señorita Moreau —la llama.

Ella lo mira, quizá esperando alguna consideración, alguna grieta, algún resto de antigua intimidad que pueda salvarla.

No lo encuentra.

—La reunión de mañana queda cancelada.

Su rostro se endurece.

—Douglas, no seas absurdo —su tono cambia. Ahora hay un ligero temblor de miedo.

—La asociación será revisada por el departamento jurídico y por el consejo. Hasta entonces, cualquier comunicación entre ambas empresas pasará por canales formales. No volverá a ser recibida sin una cita confirmada y sin la presencia de, al menos, dos miembros de mi equipo.

—¿Estás haciendo esto por ella? —Ahora la acusación llega sin ningún pudor.

Douglas se vuelve tan frío que incluso yo lo noto.

—Lo hago porque ha entrado en mi empresa, ha insultado a mi mujer, ha cuestionado mis decisiones y ha confundido una relación comercial con libertad. Hana no necesita que yo la convierta en una consecuencia. Usted lo ha hecho sola.

Daisy traga saliva, y la rabia vence a la prudencia.

—Ella va a arruinarte —su voz sale llena de veneno.

Douglas sonríe, pero no es una sonrisa bonita. Es esa que aparece siempre que considera que algo ya está ganado.

—La única persona de esta sala perjudicando su propia posición es usted. Y voy a dejar algo claro para que no haya ninguna duda en el futuro: cualquier comentario sobre Hana, dentro o fuera de Macallan, tendrá consecuencias. No importa si viene de usted, de su familia o de cualquier persona de su círculo —la advertencia llega en voz baja, sin que él siquiera se mueva.

—¿Vas a amenazar a mi familia? —Sus ojos casi se salen de las órbitas.

—No. Voy a proteger a la mía.

Mi corazón se salta un latido.

Mi familia.

La forma en que lo dice, sin vacilar, como si yo ya estuviera dentro de una frontera que defendería frente a cualquiera, vuelve a desordenar algo dentro de mí, como siempre.

Daisy me mira con odio.

No respondo.

Simplemente le devuelvo la mirada para que sepa que nunca tuvo ninguna posibilidad.

Douglas se dirige a la puerta del despacho.

—Váyase.

—¡Te vas a arrepentir de terminar con la asociación! —grita, perdiendo por completo la compostura.

—Me arrepiento de haberla recibido. Ahora váyase. Ya he perdido demasiado tiempo con esta conversación. No me obligue a perder también la educación.

Aprieta el bolso contra el cuerpo y pasa junto a nosotros con la espalda recta, intentando conservar la dignidad. Cuando desaparece por el pasillo, Douglas cierra la puerta.

El clic suena demasiado fuerte.

Y entonces solo quedo yo.

Yo, Douglas, su despacho, el olor de un lugar que me resulta confortable y las palabras de Daisy atrapadas en algún rincón de mi cabeza.

Embarazada.

Secretaria.

Oportunidad.

Matrimonio.

Lo que ha dicho no es más que lo que todo el mundo va a pensar de verdad.

De repente, la fuerza que he utilizado para enfrentarme a ella se deshace como papel dentro de un charco.

Me agarro al borde de la mesa antes de que me fallen las piernas, y Douglas lo nota al instante.

—Hana —su voz cambia.

No es la voz del hombre que acaba de echar a Daisy.

Es otra.

Más baja. Más atenta.

Más peligrosa para mi corazón.

—No —pido, aunque no sé exactamente para qué.

¿Para que no me toque?

¿Para que no sea amable?

¿Para que no me mire como si fuera alguien que merece cuidados cuando una parte de mí se pregunta si Daisy no acaba de poner en voz alta precisamente aquello que tengo miedo de admitir?

Se acerca, pero se detiene antes de alcanzarme.

—Mírame.

Niego con la cabeza, incapaz de hacerlo ahora. Malditas hormonas que ya no me dejan ser yo misma sin perder la cabeza.

—No hagas esto ahora —susurro.

—¿Hacer qué?

—Ser perfecto después de que alguien me haya restregado por la cara que quizá sea exactamente lo que ha dicho.

Me estudia y se acerca un poco más.

—No lo eres.

Suelto una risa débil y sin humor, y miro hacia la ventana porque enfrentarme a Douglas ahora mismo es demasiado peligroso.

—¿No? Estoy embarazada de otro hombre y voy a casarme contigo porque me has ofrecido estabilidad, protección, médico, casa, seguridad para el bebé, para mis abuelos, para mí. Puedo decir que no es por dinero, puedo decir que no es por interés, puedo ofenderme cuando alguien lo menciona, pero la verdad es que he aceptado porque necesito lo que tú puedes darme. —Las palabras salen deprisa, manchadas de vergüenza.

La vergüenza que he contenido delante de Daisy.

La vergüenza que no quería sentir porque una parte de mí sabe que hice lo que tenía que hacer por mi hijo.

Pero saberlo no hace que la sensación sea menos cruel.

—*Mo leannan*...

—No —lo interrumpo—. No lo entiendes. Para ti es sencillo. Decides que quieres algo y lo haces. Pero yo soy la que acaba pareciendo la mujer que se agarró al primer hombre poderoso dispuesto a hacerse cargo de un problema que ni siquiera era suyo.

Las lágrimas caen antes de que pueda impedirlo.

Qué rabia.

Odio llorar así.

Odio volver a llorar.

Odio estar tan cansada de ser fuerte precisamente cuando más necesito parecer entera.

—¿Y si es verdad? —susurro—. ¿Y si, en el fondo, de verdad te estoy utilizando?

Douglas se acerca y elimina el resto de la distancia.

Sus manos me sujetan el rostro con firmeza, y odio la forma en que mi cuerpo acepta el contacto antes de que mi cabeza lo permita.

—Mírame.

Respiro mal, pero obedezco.

Sus ojos están duros, preciosos y furiosos.

No conmigo.

Por mí.

Quizá con el mundo entero por haber metido esa idea en mi cabeza.

—Aunque pensara que me estás utilizando, seguiría habiéndote elegido.

La frase me desmonta un poco más.

—Douglas...

—No he terminado. Crees que aceptaste porque necesitas seguridad. Quizá también hayas aceptado por eso. ¿Y qué? ¿Qué clase de hombre sería yo si te ofreciera algo que necesitas y después utilizara eso para hacerte sentir inferior?

Ahogo un sollozo.

—Pero...

—Estás embarazada, asustada, has cuidado de tus abuelos durante años, has dependido de un trabajo para mantener un tratamiento médico, te ha humillado un hombre que no vale ni el polvo de tus zapatos y, aun así, hoy has entrado en mi despacho y te has enfrentado a Daisy sin bajar la cabeza. Eso no es oportunismo, Hana. Es supervivencia. Y, si alguien intenta convertir la supervivencia en vergüenza, es porque nunca ha tenido que luchar por nada de verdad.

Las lágrimas siguen cayendo.

Douglas seca una con el pulgar, pero no suaviza la voz.

—Te elegiría sin el bebé.

El aire desaparece.

—No digas eso solo para...

—Te elegiría sin el bebé —repite con más firmeza—. Sin escándalo. Sin urgencia. Sin tu abuelo mirándome como si quisiera arrancarme la piel. Ya te quería antes de saber del embarazo. Antes de tocarte. Antes incluso de admitir ante mí mismo hasta qué punto tu presencia me estaba sacando completamente de mi eje.

Mi corazón late de forma irregular.

—Tú no me querías así —intento escapar de la verdad.

—Te quería de una forma peor. Te quería cuando no debía, cuando todavía estabas con Elliot, cuando inventaba excusas de trabajo para tenerte cerca y fingía que solo era trabajo. Te quería cuando me contestabas mal, cuando ponías los ojos en blanco, cuando entrabas en mi despacho oliendo a té y conseguías que olvidara durante unos minutos que se suponía que yo era un hombre controlado.

Me tiembla la boca.

Apoya la frente contra la mía y baja la voz.

—El bebé no hizo que te eligiera, *mo fhlùr*. Solo me quitó el lujo de fingir que podía esperar.

Cierro los ojos.

La frase entra en mí de una forma que casi duele.
Porque me lo estoy creyendo.
Dios.
Me lo estoy creyendo tanto que da miedo.

CAPÍTULO 44
Hana Nakamura

—¿Y si Daisy le cuenta a otras personas que podría estar embarazada? —murmuro—. Porque no se me ha pasado por alto la forma en que miró mi vientre y lo insinuó.

—Fácil. Vamos a quitarle esa ventaja que cree tener.

Abro los ojos.

—¿Qué significa eso?

Douglas se aparta solo lo suficiente para coger el móvil de encima de la mesa. Desbloquea el dispositivo con una calma inquietante y hace una llamada.

—Douglas, ¿qué estás haciendo?

Levanta un dedo, pidiéndome un instante.

—Stevens, necesito que preparéis todo para el matrimonio civil de mañana. Sí, mañana, he tenido que adelantarlo. Documentación, autorización, testigos, lo que sea necesario. Me da igual si alguien se queja del plazo, solucionadlo. Quiero discreción, pero no secreto. Después, habla con el departamento jurídico sobre la actualización de todos los documentos de protección patrimonial y familiar. Hana y mi hijo pasan a ser prioritarios.

Mi cuerpo se queda paralizado.

—Douglas —lo llamo, y él sigue mirándome mientras escucha al abogado al otro lado.

—No, no habrá ningún aplazamiento. Si necesitáis cualquier cosa, llamadme. Y, Stevens, nadie habla con la prensa antes que yo.

Cuelga.

Así de simple.

Como si acabara de pedir un café.

—¿Te has vuelto loco? —pregunto, aunque, a estas alturas, la pregunta parece llegar un poco tarde.

—Probablemente antes de conocerte. Tú solo has empeorado el diagnóstico.

Pongo los ojos en blanco ante su ocurrencia.

—Mañana nos casamos —decreta.

El corazón se me dispara y me deja sin aire.

—No puedes llamar sin más a un abogado y fijar una boda para mañana.

—¿Estás segura? Porque acabo de hacerlo.

—Eso no es normal.

—Nada entre nosotros lo es.

Me llevo una mano a la frente, intentando pensar. Me dije a mí misma que iría despacio, pero parece que con este hombre nada puede ser tranquilo.

—He tenido un pequeño ataque, no te he pedido que aceleraras nuestra boda.

—Aceptaste casarte conmigo. ¿Qué diferencia hay en que sea ahora?

—Acepté dentro de unas semanas —replico.

—Unas semanas les dan tiempo a personas como Daisy para convertir tu dignidad en un cotilleo. Mañana se acaba la duda.

—¿Y si no quiero mañana? —lo pongo a prueba, porque tengo la cabeza hecha un desastre.

Se queda en silencio.

Por primera vez, su firmeza no llega como una imposición absoluta. Llega como algo que se dobla lo justo para obligarme a ser sincera.

—Entonces dices que no —responde, y noto que lo dice a regañadientes.

Se me encoge el pecho.

Porque, por absurdo que sea, por mucho que haya llamado a un abogado como quien inicia una guerra, hay espacio en esa frase.

Minúsculo.

Incómodo para él.

Pero existe.

—¿Y si digo que no? —pregunto, aunque sé que no lo diría. Pero mi instinto de supervivencia es prácticamente inexistente y disfruta desafiándolo.

—Yo seguiré eligiéndote. Pero Daisy, Elliot y cualquier otra persona tendrán más tiempo para conseguir que dudes de lo que mereces. Y estoy cansado de ver cómo la gente intenta convencerte de que eres menos.

Su rabia me calienta de una forma peligrosa.

—¿Crees que casarnos mañana va a solucionarlo todo?

—No. Solo solucionará lo suficiente para que empecemos a enfrentarnos al resto desde un lugar más seguro.

—¿Seguro para quién?

—Para ti. Para el bebé. Para tus abuelos. Y para mí, antes de que haga algo menos civilizado con cualquiera que abra la boca para menospreciarte. No tienes ni idea de lo que sería capaz de hacer por ti, Hana.

A pesar de las lágrimas, dejo escapar una risa temblorosa.

—Eso no debería tranquilizarme.

—Pero te tranquiliza un poco. Porque me entiendes, aunque no quieras —dice sin vacilar.

Odio que tenga razón.

Douglas lo nota, porque sus ojos se suavizan durante un instante.

—Cásate conmigo mañana, Hana.

No es una petición bonita, de rodillas, llena de flores y música. No es una escena que habría imaginado a los quince años, cuando todavía creía que el amor era algo que llegaba despacio y sin destruirlo todo.

Es Douglas.

Directo, imposible, completamente loco.

Y extrañamente firme en medio de todo lo que se está derrumbando.

—Sigo teniendo miedo —confieso más bajo.

—Llévate el miedo contigo.

—Eso es pésimo como proposición.

—Mejoraré en los aniversarios de boda.

La risa se me escapa antes de que pueda impedirlo. Él sonríe ligeramente, y esa sonrisa casi me desarma más que su arrogancia.

Miro la puerta por la que salió Daisy. Después su mesa. La ciudad al otro lado de la ventana. Mi vientre.

Toda mi vida cambiando demasiado deprisa, pero quizá esta vez no esté cambiando en mi contra.

—Antes de meterme de verdad en esto sin vuelta atrás, necesito que me prometas algo. Si te arrepientes... —empiezo.

—No lo haré —me corta rápidamente.

—Déjame terminar.

Se queda en silencio, aunque su expresión dice que preferiría una sesión de tortura.

—Si alguna vez te arrepientes, no lo pagues con mi hijo.

Su rostro se endurece.

—Nuestro hijo no será castigado por nada.

Nuestro hijo.

La frase me hace contener la respiración.

—La forma en que hablas hace parecer que todo es sencillo, pero aquí no hay nada sencillo. Si alguien lo descubre, ¿qué vas a hacer?

—No, no hay nada sencillo. Pero es mío. No hay nada que descubrir. Vosotros dos sois míos. No habrá otro padre para nuestro hijo, Hana.

Esta vez no lo corrijo.

Quizá porque estoy cansada.

Tal vez porque una parte de mí quiere pertenecer a algún lugar que no se derrumbe.

O quizá porque acaba de defenderme de una forma en que nadie me había defendido jamás.

Paso los dedos por el anillo.

—Mañana —confirmo.

Su sonrisa no es grande.

Es peor.

Satisfecha, intensa, casi peligrosa.

—Mañana.

—Y sin convertirlo en un espectáculo.

—Civil. Íntimo. Tu familia, la mía, Chloe, si quieres.

—Quiero a Chloe.

—Entonces Chloe.

—Y nada de prensa.

—La prensa se enterará después, porque es imposible evitarlo.

Respiro hondo, intentando aceptar que este es el máximo de sensatez que voy a conseguir de él hoy.

Vuelve a tocarme el rostro, esta vez más despacio.

—Vas a ser mi esposa.

Todo mi cuerpo responde a esas palabras y odio lo mucho que me gusta la sensación.

—Y tú vas a seguir siendo insoportable incluso siendo mi marido —bromeo, esbozando una pequeña sonrisa.

—Probablemente más. Los maridos tienen derechos ampliados.

—Intenta usar esa frase mañana y salgo corriendo del sitio.

—Anotado.

Esta vez, cuando me atrae hacia sus brazos, voy.

No porque todo esté resuelto ni porque haya dejado de tener miedo.

Simplemente porque ahora las cosas parecen más estables. Desde que descubrí el embarazo, es la primera vez que no siento que mi mundo está patas arriba. Douglas, con toda su locura y su necesidad de control, ha conseguido ayudarme a recuperar el equilibrio.



A la mañana siguiente, me despierto antes de que suene la alarma.

Durante unos segundos, me quedo mirando el techo del dormitorio de Douglas, intentando comprender si he soñado todo. Entonces siento el discreto peso del anillo en el dedo y su mano caliente sobre mi cintura.

No lo he soñado.

Voy a casarme hoy.

La frase debería hacerme levantar de un salto, gritar, vomitar o las tres cosas en algún orden humillante.

En lugar de eso, permanezco quieta, escuchando su respiración detrás de mí.

Se despierta cuando me muevo.

Obviamente, porque este hombre probablemente siente hasta cuando pienso en huir.

—Estás pensando demasiado —murmura contra mi pelo.

—Estoy pensando que voy a casarme con mi jefe dentro de unas horas.

—Qué suerte la mía, entonces, porque podré tener a mi esposa a mi lado las veinticuatro horas del día —responde con la voz todavía ronca.

—Ese era tu plan desde el principio, ¿verdad? —bromeo con él.

—Quién sabe. Yo nunca me incriminaría.

No puedo evitar una sonrisa pequeña y traicionera.

—Eres imposible.

—Y pronto, tu marido. —Me besa la mejilla y se aparta para levantarse. Después mira el móvil y dice—: Angus ha avisado de que ya han entregado tu vestido.

Asiento.

Ha conseguido preparar un Dior para mí. Encargó la pieza hace una semana y ayer simplemente me informó de que sería la que llevaría hoy.

Dijo que tenía que ser Dior porque la primera blusa que me compró era de esa marca.

Así que, en nuestra boda, también debía serlo.

Lo peor de todo es que, aun sabiendo que el vestido ha costado miles de dólares, es tan perfecto que sería exactamente el

modelo que yo habría elegido. Se ajusta a mí como si lo hubieran cosido directamente sobre mi piel.



El matrimonio civil tiene lugar a última hora de la mañana, en una sala reservada, lejos de cámaras y curiosos. Mi abuela está sentada en una silla cómoda que Douglas ha preparado para ella. Mi abuelo permanece serio todo el tiempo, pero, cuando me ve vestida de novia, con mangas delicadas y el pelo recogido de la forma en que mi abuela insistió en ayudar a las peluqueras a peinarlo, incluso con las manos temblorosas, sus ojos se humedecen.

Chloe llora incluso antes de que yo entre.

—Estás preciosa —susurra, abrazándome con cuidado.

—Si me estropeas el maquillaje, te mato —bromeo, emocionada por tenerla a mi lado.

—Qué novia tan romántica.

—Estoy embarazada y casándome con Douglas Macallan. El romanticismo tendrá que esperar —respondo en voz baja para que solo ella me oiga.

Se ríe entre lágrimas.

Por parte de Douglas están sus padres.

Moira me abraza con tanto cariño que casi me desmorono antes de que empiece la ceremonia. Alistair me sostiene la mano durante unos segundos y dice que la familia Macallan tiene suerte.

No sé qué responder.

El abuelo Fraser también ha venido y me mira con tanto cariño que me emociono todavía más.

Douglas lleva un traje oscuro y está tan guapo que deberían prohibirle existir. Su postura controlada es perfecta.

Pero, cuando sus ojos encuentran los míos, algo cambia en su rostro.

Es mínimo.

Y solo para mí.

Y quizá sea eso lo que consigue que camine hacia él sin mirar atrás.

La ceremonia es breve.

El juez habla del compromiso, de la vida en común, de deberes, derechos, cosas formales que parecen pequeñas frente al caos que nos ha traído hasta aquí. Douglas me sostiene la mano todo el tiempo, firme y caliente, sin permitir que mis dedos tiemblen solos.

Cuando llega el momento de decir que sí, se me cierra la garganta.

Pienso en todas las personas que me hicieron daño.

Después, en todo lo que siempre me ha dolido.

En aquello que echo de menos y en mi bebé, que ni siquiera ha llegado todavía al mundo.

Entonces miro a Douglas.

No sonríe.

No intenta convencerme.

Solo me mira como si ya estuviera aquí, conmigo, independientemente de la palabra que vaya a decir.

Y quizá sea precisamente por eso por lo que consigo hablar.

—Sí —mi voz sale baja, pero entera.

—Sí —responde Douglas después, sin vacilar.

Espero que algo cambie.

Pero todo permanece en el mismo sitio.

La única diferencia es que ahora soy una Macallan.

Douglas me sostiene el rostro antes de besarme y, durante un instante, toda la sala parece desaparecer.

El beso no es largo ni indecente.

Es firme.

Cuidadoso.

Una promesa dicha de la única forma en que quizá Douglas Macallan sabe expresar un sentimiento sin convertirlo en una orden.

Cuando se aparta, sus ojos permanecen clavados en los míos.

—Mi esposa —murmura lo bastante bajo para que los demás no lo oigan.

Mi corazón tropieza.

Debería decir algo sarcástico.

Algo sobre que no deje que esto se le suba a la cabeza, aunque se le haya subido mucho antes.

Pero mi abuela está llorando, mi abuelo se seca los ojos fingiendo que no lo hace, Chloe prácticamente no puede respirar y Moira sonríe como si llevara toda la vida esperando este momento.

Así que simplemente le aprieto los dedos, aceptando que mi corazón ha entrado en un camino sin vuelta atrás.

—Mi marido.

La sonrisa que Douglas esboza es lenta, satisfecha y tan bonita que resulta ofensiva.

Y, en ese momento, por mucho miedo que todavía me dé todo, comprendo que mi vida acaba de cambiar otra vez.

Solo que, esta vez, no estoy sola cuando ocurre.

CAPÍTULO 45
Douglas Macallan

Después de la boda, hemos tenido una pequeña recepción con nuestros familiares. Nada tan grande como Hana merecía. Pero nada que no vaya a compensar en el futuro.

Entro en nuestro dormitorio y veo la luna atravesar los ventanales, dibujando líneas plateadas sobre las sábanas revueltas. Me he pasado la vida escuchando a mi abuelo Hamish decir que un buen whisky no es solo una bebida; es un ritual de paciencia, respeto y entrega. No te bebes de golpe una obra maestra de cincuenta años; la estudias, la veneras, descifras cada nota hasta que acaba formando parte de tu sangre.

Miro a Hana tumbada en el centro de nuestra cama. Mi esposa. La mujer que lleva mi apellido y a mi hijo en el vientre.

Me doy cuenta de que el amor que siento por ella es un peso físico en el pecho, algo tan inmenso que a veces me asusta, pero aquí, entre cuatro paredes, ese amor se transforma en el hambre más intensa e implacable que he conocido jamás.

—Douglas... ¿por qué me miras así? —susurra, con la voz ronca de sueño y pereza, el pelo oscuro extendido sobre la almohada.

No respondo con palabras. Avanzo de rodillas por el colchón, con los ojos clavados en ella, mientras sujeto sus tobillos entre mis grandes manos.

—Porque hoy voy a degustarte igual que hago con un whisky raro.

Esboza una pequeña sonrisa maliciosa. Entonces sigo cada paso de una degustación perfecta.

En la destilería, elegir la copa es el primer paso crucial. El recipiente tiene que tener la forma perfecta para concentrar el calor,

retener la esencia y exponer la belleza del líquido sin distracciones.

Tiro lentamente del cuerpo de Hana hacia mí, arrastrándola por las sábanas hasta que sus caderas quedan perfectamente alineadas con el borde de la cama. Deja escapar una bocanada de aire caliente, y sus ojos oscuros se dilatan en la penumbra cuando comprende lo que voy a hacer. Le sujeto los muslos carnosos y los abro con firmeza, empujándole las rodillas hacia atrás, dobladas contra el pecho.

—Douglas... —jadea, con las mejillas enrojecidas y las manos extendiéndose sobre el colchón en busca de apoyo.

—Shh... quédate quietecita, *mo bhean bhlasta*[1] —murmuro con voz áspera.

Me acomodo de rodillas en el suelo, justo entre sus piernas abiertas. Esta es la visión perfecta. El recipiente sagrado que guarda todo lo que me pertenece en este mundo. La intimidad de mi mujer expuesta para mí, completamente vulnerable, entregada y, aun así, lo bastante poderosa como para hacerme perder el control.

Mi polla palpita dolorosamente dentro del pantalón de chándal.

Está esculpida a la perfección para mi placer, y no tengo ninguna prisa por terminar con esto.

El segundo paso es hacer girar la copa y observar las "lágrimas" que resbalan lentamente por el cristal. La viscosidad del whisky revela su cuerpo, su densidad, cuánto se aferrará a tu boca y permanecerá en la memoria mucho después de terminar el trago.

Llevo los pulgares hasta los labios de su coño y aparto con delicadeza la piel clara. Lo que veo me hace soltar un gruñido de satisfacción. Hana está completamente desarmada por mí; incluso sin haberla tocado todavía, su intimidad ya brilla bajo la luz de la luna.

Su excitación está ahí, mostrándose para mí. En un líquido denso, nacarado y caliente que brota de su centro y resbala lentamente por su coño.

Deslizo la punta del índice por toda su longitud, empapándome el dedo con su excitación. Lo levanto hasta la altura de mis ojos y observo el hilo brillante que se forma cuando separo el pulgar. Es denso. Es puro. Es el cuerpo de mi mujer reaccionando a mi simple proximidad física.

—Mira cómo estás por mí, Hana... —gruño en voz baja, enseñándole el dedo empapado antes de llevármelo a la boca y comprobar lo deliciosa que sabe—. Estás goteando de excitación solo por tenerme aquí abajo, joder. Eres tan sensible a mi contacto que es un puto pecado.

—La culpa... la culpa es tuya... tú me pones así —se queja en un susurro roto, echando la cabeza hacia atrás, con el pecho subiendo y bajando deprisa.

Antes de que los labios toquen el líquido, acercas la nariz al borde. El aroma de un single malt raro cuenta la historia del roble, del tiempo que pasó encerrado en la oscuridad y de la alquimia que lo transformó en algo único. Cierras los ojos y respiras hondo, dejando que las notas olfativas invadan el cerebro.

Me inclino hacia delante, apoyando los antebrazos en la cara interna de sus muslos y abriéndolos todavía más. Bajo el rostro hasta quedar a milímetros de su intimidad. Cierro los ojos e inspiro profundamente, llenándome los pulmones con su olor.

Joder.

No existe perfume francés en el mundo ni nota de fondo de ninguna añada Macallan que se acerque a esto. Es el aroma de su piel limpia mezclado con el olor dulce, caliente y visceral de su propio deseo. Un olor que me embriaga al instante, un magnetismo que arranca de mi mente cualquier resto de racionalidad.

Podría pasarme horas simplemente respirando a Hana, alimentándome del vapor caliente que emana de su coño.

—Tienes el olor más delicioso del mundo, mi flor —susurro contra los labios de su coño, sintiendo cómo tiembla por completo

bajo mi aliento caliente—. Olor a mujer a punto de ser follada. Olor a mi mujer.

Hana deja escapar un gemido agudo y me clava las uñas en los hombros desnudos, intentando acercarme o apartarme. Ya ni ella misma lo sabe. La expectación la está torturando.

Entonces llega el momento de la verdad. El primer contacto. El whisky toca la punta de la lengua, se extiende por las papilas gustativas y explota en un ardor caliente que baja desgarrando la garganta, dejando un rastro de calor y éxtasis que transforma todo el cuerpo.

Apoyo la punta de la lengua directamente sobre su clítoris hinchado.

Hana da un violento respingo sobre la cama y un grito agudo se le escapa de la garganta mientras las caderas se levantan del colchón en un espasmo puro. Su sabor invade mis papilas: caliente, ligeramente salado y absurdamente adictivo.

Empiezo a darle largas lamidas de abajo arriba, recogiendo todo el líquido que resbala por su intimidad y saboreando a mi esposa como el hombre hambriento que soy.

Podría pasarme la vida entera alimentándome de su delicioso coño.

—¡Douglas! Dios... ah... —empieza a llorar de placer, moviendo la cabeza de un lado a otro sobre las almohadas.

Sus caderas se frotan contra mi cara, desesperadas por alcanzar el punto máximo de placer.

Uso la firmeza de mis manos sobre sus muslos para mantenerla inmóvil bajo mi boca. Introduzco toda la lengua en su coño apretado, imitando el movimiento de mi polla y sintiendo cómo sus paredes intentan succionarla hacia dentro. La retiro despacio solo para volver a usarla sobre su punto más sensible, succionando el clítoris entre mis labios con una fuerza que la hace perder la cabeza.

El dormitorio queda invadido por los sonidos inconexos que producimos: el ruido obscenamente húmedo de mi lengua contra su coño, la respiración frenética que sale de mis pulmones y los gritos descontrolados de Hana resonando por toda la habitación. Abandona cualquier resto de timidez; es mi zorra, retorciéndose bajo mi boca y suplicando misericordia.

—Douglas, para... por favor, voy a correrme, joder. ¡Voy a deshacerme! —grita, con las piernas temblando tanto que apenas consiguen mantenerse firmes sobre mis hombros.

—No voy a parar una puta mierda —respondo con la boca pegada a su piel, la voz amortiguada por la humedad—. Córrete en mi boca, Hana. Quiero saborear tu orgasmo. Quiero tragarme cada gota de lo que produces por mí. Porque esto es mejor que cualquier whisky que haya probado en mi vida.

Acelero el ritmo de la lengua, haciendo las lamidas rápidas, firmes, implacables. Introduzco dos dedos en su coño empapado al mismo compás, creando un doble estímulo que la empuja directamente al abismo.

Las caderas de Hana entran en convulsión. Sus paredes empiezan a contraerse alrededor de mis dedos en violentas oleadas de puro éxtasis, apretándolos con fuerza. Arquea la espalda sobre el colchón y grita mi nombre con un tono que arranca de mí el último resto de control mientras su orgasmo explota y su líquido caliente se derrama directamente contra mi lengua.

Lo succiono todo. Me trago cada gota del orgasmo de mi esposa con una posesividad salvaje, limpiándole la intimidad con la lengua hasta que los espasmos empiezan a disminuir y su cuerpo se ablanda por completo contra las sábanas.

Subo despacio por el colchón y me tumbo encima de ella. Tengo el rostro sudado, la boca brillante con restos de sus fluidos y mis ojos encuentran los suyos, nublados, tranquilos y rebosantes de un sentimiento que me muero por escuchar.

Hana me mira, todavía respirando entrecortadamente, y pasa los dedos temblorosos por mis labios, limpiando de mi boca su propio sabor.

—Eres un monstruo, Macallan —susurra, con una sonrisa débil e inmensamente satisfecha apareciendo en sus labios hinchados.

—Solo soy un hombre que sabe apreciar la mejor añada del mundo, señora Macallan —respondo, esbozando una sonrisa de medio lado antes de unir nuestras bocas y devolverle su propio sabor a los labios.

Sabiendo que ninguna mujer en el mundo llegará jamás a estar a la altura de Hana Macallan.

CAPÍTULO 46
Hana Macallan

Hace un mes que me casé con Douglas.

Daisy, aquella mujer insoportable, tuvo un pequeño arrebato intentando montar un escándalo, pero Douglas lo sofocó enseguida y su padre pidió disculpas casi suplicando y prometió controlarla. Después de eso, las cosas estuvieron bastante tranquilas.

Al menos hasta que mi marido despidió al director de operaciones por fraude. La forma en que se encargó de todo me deja impresionada; es quirúrgico en cada detalle.

Se anticipó con el abogado penalista, además de recurrir a los contactos que sé que tiene, para que la detención se produjera sin causar un impacto negativo en la empresa y para que Bennett no tuviera ninguna vía de escape.

—¿No tienes miedo de que salga de la cárcel y cumpla la amenaza que hizo? —pregunto, sentándome frente a mi marido en el despacho y bebiendo el té que él se empeña en mandar preparar siempre exactamente como me gusta.

Porque, cuando detuvieron a Bennett, prometió vengarse. Y Douglas ni siquiera se inmutó.

—No. Lo están vigilando. Y solo acabó en prisión por respeto a mi padre. Si hubiera dependido de mí, habría sido peor —comenta con calma.

Lo miro, intentando comprender la magnitud de sus palabras.

—A veces me da miedo pensar hasta dónde estás dispuesto a llegar.

—¿Para defender a quienes amo? Muy lejos, *mo fhlùr*.

Sus palabras me dejan momentáneamente sin saber qué responder. Durante este tiempo viviendo más cerca de él, he podido

conocer facetas de Douglas que jamás habría imaginado. Entre ellas, que tiene una galería de tiro y sabe disparar muy bien.

Cuando se lo pregunté, solo recibí una respuesta sencilla: *soy el heredero de un imperio, corro riesgos todos los días; lo mínimo es saber defenderme*.

Para mí tiene todo el sentido y no hace que le tenga miedo. Al contrario, me dice que podría defenderse si alguna vez ocurriera algo. Quizá así no lo perdería como perdí a mis padres.

—¿Te doy miedo por eso? —pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—No. En realidad, me alegra que puedas defenderte si alguna vez es necesario. —Esboza una sonrisa mínima y parece respirar mejor—. ¿Tenías miedo de que no aceptara quién eres?

—No. Solo no quiero que tengas miedo de mí.

—No lo tengo. —No cuando, cada día, con pequeños gestos, me demuestra que le importo—. Hoy sé que no me harías daño. Solo eres irritante —me burlo, cogiendo mi iPad para revisar algunas cosas con él.

—Si no soy irritante contigo, quizá acabes cansándote de mí.

Sonrío, porque lo considero bastante improbable. Últimamente he permitido que ocupe espacio en mi vida de una forma cada vez más natural.

—Quizá. Entonces será mejor que sigas así —bromeo, y él esboza una sonrisa tan preciosa que me derrito un poco más.

—Perfecto —dice, abriendo el portátil—. Estaba revisando mi agenda y no he visto tu cita de mañana. ¿La han cancelado?

Lo miro.

—No. En realidad, no imaginaba que fueras a venir.

—Hana, es mi hijo. Así que, obviamente, voy a ir. Reorganiza las reuniones y deja libre la tarde. Podemos aprovechar para ver después a la arquitecta que va a encargarse de reformar la habitación del bebé. También he hablado ya con Edward y ha dicho

que pondrá a nuestra disposición a la mejor profesional para supervisarlo —lo dice todo con tanta seriedad que me quedo parpadeando, sin saber qué responder.

Todavía no me he acostumbrado a esto.

—Tú...

—Yo nada. Sabes que no sirve de nada discutir por esto. Tenemos que preparar la casa para recibir a un bebé y pronto también tendremos que contar lo de tu embarazo. Solo necesito que todo esté bajo control.

Claro.

Este hombre respira control.

—Perdona, padre del año. Todo estará bajo control —respiro hondo justo cuando la puerta del despacho de Douglas se abre de golpe, haciendo que me sobresalte.

Me vuelvo y veo a Elliot, más delgado, con la cara casi deformada y largas cicatrices. Me enteré de que se había apartado por algún problema médico, pero no imaginaba que volvería pareciendo una versión recién remendada de Frankenstein.

—¿Puedo saber qué cree que está haciendo? —pregunta Douglas con calma mientras se ajusta los gemelos.

Chloe entra justo detrás de Elliot.

—Lo siento, no he conseguido detenerlo.

—No pasa nada, Chloe. Imagino que el señor Hale tendrá un motivo excelente para irrumpir así en mi despacho. —La calma de su voz es de esas que harían que cualquier persona con un mínimo instinto de supervivencia se replanteara sus decisiones.

Por lo visto, a Elliot ya no le queda ninguno.

Me recorre con la mirada, se fija en el anillo de mi mano y después en mi vientre, que todavía no resulta evidente para quien no lo sabe. Su rostro se transforma en una máscara retorcida de rabia.

—Entonces es verdad —dice con voz ronca, arrastrada y llena de odio—. Te has casado con él.

Douglas se levanta despacio.

—Hale.

—No. Quiero oírlo de ella. —Elliot da un paso hacia el interior del despacho y Chloe se queda rígida detrás de él—. Quiero oír de Hana cómo es estar casada con el jefe después de jurar que no era esa clase de mujer.

Se me encoge el estómago, pero me obligo a permanecer sentada.

No voy a darle la satisfacción de verme asustada.

—¿Qué quieres, Elliot? —pregunto con calma.

Sonríe, y resulta horrible pensar que alguna vez me pareció bonita esa sonrisa.

—¿Qué quiero? Quizá entender cuándo decidiste abrirle las piernas. ¿Antes o después de descubrir que estabas embarazada?

El ambiente del despacho cambia.

Douglas no se mueve inmediatamente, pero siento llegar la violencia antes incluso de que dé el primer paso.

—Piensa bien tus próximas palabras, porque decidirán si sales de aquí andando o en brazos de alguien —dice en voz baja, sin parecer siquiera que esté discutiendo.

Elliot por fin lo mira, y hay una envidia tan cruda en sus ojos que me da asco.

—Pensaba que hombres como tú no se ensuciaban las manos. Que solo mandaban pegar a la gente.

Douglas se ajusta un gemelo con una tranquilidad que me provoca escalofríos.

—Si yo fuera tú, no querría averiguarlo.

—Crees que has ganado, ¿verdad? —Elliot vuelve a mirarme, y ahora hay algo más peligroso en su voz—. Te has casado con él,

has conseguido casa, dinero y apellido. Lo has hecho todo muy bien. Pero ese niño sigue siendo mío.

Mi cuerpo se enfría.

La taza, que ni siquiera me había dado cuenta de que seguía sosteniendo, golpea el platillo con un sonido leve. Él lo nota y sonríe.

—Ah, ¿ahora tienes miedo? Deberías haberlo pensado antes de intentar apartarme. ¿Crees que voy a dejar que todo el mundo se crea esta mentira? ¿Que voy a quedarme mirando mientras este escocés arrogante le pone su apellido a mi hijo y tú posas como una esposa respetable?

Me pongo de pie antes de darme cuenta.

—Me dijiste que abortara. Ya no hay nada aquí que te pertenezca —mi voz sale más firme de lo que me siento—. Dijiste que el bebé arruinaría tu carrera.

Su sonrisa falla.

—Y mira lo que hiciste después. Corriste hacia un hombre que podía solucionar el problema.

Douglas da un paso, pero levanto la mano sin apartar los ojos de Elliot.

—No fui yo quien convirtió a mi hijo en un problema. Fuiste tú.

Su rostro se deforma.

—Cuidado, Hana. No sabes lo que puedo hacer si me enfadas.

Esa es la frase que hace que Douglas deje de ser simplemente una presencia detrás de mí.

Rodea la mesa sin prisa, pero todo en él se ha vuelto más afilado. No hay explosión. No hay gritos. Solo una frialdad tan controlada que vuelve el silencio insoportable.

—Repítelo —ordena Douglas.

Elliot traga saliva, pero todavía intenta mantener la postura.

—Esto es entre ella y yo.

El primer puñetazo llega tan rápido que apenas tengo tiempo de respirar antes de que Elliot se tambalee hacia atrás.

Chloe grita algo cerca de la puerta y yo me quedo inmóvil.

Douglas agarra a Elliot por el cuello de la camisa antes de que caiga y le propina otro golpe en el estómago, haciendo que se doble con un sonido ahogado y escupa sangre.

Me impresiona que sepa exactamente lo que está haciendo.

Y, peor aún, cuánto dolor va a sentir Elliot.

—Has amenazado a mi esposa dentro de mi empresa —dice, tirando de Elliot hacia arriba por la tela arrugada de la camisa—. Y encima has tenido la estupidez de mencionar a un niño que no merece ni escuchar tu nombre por accidente.

Elliot intenta apartarlo de un empujón.

Douglas le da otro puñetazo.

Esta vez en la cara.

La sangre aparece enseguida y le baja por la nariz. Pensé que me horrorizaría ver algo así, pero entonces recuerdo su voz diciéndome que abortara, como si mi bebé no fuera nada.

Y ya no siento pena.

—Douglas —lo llamo, pero mi voz no tiene la fuerza suficiente para ser una orden.

Me mira solo durante un instante.

—Aparta la mirada si no quieres verlo.

No la aparto.

Y creo que eso dice mucho de mí.

Elliot se ríe y escupe sangre al suelo.

—Ella va a destruirte. Ese niño ni siquiera es tuyo.

Douglas sonríe y le propina otro puñetazo.

—Otra vez te equivocas.

Lo empuja contra la pared, con el antebrazo presionado contra su cuello, apretando lo suficiente para que Elliot no pueda mirar a ningún otro sitio.

—Ese niño es mío porque voy a criarlo, protegerlo y darle todo lo que tú no tuviste la decencia de ofrecerle. Hana es mi esposa porque la elegí antes incluso de admitir que la quería. Y tú no eres más que el hombre mediocre al que ella tuvo que conocer para entender que merecía mucho más.

Elliot intenta responder, pero Douglas vuelve a golpearlo, cortando cualquier palabra.

—A partir de este momento, estás despedido de Macallan por conducta incompatible con tu cargo, amenazas contra mi esposa, que además es empleada de esta empresa, e irrupción no autorizada en el despacho de presidencia. Tu acceso será anulado antes de que llegues al ascensor, se recogerán todos tus dispositivos y el departamento jurídico se encargará de que hasta el último céntimo que se te deba sea revisado hasta el último recibo.

El rostro de Elliot cambia.

Por primera vez, aparece miedo de verdad.

—No puedes hacerme esto.

—Ah, si hay algo que sí puedo hacer, es precisamente esto.

—¡Soy el director financiero! —grita, perdiendo toda la arrogancia.

—Eras.

Elliot me mira, ahora desesperado, como si todavía existiera alguna posibilidad de que yo intercediera por él.

—Hana...

—No digas mi nombre. —Se calla y quizá sea la primera vez que me escucha de verdad—. No te acerques a mí —continúo, llevándome una mano al vientre—. No te acerques a mi hijo, no llames y no utilices a este niño para intentar asustarme. Tuviste la

oportunidad de ser algo y elegiste no ser nada. No estaba bromeando cuando te dije que debías olvidarte de nosotros.

El odio que se enciende en sus ojos es tan fuerte que me provoca un escalofrío.

Esto no ha terminado.

No para Elliot.

Pero Douglas también lo ve. Y, por la forma en que su expresión se endurece todavía más, sé que ha entendido exactamente lo mismo.

Se vuelve hacia Chloe y dice:

—Haz que suba seguridad ahora.

—Ya están subiendo —responde Chloe, eficiente como siempre.

—Estás acabando conmigo por culpa de ella —escupe Elliot.

—No. —Douglas lo suelta únicamente para colocarse bien los puños de la camisa, manchados de sangre—. Estoy acabando contigo porque pensaste que podías amenazar a *mi familia* y marcharte andando.

—¡Mi familia no va a aceptar esto! —grita Elliot, dominado por la desesperación.

Douglas levanta la mirada hacia él, lleno de indiferencia.

—Tu familia va a pasar los próximos meses demasiado ocupada intentando salvar sus propios bienes. Todos los vínculos entre los Hale y Macallan serán revisados. Cada asociación, cada pago, cada favor antiguo. Os barreremos de Nueva York.

Elliot palidece.

—No harías eso.

—Has irrumpido en mi despacho para amenazar a mi esposa embarazada. Créeme, Hale, haría cosas mucho peores si ella no estuviera aquí.

Los agentes de seguridad entran antes de que Elliot responda.

Douglas lo señala sin prisa, sin levantar la voz.

—Sacadlo de aquí. Recoged todo lo que lleve y pertenezca a la empresa. Si se resiste, llamad a la policía. Si intenta volver a cualquier propiedad de Macallan, inmovilizadlo primero y avisadme después.

Los hombres sujetan a Elliot por los brazos.

Intenta soltarse, pero está sangrando, mareado y demasiado humillado para parecerse al director arrogante que entró en el despacho unos minutos antes.

Aun así, antes de que se lo lleven, me mira.

Una mirada cargada de rabia y de una promesa.

—Esto no ha terminado —dice.

Douglas da un paso hacia delante y los agentes mantienen a Elliot frente a él.

—Para ti terminó hace mucho tiempo —responde Douglas—. Solo has tardado en darte cuenta. Si te acercas a mi mujer o a mi hijo, morirás. Y ten por seguro que mis amenazas no son vacías.

Elliot mira a mi marido, todavía asustado, mientras los agentes desaparecen con él de nuestra vista.

Chloe permanece junto a la entrada, pálida.

—Voy a... encargarme de que limpien esto —dice, mirando la sangre del suelo y después a mí—. ¿Y aviso al departamento jurídico?

—Sí, haz que vengan a mi despacho —responde Douglas—. Y pide que bloqueen inmediatamente todos los accesos de Elliot.

—Sí.

Sale y cierra la puerta.

Me quedo mirando la puerta, sintiendo el corazón latir demasiado deprisa.

Douglas viene hacia mí, pero se detiene antes de tocarme.

—¿Te ha asustado?

Trago saliva. Me gustaría decir que no, mantenerme firme, pero todavía me tiemblan los dedos.

—Un poco. Me da miedo que intente hacerle algo a mi bebé.

Su expresión cambia de una forma que me oprime el pecho.

—No se acercará a ninguno de los dos.

—Hablas como si pudieras controlar eso —digo con miedo, porque sé hasta dónde puede llegar alguien que ha perdido la cabeza.

—Puedo controlar más de lo que imaginas. Reforzaremos tu seguridad. No voy a permitir que os ocurra nada.

Miro sus nudillos, rojos y heridos.

—Le has pegado aquí dentro —comento, pensando en las consecuencias.

—Sí. Y ha sido menos de lo que merecía.

Me acerco y le cojo la mano antes de que pueda esconder las heridas. Tiene la piel abierta en varios puntos, y el contraste entre la violencia de hace unos minutos y la forma en que se queda inmóvil bajo mi contacto me emociona de una manera extraña.

—¿Estás bien? —pregunto.

Douglas me mira como si la pregunta fuera absurda.

—Esto no ha sido nada. —Su boca amenaza con sonreír, pero no llega a hacerlo—. Ha hablado de nuestro hijo.

Nuestro hijo.

Cada vez que lo oigo decirlo así, algo dentro de mí da un salto.

—¿Crees que intentará hacer algo? —murmuro.

Douglas gira mi mano y entrelaza nuestros dedos con cuidado.

—Si lo intenta, estaré esperando.

Lo miro.

No hay ninguna duda en su rostro.

Y quizá debería asustarme más esa certeza brutal, esa disposición suya a llegar hasta donde fuera necesario. Pero, en ese momento, después de ver a Elliot entrar en aquel despacho creyendo que todavía podía hacerme sentir pequeña, lo único que siento es la extraña paz de saber que ya no estoy sola frente a él.

—Solo te pido que me avises si intenta algo —le pido.

Douglas me observa, claramente pensándoselo.

—Te contaré lo que necesites saber.

Entrecierro los ojos.

—Douglas —advierto.

Suspira.

—Es lo mejor que puedo ofrecerte.

Pongo los ojos en blanco, pero la tensión de mi pecho cede un poco.

—Puedo vivir con eso.

Douglas me toca el rostro con la mano limpia y pasa lentamente el pulgar por mi piel.

Apoyo la frente contra su pecho durante unos segundos, dejando que el olor familiar a madera, cuero y Douglas atraviese el susto que todavía sigue atrapado en mi cuerpo.

—Gracias por todo.

Sus brazos me rodean con cuidado.

—Que estés segura es lo único que me importa ahora, *mo fhlùr*.

Cierro los ojos.

Sé que nada sale gratis, pero, por ahora, el miedo que sentía es menor porque sé que, si Elliot intentara volver, Douglas estaría

entre nosotros.

Y que Dios ayude a cualquier hombre que intente atravesar a mi marido.

CAPÍTULO 47
Hana Macallan

Después del último arrebato de Elliot, Douglas se ha empeñado todavía más en estar conmigo todo el tiempo. Desde las consultas médicas hasta el momento en que les contamos a sus padres lo del embarazo, que, para mi sorpresa, se lo tomaron bien.

Y, en medio de toda la locura en la que se ha convertido nuestra vida, mi refugio durante este tiempo ha sido nuestra casa. Aquí parece que nada puede alcanzarme.

Nuestra casa es silenciosa de una forma que, al principio, me incomodaba. Ahora simplemente entiendo que ese silencio es una de las pocas cosas que mi marido se reserva para sí mismo. Aquí está el refugio donde se permite ser él mismo, lejos de toda la locura de su propia vida. Y aquí hay rastros de él: el olor a madera, cuero, algo cítrico y, a veces, un fondo dulzón de malta que parece surgir en los lugares más inesperados.

Hoy encuentro ese aroma procedente de la parte trasera de la casa.

Donna me había dicho que estaba en la sala de barricas, porque, obviamente, es perfectamente normal tener una minidestilería en casa. Después de semanas viviendo con él a tiempo completo, empiezo a comprender que lo normal está sobrevalorado.

Sigo por un pasillo más apartado, paso junto a una puerta de cristal que da al jardín y llego hasta un espacio que casi nunca frecuento.

No es grande como la destilería de Escocia, obviamente. Nada de allí tiene ese peso antiguo de castillo. Pero es suyo. Eso lo percibo de inmediato.

El espacio tiene varias barricas alineadas a un lado, estanterías con frascos etiquetados, copas de cata, anotaciones

repartidas con una organización que probablemente solo tiene sentido dentro de su cabeza. Hay una bancada en el centro y Douglas está allí, con las mangas de la camisa remangadas hasta los antebrazos, sin chaqueta, sin corbata, concentrado en un líquido ámbar dentro de una copa.

Me detengo en la entrada. No me ve inmediatamente y quizá sea precisamente por eso por lo que no me muevo.

Hay algo distinto en observarlo cuando no está intentando controlarlo todo. Allí, Douglas parece menos el hombre que doblega el mundo con la fuerza de su apellido y más alguien que ama de verdad algo.

Acerca la copa a la nariz, cierra los ojos durante unos instantes y después anota algo en un cuaderno que tiene al lado.

La escena me aprieta algo por dentro.

Joder.

Me enfadaba cuando solo era arrogante. Era más fácil. El problema empezó cuando descubrí que debajo de toda aquella arrogancia había cuidado. Y empeoró mucho cuando comprendí que ese cuidado venía acompañado de atención.

Douglas se fija en todo. En el té que me gusta. En el *missoshiru* que consigue que coma cuando no me entra nada. En la lluvia que me hace daño. En las pequeñas cosas que me gusta comer o mantener organizadas. Lo sabe todo y se adelanta antes incluso de que yo piense en pedírselo.

Y ahora estoy aquí, mirando a mi marido trabajar con whisky en una sala escondida de su propia casa, sintiendo cómo se me ablanda el corazón de una manera que sé que ya no tiene vuelta atrás.

Levanta los ojos de repente.

—¿Vas a seguir espiándome mucho rato, señora Macallan?

El estómago me da ese salto idiota que lleva dando cada vez que me llama así.

—Estaba valorando si todo esto es legal o si me he casado con un delincuente del sector del alcohol —bromeo, esbozando una sonrisa burlona.

La comisura de su boca se eleva.

—Todo perfectamente legal.

—Qué pena. Habría estado bien tener algo contra ti en el divorcio.

Su sonrisa crece un poco, pero sus ojos se vuelven atentos.

—Esa palabra no existe en mi diccionario, *mo fhlùr*.

—¿Delincuente? —aventuro.

—Divorcio.

Trago saliva y entro en la sala para disimular lo que provoca en mí su respuesta.

—Entonces no me irrites.

—Imposible. Te irrita hasta mi respiración.

—Porque probablemente respiras pensando que mandas en el mundo.

Suelta una risa baja y vuelve a manipular los frascos, pero ahora con mi presencia ocupando el espacio entre los dos. Me acerco a la bancada, intentando entender algo de todas aquellas anotaciones, pero el cuaderno podría estar escrito en gaélico antiguo y tendría exactamente el mismo sentido para mí.

—¿Qué estás haciendo?

—Probando una combinación de muestras. Son barricas más pequeñas, utilizadas para estudios. Aprovecho para crear cosas nuevas. Puedo estar lejos de Escocia, pero no de aquello que me hace sentir vivo.

La pasión que siente por todo esto me emociona porque es genuina. De verdad le gusta cada detalle de ese proceso.

—Eres casi un científico... Espera, los científicos suelen descubrir cosas buenas. Tú estás creando cosas caras...

—Es una forma profundamente ofensiva de describirlo, teniendo en cuenta que los whiskies son cosas buenas, pero no estás del todo equivocada.

Sonrío antes de poder evitarlo.

Me entrega uno de los frascos cerrados.

—Huele.

—No puedo beber.

—He dicho que huelas, no que te lo bebas de un trago. Tienes la pésima costumbre de beber whisky como si fuera agua, ¿lo sabías?

Pongo los ojos en blanco, pero acepto. Acerco el frasco a la nariz, esperando el fuerte ardor del alcohol, pero lo primero que llega es algo dulce, cálido, incluso diría que reconfortante.

—Huele a... ¿fruta seca? Y a madera —aventuro.

—Roble europeo. Jerez. Un poco de especias.

Lo miro con desconfianza.

—¿Dices eso esperando que me parezca sexy? —Porque me lo ha parecido. Muchísimo, joder.

—¿Te lo ha parecido?

—No voy a responder —contesto, con una sonrisa mínima.

El aire cambia ligeramente, como si se volviera más denso.

Douglas se acerca y apoya las manos sobre la bancada, una a cada lado de mi cuerpo, sin encerrarme de verdad. Solo ocupando espacio, como siempre hace. Pero, esta vez, no me siento asfixiada.

Siento su calor en mi espalda.

Siento su olor mezclado con la malta, la madera y el alcohol.

Siento que estoy en casa.

Y no debería sentirme en casa dentro de la vida de Douglas Macallan. No tan pronto. No después de todo lo que he vivido.

—Estás pensando demasiado —murmura cerca de mi oído.

Cierro los ojos durante un instante.

—Estoy pensando que aquí eres diferente.

—¿Diferente cómo?

—Más tú. Incluso diría que más humano.

Se ríe por lo bajo y el sonido golpea algún lugar ridículo dentro de mi pecho.

—Eso ha sido casi un cumplido. Me encantan tus cumplidos así.

—No te acostumbres —hago una mueca, bromeando con él.

—Demasiado tarde. Cada día haces que me acostumbre más a ti, señora Macallan.

Vuelvo el rostro para mirarlo y cometo el error.

Douglas está cerca.

Demasiado cerca.

Sus ojos azules clavados en mí, las mangas remangadas, los brazos apoyados a ambos lados, la expresión tranquila de quien no necesita demostrar nada en ese momento.

Y eso me derriba.

Verlo así, dentro de ese pequeño rincón de paz que ha construido para sí mismo, y darme cuenta de que ha abierto un espacio para mí dentro de él.

No solo en su casa.

En él.

Se me cierra la garganta.

—¿Qué pasa? —pregunta más bajo.

Niego con la cabeza.

—Nada.

Mentira.

Es todo.

Es el bebé, el matrimonio, el miedo, la lluvia, mis padres, mis abuelos, Elliot, toda mi vida convirtiéndose en otra cosa.

Pero, sobre todo, es la aterradora y preciosa constatación de que dejé de intentar huir de él antes incluso de darme cuenta.

Douglas me acaricia el rostro con los dedos y el gesto es tan cuidadoso que casi duele.

—Hana.

Mi nombre en su boca ahora me provoca una sensación de pertenencia.

Y eso me asusta.

Porque creo que estoy perdidamente enamorada de mi marido.

Quizá lo esté desde hace mucho más tiempo del que me atrevo a admitir.

Así que hago lo único que puedo.

Me acerco y apoyo la frente contra su pecho, justo donde escucho su corazón latir firme, constante, irritantemente seguro.

Sus brazos me rodean sin prisa.

—¿Todo bien? —pregunta.

No respondo de inmediato.

Respiro su olor, el de la madera, el whisky, y pienso que algunas cosas también necesitan tiempo. Y yo estoy teniendo el mío a su lado, el suficiente para estar segura de que ya no quiero seguir huyendo.

—Sí —murmuro, aferrándome a su camisa con los dedos.

Douglas me besa en la coronilla.

Y mi boca todavía no se siente capaz de pronunciar las palabras sin miedo. Pero mi marido parece darse cuenta y entonces su boca encuentra la mía en un beso tranquilo, lleno de un sentimiento que hace que mi corazón lata de una forma en que nunca había latido antes.



Douglas Macallan

Edward llega a mi casa al final de la tarde, con Lucy en brazos y la expresión agotada de quien ha cometido el error de intentar negociar con una niña de cinco años y ha perdido.

Conozco esa derrota. Lucy es la niña más adorable que existe y tengo el privilegio de llamarla mi ahijada. Sus grandes ojos verdes, el pelo rubio recogido con un lazo rosa y el vestido lila completan la enorme sonrisa que esboza cuando me ve.

—¡Padrino! —grita, lanzándose hacia mí.

Cojo a mi ahijada antes de que derribe a su propio padre, y la risa de Hana detrás de mí hace que algo en mi pecho se caliente de una forma ridícula. Lucy me rodea el cuello con sus pequeños brazos y me besa la mejilla sin ningún tipo de ceremonia.

—Te he echado de menos.

—Me viste hace unas semanas.

—Fue muchísimo tiempo.

—Estoy de acuerdo. Un disparate. Tu padre no puede dejar que pasemos tanto tiempo sin vernos —bromeo, solo para fastidiar a mi amigo.

Hana se acerca sonriendo, con una mano apoyada sobre el vientre, que todavía se nota poco para alguien que está a punto de cumplir cinco meses. Lucy la mira a ella, después a mí y luego a la

barriga, con esa curiosidad infantil. Entonces se mueve para que la deje en el suelo. Lo hago y se acerca a Hana.

—¿Hay un bebé ahí? —pregunta, señalando su vientre con los ojos brillantes de curiosidad.

Hana esboza una sonrisa dulce.

—Sí, preciosa.

—¿Va a jugar conmigo? —su expectación se dispara.

—Cuando nazca y crezca un poquito, seguro.

Lucy parece valorar si tanta espera le resulta aceptable. Después apoya con cuidado su pequeña mano sobre el vientre de mi esposa.

—Hola, bebé. Soy Lucy. *Buna* dice que los bebés escuchan.

Edward se pone rígido a mi lado.

Interesante.

—¿*Buna*? —pregunta Hana, mirándome con curiosidad.

Lucy se anima al instante.

—*Buna* es preciosa. Hace dibujos y sabe recogerme el pelo mejor que papá. Papá tira —replica, y noto la mirada crítica que le lanza a su padre, así que tengo que contener una carcajada.

—Yo no tiro —protesta Edward.

Lucy se vuelve completamente hacia él y se pone seria, como si fuera una adulta a punto de discutir con alguien.

—Sí tiras.

Hana se muerde la sonrisa y yo no hago el menor esfuerzo por esconder la mía.

—¿Y quién es esa Bruna? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Edward me lanza una mirada de advertencia.

—Una empleada del departamento de marketing de la empresa.

—*Buna* es mi amiga —corrige Lucy—. Y papá sonríe cuando ella habla.

Hana se echa a reír y Edward cierra los ojos durante un breve instante, probablemente pidiendo paciencia a cualquier entidad que todavía lo escuche.

Nos sentamos en los sofás, pero Lucy permanece de pie, ansiosa por contárnoslo todo.

—Los niños son muy observadores —comento.

—Los niños se inventan cosas —replica él con sequedad.

—No parece que se lo haya inventado. Lo ha dicho con bastante convicción. Yo creo a mi ahijada.

Lucy me pide que me agache y se inclina cerca de mi oído, aunque habla lo bastante alto para que todos la escuchen.

—Creo que a papá le gusta —dice con toda su inocencia.

—Lucy —la reprende Edward.

—Sí le gusta. Se queda mirándola cuando cree que nadie lo está viendo —cuenta, y me sorprende cuánto se fija en los detalles.

La expresión de Hana se vuelve todavía más interesada, y comprendo que mi mujer acaba de encontrar un nuevo entretenimiento.

—Por lo visto, estás coladísimo por Bruna —digo, sin la menor intención de perdonarlo.

Edward me mira.

—Macallan.

—¿Qué? Solo estoy repitiendo el análisis de mi ahijada con términos más adultos.

Hana se ríe más alto y Lucy la imita sin entender del todo la broma. Edward me lanza una mirada que podría intimidar a cualquiera, pero, como se trata de mí, no produce ningún efecto.

—Algún día vas a pagar por esto.

—Probablemente. Pero hoy lo estoy disfrutando.

Abre la boca para responder, pero mi móvil suena antes. El nombre de la médica de la señora Nakamura aparece en la pantalla.

La sonrisa de Hana desaparece cuando ve cambiar mi expresión.

Contesto.

Escucho lo suficiente para sentir cómo todo mi cuerpo se queda rígido.

—Vamos para allá.

Cuelgo y miro a Hana.

El brillo divertido desaparece de su rostro.

—¿Es la abuela?

Le cojo la mano.

—Tenemos que ir al hospital.

CAPÍTULO 48
Douglas Macallan

Llego con Hana al hospital donde está ingresada su abuela. Durante todo el trayecto ha venido angustiada, con miedo de que le ocurra algo a la señora Nakamura.

—Doctora, ¿cómo está? —pregunta Hana en cuanto llegamos a la planta y encontramos a la médica que siempre atiende a su abuela saliendo de una de las habitaciones.

Ella toma aire con más pesadez.

—Señora Macallan, lamentablemente las noticias no son las mejores —explica, yendo directa al asunto—. Aunque ahora está estable, su estado ha empeorado. Me temo que, en este momento, solo un trasplante podría salvarla.

Hana da un paso atrás y choca contra mí. La sujeto antes de que pierda el equilibrio.

—Respira, *mo leannan*. Encontraremos una solución —susurro junto a su oído, abrazándola.

Se seca la lágrima que se le escapa de forma involuntaria.

—¿Qué posibilidades tenemos de conseguir un trasplante? —su voz sale baja, rota.

—¿Sinceramente? Tardaría un poco, porque tenemos casos algo más graves con prioridad. Pero ella está entre las primeras de la lista.

Hana asiente sin conseguir responder nada más. La médica se despide, diciendo que necesita ver a otros pacientes, y se pone a nuestra disposición.

Hana se gira hacia mí, con los ojos llenos de lágrimas que todavía no ha derramado.

—Dios, no puedo perderla, Douglas. ¿Soy muy egoísta por eso? —su voz llega envuelta en un pánico que me deja sin suelo bajo los pies.

—No. Solo eres humana. Es tu abuela, te crió. Es normal.

La rodeo con los brazos y apoya la cabeza contra mi pecho, soltando pequeños sollozos y dejando que el llanto la venza durante unos instantes.

—Quería que viera nacer a nuestro hijo —dice contra mi pecho.

Y algo dentro de mí se rompe.

Por fin ha aceptado que soy el padre de su hijo sin discutir. O, al menos, sin nadie cerca.

Eso me hace pensar en hacer algo que nunca imaginé que haría.

—Lo verá. Conseguiremos el trasplante —prometo, sabiendo que seguramente puede llegar a odiarme por lo que estoy pensando hacer.

Se separa de mi pecho y me mira.

—Eso espero. No puedo perderlos a los dos.

Le sujeto el rostro entre las manos y le seco las lágrimas mientras respira hondo, intentando calmarse. Después vuelvo a atraerla hacia mis brazos y la mantengo allí hasta que noto que ya es capaz de enfrentarse a sus abuelos.

—Voy a entrar en la habitación y quedarme un rato con ella —dice, algo más recompuesta.

—Está bien. Tengo que hacer unas llamadas. Enseguida voy contigo.

Asiente y entra en la habitación.

Yo salgo y llamo a la única persona que conozco capaz de conseguirme un favor de esta magnitud.

—*Macallan, ¿ha pasado algo?* —ya piensa en lo peor, porque tenemos cargamentos programados para esta semana.

—En realidad, necesito un favor, Collalto —respondo, yendo directo al grano.

—*Hum, que tú pidas un favor es algo raro. ¿Qué necesitas?*

Realmente no es propio de mí pedir ayuda. Normalmente consigo controlar todo lo que me rodea. Pero, en este momento, esto escapa a mi control y siento que necesito hacerlo por Hana.

—Un riñón —voy directo.

Suelta una carcajada al otro lado.

—*Oh, eso es bastante específico. ¿Estás enfermo?*

—No es para mí, es para la abuela de Hana. Sé que tienes uno de los mayores hospitales de la zona trabajando casi exclusivamente para la mafia. Conseguirlo no debería ser difícil.

También tienen a algunos de los mejores médicos de Nueva York en un hospital muy bien equipado, completamente a su disposición.

—*Sabes que no me dedico al tráfico de órganos, ¿verdad?*

—Sí, pero sé que seguramente tendrás facilidad para conseguirlo. Al menos mucha más que yo.

Suelta una risa cómplice.

—*Claro que sí. Normalmente donamos muchos órganos cuando están intactos, claro, por la rotación del hospital.* —Se queda callado un momento y respira con más pesadez—. *Pero sabes que algún día te cobraré esto, y no será un favor pequeño, Macallan.*

—Estoy dispuesto a pagar, siempre que no implique matar a nadie de mi familia —decido dejarlo claro, porque nunca sé qué podría pedir.

—*Asegúrate de que ellos nunca hagan nada para perjudicarme y seguirán vivos. Pero mis favores no suelen venir en*

forma de algo que yo pueda hacer personalmente. Puede que no sea hoy ni mañana, pero algún día te lo cobraré.

—No hay problema. Soy consciente de lo que estoy pidiendo.

—*Perfecto. Pásale a Nathan toda su información médica y encontraremos a alguien compatible* —dice al fin—. *Y, Macallan... la forma en que amas a tu mujer es digna. Espero que ella reconozca tu amor.*

No espera una respuesta y termina la llamada.

Bien, yo también espero que reconozca mi amor. Un amor que todavía no he tenido el valor de poner en palabras, quizá por miedo a lo que pueda escuchar de vuelta. Por miedo a que eso me rompa de una forma que ningún legado podría reparar.

Voy en busca de la médica y solicito el historial médico de la señora Nakamura. Desconfía, pero mi dinero y mi apellido siempre hablan más alto. Así que me lo envía todo por correo electrónico.

Cuando estoy a punto de volver para reunirme con Hana, la veo acercarse desde recepción con una mirada furiosa.

—¿Qué ha pasado? —pregunto mientras salimos del centro del pasillo y entramos en una habitación vacía.

—¿Qué ha pasado? —se burla, con los ojos ardiendo—. Ha pasado, señor Macallan, que he tenido un problema con el seguro médico y acabo de descubrir que la empresa no me lo estaba descontando. Lo estaba pagando mi marido.

—Sí. ¿Y? —intento entender cuál es el problema.

—¿Y? ¡Y que esto no ha empezado hoy ni después de que nos casáramos! Llevaba meses ocurriendo —dice, caminando de un lado a otro—. ¿Cómo pudiste hacer algo así sin decírmelo? Me mentiste durante meses y encima metiste a la empresa en medio de todo.

—Hice lo que era necesario...

—Claro, tú siempre haces lo que es necesario, ¿verdad? Porque avisarme, hablar conmigo, saber qué pienso yo, nunca es una puta opción —tiene el rostro rojo, con la rabia explotando.

—En aquella época no teníamos nada. Y eliminé todo lo que iba contra las políticas de la empresa. Pero jamás habría podido quitar algo tan importante para ti.

Deja caer las lágrimas y doy un paso hacia ella. Da otro hacia atrás.

—Lo entiendo. Pero podrías habérmelo contado hace mucho. ¿Alguna vez te has parado a pensar que toda nuestra relación está construida sobre mentiras? —explota, y por fin entiendo por qué está tan furiosa.

—No digas eso. Lo que siento no es una mentira —confieso, experimentando una opresión en el pecho que nunca había sentido.

—Puede que no lo sea, pero está construido sobre una. No puedes seguir haciendo esto. —Toma una larga bocanada de aire—. Todo esto hace daño al amor que siento —admite en voz más baja, y mi corazón se salta un latido.

Acorto de golpe la distancia entre nosotros y le sujeto el rostro entre las manos.

No puedo perderla porque soy un maldito controlador.

—No hagas esto —le suplico, mirándola a los ojos oscuros—. Te prometo que, a partir de ahora, te lo contaré todo. Incluso lo que acabo de hacer —confieso, pensando que, si no quiero matar lo que siente por mí, tengo que hablar con mi mujer.

Da un paso atrás, alejándose de mis manos, como si la asfixiaran.

—¿Qué has hecho? —su voz llega dura y con un matiz de miedo.

—He conseguido un riñón para tu abuela.

Frunce el ceño.

—¿Cómo? ¿Vas a sobornar a alguien para que suba puestos en la lista y después matar a alguien para conseguir un riñón? —se burla y, enseguida, abre los ojos de par en par—. No. Tú no...

—No. Al menos, no exactamente así.

—Douglas... —noto que está a punto de perder los nervios.

Y estoy seguro de que nunca más quiero verla sufrir, sobre todo por una decisión mía, por ser un maldito controlador incapaz de compartir con la mujer que amo las decisiones que tomo creyendo que hago lo mejor para ella.

—Respira. He pedido un favor, Hana. Si esta es la única manera de que la abuela Emiko consiga un trasplante, entonces es lo que voy a hacer. —Suelto una respiración cansada—. A menos que tú no quieras. Perdón por volver a pasar por encima de ti. Solo no quiero verte sufrir.

Parpadea y deja escapar una lágrima.

—Dios, esto es demasiada locura para asimilarlo así. ¿Es ilegal?

—Hay cosas que es mejor no saber. Solo debes saber que no voy a matar a nadie por su riñón. Son solo consecuencias.

Abre mucho los ojos.

—Me da miedo preguntar cómo. Pero supongo que tiene que ver con los Collalto.

Asiento. Ella sabe, de forma superficial, que no todo lo que hago está dentro de la legalidad, pero nunca he profundizado en esos asuntos con ella. Sin embargo, desde que Helena descubrió lo de Bennett, ha entendido un poco más de ese mundo y de nuestras operaciones.

Su móvil suena y Hana responde, diciendo brevemente que va a solucionarlo.

—Tengo que resolver un problema con la reforma del apartamento. La abuela está estable por ahora, así que voy a ir hasta allí.

Veo que le tiemblan las manos y lo perdida que parece.

—Quería ir contigo, pero tengo la reunión con los nuevos socios...

—No —me interrumpe—. Vas a darme un poco de espacio antes de que pierda los nervios. Necesito pensar en todo esto. Y tú necesitas trabajar. Y pensar un poco también —dice, alejándose sin darme tiempo a responder.

Sale por la puerta sin mirar atrás.

Perfecto.

Salgo del hospital intentando entender qué coño acaba de pasar y voy hacia la empresa.

Maldita reunión. Si no fuera tan importante, no aparecería.

CAPÍTULO 49
Douglas Macallan

La reunión está siendo un completo infierno.

No por el asunto. Los nuevos socios han traído cifras sólidas, propuestas aceptables y un interés claro en la asociación, algo que necesito ahora mismo después de haber roto el contrato con la familia de Daisy.

En cualquier otra situación, estaría dirigiéndolo todo con mi frialdad habitual, poniendo a prueba límites, recortando excesos y haciendo que hombres mayores que yo se sintieran agradecidos por recibir menos de lo que habían venido a pedir.

Hoy apenas consigo prestar atención durante más de cinco minutos sin pensar en Hana.

En la forma en que salió del hospital con los ojos llenos de dolor.

En cómo le temblaban las manos cuando descubrió que había mantenido el seguro médico de su abuela sin decírselo. En el silencio que quedó entre nosotros cuando confesé que le había pedido a Pietro un favor que ningún hombre debería pedir sin pensar en las consecuencias.

Y lo único que no deja de martillearme la cabeza es que:

Ella me ama.

Lo admitió de una forma rota, en mitad de una frase cargada de rabia, y ni siquiera tuve tiempo de disfrutar de aquello como debería, porque, al instante siguiente, me estaba diciendo que ese amor también resultaba herido por cada decisión que yo tomaba antes de permitirle siquiera respirar.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no sé qué hacer.

Y estar perdido no es algo que me guste. Nunca me había sentido así por nadie, pero, por lo visto, Hana no es una presencia cualquiera en mi vida.

Hana me vuelve incompetente en terrenos que siempre consideré irrelevantes. Sé dirigir una empresa, manipular crisis, tratar con la mafia italiana y convertir un escándalo en una narrativa controlada. Lo único que no sé hacer es amar a una mujer sin intentar resolverle la vida entera por miedo a verla sufrir.

—¿Señor Macallan?

Levanto la mirada hacia el hombre al otro lado de la mesa. Thompson, si no me equivoco. O quizá Henderson. Ahora mismo, podría ser cualquiera.

—Repita la última parte.

Disimula mal la sorpresa.

Perfecto.

Que aprenda que nadie debería sentirse demasiado cómodo delante de mí.

—Estábamos hablando de los principales tipos de cristal y de su elevado coste, de cómo el estándar con el que trabajamos es diferente...

Un trueno rasga el cielo antes de que termine.

El sonido atraviesa los ventanales de la sala de reuniones, bajo al principio y después más fuerte, acompañado por la lluvia golpeando contra el edificio.

Mi cuerpo reacciona de inmediato.

Miro hacia fuera y veo cómo la tormenta cae con fuerza, devorando las luces de Manhattan en cuestión de segundos.

Todo queda cubierto por un gris oscuro, casi como una noche que todavía no ha llegado.

Hana está sola en el ático porque, antes de la reunión, me avisaron de que la arquitecta ya se había marchado.

Cojo el móvil inmediatamente.

Una llamada.

Nada.

La segunda.

Buzón de voz.

Le mando un mensaje preguntándole dónde está y no recibo respuesta.

La lluvia aumenta, densa, agresiva, y un trueno tras otro hace vibrar ligeramente los cristales. Siento cómo se me endurece la nuca.

—Continuaremos mañana —digo, levantándome ya.

Todos me miran.

—Señor Macallan, esta reunión implica plazos importantes —intenta argumentar uno de ellos.

Me abrocho la chaqueta sin mirarlo.

—Mi esposa, embarazada, está sola durante una tormenta. Nada de lo que hay en esta sala es más importante que eso.

Nadie se atreve a responder.

Una decisión inteligente.

Salgo antes de que alguien cometa la estupidez de intentar detenerme. Chloe se levanta de su mesa cuando me ve cruzar el pasillo.

—¿Señor Macallan?

—Llama al ático. Después, a Donna. Si Hana contesta, avísame.

Lo entiende antes de preguntar.

—Está lloviendo —dice lo evidente, preocupada.

—Sí.

El ascensor tarda más de lo que debería. Cuando entro, llamo a Angus y le ordeno que acerque el coche a la entrada.

Vuelvo a intentar llamar a Hana.

Nada.

Cada tono sin respuesta hace crecer algo pesado dentro de mí, un terror que no encaja conmigo.

En la planta baja, la ciudad ya es un caos.

Angus apenas consigue detenerse y entro en el coche. El tráfico avanza despacio, las bocinas resuenan por todas partes y la lluvia cae con tanta fuerza que los limpiaparabrisas apenas consiguen despejar el camino. Vuelvo a llevarme el móvil al oído.

Buzón de voz.

—Más rápido —ordeno.

—Lo estoy intentando, Douglas. Los semáforos de delante se han apagado —su voz suena alarmada.

Miro por la ventanilla y veo cómo el problema se extiende. Una manzana entera se queda sin luz. Después otra. Las fachadas iluminadas se apagan, los semáforos dejan de funcionar, los coches empiezan a bloquear los cruces y, en pocos minutos, la avenida se convierte en una masa inmóvil de vehículos, agua e impaciencia.

—¿Cuánto falta?

Angus mira por el retrovisor.

—Si el tráfico estuviera avanzando, ocho minutos. Así, no sabría decirte.

Ocho minutos.

A pie tardaré menos si corro.

Abro la puerta.

—¿Señor?

—Lleva el coche cuando puedas. Yo voy.

—Está lloviendo muchísimo... —Ya estoy fuera cuando lo dice.

El agua me golpea de inmediato, fría y violenta, empapándome la chaqueta en los primeros pasos. No me importa. Corro entre los coches detenidos, ignoro bocinas, insultos, charcos que me empapan los zapatos y el viento que me lanza la lluvia contra el rostro.

Lo único en lo que consigo pensar es en Hana, en algún rincón oscuro del ático, con el sonido de los truenos arrancándole de dentro a la niña de diez años que se quedó sola bajo la lluvia, con sus padres muertos en el suelo.

Debería estar con ella.

Aunque me haya pedido espacio.

Aunque tenga una reunión importante.

Aunque toda la ciudad esté paralizada.

Mi lugar está donde esté ella.

Corro como si me fuera la vida en ello.

Y, en cierto momento, comprendo que así es.

Porque Hana es mi vida.

Sin ella, nada tiene sentido para mí.

Llego al edificio sin aliento y completamente empapado. El portero abre los ojos de par en par cuando me ve entrar.

—Señor Macallan, se ha ido la luz hace unos minutos. El generador mantiene las zonas de emergencia, pero los ascensores están parados.

—Las escaleras.

Señala y subo sin pensarlo.

Cada planta parece más larga con la ropa mojada pesándome sobre el cuerpo, los zapatos resbalando en los escalones y el sonido de la lluvia todavía fuerte llegando desde algún lugar lejano. Cuando por fin alcanzo la planta del ático, llevo la ropa pegada a la piel, me arde el pecho y el móvil sigue sin señal suficiente para completar una llamada.

Entro en el ático quitándome la chaqueta empapada por el camino.

Está todo a oscuras.

Solo las luces de emergencia del pasillo y algunos reflejos de los relámpagos atraviesan las ventanas. El sonido de la tormenta parece aún mayor aquí arriba, golpeando contra los cristales, con los truenos estallando demasiado cerca.

—¿Hana? —la llamo, intentando encontrarla y recuperar el aliento.

Nada.

El corazón me golpea con fuerza dentro del pecho.

—¡Hana!

Escucho un sonido bajo procedente del salón.

No es una respuesta.

Es un sollozo ahogado, casi engullido por la lluvia.

Cruzo el espacio corriendo y la encuentro cerca de la pared junto a la ventana, sentada en el suelo, con las rodillas dobladas, una mano sobre el vientre y la otra apretando la tela de su propia ropa. Tiene el rostro mojado de lágrimas, los ojos perdidos y la respiración entrecortada.

La rabia contra mí mismo me golpea con tanta fuerza que casi me marea.

—Hana, soy yo. —Intento controlar la voz, todavía jadeando por el esfuerzo.

Parpadea, pero no parece verme de inmediato.

Me agacho delante de ella, procurando no tocarla hasta que reconozca mi presencia.

—*Mo leannan*, mírame. Estoy aquí.

Otro trueno estalla y ella se encoge, presionándose una mano contra el vientre.

El dolor en mi pecho es físico.

—Estaban en el suelo —susurra con una voz pequeña, rota—. No conseguía hacer que se levantaran.

—Ahora estás conmigo.

—La lluvia no paraba.

—Lo sé. Mírame, Hana.

Intenta respirar hondo y falla.

Entonces le sujeto el rostro con ambas manos, con la firmeza suficiente para traerla de vuelta y con el cuidado necesario para no asustarla todavía más.

—Escucha mi voz. Inspira conmigo.

Niega con la cabeza, desesperada.

—No puedo.

—Sí puedes. Estás conmigo. El bebé está conmigo. Nada va a tocaros mientras yo esté aquí.

Por fin sus ojos se enfocan en los míos.

Solo entonces se da cuenta de mi estado.

El agua resbalando por mi pelo, por mi rostro, la camisa pegada al cuerpo, mi respiración agitada.

—¿No tenías que estar en la reunión...?

—Que le den a la reunión.

Una nueva lágrima resbala por su rostro.

Me mira sin comprender.

—¿Has venido corriendo bajo la lluvia? —pregunta, confundida.

—El coche no avanzaba. Y no existe ningún otro lugar en el mundo donde debería estar que no fuera a tu lado.

Le tiembla la boca.

—Douglas...

La atraigo hacia mí antes de que diga nada más. Viene sin resistirse, agarrándose a mi camisa mojada con tanta fuerza que los dedos le tiemblan contra mi pecho. Envuelvo su cuerpo con el mío, protegiendo su vientre entre nosotros, y noto el momento exacto en que se derrumba de verdad.

—He intentado estar bien —llora contra mí—. He intentado pensar que solo era lluvia, que ya no tenía diez años, que no estaba en aquella calle, pero se ha ido la luz y ha empezado un trueno detrás de otro, y yo solo conseguía volver a verlos.

Cierro los ojos durante un instante.

Si pudiera arrancarle ese recuerdo con las manos, lo haría. Si pudiera volver atrás en el tiempo y poner mi cuerpo entre la niña que fue y aquel hombre armado, lo haría sin dudar.

Como no puedo, haré todo lo que esté en mi mano para no volver a dejar jamás sola al amor de mi vida.

—Nunca volvería a dejarte sola con esto.

Aprieta mi camisa.

—Fui yo quien te pidió espacio, no es culpa tuya.

—Y he intentado dártelo. Pero espacio no significa abandono.

Llora más, y cada uno de sus sollozos parece abrirme por dentro.

—Estoy enfadada contigo.

—Tienes todo el derecho. Hasta yo estoy enfadado conmigo mismo —sobre todo por haberla dejado sola.

—Decides todo, ocultas cosas, haces locuras, metes a la mafia italiana por medio y luego apareces empapado diciendo cosas que hacen imposible seguir enfadada contigo.

—Sigue enfadada. Solo no pienses que tienes que sentirlo sola. Siempre voy a estar aquí por ti. Mientras yo exista, nunca volverás a estar sola.

Levanta el rostro hacia mí, con los ojos rojos, mojados, hermosos de una forma que me destruye.

Y aquí, en el suelo de nuestro ático, con la tormenta golpeando los cristales y todo mi mundo reducido a la mujer que tiembla entre mis brazos, comprendo que me he pasado la vida defendiendo lo equivocado.

El legado Macallan no vale nada si pierdo esto.

Ella.

Nuestro hijo.

La familia que empezó de una forma torcida, equivocada, llena de mentiras, miedo y decisiones impulsivas, pero que se ha convertido en lo único que me haría atravesar una ciudad entera bajo la lluvia sin pensarlo dos veces.

Vuelvo a sujetarle el rostro.

—Te amo.

Hana se queda inmóvil de repente.

Siento que, ahora que he empezado a hablar, ya no puedo detenerme. Creo que es porque he pasado demasiado tiempo fingiendo que no sentía nada, utilizando actos para esconder las palabras que debería haber pronunciado hace mucho.

—Te amo más que a Macallan, más que a cualquier legado, más que al control que me he pasado toda la vida intentando mantener. Te amo cuando estás furiosa conmigo, cuando te enfrentas a mí, cuando intentas alejarme y cuando me miras como si yo fuera el peor error que tu corazón ha decidido cometer. Amo a nuestro hijo, amo la vida que has traído a mi casa, y lo único que de verdad me aterra es imaginar un lugar en el que tú no estés.

Sus lágrimas siguen cayendo.

Su respiración continúa desacompasada.

—He hecho las cosas mal muchas veces —continúo, bajando la voz—. Creía que cuidar de ti significaba solucionarlo todo antes de que sufrieras. Creía que amarte era poner el mundo bajo control

para que nada pudiera alcanzarte. Pero no puedo amarte pasando por encima de ti. Estoy aprendiendo, Hana. Más despacio de lo que debería, porque soy un hombre arrogante y difícil, pero estoy aprendiendo.

Suelta una risa rota entre lágrimas.

—La verdad es que eres muy difícil.

—Muchísimo.

—Creo que también un poquito insoportable y mandón.

—No voy a negarlo. Contra los hechos no hay argumentos.

Apoya la frente contra la mía y sus manos suben hasta mi rostro mojado.

—Yo también te amo —dice, mirándome a los ojos.

Y esas palabras irrumpen en mi pecho como una avalancha.

Nunca he sentido nada parecido, ni siquiera al cerrar los mejores negocios de mi vida.

—Dilo otra vez. Por favor.

Cierra los ojos, con los dedos temblando contra mi piel.

—Te amo, Douglas. Incluso cuando me vuelves loca. Incluso cuando quiero matarte por decidirlo todo. Incluso cuando me da miedo depender de ti y descubrir que, al final, voy a perder a otra persona a la que amo. Te amo tanto que me da rabia, porque ya no sé fingir que eres solo el hombre que puso mi vida patas arriba. Eres el hombre que me hizo entender que estar del revés es estar del lado correcto cuando te tengo a ti.

Apoyo mi boca sobre la suya.

No es un beso de deseo, aunque el deseo está ahí.

Es alivio.

Promesa.

Es la primera cosa verdadera después de una sucesión demasiado larga de verdades dichas tarde.

Ella me devuelve el beso, sujetándome el rostro, todavía llorando, y siento cómo busca mi mano para llevarla hasta su vientre.

—Te queremos —susurra contra mi boca.

Algo dentro de mí cambia.

Una parte que nunca había conocido, porque creí que mi vida consistiría únicamente en vivir por un legado.

Hoy comprendo que existen cosas mucho más importantes que eso.

La atraigo todavía más hacia mí, envolviéndola con mi cuerpo mojado, sentado en el suelo del ático a oscuras, porque no existe reunión, empresa, apellido ni tormenta capaz de arrancarme de allí ahora.

—Entonces déjame quedarme. Cuidar de ti —le pido.

Hana respira hondo, con los ojos clavados en los míos.

—Quédate.

Y, por primera vez desde que volví a Nueva York y Hana entró en mi vida desafiándome con cada respiración, siento que he dejado de luchar contra lo inevitable.

La lluvia sigue cayendo con fuerza ahí fuera.

Todo apagado.

Fuera de mi control.

Aun así, con Hana entre mis brazos diciéndome que me ama, siento que tengo bajo control lo único que de verdad importa.

Capítulo 50
Douglas Macallan

El sonido de la lluvia que sigue cayendo fuera no es nada comparado con el ritmo de nuestra respiración, que va cambiando poco a poco.

Hana todavía tiembla contra mi pecho, pero la vulnerabilidad de su llanto se transforma en algo mucho más denso, en la urgencia ciega de dos cuerpos que se reconocen como refugio en medio del caos.

Aparto el rostro solo lo suficiente para mirar dentro de sus ojos oscuros, que brillan bajo los destellos de los relámpagos que atraviesan el cielo. Mis manos, todavía frías y húmedas por la lluvia que he atravesado en la calle, suben hasta ambos lados de su rostro y la atraen de nuevo hacia mí.

—Voy a reescribir cada puto trueno de tu mente, Hana —susurro, con la voz ronca, en una orden que la hace temblar—. A partir de hoy, cuando el cielo se desplome ahí fuera, no vas a recordar el suelo frío de aquella calle ni el dolor de quedarte sola. Vas a recordar el peso de mi cuerpo contra el tuyo. Vas a recordar mi boca marcándote y mi polla llenándote hasta que no quede espacio para ningún otro recuerdo. Nuestro amor será el único recuerdo que tengas de la lluvia.

Hana deja escapar una bocanada de aire caliente contra mis labios. Sus dedos desabrochan mi camisa y me la arrancan del cuerpo; después se acomoda mejor sobre mi regazo, mirándome a los ojos.

—Hazlo. Hazme olvidar que alguna vez la lluvia me arrebató algo. Haz que el ruido de los truenos solo me recuerde a tu cuerpo chocando contra el mío —murmura, clavándome las uñas en los hombros desnudos mientras sus caderas se impulsan involuntariamente hacia delante, buscando mi erección.

No espero ni un segundo más.

Agarro el cuello de su blusa y la rasgo con un tirón firme, haciendo que los botones salgan disparados por el suelo de mármol del salón y dejando expuesta a la penumbra la piel clara y caliente de su escote. Me levanto con ella en brazos y Hana deja escapar un gemido jadeante mientras me deshago del resto de nuestra ropa y arrojo las prendas a cualquier rincón.

Cuando mi piel completamente desnuda entra en contacto con la suya, el contraste entre su cuerpo caliente y el mío, todavía frío por la lluvia, hace que Hana se estremezca de pies a cabeza. La llevo hasta el ventanal y la apoyo allí con cuidado, atento a su barriga, antes de devorarle la boca en un beso arrollador.

Le levanto una pierna y la acomodo alrededor de mi cintura. Tengo la polla completamente dura, palpitando de deseo, suplicando que la entierre en el único lugar del mundo que me pertenece por derecho y donde quiero estar.

—Douglas... por favor... no me hagas esperar —suplica, con la voz ahogada por la excitación y la entrega, echando la cabeza hacia atrás contra el cristal y dejando expuesta la larga línea de su cuello.

—No vamos a esperar nada, mi amor —gruño contra su piel, bajando la boca por su cuello como castigo y promesa, mordiéndole con fuerza la piel suave y dejando las marcas de mi posesividad.

Deslizo las manos por sus curvas sin dejar de lamer y chupar sus pechos generosos, abriendo espacio entre nosotros hasta alcanzar su intimidad. Separo los labios de su coño con los pulgares y lo que encuentro me hace soltar un gruñido de pura satisfacción.

Hana está completamente desarmada por mí. Incluso con el mínimo roce, está goteando... caliente. Su cuerpo me dice que está preparada para mí.

Le introduzco dos dedos de golpe en el coño empapado, provocando un violento sobresalto en todo su cuerpo. Empiezo a follarla con los dedos a un ritmo rápido mientras mi pulgar frota con

fuerza su clítoris hinchado, haciendo que el cuerpo de Hana entre en convulsión.

—Mira cómo estás por mí, Hana... —gruño junto a su oído, con la lujuria dictando cada palabra mientras continúo el asalto con la mano—. Mira lo mojada que estás, joder. Dime que eres mía.

—Sí... ¡ah! Douglas... soy tuya, joder... ¡fóllame de una vez! —grita, con los ojos entrecerrados de placer y las caderas subiendo y bajando contra mis dedos, desesperadas por sentirme de verdad dentro.

Retiro los dedos y levanto su cuerpo, sujetando sus piernas abiertas alrededor de mi cintura.

—Agárrate a mí, preciosa —digo mientras me rodea los hombros con los brazos y se aferra a mí.

Le sujeto los muslos, alineo la cabeza de mi polla dura con la entrada de su coño y, mirándola fijamente a los ojos, empujo las caderas hacia delante y entro en ella de una sola vez, brutal y profundamente.

—¡Joder! —el rugido se me escapa de la garganta con una violencia que no consigo contener.

Su estrechez es una locura, aplastándome la polla de una forma que me hace ver estrellas en la oscuridad del salón. Hana abre la boca en un grito agudo, con todo el cuerpo temblando entre mí y el cristal mientras asimila el impacto de tenerme completamente dentro. El sonido húmedo e indecente de nuestra penetración estalla en la estancia, mezclándose con el estruendo de los truenos en el exterior. Creamos nuestra propia sinfonía.

—Douglas... es demasiado... Dios... nunca voy a acostumbrarme... —llora de placer, agarrándome los brazos con fuerza mientras empiezo a imponer un ritmo rápido e implacable, haciendo que su culo golpee con fuerza contra mis caderas.

—Siempre será así... siempre vas a ser mía... —digo, follándola sin detenerme, sintiendo el sudor deslizarse entre

nuestros cuerpos—. Voy a estar aquí cada maldita vez para borrar cualquiera de tus dolores.

Aprieto con más firmeza sus muslos y aumento todavía más la fuerza de las embestidas, haciendo que mi mujer jadee, incapaz de responder, perdida en una única oleada de placer.

—Mírame, Hana —ordeno con voz áspera, con la lujuria destruyendo cualquier filtro mientras sigo enterrándome en su estrechez—. Escucha bien el ruido de ese cielo rompiéndose ahí fuera. Cada vez que un trueno retumbe sobre esta ciudad, será mi polla lo que vas a sentir desgarrándote por dentro. Será mi amor llenándote hasta que olvides que alguna vez tuviste miedo de la lluvia. ¡Eres mía, joder! Toda mía.

—Sí... sí... soy tuya, Douglas... ¡folla fuerte a tu mujer, joder! —grita, completamente entregada a la ferocidad que hemos creado juntos, moviéndose contra mi polla con un dominio que me vuelve completamente loco.

Acelero todavía más el ritmo, las embestidas volviéndose rápidas, viscerales, brutales. Siento que las paredes del coño de Hana empiezan a contraerse alrededor de mi polla en oleadas frenéticas, apretándome con tanta fuerza que pierdo la cabeza.

—Córrete, mi amor —ordeno, y eso parece ser el detonante para mi mujer.

Hana se deshace sobre mí, mordiéndome el hombro en un frenesí provocado por el orgasmo mientras se corre alrededor de mi polla. Su cuerpo se tensa, palpita, se cierra a mi alrededor, y cada contracción arranca otro pedazo del poco control que todavía me queda.

Sigo entrando y saliendo de ella a un ritmo más lento, dándole tiempo para volver de las sensaciones, todavía temblando contra mí.

Beso sus labios con una intensidad que me roba el aire, nuestras lenguas moviéndose a un ritmo que parece competir con el de nuestros cuerpos.

Salgo de ella con cuidado, manteniéndola firme entre mis brazos, y la giro de cara al cristal.

—Ahora, *mo leannan*, voy a follarte mientras miras la oscuridad de Manhattan. Mientras ves los relámpagos atravesar el cielo, lo único en lo que vas a poder pensar será en mi polla.

Apoya las palmas contra el cristal y tengo cuidado con su barriga embarazada antes de colocarme detrás de ella.

Vuelvo a entrar en ella desde atrás con toda la fuerza, hundiéndome todavía más profundamente en su estrechez. Le agarro un pecho con una mano, apretando la carne suave, mientras con la otra sujeto con firmeza su cintura y tiro de su cuerpo contra mis embestidas brutales.

Echa la cabeza hacia atrás, el pelo oscuro extendiéndose sobre mi pecho, y grita mi nombre en un tono agudo cuando alcanzo su punto de placer.

Hana tiembla, soltando palabras inconexas entre inglés y japonés.

Sigo presionando los pezones hinchados de sus pechos generosos y llevo la otra mano hasta su sexo, encontrando su clítoris inflamado, suplicando atención.

—Douglas... por favor... no voy a aguantar —murmura, con el cuerpo ardiendo contra el cristal frío.

—Sí que vas a aguantar, mi amor... mira ahí fuera —cuando lo digo, un trueno atraviesa el cielo con un estruendo poderoso al mismo tiempo que Hana tiembla al borde del siguiente orgasmo—. Quiero que solo recuerdes este momento cuando vuelvas a oír un trueno.

Golpeo todavía más fuerte su interior, embistiendo sin piedad a mi mujer mientras mis dedos recorren su centro de placer y se llevan el último hilo de cordura que le queda.

El orgasmo de Hana estalla, bañando mi miembro con su líquido caliente.

La sostengo cuando le fallan las piernas y la mantengo en pie. Ver a mi mujer desmoronarse por completo a causa de mi polla destruye mi última barrera de control.

Le sujeto la nuca con fuerza y pego mi boca a la suya para ahogar su grito mientras doy las últimas embestidas, más profundas y violentas, enterrando el hueso de mi pelvis contra su coño empapado.

—¡Joder, Hana! —el rugido me sale de la garganta en el mismo instante en que mi propio orgasmo explota dentro de ella.

Mi semen se derrama en su interior, llenándole el coño mientras ella sigue contrayéndose frenéticamente a mi alrededor.

Salgo de ella y la cojo en brazos, sentándome en el suelo contra el cristal con Hana acomodada sobre mí. Intentamos recuperar el aliento, con los cuerpos agotados, y pego por completo el mío al de la mujer que ahora es el centro absoluto de mi universo.

Nos quedamos allí, sudados, jadeantes, con los cuerpos unidos y todavía palpitando de placer sobre el suelo del salón a oscuras. La tormenta sigue azotando con fuerza el exterior, pero, cuando miro a Hana contra mi pecho, con el pelo revuelto y la piel enrojecida por la excitación, veo aparecer en sus labios hinchados una sonrisa débil e inmensamente enamorada.

—Gracias por darme un recuerdo nuevo para los truenos —susurra contra mi pecho.

—Si depende de mí, con cada tormenta me encargaré de recordarte cuánto te amo, señora Macallan —digo, besándole el pelo.

—Te amo, mi amor —murmura, y oír su voz baja diciéndome que me ama me calienta por dentro.

Esbozo una sonrisa de medio lado y estrecho todavía más su cuerpo entre mis brazos, con todo el cuidado del mundo, cubriéndonos a los dos con el calor de nuestra entrega mientras la lluvia sigue cayendo fuera, sin ningún poder para hacernos daño.

CAPÍTULO 51
Douglas Macallan

Mi casa está invadida por gente, paquetes, lazos, tonos azules, blancos y dorados, y una cantidad absurda de regalos para un niño que todavía ni siquiera ha nacido.

No es que me esté quejando.

Si dependiera de mí, Kaito tendría una habitación, un ala entera y su propio equipo antes de abrir los ojos por primera vez. Hana dijo que eso era exagerado y, como estoy aprendiendo a escoger mis batallas, me limité a contratar a la mejor arquitecta, aprobar los mejores muebles y mandar reforzar la seguridad tanto de nuestra casa como del ático.

Y ahora observo a mi esposa sentada en el jardín de invierno, preciosa de una forma que todavía consigue hacerme perder unos segundos de raciocinio, con el vientre redondo bajo un vestido claro, mientras Chloe intenta colocarle una banda ridícula alrededor del cuerpo.

—Si eso pone "madre del año", me voy —advierte Hana.

—No pone eso —asegura Chloe, demasiado seria.

Mi esposa entrecierra los ojos.

—Chloe.

—Pone "la madre más peligrosa de Nueva York", porque me ha parecido más apropiado para tu personalidad.

Hana se ríe, y el sonido me atraviesa como algo físico.

Hace dos meses, casi la perdí por culpa del miedo. Después de aquello entendí que las palabras siempre serán mis mejores aliadas con mi esposa. Desde entonces, mantengo a Hana informada de todo lo que hago por ella.

Al otro lado de la estancia, junto a una pila de ropa de bebé, Kenji está al lado de la abuela Emiko, todavía recuperándose de la operación, sentada en un sillón cómodo que mandé colocar allí antes de que llegara todo el mundo. Parece más fuerte, con mejor color. Sigue frágil, rodeada de cuidados, medicación y horarios estrictos, pero viva.

Viva para ver llegar a su bisnieto.

Eso basta.

—Esto es demasiado pequeño —se queja Kenji, sosteniendo un pelele azul.

Hana lo mira.

—Abuelo, los bebés son pequeños.

—Mi bisnieto será fuerte. Necesita ropa decente.

—Va a nacer siendo un bebé, no un samurái —dice Hana, sonriéndole.

Emiko se ríe por lo bajo y Kenji finge que no le ha hecho gracia, aunque tiene los ojos completamente enternecidos mientras contempla la diminuta prenda entre sus manos.

Mi abuelo Hamish, en cambio, no intenta esconder nada.

Está sentado cerca de la mesa de regalos, sosteniendo un par de patucos de lana como si fueran una reliquia familiar.

A sus ochenta y cuatro años, todavía consigue parecer el hombre más intimidante de cualquier habitación cuando quiere. Hoy solo parece un anciano completamente enamorado de un niño que todavía ni siquiera ha llegado.

—Ese chico tiene que visitar Escocia pronto —declara.

—Todavía no ha nacido, abuelo —le recuerdo.

—Mejor que se acostumbre pronto.

—¿A qué? ¿Al frío, al whisky y a hombres Fraser y Macallan intentando convertirlo en leyenda antes de que cumpla tres meses? —pregunto, sin esconder una sonrisa discreta.

—Exactamente.

Hana me lanza una mirada divertida.

—Estoy empezando a pensar que Kaito será insoportable por genética y por convivencia.

—Será brillante —corrige Hamish—. Y tendrá buen paladar. Ya me lo imagino en la destilería.

—Va a beber leche —comenta Chloe.

Mi abuelo la mira.

—Por ahora.

Hana se lleva una mano al vientre y esboza una sonrisa tan bonita que casi olvido que todavía hay más personas en la sala. Estoy seguro de que mi hijo se mueve porque ella me mira de inmediato, llamándome sin decir una palabra.

Voy hasta ella.

Siempre voy.

Me agacho a su lado y apoyo una mano sobre su vientre. Nuestro hijo da una patada contra mi palma, lo bastante fuerte para que Hana contenga el aliento y después se eche a reír.

—Sabe que eres tú —susurra.

No respondo de inmediato.

Hay cosas que todavía me alcanzan de forma inesperada. Pequeños golpes de felicidad que me pillan desprevenido. El movimiento de mi hijo bajo mi mano es uno de ellos. La forma en que Hana dice "eres tú", sin duda, sin miedo, sin corregir mi lugar en su vida, también.

—Hola, hijo —murmuro—. ¿Te está gustando la fiesta?

Vuelve a moverse.

—Eso ha sido un sí —dice mamá, demasiado emocionada como para fingir serenidad.

Mi madre lleva llorando desde que llegó.

Ella y mi abuelo ya han traído tantos regalos para mi hijo que estoy seguro de que creen que Hana y yo no sabríamos preparar un ajuar.

Alistair también parece sospechosamente afectado, aunque finge estar interesado en un vaso de agua con gas como si fuera el asunto más importante de la tarde. Observa a Hana con cariño y después me mira a mí. Hay orgullo en sus ojos. Y algo más silencioso, más pesado.

Conozco a mi padre lo suficiente para saber cuándo carga con una mala noticia.

La fiesta continúa durante un rato más. Chloe organiza un juego que Hana detesta, mi madre compra media tienda de bebés disfrazando las compras de "detalles", Kenji discute con Hamish sobre qué cultura debería enseñarle disciplina primero al niño y Emiko se limita a sonreír, con las manos descansando sobre el regazo y los ojos llenos de una alegría que hace que mi esposa esté a punto de llorar casi todo el tiempo.

Cuando Hana se distrae con Chloe y mi madre, mi padre se acerca a mí junto a la terraza.

—Pareces feliz —comenta.

Miro a mi esposa.

—Lo soy.

—Nunca pensé que llegaría a verlo.

—¿Verme feliz? —pregunto, volviéndome hacia él.

—Verte admitirlo.

Esbozo una sonrisa breve y vuelvo a buscar a Hana con la mirada.

—Hana ha conseguido que esconder algunas cosas sea una pérdida de tiempo.

Mi padre sigue mi mirada. Hana se está riendo de algo que ha dicho Chloe, y mi abuelo aprovecha la distracción para añadir otro

regalo a la pila, probablemente algo absurdo que ella rechazaría si lo viera antes.

—Te ha hecho bien —dice papá.

—Más de lo que me gustaría admitir.

El silencio que llega después no pertenece a la fiesta.

Vuelvo el rostro hacia él.

—¿Qué ha pasado?

Papá tarda unos segundos en responder. La enfermedad lo ha dejado más delgado, pero no menos Macallan. Sigue habiendo acero en su postura, una frialdad antigua que reconozco porque he heredado buena parte de ella.

—Bennett ha muerto.

La noticia no me sorprende.

—Me enteré de que hubo una pelea en prisión —respondo. Mi abogado me informó esta semana.

—La hubo —confirma.

Miro a mi padre con más atención. No aparta los ojos.

—Fuiste tú. —No es una pregunta.

Mira hacia el jardín, donde toda la familia celebra el futuro de mi hijo, y solo entonces responde:

—Bennett robó a la empresa, traicionó a nuestra familia e intentó utilizar años de amistad para protegerse. Te pedí que pensaras en Macallan antes de actuar, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo. Lo hice cuando actué con discreción durante su detención.

—Yo también pensé.

Hay algo casi sereno en su voz.

—¿Y llegaste a la conclusión de que debía morir?

—Llegué a la conclusión de que hombres como Bennett no pagan todo lo que deben en una celda cómoda. Sabía demasiado

sobre nosotros, sobre la empresa, sobre puntos débiles que no deberían existir fuera de la familia. Muerto, se convirtió en un problema cerrado.

Observo a mi padre durante unos segundos.

Y no me sorprende.

Soy quien soy hoy gracias a él.

Así que lo entiendo perfectamente.

Porque, si Bennett hubiera sido únicamente un problema mío, habría hecho lo mismo sin tardar tanto.

—¿Mamá lo sabe?

—Tu madre sabe que ha muerto. El resto no necesita saberlo.

Asiento.

Hana se ríe al fondo, y el sonido impide que la conversación se vuelva más oscura de lo que debería en un día como hoy.

—Podrías habérmelo dicho antes.

—Podría. Pero estabas demasiado ocupado protegiendo a tu esposa, a tu hijo e intentando no convertir su embarazo en un arresto domiciliario.

—Estoy fracasando en esa última parte. —Hana casi acaba conmigo cada vez que la obligo a quedarse en casa o a salir rodeada de seguridad.

—Ya me he dado cuenta.

Suelto una risa baja y él por fin sonríe.

—Lo entenderás todavía mejor cuando nazca Kaito —dice papá—. Hay una parte de un hombre que solo aparece cuando se convierte en padre. Una parte que no negocia.

Mis ojos vuelven a buscar a Hana.

Me encuentra al otro lado de la sala y sonríe.

Una sonrisa pequeña, cansada, feliz.

Mi familia está ahí.

—Creo que esa parte ya ha aparecido —respondo.

Mi padre apoya una mano sobre mi hombro durante un instante.

—Entonces sé mejor que yo donde puedas, Douglas. E igual que yo donde sea necesario.

Antes de que pueda responder, Hamish levanta una pequeña botella de madera tallada, hecha por encargo, con el nombre de Kaito grabado.

—Douglas, ven a ver esto. Tu hijo necesita algo digno para su primera colección.

Hana abre los ojos de par en par.

—¿Primera colección? ¡Ni siquiera ha nacido!

—Precisamente por eso ya vamos tarde —responde mi abuelo.

Chloe empieza a reírse, mi madre vuelve a llorar, Kenji murmura algo sobre exageraciones occidentales y Emiko sonríe con las manos sobre el pecho.

Regreso junto a Hana y le beso la coronilla antes de sentarme a su lado. Mi esposa me coge de la mano y entrelaza nuestros dedos sobre su vientre.

—¿Todo bien? —pregunta, conociéndome más de lo que debería.

La miro.

A Kaito.

A la familia que ha llenado mi casa de ruido, regalos y amor.

—Está perfecto, *mo fhlùr*.

Y, en ese momento, pese a las sombras que siguen existiendo ahí fuera, digo la verdad.

Porque dentro de aquella sala, con Hana a mi lado y nuestro hijo siendo amado incluso antes de nacer, nada en el mundo parece lo bastante fuerte como para tocar lo que es mío.

CAPÍTULO 52
Hana Macallan

Unos meses después

Miro mi barriga, ya muy avanzada, en el espejo y no puedo evitar una enorme sonrisa.

—Ya vamos al centro comercial y podremos comer ese dulce que me estás haciendo desear, pequeño inquieto —susurro hacia mi vientre, porque las ganas de comer ese maldito chocolate casero que venden allí me están matando.

Kaito parece notar que hablo de él y se remueve dentro de mí. Desde que supimos el sexo, buscamos un nombre bonito y que estuviera a la altura de mi pequeño.

Douglas me abraza por detrás, acariciando la piel que llevo al descubierto, y nuestro hijo se agita para él.

—Hoy está imposible —comento mientras veo en el espejo el reflejo de mi marido sonriendo.

Douglas me gira hacia él y se agacha hasta quedar con la cabeza a la altura de mi barriga.

—Hola, hijo. ¿Hoy estás dándole guerra a tu madre? ¿Qué tal si te comportas y dejas que esté bien? Ya falta muy poco para que vengas a nuestros brazos. —Besa mi vientre—. Papá se muere de ganas de conocerte.

Una lágrima tonta se me escapa de los ojos.

Tengo muchísimo miedo de que esta paz frágil que tenemos se pierda.

—¿Por qué lloras, mi amor? —pregunta mi marido, incorporándose y secándome el rostro.

Esbozo una pequeña sonrisa.

—Solo estoy emocionada. Y un poco asustada —confieso.

—¿Asustada de qué?

—De que se acabe esta paz que estamos viviendo. De que aparezca Elliot. De que la abuela vuelva a enfermar...

Aunque su trasplante fue un éxito y ahora está mucho mejor, sigo teniendo miedo de perderla. Al fin y al cabo, necesitará cuidados constantes durante el resto de su vida.

—No tienes por qué tener miedo de nada de eso. Elliot no volverá a hacernos daño. Ahora mismo él y su familia están demasiado ocupados intentando recuperarse. Algo que, sinceramente, me parece bastante difícil que consigan —confirma con una sonrisa sádica en el rostro.

—La forma en que disfrutas arruinando la vida de quienes creen que pueden enfrentarse a ti siempre resulta encantadora.

—Me alegra que mi forma de ser te resulte encantadora, mi flor.

Me echo a reír, porque nunca pierde la arrogancia.

—¿Te estás arreglando para salir? —pregunta ahora, aparentemente fijándose en lo que llevo puesto.

—Sí, tengo que recoger un encargo que hice en el centro comercial y después pasar a ver a mis abuelos.

—¿Solo eso? —pregunta, mirándome como siempre, como si pudiera verme el alma.

—Dios, ¿puedes dejar de intentar adivinarlo todo?

—No. Porque simplemente sé cuándo mi mujer tiene antojo de algo.

—Eres insoportablemente maravilloso. ¿Cómo se supone que no voy a amarte así?

—Es una misión imposible, mi amor. Termina de arreglarte y te llevo al centro comercial.

No consigo ocultar la sonrisa que se extiende por mi rostro.



Salir a comprar chocolate debería ser algo trivial, como siempre lo fue en mi vida. Sin embargo, después de convertirte en una Macallan, nada en tu vida puede considerarse normal. Todo se hace siguiendo una agenda, con agentes de seguridad moviéndose por ahí sin dejarse ver.

Douglas protege mi seguridad y la de Kaito como si fueran a secuestrarnos en cualquier momento.

Camina a mi lado observándolo todo a nuestro alrededor. Y su presencia, por sí sola, atrae miradas. Los curiosos nos rodean; nuestra historia circuló por internet porque, al fin y al cabo, casarte con el mayor magnate de las bebidas del mundo llama algo la atención.

Simplemente he dejado de preocuparme por si creen que di el golpe del siglo o no. Sé que lo que Douglas siente es lo bastante verdadero como para que haga cualquier cosa por mí y por nuestro hijo.

—Sabes que estás asustando a la gente, ¿verdad? —murmuro mientras elijo los chocolates del escaparate.

—Solo estoy respirando.

—Respirando con cara de que vas a comprar el centro comercial y despedir a la mitad de los empleados.

—Si eso sirve para que no estés expuesta a ningún peligro, puedo planteármelo.

Me río mientras cojo la caja con los dulces que Kaito ha exigido con la autoridad de alguien que ni siquiera ha nacido y ya manda sobre mí.

Después pasamos por una tienda de bebés, porque cometí el error de mirar una diminuta prenda azul marino y Douglas decidió que nuestro hijo la necesitaba, junto con otros tres conjuntos, una manta y unos patucos que probablemente costaban más que mi primer sueldo en Macallan.

—Como mucho lo usará dos meses —le recuerdo.

—Entonces compraré otra talla después.

—Te juro que acostumbrarme a esto es casi imposible.

—Con el tiempo te acostumbras. Solo tienes que fijarte en que ya estás usando la ropa que te compré.

Lo miro con ganas de pegarle, pero no se equivoca. No es difícil acostumbrarse a las cosas buenas.

—Que me haya acostumbrado no significa que vaya a tirar el dinero, señor Macallan.

—Esto es una inversión en mi familia —dice en tono burlón, con una sonrisa en el rostro.

Pongo los ojos en blanco, pero no consigo dejar de sonreír.

Últimamente sonrío demasiado cuando estoy cerca de él.



Nos dirigimos al aparcamiento. Llevo la caja de chocolates en una mano y la otra descansa sobre mi barriga. Douglas camina a mi lado con una mano apoyada en mi zona lumbar, de esa forma protectora que antes me hacía querer discutir y ahora simplemente me hace sentir segura.

Kaito se mueve.

—Le ha gustado el chocolate antes incluso de probarlo —comento.

—Mi hijo tiene buen gusto.

—Tu hijo está heredando tu forma de ser desde el útero.

Douglas esboza una sonrisa de medio lado y abre el coche. Uno de los agentes de seguridad está a unos pasos detrás de nosotros, el otro más cerca de la salida, y todo parece tan normal que, durante un instante, me permito relajarme.

Gran error.

Douglas abre la puerta trasera para guardar las bolsas y aparta la mano de mi espalda durante apenas unos segundos.

Es tiempo suficiente.

Siento un tirón brusco en el brazo antes incluso de ver de dónde viene. La caja de chocolates cae al suelo, algunas bolsas se desploman cerca de mis pies y mi cuerpo es arrastrado hacia atrás con tanta fuerza que un grito me desgarra la garganta. Un brazo me aprisiona contra un pecho delgado, duro, extraño, y su olor me llega antes que su voz.

Elliot.

Se me hiela la sangre.

—¿Me has echado de menos? —susurra junto a mi oído con esa voz que ahora solo me provoca náuseas.

Douglas se gira en el mismo instante.

Nunca había visto su rostro así.

No hay sorpresa ni vacilación.

Solo una violencia tan fría que, durante un segundo, creo que avanzará sin pensar.

Entonces aparece la hoja junto a mi cuello y todo se detiene.

Mi cuerpo entero se queda rígido.

Mi mano va directamente al vientre, intentando proteger a Kaito de algo que está en mi cuello y, aun así, parece apuntarle a él.

—Suéltala —dice Douglas en voz baja.

Un tono tan frío que me sobrecoge.

Elliot se ríe, pero el sonido sale roto, enloquecido.

—¿Ahora sí hablas conmigo, Macallan? Qué curioso lo educado que te vuelves cuando no puedes mandar a tus perros a pegarme.

Los agentes se detienen donde están. Uno de ellos lleva una mano hacia el interior de la chaqueta, pero Elliot presiona un poco más el cuchillo contra mi piel y siento un escozor que me obliga a contener el aire.

—No —ordena Douglas sin apartar los ojos de mí—. Que nadie se mueva.

El brazo de Elliot aprieta mi barriga por encima y se me escapa un sonido de pánico antes de poder controlarlo.

—No lo toques —susurro, más asustada que furiosa.

—¿Lo? —Elliot escupe la palabra con odio—. ¿Ahora es él? El hijo que me robaste ya tiene hasta nombre, apuesto.

—Tú no querías a este bebé —grito, con la voz temblorosa—. Me dijiste que abortara. —Me aseguro de recordarle el monstruo que es.

—Estaba enfadado.

—No. Solo estabas siendo tú.

El cuchillo sube un poco y toca justo debajo de mi mandíbula.

—Cuidado, Hana. No estás en la mejor posición para soltar esa lengua.

Douglas da un paso.

—Si haces daño a mi esposa, Hale, dejarás de respirar.

Elliot vuelve a reírse, pero le tiembla el brazo. Está delgado, respira de forma irregular y tiene una desesperación peligrosa. Ya no parece el hombre arrogante que me trataba como algo garantizado. Ahora solo es alguien que lo ha perdido todo y quiere arrastrarme al mismo agujero.

—*Tu* esposa. *Tu* hijo. *Tu* familia. Coges todo lo que no es tuyo y crees que el dinero lo arregla. Pero voy a acabar con esta mentira. Exigiré una prueba de ADN. Voy a contarle a todo el mundo que este niño es mío. Quiero ver a la prensa cuando descubra que el gran Douglas Macallan montó todo un teatro para criar al hijo de otro hombre.

El aparcamiento da una vuelta a mi alrededor.

Siento el corazón latirme con tanta fuerza que parece a punto de salirse del pecho.

—Vas a dejarnos en paz —intento decir, pero la voz me falla a mitad de frase.

—He perdido mi trabajo, contratos, contactos, respeto. Mi familia está acabada por culpa de vosotros dos. ¿Crees que voy a marcharme sin nada mientras él se queda con mi hijo? —gruñe, con el resentimiento rezumando de cada sílaba.

Mi hijo.

Las palabras me provocan náuseas.

—No es tuyo —dice Douglas con una calma que me asusta.

Elliot vuelve a presionar el cuchillo.

—La biología no está de acuerdo.

—La paternidad no es biología. Es una elección. Y tú elegiste dejar de existir cuando le dijiste a Hana que se deshiciera de él.

La respiración de Elliot me calienta el oído, irregular y repugnante.

—Cállate. O quizá simplemente la mate y entonces no habrá ningún padre elegido.

El metal vuelve a tocarme la piel y entonces todo se mezcla.

El cuchillo.

El olor a cemento mojado que llega desde la calle.

El sonido lejano de un coche atravesando un charco.

Mi mano sobre el vientre.

El estúpido antojo de chocolate.

Mi petición de salir.

Mis padres en el suelo porque yo quise taiyaki.

El aire desaparece de mis pulmones.

—Yo he hecho esto —susurro, y no sé si alguien me oye hasta que siento que toda la atención de Douglas se concentra en mí—. Yo quise salir. Yo quise el chocolate. Siempre pido algo y alguien a quien amo acaba pagando por ello.

El rostro de Douglas cambia.

—Hana, mírame. No. Esto no es culpa tuya.

Elliot se ríe junto a mi oído.

—Parece que ella sabe perfectamente lo que es.

Douglas aparta la mirada de mí para clavársela a él, y todo el aparcamiento parece enfriarse.

—Una palabra más y te arrancaré la lengua antes de matarte.

El brazo de Elliot aprieta mi cuerpo.

—Entonces ven.

Todo ocurre demasiado rápido.

Uno de los agentes, que se había ido desplazando lentamente entre los coches mientras Douglas mantenía hablando a Elliot, aparece por un lado. Agarra la muñeca con la que Elliot sostiene el cuchillo y la retuerce con fuerza. La hoja cae al suelo y, antes de que Elliot pueda reaccionar, el otro agente le golpea en el rostro, haciendo que su cuerpo se estrelle contra el lateral de un coche.

Douglas me arrastra lejos de él en el mismo instante.

No sé si se movió antes de que cayera el cuchillo o después.

Solo sé que, de repente, estoy entre sus brazos, con el rostro contra su pecho, una de sus manos en mi nuca y la otra firme sobre mi vientre.

Elliot intenta levantarse, pero uno de los agentes vuelve a golpearlo, esta vez con la fuerza suficiente para dejarlo inconsciente.

Todo mi cuerpo empieza a temblar.

—Hana.

—Yo he hecho esto —lloro contra la camisa de Douglas—. Yo pedí salir, yo...

Dios, no quiero convertirme en este charco de autocompasión, pero es demasiado.

Demasiados sentimientos, demasiadas hormonas, demasiado miedo a volver a perder a quienes amo.

—No. —Me sujeta el rostro con ambas manos, obligándome con cuidado a mirarlo—. Escucha lo que te estoy diciendo. Tú no has hecho esto. La culpa es de Elliot. La culpa fue del hombre que apuntó con un arma a tus padres. Nunca fue de la niña que quería un dulce. Nunca fue de la mujer que quería chocolate. Querer vivir no mata a las personas que amas.

Las lágrimas caen sin control.

—Podía haberte hecho daño.

—No lo ha hecho.

—Podía haberle hecho daño a Kaito.

Su expresión se rompe durante un instante.

Solo uno.

Antes de que vuelva la firmeza.

—Nadie va a tocar a nuestro hijo.

Kaito se mueve dentro de mí, con fuerza, casi hasta doler, y agarro la mano de Douglas para llevarla hasta mi vientre.

—Se está moviendo.

—Sí. Le está recordando a su madre que él también es fuerte.

Douglas baja la mirada y toda su furia parece concentrarse en ese pequeño movimiento bajo mi piel.

—Él está aquí. Tú estás aquí. Yo estoy aquí. Estamos bien. Todo va a salir bien.

Intento respirar, pero todavía duele.

—Pensé que iba a perderos —susurro.

—No vas a perderme porque hayas tenido un antojo, Hana. No vas a perder a nuestro hijo porque quisieras salir de casa. No eres una maldición. Eres la mejor parte de mi vida. —Un sollozo me atraviesa y él vuelve a atraerme hacia sus brazos—. Respira conmigo, *mo leannan*. Despacio.

Me aferro a su camisa e intento seguir su ritmo mientras los agentes arrastran a Elliot inconsciente lejos de allí. Douglas no aparta la mano de mí, no mira ninguna otra cosa durante unos segundos, y eso me ayuda a mantenerme en el presente.

Cuando por fin levanta el rostro, su voz cambia.

—Lleváoslo. Voy a llevar a Hana al hospital para asegurarme de que todo está bien y después me reuniré con vosotros.

—Douglas...

Vuelve toda su atención hacia mí.

—Ha puesto un cuchillo en tu cuello y ha amenazado a mi hijo. Esto termina hoy.

—¿Qué vas a hacer?

Su mano me acaricia el rostro y me seca una lágrima con un cuidado exagerado, en contraste con lo que pretende hacer con Elliot.

—Resolver lo de Elliot de una vez por todas. ¿Te parece bien?

—Mientras no acabes en la cárcel ni te hagan daño, solo quiero saber que no volverá a molestarnos nunca más.

—Todo irá bien. Ahora vamos al hospital.

Douglas mantiene mi mano sobre el vientre, firme y caliente.

La frase no borra el miedo, ni deshace el roce de la hoja, ni arranca de mí a la niña que todavía cree que destruyó a sus padres por culpa de un dulce.

Pero me da suelo suficiente para volver a respirar.

Mientras los agentes se llevan a Elliot inconsciente, Douglas me mete en el coche.

Y, por primera vez, intento creer lo que me ha dicho.

No fue culpa mía.

Querer algo no mata a quienes amo.

El hombre del arma fue el culpable.

Elliot fue el culpable.

Yo no.

CAPÍTULO 53
Douglas Macallan

Me ajusto el cuello de la camisa mientras cierro la puerta de la habitación del hospital con el mayor cuidado del mundo, haciendo que el pestillo se deslice sin emitir un solo ruido para no despertarla. El olor a antiséptico parece pegárseme al cuerpo, un maldito recordatorio de lo cerca que he estado hoy de ver destruido todo mi mundo.

El médico me detiene en mitad del silencioso pasillo del ala VIP. Mira a Hana, dormida al otro lado del cristal de la puerta, y después se vuelve hacia mí, revisando el historial digital con una seriedad que me hiela la sangre durante un segundo.

—Señor Macallan, su esposa por fin se ha quedado dormida. El estrés que ha sufrido le ha hecho subir la tensión y ha tenido un pequeño sangrado. Las pruebas muestran que, por ahora, su hijo está perfectamente seguro —dice en voz baja—. La señora Macallan tendrá que quedarse en observación. El cuello del útero sigue cerrado, pero, por su estado general y lo avanzada que está la gestación, le recomiendo que haga todo el reposo posible para evitar un parto prematuro. Y usted tendrá que mantenerla completamente tranquila.

—Lo haré —respondo, sintiendo miedo de que pueda sufrir alguna complicación por culpa de un problema que no conseguí evitar—. Gracias, doctor.

Asiente y se aleja. Miro una última vez a través del cristal redondo de la puerta. Hana está tumbada, más pálida de lo habitual, con la vía del suero sujeta a la mano, pero la expresión de su rostro por fin está relajada.

Mi hijo está vivo. Ella está viva.

Siento un golpe de alivio en el estómago, pero el calor que me sube por las venas justo después es odio puro. Una rabia

visceral, acumulada desde el instante en que vi a ese hijo de puta sosteniendo una hoja contra su cuello.

No tengo tiempo. Chloe acaba de avisarme de que ha llegado, así que sé que Hana no estará sola mientras yo salga.

El médico ha sido claro: necesita tranquilidad para no sufrir un parto prematuro, y me niego a no estar sentado junto a esa cama cuando mi mujer abra los ojos. Eso significa que el asunto que me espera tiene que resolverse ahora.

Camino hacia el ascensor con pasos rápidos y pesados. Angus ya me espera en el aparcamiento subterráneo, sosteniendo abierta la puerta del coche. La mirada de mi hombre de seguridad es sombría, concentrada.

—¿Cómo está? —pregunto, entrando en el asiento trasero mientras arranca el coche, haciendo chirriar los neumáticos sobre el asfalto.

—Atado y encerrado en el almacén del puerto, con los agentes que se lo llevaron.

—Perfecto. —Lleno los pulmones de aire, sintiendo la rabia latirme en las sienes—. Otra cosa: quiero saber quién fue responsable del fallo de seguridad.

Angus me mira por el retrovisor y sé que ya esperaba esa pregunta.

—Ya sé quiénes fueron y están apartados. El resto del equipo está siendo revisado.

—Quiero fuera a todos los que eran responsables del perímetro y permitieron que Elliot se acercara. Un error así no puede volver a ocurrir.

—Sí. Ya me estoy encargando.

—Perfecto. Ahora ve tan rápido como aguante este puto coche, Angus. Tengo poco tiempo para arrancarle el alma del cuerpo a ese desgraciado y volver con mi mujer.

El trayecto hasta la zona portuaria pasa como una mancha borrosa. Cuando el coche por fin se detiene dentro del almacén industrial aislado, bajo sin prisa, me quito la chaqueta y la dejo sobre el asiento. Desabrocho los puños de la camisa y me remango hasta los antebrazos.

Entramos en el sótano. Allí abajo, la iluminación se reduce a unas cuantas bombillas amarillentas colgando del techo. Y justo allí, atado a una silla de hierro con cuerdas que ya le cortan la piel, está Elliot.

En cuanto mis pasos pesados resuenan sobre el hormigón, levanta la cabeza, abre los ojos de par en par y empieza a forcejear contra la silla, haciendo que el metal raspe el suelo. Angus avanza y le arranca la mordaza de la boca con un tirón brusco.

—¡Douglas! ¡Douglas, por favor, por el amor de Dios, escúchame! —Elliot empieza a gritar de inmediato, con la voz aguda y el llanto ruidoso rebotando contra las paredes—. ¡Fue un accidente, te juro por lo más sagrado que no quería hacerle daño a Hana! El cuchillo... ¡déjame ir, por favor!

No respondo con palabras.

No hay espacio para el diálogo.

Cruzo la distancia que nos separa en dos grandes pasos y descargo toda la furia que he guardado en el pecho directamente contra su cara.

Mi primer puñetazo impacta de lleno en su mandíbula. El chasquido seco de un hueso al romperse resuena en el espacio al mismo tiempo que su cabeza sale despedida hacia un lado con violencia. Suelta un gemido ahogado, pero no le doy tiempo ni a respirar. Le agarro del pelo con la mano izquierda, le tiro de la cabeza hacia delante y lanzo un segundo puñetazo, reventándole la nariz.

La sangre brota al instante y salpica directamente la tela blanca de mi camisa.

—No vas a salir vivo de aquí. Nunca existió ninguna posibilidad de que siguieras existiendo en un mundo en el que pudieras hacerle daño a mi mujer —digo, golpeándolo en el estómago y arrancándole el aire de los pulmones.

Le levanto la cabeza. El rostro empieza a hinchársele, marcado por cortes y con la sangre bajándole por la piel.

Suelta una risa ronca y escupe sangre.

—Te mereces a esa zorra. Vas a pasarte la vida mirando a ese bastardo y sabiendo que es mío...

No espero a que termine y le doy una patada en la cara, derribándolo al suelo junto con la silla.

Con él tirado allí, todavía atado, golpeo su pecho con toda la rabia que siento hasta oír cómo sus costillas se rompen bajo mi zapato. Se atraganta con su propia sangre, sin suficiente aire en los pulmones.

—Levantadlo —ordeno.

Angus y otro agente vuelven a poner la silla en pie, dejando a Elliot de nuevo frente a mí.

Tiene el ojo derecho tan hinchado que permanece cerrado. Me mira con el otro, respirando con dificultad y con el miedo completamente expuesto.

—Esto es para que entiendas que Kaito es mi hijo. Nada de él es tuyo. Nunca lo será. Cada vez que mire a mi hijo, lo único que veré será el amor que existe entre Hana y yo.

—Douglas, por favor... ¡para! ¡Ten piedad! —consigue balbucear entre los dientes rotos, escupiendo sangre, pero la palabra piedad solo consigue que quiera destruirlo todavía más.

—¿Piedad? —gruño, con una voz salida directamente del infierno.

Le agarro del cuello de la camisa con ambas manos, arrancándolo parcialmente de la silla, y vuelvo a destrozarle la cara a golpes, descargando la rabia que me hierve en el pecho.

Uno, dos, tres golpes seguidos, sin detenerme, descargando todo el peso de mi cuerpo en cada impacto. Siento cómo la piel de su rostro se desgarra todavía más bajo mis puños, siento cómo se le aflojan los dientes y el sonido de mi piel contra sus huesos llena el almacén.

Ese hijo de puta puso una hoja en el cuello de mi mujer.

Amenazó a mi hijo.

Con cada puñetazo entierro la imagen de Hana llorando, haciéndole pagar cada segundo de pánico que pasó por culpa de esta basura.

—¿Ahora entiendes que nunca hubo ninguna posibilidad? —pregunto, respirando con fuerza—. ¿Que, desde el momento en que la amenazaste, firmaste tu sentencia de muerte?

Tengo las manos completamente cubiertas de su sangre caliente. Elliot ya ni siquiera consigue formar palabras; tiene el rostro convertido en una masa deforme, hinchada, morada y abierta, con los ojos casi completamente cerrados por la inflamación. Llora como una criatura herida, tosiendo y atragantándose con su propia sangre.

Me aparto un paso y respiro hondo, con los puños palpitándome por la violencia de los impactos. Miro a Angus, que contempla todo en silencio, impresionado por la brutalidad cruda que acabo de mostrar.

No es algo que haga habitualmente. Normalmente me limito a ordenar una ejecución. Pero Elliot es demasiado personal como para permitir que otra persona tenga el placer de acabar con su miserable vida.

—El martillo —ordeno con voz fría.

Angus avanza y me entrega el pesado martillo de presión de la caja de herramientas. Elliot intenta enfocar con el único ojo que consigue abrir el metal brillante y un gemido de puro horror sale de su boca destrozada.

—No... por favor... no hagas esto... —balbucea, con todo el cuerpo sacudiéndose mientras intenta apartar las piernas y Angus le inmoviliza las rodillas con el peso de su propio cuerpo.

—Esto es por el peligro al que la expusiste —digo, y bajo el martillo con toda mi fuerza sobre su rodilla izquierda.

El sonido de la rótula haciéndose añicos es fuerte. Elliot lanza un alarido inhumano, una línea continua de pura agonía que desgarra el silencio del almacén mientras su cuerpo entra en shock y tiembla violentamente de dolor bajo las cuerdas.

No siento absolutamente nada salvo prisa.

El tiempo corre.

Hana puede despertarse en cualquier momento.

Dejo caer el martillo al suelo y cojo los alicates de torsión de la caja. Vuelvo a colocarme frente a él, ignorando sus gemidos agónicos y su llanto arrastrado.

—Douglas... mátame... por favor —suplica, con la voz reducida a un hilo entre tos y sangre.

Su miedo grita mientras deja de ser cualquier cosa delante de mí.

—Ese es el plan, Elliot —respondo, agarrándole la barbilla con fuerza y obligándolo a verme una última vez—. Nadie toca lo que es mío y sigue respirando.

Abro los alicates y los coloco directamente sobre la nuez de su garganta, apretando el metal contra el cartílago con una fuerza implacable. Elliot abre los ojos en un último destello de pánico absoluto antes de que fuerce la herramienta hacia dentro y le aplaste la tráquea de una sola vez.

El sonido de su asfixia es ruidoso, desagradable, aire intentando atravesar carne destruida. Se retuerce en la silla durante unos segundos más, con los dedos arañando el metal y el rostro pasando del rojo a un tono morado azulado grotesco, hasta que finalmente su cuerpo pierde toda fuerza.

La cabeza de Elliot Hale cae hacia delante.

Completamente sin vida.

Permanezco quieto durante unos instantes, controlando mi propia respiración. Miro el cadáver del hombre que creyó que podía destruir a mi familia y no siento nada.

Era un estorbo.

Ahora solo es basura.

—Angus, llama al equipo de limpieza. No quiero que quede nada de él que pueda contar la historia.

—Déjamelo a mí. Vuelve al hospital, yo me encargo de todo.

La utilidad de tener contactos es una de las mejores cosas que me ha dado mi apellido.

Camino hacia las escaleras sin mirar atrás. Subo los peldaños de hormigón y regreso a la zona principal del almacén. Cojo una botella de agua, me lavo minuciosamente los brazos y las manos, eliminando cualquier rastro de sangre. Saco una camisa limpia que siempre llevo en el coche, me pongo la chaqueta, me ajusto las mangas y compruebo la hora en el reloj.

Todo resuelto de forma definitiva.

Elliot Hale ha dejado de existir.

Entro en el coche y salgo hacia el hospital con el corazón por fin en paz.

Hana ya no tendrá que preocuparse por nada más.

Ahora, mientras atravieso las avenidas de Nueva York, la única imagen que ocupa mi mente es el rostro de mi esposa.

Voy a volver con ella y voy a asegurarme de que nunca más tenga que sentir miedo de nada mientras viva.

Mi verdadero legado está a punto de nacer.

CAPÍTULO 54
Hana Macallan

Douglas no me ha dejado respirar sola durante el último mes y medio, desde que el médico dijo que necesitaba guardar reposo, sin esfuerzos y sin ningún tipo de estrés.

Me he cogido la baja laboral porque, por lo visto, mi marido se considera demasiado estresante para mí. Dijo que es un jefe insoportable y, lo peor, es que ni siquiera puedo llevarle la contraria.

Por lo demás, he ayudado a Douglas con algunos ajustes relacionados con el nuevo socio del cristal y, por increíble que parezca, todo ha quedado incluso mejor que antes. La antigua prácticamente desapareció después de perder una asociación tan importante como Macallan.

Mi abuela se ha recuperado muy bien del trasplante y jamás imaginé que me haría tan feliz saber que le debemos un favor a la mafia italiana.

Pero lo que más tranquilidad me ha dado para quedarme en casa descansando durante este último periodo ha sido saber que Elliot nunca volverá a aparecer delante de mí ni podrá hacerle daño a mi hijo.

Cuando desperté en el hospital y vi las manos de mi marido heridas, el miedo me recorrió por dentro. Pero, cuando me explicó que se había hecho daño descargando su rabia contra Elliot, sentí dentro de mí una extraña sensación de paz.

Podría sentir miedo de Douglas al saber que sería capaz de matar por mí, pero, por muy loco que parezca, lo que sentí fue tranquilidad al saber que siempre estará aquí por nosotros dos.

—*Mo leannan*, ¿cómo estás? —pregunta Douglas, entrando en la biblioteca donde estoy sentada leyendo.

—Estoy notando una contracción muy leve, como la última vez. —Hace unos dos días tuve contracciones de entrenamiento y mi marido casi sufrió un infarto.

—¿Estás segura? —pregunta, con la voz algo preocupada.

—Sí, mira. —Me pongo de pie para demostrarle que estoy bien y, en ese mismo instante, siento líquido deslizándose entre mis piernas. Mi marido también se da cuenta de inmediato.

—¿Has roto aguas? —su voz sale apenas como un hilo, con los ojos desorbitados.

—Sí. Vale, esto ya no es entrenamiento. Llama a la médica; yo voy a ducharme antes de que vayamos al hospital.

—Vale, haremos exactamente lo que habíamos planeado —dice, y estoy segura de que ya está repasando mentalmente todo el plan del parto.

—Douglas —lo llamo, porque ya está perdido dentro de su propia cabeza.

—Voy a llamar a la médica, a Angus, avisar a mi madre, a tus abuelos, a Chloe, comprobar la bolsa, pedirle a Donna que prepare algo ligero por si consigues comer antes de salir y...

—Douglas.

Se detiene y me mira, todavía con el móvil en la mano y los ojos azules tan abiertos que casi me río.

Casi.

Porque empieza una contracción, distinta de las anteriores, más firme, tirando de mi cuerpo de una forma que me obliga a apoyar una mano sobre la mesa.

Mi marido cruza el espacio en el acto.

—¿Hana?

—Creo que ahora sí va en serio —digo en voz más baja, con una mezcla de miedo y emoción que hace cambiar sus ojos.

Douglas me coge de la mano y apoya la otra en mi zona lumbar, con la firmeza suficiente para mantenerme en pie.

—Mírame, *mo leannan*. Vamos a hacer esto juntos.

Otra contracción me atraviesa.

—Hablas como si tú también fueras a empujar a un niño fuera de tu cuerpo.

—Si pudiera, lo haría.

—Claro que lo harías. Señor Control incluso durante el parto de otra persona.

Esboza una pequeña sonrisa, pero le tiembla la mano cuando me toca el rostro.

Y eso me desarma un poco, haciendo que durante un instante me olvide del dolor.

Douglas Macallan, el hombre que se enfrenta a todo con esa calma irritante de quien nació para dominar el caos, está temblando porque nuestro hijo ha decidido nacer.

Nuestro hijo.

Me llevo una mano al vientre y siento moverse a Kaito, como si él también supiera que ha llegado el momento.

De repente, todo el miedo que he cargado desde aquellas dos líneas rosas en la prueba se mezcla con esa ansiedad buena de saber que voy a verle la carita.

He pasado de ser una mujer aterrorizada por estar embarazada de un hombre que me rechazó a ser la esposa de otro que sostuvo mi mundo entre sus dos manos, incluso cuando lo hizo de la forma más insoportable posible.

Y ahora mi hijo está llegando.

Nuestro hijo está llegando.

—Hoy vamos a conocer a nuestro niño —susurro.

Douglas apoya la frente contra la mía.

—Sí, mi amor.



El trayecto hasta el hospital es extrañamente tranquilo y caótico al mismo tiempo. Douglas habla con la médica, lo confirma todo con el hospital, manda mensajes que no consigo seguir y, aun así, mantiene mi mano entrelazada con la suya durante todo el camino. Con cada contracción, deja inmediatamente lo que esté haciendo y centra toda su atención en mí, guiando mi respiración con una calma que no encaja en absoluto con la palidez de su rostro.

Cuando llegamos, el equipo ya nos está esperando.

Mi abuela llega un rato después con mi abuelo. Mi madre escocesa adoptiva, también conocida como Moira, aparece llorando antes incluso de entrar en la habitación. Alistair llega con una sonrisa orgullosa y Chloe aparece poco después con una sonrisa enorme.

Mi abuela se acerca despacio, con los ojos vivos y llenos de lágrimas. Me toca el rostro y después el vientre.

—Mi bisnieto está llegando —dice en voz baja, besándome la frente.

Se me cierra la garganta.

Durante mucho tiempo tuve miedo de que no estuviera aquí para vivir esto. Miedo de que Kaito naciera en un mundo en el que una de las personas que más me ha amado ya se hubiera marchado.

Pero está aquí.

Está bien.

Y todo gracias al hombre al que un día juré odiar.

—Sí —respondo, llorando sin poder evitarlo—. Ha esperado a que usted se pusiera bien.

—Niño educado —dice la abuela, emocionada.

—Ha salido a mí —comenta Douglas.

Mi abuelo emite un sonido de desaprobación.

—La arrogancia no es educación.

—Eso también lo ha heredado de mí.

Hasta la médica se ríe cuando entra para examinarme.

Las horas siguientes parecen hechas de intervalos confusos.

Dolor.

Respiración.

Manos sujetando las mías.

Douglas contando el tiempo entre las contracciones, masajeándome la espalda, acompañándome como puede.

En algún momento le ordeno que deje de mandar sobre todo el mundo.

En otro, le suplico que no me suelte la mano.

No la suelta.

Ni cuando aprieto demasiado fuerte.

Ni cuando insulto.

Ni cuando lloro diciendo que no puedo.

Se queda allí, con el rostro cerca del mío, repitiendo que lo estoy haciendo bien, que soy fuerte, que Kaito está llegando, que él está conmigo.

Y, en el momento en que el dolor parece ocuparlo todo, escucho el primer llanto.

El mundo entero parece detenerse dentro de mí.

—¿Ha nacido? —mi voz sale rota—. Douglas, ¿ha nacido?

Mi marido no responde de inmediato.

Cuando lo miro, veo lágrimas en sus ojos.

Nunca lo había visto llorar.

—Ha nacido —consigue decir con voz ronca—. Está aquí, *mo leannan*.

Empiezo a llorar de una forma que no consigo controlar cuando colocan a Kaito sobre mi pecho. Es pequeño, caliente, arrugadito, indignado con el mundo y la cosa más preciosa que he visto en toda mi vida.

Mi hijo.

Mi bebé.

Perfecto de una manera que no sé explicar.

—Hola, mi amor —susurro, acariciándole la espalda con cuidado—. Hola, Kaito.

Se mueve contra mí y su llanto disminuye cuando escucha mi voz.

Douglas está a mi lado, con una mano en mi pelo y la otra acariciando la cabecita de nuestro hijo con una delicadeza que consigue que llore todavía más. Parece asustado, fascinado, completamente perdido entre todas las emociones.

—Es precioso —digo.

—Perfecto —corrige Douglas sin apartar los ojos de él.

—Estás llorando.

—Sí.

—¿El poderoso Douglas Macallan llorando? —bromeo entre lágrimas.

Suelta una risa ronca, sin la menor vergüenza.

—Nuestro hijo acaba de nacer. El poderoso Douglas Macallan puede irse al infierno durante unos minutos.

Me río mientras lloro y él me besa la frente, después la de Kaito, con tanto cuidado que siento que me duele el pecho.

Al cabo de un rato, la enfermera pregunta si Douglas quiere cogerlo antes de que tenga que llevárselo.

Mi marido se queda inmóvil.

Veo cruzar el miedo por su rostro de una forma tan poco habitual que le aprieto la mano.

—Cógelo —lo animo.

—Es muy pequeño.

—Es tu hijo. Has entrenado para esto, ¿recuerdas?

Esa frase provoca algo en sus ojos.

La enfermera lo ayuda y Douglas recibe a Kaito entre sus brazos con una concentración absurda. Su enorme cuerpo parece todavía más grande sosteniendo a nuestro bebé.

Kaito abre un poco los ojos, o al menos lo intenta, y Douglas simplemente se queda inmóvil.

Mi marido mira a nuestro hijo como si el mundo entero se hubiera reducido a ese pequeño peso entre sus brazos.

Y entonces comprendo, mirándolos a los dos, que nada de lo ocurrido antes tuvo la fuerza suficiente para destruir este momento.

El miedo.

Las mentiras.

Elliot.

Todo el dolor que nos trajo hasta aquí.

Nada pudo estropear esto.

Douglas levanta los ojos hacia mí, completamente dominado por una emoción que ni siquiera intenta ocultar.

—Gracias —dice, y la voz le falla.

Y lo entiendo.

No es solo por el bebé.

Es por estar aquí.

Por haber sido elegido, incluso después de todo.

Por haber recibido un hijo que no procede de su sangre, pero que en ese instante sé que le pertenece de todas las formas que importan.

—Él te quiere —susurro.

Douglas vuelve a mirar a Kaito.

—Os quiero a los dos más que a cualquier otra cosa.

Y, en aquella habitación, con nuestra familia esperando al otro lado del cristal, en el mismo hospital donde tantas veces lloré de miedo por mi abuela, por fin comprendo que la paz que tanto temí perder nunca fue frágil.

Solo estaba naciendo.

CAPÍTULO 55
Douglas Macallan

Nunca he tenido miedo de sostener algo pequeño.

Ahora eso parece mentira.

He sostenido botellas que valían más que casas, documentos que cambiaban el futuro de la empresa, armas cuando tuve que aprender a defenderme, la mano de Hana cuando temblaba de miedo, su rostro cuando lloraba, su cuerpo cuando la lluvia la arrastraba de vuelta al peor día de su vida.

Nada de eso me preparó para el peso de mi hijo.

Kaito es tan pequeño que parece imposible pensar que lo cambió todo incluso antes de nacer. Y, aun así, cuando lo siento entre mis brazos por primera vez, comprendo que he pasado meses llamándolo mi hijo sin entender la verdadera dimensión de esas palabras.

Ahora lo entiendo.

Respira contra mí, caliente, vivo, envuelto en una manta clara, con la carita arrugada y la pequeña boca haciendo movimientos que despiertan en mí una sensación extraña, algo que jamás había sentido en la vida. Parece que mi corazón es incapaz de bombear bien la sangre. O quizá sea simplemente mi cuerpo, incapaz de contener la cantidad absurda de amor que acaba de entrar en él.

Mi pequeño pedazo de vida. Mi hijo. Puede que mi sangre no corra por sus venas, pero cada día será siempre mi elección. Por un destino que no sé explicar y por ella. Hana. El amor de mi vida.

Desde el primer momento en que supe que existía, incluso escuchando que no era mío, algo dentro de mí se negó a aceptar cualquier mundo en el que ese niño no estuviera bajo mi protección.

Y ahora está aquí, entre mis brazos.

Lo sostengo con todo el cuidado del que soy capaz y con una reverencia que nunca he sentido por nada. Ni siquiera por el nombre Macallan. Ni por la destilería donde aprendí quién debía ser. Todo ese pasado, todo ese peso, todo el orgullo de mi familia parece insignificante ante Kaito abriendo los ojos durante un instante, como si intentara reconocer la voz que le habló tantas veces a través del vientre de Hana.

—Hola, hijo —digo, y mi voz no sale como debería. Llega quebrada, rota por una emoción absurda—. Soy yo.

Se mueve un poco y me llevo un sobresalto idiota que hace que Hana se ría por lo bajo desde la cama. La miro y siento que se me cierra otra vez la garganta.

Mi esposa está agotada, pálida, sudada, llorando y más hermosa que cualquier mujer que haya visto jamás. Acaba de atravesar dolor, miedo y una fuerza inmensa para traer a nuestro hijo al mundo, y lo único que consigo pensar es que no existe imperio lo bastante grande para merecerlos a los dos.

Hana me ha dado una familia.

No una alianza.

No una esposa conveniente.

No un niño destinado a cargar con un apellido.

Una familia.

Algo vivo, imperfecto, ruidoso, lleno de miedo, amor, voluntad propia y futuro. Algo que no se controla. Algo que se cuida con amor.

Pienso en el hombre que era antes de ella.

En el hombre que creía que el control era fuerza, que el legado era lo único digno de sacrificio, que el amor era una distracción peligrosa para hombres que no podían permitirse fracasar.

Qué idiota fui.

La verdad está entre mis brazos.

La verdad está tumbada en esa cama, mirándome como si todavía no pudiera creer que hemos llegado hasta aquí.

Un Macallan no puede permitirse perder el control. Lo he oído toda mi vida.

Ahora, con Kaito en brazos, entiendo que lo perdí.

Lo perdí cuando Hana derramó agua sobre mi camisa y me miró como si el problema fuera yo.

Lo perdí cuando me respondió con esa lengua afilada.

Lo perdí cuando quise protegerla antes de tener derecho a hacerlo, cuando le puse un anillo en el dedo para impedir que cargara sola con un peso... cuando atravesé una ciudad bajo la lluvia porque estaba sola.

Lo perdí cuando escuché su "te amo" en la oscuridad del ático.

Y nunca he ganado nada más importante que esa derrota.



Después de que la enfermera se lo lleve para pesarlo y limpiarlo, me lo devuelve y, con él en brazos, me acerco con cuidado a la cama y me siento junto a Hana. Ella levanta una mano, toca la manta del bebé y después mis dedos. Hay lágrimas silenciosas resbalándole por el rostro.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Estoy mirando al hombre que eligió a mi hijo incluso antes de que naciera. Creo que todavía estoy intentando entender cómo amarte sin sentir que voy a despertarme y descubrir que todo ha sido un sueño.

Vuelve el dolor en el pecho.

No quiero que jamás piense que esto es un sueño.

Me inclino y le beso la frente durante unos segundos.

—No es un sueño. Mírame bien. ¿Todo esto te parece un sueño?

Esboza una sonrisa preciosa y pide:

—¿Lo prometes?

Miro a Kaito y después a ella.

—Prometo que nunca tendréis que dudar de mí.

No digo que nunca vaya a ocurrir nada malo. Ella me enseñó que esa clase de promesa sería arrogante. El mundo en el que vivo, por desgracia, es más duro de lo que me gustaría admitir. Y cambia a cada instante.

Así que prometo lo que puedo cumplir.

—Prometo estar aquí. Todos los días. En los fáciles, en los imposibles, en aquellos en los que me odies, en los que él llore toda la noche, en los que yo me equivoque intentando acertar. Prometo aprender antes de dar órdenes. O, al menos, intentar hacerlo mejor.

Se ríe entre lágrimas.

—Estás mejorando poco a poco, señor Macallan.

—Por ti merece la pena intentarlo cada vez más.

Hana sonríe, y esa sonrisa, después de todo, casi consigue derribarme más que su llanto.

La puerta se abre un poco y mi madre asoma la cabeza, con los ojos rojos, intentando fingir que no estaba desesperada por entrar.

—¿Podemos pasar?

Hana me mira a mí y después a Kaito.

—Podéis.

En cuestión de segundos, la habitación se llena de amor.

Mamá llora al ver a su nieto. Mi padre permanece en silencio, con una mano sobre mi hombro durante más tiempo de lo habitual, y cuando lo miro veo orgullo en sus ojos. Kenji se acerca con una reverencia silenciosa, contemplando a Kaito como si estuviera ante algo sagrado. Emiko llora en voz baja, con una mano sobre el pecho, repitiendo palabras en japonés que no entiendo, pero que hacen llorar otra vez a Hana.

Chloe es la menos discreta de todos.

—Dios mío, es perfecto —dice, llorando sin hacer el menor intento por conservar la dignidad—. Y diminuto. Y precioso. Dios mío, ¿cómo habéis conseguido hacer un bebé perfecto?

—Porque somos perfectos —bromea Hana.

—Una mezcla de nosotros dos no podía ser de otra manera —respondo.

Chloe sonríe, dando la razón.

Hana me mira y susurra:

—Estás guapísimo sosteniendo a nuestro hijo. Resulta irritante lo perfecto que te queda.

Sonrío a mi esposa.

—Tú estabas perfecta llevándolo dentro durante meses. Tengo derecho a un poco de eso ahora también.

Ella sonríe y dice algo que no entiendo. Pero no me preocupa porque vuelvo a mirar a Kaito.

Mi hijo.

Mío.

No hay prueba, sangre, origen ni pasado que pueda cambiar eso. Cualquier hombre puede engendrar a un niño. No todos tienen el honor de convertirse en padres. Yo recibí ese honor a través de una mujer que entró en mi vida sin pedir permiso, desmontó todas mis certezas y me enseñó que proteger no es poseer, que amar no es controlar, que la familia no es únicamente la que nace de la sangre.

La familia es quien se queda.

Miro a Hana, rodeada de las personas que ama, agotada y sonriendo mientras nuestra vida respira entre mis brazos.

Y comprendo que, si algún día alguien me preguntara cuál fue la mayor creación de la familia Macallan, ningún whisky, ninguna botella rara, ninguna expansión, ningún contrato y ningún legado se acercarían siquiera a la respuesta.

Lo más grande que lleva mi nombre duerme contra mi pecho.

Kaito Nakamura Fraser Macallan.

Mi hijo. Mi corazón fuera del cuerpo.

La prueba de que, al final, no necesité mantenerlo todo bajo control para tener todo lo que importaba.

Solo tuve que amarlos a los dos más que a cualquier otra cosa.

EPÍLOGO
Hana Macallan

Años después

—No pongas esa cara.

Douglas levanta los ojos del iPad, sentado en el sillón de nuestro dormitorio.

—¿Qué cara?

Sostengo el test de embarazo detrás del cuerpo, intentando parecer seria, aunque tengo ganas de reír, llorar y vomitar, todo al mismo tiempo.

—La cara de quien ya sabe algo porque se ha dado cuenta antes que yo, como siempre.

La comisura de su boca se eleva.

—Has rechazado el té tres días seguidos, lloraste porque Kaito nos dibujó a los tres con cabezas enormes y casi le arrancas la mano a Angus cuando comentó que parecías cansada.

Cruzo los brazos, escondiendo mejor el test.

—Eso no demuestra nada. Siempre puedo arrancarle la mano a alguien por hacer comentarios inoportunos.

—Por eso he esperado.

Mi corazón tropieza.

—¿Esperado qué?

Douglas deja el iPad a un lado y viene hacia mí, guapísimo de una forma irritante incluso después de años de matrimonio, noches sin dormir, de aprender juntos a ser padres y de una rutina en la que nuestro hijo está convencido de que es el dueño de la casa.

—A que me lo contaras.

Trago saliva.

—Eres insoportable.

—Sí.

—Debería haber elegido a un hombre menos observador.

—Demasiado tarde, señora Macallan.

Respiro hondo y le enseño el test.

Durante un instante, no se mueve.

Después sus ojos bajan hasta las dos líneas y toda la arrogancia desaparece de su rostro. Siempre es igual. Mi marido puede dirigir una empresa sin alterar la respiración, pero, cuando se enfrenta a una vida nuestra, se queda completamente indefenso.

—Hana...

—Estamos embarazados.

Una de sus manos cubre la mía sobre el test y la otra va hasta mi vientre, todavía plano bajo el vestido. El contacto es tan cuidadoso que se me encoge el pecho.

—¿Estás segura?

—He hecho tres pruebas y tengo cita mañana.

Suelta una risa ronca, emocionada, y apoya la frente contra la mía.

—Te amo.

—Yo también te amo.

—Otro niño —murmura, casi sin creérselo.

Asiento, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con aparecer.

Cierra los ojos durante un instante.

—Gracias.

Le acaricio el rostro.

—No tienes que darme las gracias por esto.

—Sí. Me lo has dado todo, Hana. Y sigues dándomelo.

Estoy a punto de responder algo sarcástico, porque demasiada sinceridad todavía me desestabiliza, cuando la puerta del dormitorio se abre sin ningún tipo de ceremonia.

Kaito aparece en pijama, con el pelo oscuro revuelto, un dinosaurio de peluche colgando de la cola y una expresión demasiado seria para un niño de seis años.

—Mamá, papá, tengo una pregunta importante.

Douglas se aparta lo suficiente para que pueda esconder el test detrás de mí.

—¿Más importante que dormir? —pregunto.

—Mucho.

Kaito entra y se sube a la cama con la confianza de quien cree ser el dueño de la casa. Lo peor es que, en algunos aspectos, lo es. Douglas se sienta a su lado y nuestro hijo se acurruca inmediatamente contra su padre.

La escena todavía consigue desarmarme.

Kaito tiene el pelo oscuro como el mío, la boca siempre preparada para responder lo que no debe y los ojos verdes de Elliot.

Al principio, eso dolió algunas veces. Dolía cuando alguna mirada curiosa se detenía demasiado en él y después en Douglas. Dolía cuando me preguntaba si algún día aquel color provocaría preguntas. Pero mi marido nunca permitió que ese detalle se convirtiera en una sombra dentro de nuestra casa.

Para Douglas, Kaito siempre ha sido su hijo.

Así de simple.

—¿Cuál es esa pregunta importante? —pregunta Douglas, pasándole una mano por el pelo.

Kaito aprieta el dinosaurio contra el pecho.

—Hoy, en el colegio, Max ha dicho que no puedo parecerme a ti porque mis ojos son verdes y los tuyos azules.

Mi cuerpo se enfría al instante.

Douglas no cambia de expresión, pero conozco a mi marido. Noto el impacto en la forma en que su mano se detiene durante una fracción de segundo sobre el pelo de Kaito.

—¿Y qué le has contestado? —pregunta con calma.

—Le he dicho que sí puedo porque soy un Macallan. Entonces ha dicho que un hijo tiene que tener los mismos ojos que su padre. ¿Eso es verdad? —su voz llega cargada de una duda cruel.

Algo por lo que ningún niño debería tener que pasar.

Sus ojitos inquisitivos hacen que se me oprima el pecho. Su inocencia duele de una forma que no es culpa suya.

Douglas me mira rápidamente. No para pedirme ayuda. Para decirme, en silencio, que está ahí.

Como siempre.

Sienta a Kaito sobre su regazo y lo coloca de frente.

—No, hijo. Eso no es verdad.

Kaito frunce el ceño.

—Entonces, ¿por qué mis ojos son verdes, papá? —pregunta en un tono más bajo, confundido.

Douglas le acaricia el rostro con una delicadeza que todavía consigue emocionarme.

—Porque naciste con los ojos verdes. Tu madre tiene los ojos oscuros, yo los tengo azules y tú los tienes verdes. Las familias no necesitan tener los mismos ojos para ser familias.

—Pero tú eres mi padre.

—Lo soy —responde sin vacilar.

Sin un exceso de cuidado.

Sin ninguna grieta.

Kaito se relaja un poco.

—¿Aunque mis ojos sean diferentes?

—Sobre todo con tus ojos diferentes. Son tuyos. Y amo cada parte de ti, Kaito Macallan. ¿Te has fijado en que los ojos de la abuela Moira son verdes?

Mi hijo se queda pensando un momento en su abuela y asiente.

—Los ojos de la abuela son verdes y los míos azules, y eso no significa que yo deje de ser su hijo.

Mi hijo baja la mirada hacia el dinosaurio.

—Pero la abuela es tu madre y Max ha dicho que el legado es cuando el hijo se parece al padre.

Veo cambiar algo en el rostro de Douglas.

No es enfado con un niño.

Es algo más profundo.

El peso de una frase que también intentó moldearlo durante demasiado tiempo.

—¿Quieres saber qué es de verdad un legado? —pregunta mi marido con calma, y Kaito asiente.

Douglas lo mira con tanta seriedad que siento que me escuecen los ojos.

—Un legado no es tener mis ojos. No es tener mi sangre. No es parecerte a mí en una foto. Un legado es lo que yo te enseño y lo que tú eliges llevar contigo. Es cómo tratas a tu madre, cómo cuidas de tu familia, cómo proteges a quienes amas y cómo utilizas tu apellido sin permitir que te convierta en alguien mezquino.

Kaito escucha en silencio.

Douglas continúa, bajando la voz:

—Tú eres mi legado porque eres mi hijo. Porque te elegí antes de ver tu cara, antes de escuchar tu voz, antes de saber de qué color eran tus ojos. Te amé cuando todavía estabas dentro de la barriga de tu madre, dando patadas cada vez que yo hablaba contigo.

Kaito sonríe un poco.

—¿Yo daba patadas?

—Muchas. Volvías loca a tu madre y, a veces, hasta la dejabas sin dormir.

—Papá.

—Es la verdad. Tu madre puede confirmarlo.

Me río entre lágrimas.

—Lo confirmo. Eras un pequeño huracán.

Kaito sonríe un poco más, aunque todavía queda una duda atrapada dentro de él.

—Entonces, ¿nadie puede decir que no soy tu hijo?

Douglas se queda inmóvil.

Su mano sujeta la nuca de Kaito, firme y protectora.

—Nadie —la palabra sale baja, absoluta—. Escúchame bien, Kaito. Nadie en este mundo tiene derecho a decir que no eres mi hijo. Si alguien lo dice, esa persona está equivocada. Eres mío desde el primer segundo en que supe que existías. Mi hijo. Mi niño. Mi orgullo. Nada va a cambiar eso jamás. Ningún comentario. Ninguna persona que no entienda lo que significa amar de verdad a alguien.

Las lágrimas me resbalan por el rostro antes de que pueda impedirlo.

Kaito lo observa atentamente y, entonces, se lanza contra el pecho de su padre.

Douglas lo rodea con los brazos en el mismo instante, apretando a nuestro hijo contra él con una emoción que intenta mantener bajo control y fracasa de la forma más hermosa.

—Te quiero, papá —murmura Kaito.

Douglas cierra los ojos.

—Te quiero más que a cualquier cosa, hijo mío. Siempre voy a quererte.

Me llevo una mano a la boca, intentando contener el sonido que casi se me escapa.

No existe nada en el mundo más bonito que ver a Douglas siendo padre.

Nada.

Kaito permanece abrazado a él unos segundos más antes de apartarse.

—¿Puedo decirle a Max que es tonto?

—No —digo al instante.

Douglas inclina la cabeza.

—Puedes decirle que está mal informado.

—¿Eso es un insulto? —pregunta, porque sabe que no debe insultar.

—En algunos círculos, sí.

—Douglas —advierto.

Me mira con falsa inocencia.

—Estoy enseñándole diplomacia. Quéjate a tu suegra, ella me enseñó eso cuando era niño.

Kaito parece satisfecho.

—Vale. Le diré que está mal informado y que mi padre dice que un legado no son los ojos.

—Perfecto —aprueba Douglas.

Nuestro hijo baja de la cama, coge el dinosaurio y camina hacia la puerta. Antes de salir, se detiene y nos mira.

—¿Estabais escondiendo algo?

Me quedo paralizada.

Douglas también.

Kaito entrecierra los ojos, demasiado desconfiado para ser un niño tan pequeño.

—Ponéis esa cara cuando compráis un regalo.

Miro a Douglas y él me mira a mí.

Entonces comprendo que no quiero guardarlo durante mucho tiempo.

—En realidad —digo, sentándome en el borde de la cama—, tenemos una sorpresa.

Kaito vuelve corriendo.

—¿Es un juguete?

—No exactamente.

Douglas se acerca a mí y pone una mano sobre mi vientre. Kaito sigue el gesto, confundido durante unos segundos.

Entonces sus ojos verdes se abren de par en par.

—¿Hay un bebé ahí? —pregunta, sonriendo ya.

Mi boca tiembla en una sonrisa.

—Sí.

Abre la boca.

La cierra.

Después señala mi barriga.

—¿En plan, viviendo ahí?

—En plan viviendo aquí.

—¿Voy a ser hermano, mamá?

Douglas le acaricia el pelo.

—Sí.

—¿Es niño o niña? —pregunta, con la curiosidad gritando en su rostro.

—Todavía no lo sabemos —digo.

Se queda pensando un instante, muy serio.

—Quiero una niña.

Douglas arquea una ceja.

—¿Sí?

—Sí. Para protegerla. Y enseñarle que los dinosaurios no son solo de niños.

Se me derrite el corazón por completo.

—Me parece una idea excelente, mi niño precioso.

Kaito apoya su pequeña mano sobre mi vientre.

—Hola, bebé. Soy tu hermano. Si eres niña, te enseñaré todo. Si eres niño también, pero quiero una niña.

Douglas se ríe por lo bajo, emocionado, y me atrae hacia él, besándome la sien.

Unas semanas después, el médico confirmaría lo que Kaito había decidido antes que cualquier prueba.

Una niña.

Aquella noche todavía no lo sabíamos.

Solo estaba nuestro hijo con la mano sobre mi vientre, Douglas a mi lado y la absurda sensación de que la vida me había devuelto mucho más de lo que un día me arrebató. Necesité algunos años de terapia para entender que desear algo no mata a nadie y que mi marido siempre estará conmigo, aunque llueva.

Miro a Douglas, que observa a Kaito con los ojos llenos de un amor tan grande que me emociona verlo.

—¿Estás feliz? —susurro.

Douglas se vuelve hacia mí.

—Estoy en casa.

Y entiendo exactamente lo que quiere decir.

Casa nunca fue el ático, la mansión, la destilería ni ningún lugar que el apellido Macallan pudiera comprar.

Casa era Kaito preguntando por sus propios ojos y escuchando que ningún amor depende de un color.

Era Douglas con una mano sobre mi vientre, amando a una hija que todavía no conocía.

Era yo, que un día creí que todos mis deseos destruían algo, comprendiendo por fin que desear también podía construir.

Kaito vuelve a subirse a la cama y se mete entre nosotros dos, apoyando la cabeza contra el pecho de su padre y una mano sobre mi barriga.

Douglas nos rodea con los brazos.

Y allí, rodeada por mis chicos y por la niña que empieza a existir dentro de mí, pienso que algunas familias no comienzan de la forma correcta.

Algunas nacen torcidas, asustadas, llenas de miedo, mentiras, dolor y decisiones imposibles.

Pero, cuando existe amor suficiente para quedarse, proteger, aprender y volver a elegirse todos los días, se convierten exactamente en lo que deberían ser.

La nuestra lo hizo.

Y esta vez, cuando cierro los ojos, no tengo miedo de perder nada.

Solo doy las gracias por haberme quedado.

Fin.

CENA EXTRA
Hana Macallan

Entrar en el Sovereign todavía me recuerda todo lo excesivo que puede llegar a ser este mundo.

Antes, quizá me habría sentido fuera de lugar.

Hoy, no.

Sigo pensando que todo es excesivo. Pero ya no entro aquí preguntándome si pertenezco. Pertenezco donde decido quedarme. Y hace mucho que elegí quedarme con Douglas.

Mi marido camina a mi lado, con los dedos firmemente entrelazados con los míos, impecable en un traje oscuro que atrae miradas en su dirección. Él ni siquiera parece notarlo.

Douglas observa el salón durante unos segundos, atento como siempre. Su postura es impecable, la mirada calculadora y esa expresión de hombre que, incluso en silencio, hace que cualquiera se lo piense dos veces antes de acercarse.

—Sabes que no necesitas evaluar a cada persona que mira en mi dirección, ¿verdad? —murmuro.

—Lo sé.

—¿Y vas a parar?

—Jamás, esposa.

Lo miro.

—Al menos eres sincero, ¿no?

La comisura de su boca se eleva.

—Solo me aseguro de que nadie aquí olvide que has venido conmigo.

—Ah, claro. Porque mi vestido rojo, mi alianza y tu mano prácticamente fusionada con mi cintura no lo dejan bastante claro.

Douglas baja el rostro, con la voz rozándome el oído.

—Que sea evidente nunca ha sido suficiente para mí, *mo fhlùr*.

Pongo los ojos en blanco, pero no consigo evitar la sonrisa.

Encontramos a los demás consejeros y a sus esposas cerca del bar reservado para la celebración del aniversario del club: Landon y Hailey Blackwood, William y Emma Harrington, Edward y Bruna Ashford, Sebastian y Sophie Kingsley.

La vida tiene sentido del humor, desde luego.

Cinco hombres que nacieron creyendo que mandaban sobre su propio destino y cinco mujeres que demostraron, una por una, que ningún destino sobrevive a una mujer decidida.

Los hombres se quedan formando un corrillo, hablando de negocios. Nosotras vamos juntas al baño.

Hailey está impecable con un vestido verde esmeralda de una abertura absurda. Sophie lleva dorado, con un diseño de corte sirena. Bruna está espectacular de morado; la miro y pienso en la amistad que hemos construido gracias a nuestros maridos, admiro la fuerza que desprende, y Emma, vestida de azul, tiene una elegancia natural que encaja perfectamente con ella.

—Hana, tu marido está mirando hacia la puerta como si fuera a irrumpir en el baño dentro de treinta segundos —comenta Bruna mientras se retoca el pintalabios.

Miro por el espejo y, cuando se abre la puerta, compruebo que tiene razón.

Douglas está al otro lado del salón, hablando con William, pero tiene los ojos dirigidos hacia aquí.

—Esa es básicamente su expresión neutra.

Bruna sonríe.

—No —corrige Sophie, divertida—. Su expresión neutra es "puedo comprar este sitio y despedir a todo el mundo". Esa es "mi esposa está demasiado lejos de mi campo de visión".

—Exactamente —coincide Emma.

Suspiro.

—Habláis como si los vuestros fueran equilibrados.

Hailey levanta una mano.

—No estamos acusando a nadie. Solo reconociendo patrones de hombres ricos con problemas de control.

No puedo negarlo.

—El mío venía con cláusulas, seguridad y una ligera tendencia a resolver problemas de forma ilegal —comento, burlona.

—El mío dirige imperios inmobiliarios y, aun así, casi demolió mi cordura antes de admitir que estaba enamorado.

Bruna sonríe y hay algo ligero entre nosotras. Una complicidad extraña entre mujeres que entraron en aquel mundo por caminos distintos y descubrieron que los hombres poderosos pueden resultar mucho menos intimidantes cuando están completamente rendidos.

—Al menos Lucy te adora. Y es precioso ver cómo te eligió como madre —constato lo evidente.

Su rostro se suaviza de inmediato.

—Esa niña es mi punto débil.

—Y el de Edward también —dice Sophie—. Aunque intente fingir que no.

—Los hombres fingiendo que no están rendidos es el deporte oficial de este club —concluye Emma.

Regresamos al salón sonriendo antes de que los hombres decidan enviar un comité de rescate.

Douglas me encuentra antes incluso de que consiga acercarme. Su mirada baja por mi vestido rojo intenso y vuelve a subir hasta mi rostro con una lentitud que me acalora.

—Te lo estás pasando bien —dice.

—Sí.

—Eso me preocupa.

—Todo lo que tiene que ver conmigo te preocupa.

—No todo.

Arqueo una ceja.

—Dime una cosa.

Se inclina, con la boca cerca de mi oído.

—Cuando estás en nuestra cama.

Se me calienta el rostro.

—Douglas —lo reprendo por evocar esa imagen ahora.

Su sonrisa es discreta e indecente.

—Has pedido un ejemplo.

Antes de que pueda responder, el fotógrafo del club anuncia la foto oficial de los consejeros y sus esposas. Nos colocamos juntos, los cinco matrimonios.

Douglas mete una mano en el bolsillo y coloca la otra en mi cintura. El fotógrafo nos pide que miremos a cámara, pero mi marido me mira primero a mí.

—Sigues siendo la única persona de esta sala que consigue que olvide dónde estoy —murmura.

Mi corazón todavía tropieza por su culpa como si fuera la primera vez.

—Qué romántico. Y preocupante, teniendo en cuenta que has traído un whisky de millones para presentarlo.

—El whisky puede esperar.

—Eres el anfitrión de la cata.

—Soy un hombre casado. Tengo prioridades.

La foto se hace justo cuando intento no sonreír como una idiota.

Poco después, Douglas dirige la cata de la edición especial creada para el aniversario del Sovereign. Habla de tiempo, roble, paciencia y legado. Su voz baja ocupa el salón y yo observo a mi marido siendo el hombre que conoce el mundo: elegante, peligroso, intocable.

Solo yo sé que esa misma mañana estuvo sentado en el suelo de la habitación de nuestra hija tomando té invisible con una jirafa de peluche.

Mi móvil vibra.

Un mensaje de Chloe.

Chloe:

Tu hija ha intentado bañar a Kaito con perfume francés. He evitado el desastre. Siguen vivos. Acepto una bonificación.

Contengo una carcajada y se lo enseño a Douglas cuando regresa a mi lado.

Lo lee, cierra los ojos durante un segundo y guarda mi móvil en el bolsillo de su propia chaqueta.

—Vamos a fingir que no he visto eso hasta que lleguemos a casa.

—Chloe es la madrina de tu hijo. Merece una estatua.

—Bueno, ella eligió esto. Recuérdalo.

—No puedo negarlo, pero creo que se merece una indemnización cada vez que nos hace de niñera para que tengamos una noche libre.

—Voy a revisarlo.

—¿La indemnización?

—No. La seguridad de los perfumes.

Sonrío y él me toca la cintura, atrayéndome más cerca mientras todos levantan las copas para el brindis.

Douglas mira alrededor. A Landon y Hailey. William y Emma. Edward y Bruna. Sebastian y Sophie. Después, a mí.

—Por el Sovereign —dice con voz firme—, por los legados que heredamos, por los que destruimos cuando fue necesario y por los que elegimos construir con las personas adecuadas a nuestro lado.

Las copas chocan.

Bebo solo un sorbo, sintiendo el calor del whisky bajar, y miro a esas mujeres. Cada una atravesó su propio infierno para llegar hasta aquí. Cada una puso patas arriba la vida de un hombre que creía tenerlo todo bajo control.

Quizá este club nunca haya sido únicamente sobre poder.

Quizá, al final, sea sobre lo que ocurre cuando mujeres como nosotras entran en lugares hechos para hombres como ellos y se niegan a salir de allí sintiéndose menos.

Douglas se inclina junto a mi oído.

—¿Lista para irnos? —su voz me provoca un escalofrío.

—La fiesta acaba de empezar.

—Para mí ya ha durado demasiado. Nuestra hija probablemente intentará cortarle el pelo a su hermano en cuanto Chloe pestañee, Kaito se meterá en nuestra cama antes de las seis y me gustaría tener a mi esposa solo para mí antes de que ocurra.

—Tus prioridades son indecentes.

—Solo cuando tienen que ver contigo, *mo fhlùr*.

Lo miro. Al hombre que un día cruzó una ciudad bajo la lluvia por mí. Que eligió a mi hijo antes que la sangre. Que me amó incluso cuando yo todavía no sabía cómo aceptarlo.

—Sigues siendo imposible.

Douglas me coge de la mano y lleva mis dedos hasta sus labios.

—Y tú sigues siempre conmigo.

Sonrío.

Porque tiene razón.

Sigo aquí.

No porque pertenezca a su mundo.

Sino porque, entre todos los lugares posibles, *Douglas Macallan se convirtió en el mío*.


DINASTIA
Macallan
HERDEIROS DE MANHATTAN - 03
UM ROMANCE ESCRITO POR
D. AN. MORGAN
Carlos Miguel

AGRADECIMIENTOS

¡Gracias por haber llegado hasta aquí! Espero de todo corazón que la historia de Douglas y Hana os haya emocionado y que ellos se hayan ganado vuestro cariño.

Juraba que este sería un libro fácil de escribir, que sería corto y que conseguiría quedarme, como mucho, en unos treinta y cinco o cuarenta capítulos. Siempre me sorprende comprobar lo equivocada que estaba. Jajaja.

Ellos me hicieron ver el amor de una forma preciosa y comprender cuánto crecemos a través de ese sentimiento.

Espero que hayáis disfrutado de este universo, que os haya gustado reencontraros con personajes queridos y que hayáis amado a mi escocés irresistible.

Ahora solo me queda dar las gracias, en primer lugar, a Dios por haberme dado la oportunidad de descubrir que podía escribir todas estas historias que viven dentro de mi cabeza y por darme fuerzas para seguir adelante, incluso cuando me entran ganas de salir corriendo y gritando.

Gracias a Carol, Karen, Lari, Lê, Diana, Bárbara y Loren por haberme acompañado con tanto cariño durante la construcción de este libro, por haberos vuelto locas conmigo, por apoyarme, por creer en mis locuras y por hacerme volver al camino cuando pensaba que no estaba yendo en la dirección correcta. ¡Sois increíbles! Estoy profundamente agradecida por teneros en mi vida.

Un agradecimiento muy especial para mi marido por todo su apoyo, por ser mi "Douglas" de la vida real, por estar siempre a mi lado cuando creo que ya no puedo seguir y por creer en mí.

Gracias también a mis padres y a mi hermano por todo su apoyo y por comprender mis desapariciones durante los periodos de escritura. ¡Os quiero muchísimo!

A todos los profesionales implicados en el proceso de creación del libro, como Guiomary Lopes, responsable de la revisión y del cuidado de este texto. A Anne, por la maravillosa portada. A Junior, por apuntarse siempre a mis locuras, darme ideas increíbles y crear un feed perfecto. Gracias a Jacke por ayudarme con tanto cariño en este lanzamiento; incluso en medio del caos, ¡conseguimos que saliera adelante!

Guio y Jacke, ¡gracias por no soltarme la mano! ¡Y por acompañarme en este camino!

Y a mi grupo de lectoras, que siguen recorriendo este camino conmigo, ¡gracias por todo vuestro apoyo!

Por último, pero no por ello menos importante, gracias de todo corazón a ti, lector, por haber llegado hasta aquí. Espero sinceramente que te haya gustado y que te hayas enamorado de Douglas y Hana. Me encantó escribir su historia y espero que vengas a mi Instagram para volverte loco conmigo y contarme qué te ha parecido.

Por favor, no olvides dejar tu valoración, ¡es muy importante!

Seguid atentos, porque muy pronto tendremos más historias que contar.

OTRAS OBRAS

Para saber más sobre mis otros e-books, accede a mi tienda en Amazon:

Clic aquí -> Mi tienda en Amazon

SOBRE LA AUTORA

Carioca, madre de mascota, amante de los dulces y adicta a las bebidas energéticas. No puede vivir sin leer y le encanta ver series en sus ratos libres.

Su pasión por la escritura comenzó en la infancia, cuando su madre le contaba historias de princesas. Desde entonces, nunca dejó de leer.

En 2023 decidió plasmar en papel las historias que llevaba dentro, convirtiendo su sueño en realidad con la publicación de “Un contrato irresistible” al año siguiente.

CONTACTO

Para saber más sobre las obras y la autora, síguela en sus redes sociales y mantente al día de los próximos lanzamientos, eventos, sorteos y mucho más:

Facebook: D An Morgan
Instagram: @autoradanmorgan
d.an.morganautora@gmail.com

¿Te ha gustado el libro? Comparte tu opinión en las redes sociales y en Amazon y recomiéndalo a futuros lectores. ¡Gracias!